Emmanuelle Arsan

# Emmanuelle



Hacer el amor a todas horas, de día o de noche, en cualquier circunstancia, con quien sea, ya sea él o ella, o ellos y ellas, con cualquiera que se lo pida y que a ella le guste, ésta es la ley a la que obedece Emmanuelle en el momento en que, a los veinte años, llega a Bangkok para reunirse con su marido ingeniero.

Así, en el marco exótico de una sociedad neocolonial, europea, restringida y refinada, la joven descubre las reglas profundas del amor, la gloria del placer sexual gracias al propio cuerpo, y va al encuentro de una filosofía «natural» y optimista, que Dionisios, en la Grecia antigua, había preconizado ya con tanta valentía.

De la mano de un «maestro» en las artes amatorias, el italiano Mario, Emmanuelle irá limando sus reticencias para alcanzar al fin un universo de amor total, la «Erosfera», a la que conduce la práctica de una sexualidad profundamente consciente y liberada de todo tabú.

Este libro, durante largos años considerado en Francia —y en resto del mundo— como escandaloso y con una vida prácticamente clandestina, ha pasado a ser hoy en día una obra clásica de la literatura erótica contemporánea. Con el fin de honrar con ello al lector, brindamos aquí una nueva y esmerada traducción que recoge toda la vibración literaria y la intensidad erótica con la que Emmanuelle Arsan supo narrar esta «historia ejemplar».



Emmanuelle Arsan

# Emmanuelle

## La lección de hombre

## La sonrisa vertical - 42

**ePub r1.4**
**minicaja** 16.10.14

Título original: *Emmanuelle. La leçon d'homme*
Emmanuelle Arsan, 1959
Traducción: Carmen Artal
Ilustraciones: Guido Crepax
Diseño de portada: minicaja

Editor digital: minicaja
(r1.1) Corrección de erratas: Poldek
(r1.2) Corrección de erratas: jascnet
(r1.3) Corrección de erratas: Mike_HDF
(r1.4) Corrección de erratas: gurney
ePub base r1.1



O si las mujeres a las que cantas
Representan un deseo de tus sentidos fabulosos…

MALLARMÉ, *La siesta de un fauno*

A JEAN



# La lección de hombre

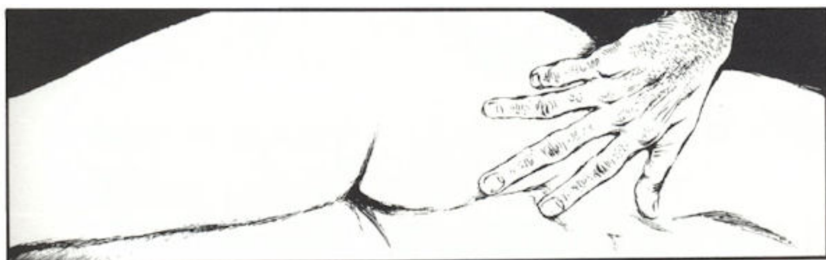
*Todavía no estamos en el mundo*
*Todavía no hay mundo*
*Las cosas todavía no se han hecho*
*La razón de ser no se ha encontrado.*

*ANTONIN ARTAUD*

# El unicornio volador

*Venus tiene mil maneras de retozar, pero la más sencilla, la menos cansada, es permanecer recostada sobre el lado derecho.*

OVIDIO, *El arte de amar*



Emmanuelle toma en Londres el avión que debe llevarla a Bangkok. El olor a piel nueva, parecido al que conservan, al cabo de los años, los coches británicos, el espesor y el silencio de las moquetas, una iluminación de ultratumba son las cosas que más le llaman la atención de este decorado en el que penetra por vez primera.

No comprende lo que le dice el hombre sonriente que la conduce; sin embargo, no se inquieta. Tal vez su corazón late más aprisa, pero no es de aprensión, sólo de desconcierto. El uniforme azul, las señales de atención, la autoridad del personal encargado de recibirla y de iniciarla, todo contribuye a instalarla en un sentimiento de seguridad y de euforia. Sabe que los ritos que le han hecho llevar a cabo, frente a las ventanillas en cuyo misterio ni siquiera ha intentado penetrar, tenían como objeto darle acceso al universo que será suyo durante doce horas de su vida: un universo con leyes diferentes de los códigos conocidos, más exigentes también, pero, por eso mismo, tal vez más deleitables. Esta arquitectura de metal alado, curva y cerrada sobre la transparencia

del atardecer del verano inglés, coarta tanto los gestos habituales como la voluntad. Al sobresalto de la libertad suceden ahora el ocio y la tranquilidad de la sujeción.

Se le indica un asiento: el más próximo a la pared. Pero la pared está uniformemente tapizada de tela, sin ventanillas; la viajera no verá nada más allá de la pared aterciopelada. ¡Qué importa! Su única preocupación es entregarse a los poderes de esas profundas butacas, adormecerse entre los brazos acolchados, contra el respaldo mullido y las largas piernas de sirena.

Sin embargo, todavía no se atreve a estirarse, como le sugiere el camarero, mostrándole la palanca que hay que accionar para inclinar el asiento. El camarero aprieta un botón y el foco liliputiense traza una elipsis luminosa sobre las rodillas de la pasajera.

Acude una azafata, cuyas manos revolotean, para disponer en un maletero situado sobre los asientos el ligero neceser de piel color miel que es todo el equipaje de mano de Emmanuelle, ya que no piensa cambiarse de traje durante el viaje y no tiene intención de escribir ni de leer. La azafata habla francés y el ligero aturdimiento que la extranjera experimenta desde hace dos días (llegó a Londres la víspera) se disipa.

La joven está inclinada sobre ella y sus rubios cabellos hacen parecer todavía más nocturna la larga cabellera de Emmanuelle. Las dos van vestidas casi igual: falda de otomán azul y camisa blanca, o falda estrecha de seda cruda y blusa de shantung. Sin embargo el sostén adivinado a través de la camisa de la inglesa basta, por ligero que sea, para privar a su silueta de la movilidad en la que se adivina que el pecho de Emmanuelle está desnudo bajo su blusa. Y, mientras el reglamento de la compañía obliga a la primera a llevarla abrochada hasta el cuello, la blusa de la segunda está lo bastante entreabierta para que un espectador atento pueda descubrir el perfil de un seno mediante la oportunidad de un gesto o la complicidad de una corriente de aire.

A Emmanuelle la alegra que la azafata sea joven y tenga unos ojos parecidos a los suyos —salpicados de diminutas motas de oro.

El compartimento, oye decir, es el último del avión, el más próximo a la cola. Este lugar expondría a Emmanuelle a sacudidas

en cualquier otro aparato, pero (y la voz de la joven adquiere un acento de orgullo), a bordo del *Unicornio volador*, el confort es el mismo en todas partes —al menos (se corrige) en los compartimentos de lujo, ya que, evidentemente, los pasajeros de clase turista no disponen ni de tanto espacio en derredor, ni de asientos tan suaves, ni de la intimidad de las cortinas de terciopelo entre cada fila de butacas.

Emmanuelle no se avergüenza de estos privilegios, ni de la fortuna que ha debido costar el procurárselos. Al contrario, siente una ternura casi física al pensar en el exceso de consideración de que es objeto.

La azafata alaba ahora la decoración de los cuartos de aseo, que hará visitar a su pasajera apenas haya comenzado el vuelo. Existen en cantidad suficiente, en diferentes puntos del aparato, para que Emmanuelle no tema ser importunada por idas y venidas. Si así lo desea, prácticamente sólo tendrá que encontrarse con las tres personas que van a alojarse en su compartimento. Pero si prefiere, en cambio, un poco de vida social, no le será difícil coincidir con otros viajeros paseándose a lo largo de los pasillos o sentándose en el bar. ¿Desea alguna lectura?

—No —dice Emmanuelle—. Muchas gracias, es usted muy amable. De momento no tengo ganas de leer.

Piensa qué podría preguntar para ser gentil. ¿Interesarse por el avión? ¿A qué velocidad vuela?

—A más de mil kilómetros por hora de velocidad media; y su radio de acción le permite no aterrizar más que cada seis horas.

Con una única escala intermedia, el viaje de Emmanuelle sólo durará pues algo más de medio día. Pero, puesto que perderá tiempo (en apariencia) girando en el mismo sentido de la tierra, no llegará a Bangkok hasta las nueve de la mañana siguiente, hora local. En total, apenas tendrá la posibilidad de hacer nada más que cenar, dormir y despertarse.

Dos niños, varón y mujer, tan parecidos que deben ser gemelos, descorren la cortina. Emmanuelle repara enseguida en su forma de vestir, convencional y falta de gracia, de colegiales ingleses, sus cabellos de un rubio casi pelirrojo, su expresión de fría afectación y la arrogancia con la que se dirigen, mediante frases breves y

cortantes, al empleado de la compañía. Aunque no parecen tener más de doce o trece años, la seguridad de sus gestos garantiza, entre aquél y ellos, una distancia que el primero no intenta franquear. Se arrellanan tranquilamente en los asientos que el pasillo separa de Emmanuelle. Antes de que ésta haya podido examinarlos con detalle, entra el último de los cuatro pasajeros a los que está reservado el compartimento y la atención de la joven se dirige hacia él.

Por lo menos una cabeza más alto que ella, nariz y barbilla prominentes, pelo y bigote negros, sonríe a Emmanuelle, inclinándose ligeramente sobre ella para guardar una cartera de cuero ligero y oscuro, que huele bien. Su traje de color ámbar, su camisa de lino gustan a Emmanuelle. Le juzga elegante y bien educado, lo que constituye, a fin de cuentas, lo esencial de las cualidades que pueden esperarse de un compañero de viaje.

Intenta adivinar su edad: ¿cuarenta, cincuenta años? Debe de haber vivido mucho, a juzgar por esos pliegues de indulgencia en las esquinas de los ojos… Su presencia resulta más atractiva, piensa, que la de esos pretenciosos colegiales. Pero enseguida se ríe por dentro de la simpatía y la aversión precipitadas. Y a la vez inútiles: ¡por una noche!… Y se sumerge de nuevo en la indiferencia.

O, más bien, olvida lo bastante a los niños y al hombre para que emerja la sensación de despecho que, desde hace un momento, flotaba entre las aguas de su conciencia, estropeándole en parte el placer del despegue: la azafata, aprovechándose del revuelo que han creado los recién llegados, ha abandonado su sitio y Emmanuelle entrevé, por la abertura de la cortina, su cadera azul recostada contra un viajero invisible. Se reprocha los celos, intenta desviar la mirada. Una frase oída no sabe dónde le da vueltas en la cabeza sobre unos compases de canto gregoriano desolado: *En la soledad y en el abandono*. Intenta sacudirse la obsesión, los cabellos negros le azotan las mejillas, se le deslizan sobre el rostro… Pero la joven inglesa se incorpora; se dirige hacia el fondo del aparato; aparece entre el cortinaje, abriendo paso con las dos manos a las piernas perezosas; está junto a Emmanuelle.

—¿Quiere que le presente a sus compañeros de viaje? —pregunta; y, sin esperar respuesta, anuncia el nombre del caballero.

A Emmanuelle le parece entender «Eisenhower», lo que le da risa y le impide oír cómo se llaman los gemelos.

Ahora, el hombre le habla. ¿Cómo saber lo que dice? La azafata nota el embarazo de Emmanuelle, interroga a sus compatriotas, se ríe descubriendo la punta de la lengua.

—Qué mala suerte —dice sonriendo—. Ninguno de estos tres viajeros habla una palabra de francés. ¡Buena ocasión para refrescar su inglés!

Emmanuelle quiere protestar, pero la joven ya se ha escabullido, agitando los dedos en dirección a sus pasajeros, en un signo hermético y gracioso. La azafata se aleja. Emmanuelle vuelve a su abandono. Tiene ganas de dar rienda suelta a su mal humor, de desinteresarse de todo.

Su vecino persevera sin darse por vencido, articulando frases cuya vana buena intención la hace sonreír. Ella esboza una mueca compungida, confiesa con voz infantil: «¡No comprendo!» y él se resigna a callarse.

Ahora, un altavoz se anima, oculto en algún recoveco de la tapicería. Cuando el locutor inglés enmudece, Emmanuelle reconoce, hablando francés (*para ella*, se dice), la voz de su azafata, apenas distorsionada por el amplificador. La azafata da la bienvenida a los pasajeros del *Unicornio*, la hora, la lista de los miembros de la tripulación, advierte que el despegue tendrá lugar dentro de pocos minutos, que deben atarse los cinturones de seguridad (un camarero aparece en ese momento para encargarse él mismo de ajustar el de Emmanuelle) e invita a los pasajeros a no fumar ni desplazarse mientras la luz roja permanezca encendida.

Apenas algo más que un murmullo, un estremecimiento de las paredes insonorizadas, traduce el despertar de los reactores. Emmanuelle ni siquiera se da cuenta de que el avión ha empezado a deslizarse a través de la pista. Pasará todavía un buen rato antes de darse cuenta de que está volando.

No lo adivina, de hecho, hasta que la señal roja se apaga y el hombre, levantándose, le ofrece, por gestos, desprenderse de la chaqueta del traje, que Emmanuelle ha conservado, no se sabe por qué, sobre sus rodillas. Ella le deja hacer. Él vuelve a sonreír, abre un libro y deja de mirarla. Ahora entra un camarero, trayendo una

bandeja con vasos. Emmanuelle elige un *cocktail* que cree reconocer por el color, pero que no es el que se esperaba sino uno más fuerte.



Lo que, al otro lado de las suaves paredes debía ser un atardecer, pasó sin que Emmanuelle tuviera tiempo de hacer otra cosa que mordisquear pastelitos, beber té y hojear, sin leerla, una revista que la azafata le había prestado (rechazó un segundo ofrecimiento para no distraerse de la novedad de «volar»).

Un poco más tarde instalaron frente a ella una mesita y le sirvieron, en unos recipientes de forma insólita, numerosos platos difíciles de identificar. Una botellita de champagne aparecía encajada en una cavidad de la bandeja, Emmanuelle llenó varias veces una copa en miniatura. Esta breve cena le pareció prolongarse por horas, pero no tenía prisa porque se acabara, tan contenta estaba con el descubrimiento de aquel juego. Hubo numerosos postres, café en tacitas de muñeca y licores en vasos inmensos. Cuando vinieron a recoger las bandejas, Emmanuelle había adquirido la certeza de saber aprovechar su aventura, de saborear la dulzura de la vida.

Se sentía ligera y algo somnolienta. Comprobó que hasta había perdido sus prevenciones respecto a los gemelos. La azafata iba y venía, sin dejar de lanzarle, al pasar, una palabra animada. Cuando desaparecía, Emmanuelle no se impacientaba.

Se preguntó qué hora sería y si habría llegado el momento de dormir. Pero, en realidad, ¿no se tenía la libertad de dormir a cualquier hora, en esta cuna alada, tan lejos ya de la superficie de la tierra, al haber alcanzado una parte del espacio en la que ya no hay vientos ni nubes y en la que Emmanuelle ni siquiera estaba segura de que siguieran existiendo el día y la noche?



Las rodillas de Emmanuelle están desnudas bajo la luz dorada que cae de las pantallas. Su falda las ha descubierto y los ojos del

hombre permanecen fijos en ellas.

Ella tiene conciencia de que sus rodillas se hallan expuestas a la mirada complacida del hombre. Pero ¿no sería ridículo pretender tapárselas —y además, cómo iba a hacerlo? No puede alargar la falda. ¿Por qué, por otra parte, iba a tener de pronto vergüenza de sus rodillas, ella, quien normalmente suele jugar a dejarlas asomar bajo sus vestidos? Detrás del nylon invisible, el movimiento de sus hoyuelos tachona de sombras ágiles el color tostado de su piel. Sabe muy bien la turbación que provocan. A fuerza de mirarlas, más desnudas por estar apretadas una contra otra como a la salida de un baño de medianoche bajo el foco de una lámpara, ella misma, en aquel momento, siente sus sienes latir más aprisa y sus labios cargarse de sangre. Muy pronto sus párpados se cierran y Emmanuelle se ve, no ya parcialmente desnuda, sino por completo entregada a esta tentadora contemplación narcisista, frente a la que, una vez más, se sabe indefensa.



Se resistió, pero sólo para saborear mejor, gradualmente, las delicias del abandono. Este se hizo anunciar por una languidez difusa, una especie de conciencia tibia de todo el cuerpo, un deseo de relajamiento, de abertura, de plenitud, todavía exento de fantasía precisa o emoción identificable: nada muy distinto a la satisfacción física que habría experimentado tumbada al sol sobre una playa de arena caliente. Luego, poco a poco, a medida que la superficie de sus labios se volvía más brillante, que sus senos se hinchaban y que sus piernas se tensaban, atentas al menor contacto, su cerebro proyectó imágenes, al principio casi sin forma, mucho tiempo inconexas, pero que bastaban para humedecerle las mucosas y hacerle arquear la cintura.

Casi imperceptibles, pero sin desfallecimientos, las vibraciones amortiguadas del fuselaje de metal acunaban a Emmanuelle en su frecuencia, buscando armonía en los ritmos de su cuerpo. Una ola ascendía por sus piernas, partiendo de las rodillas (epicentros quiméricos de este temblor de sensaciones sin contornos),

remontando inexorablemente, hasta la superficie de los muslos, cada vez más arriba, sacudiéndole el cuerpo con estremecimientos.

Ahora, obsesivos, acudían los fantasmas: labios que se posaban sobre su piel, órganos de hombres y de mujeres (cuyos rostros permanecían ambiguos), falos ansiosos de tocarla, de restregarse contra ella, de abrirse paso entre sus rodillas, forzando sus piernas, abriendo su sexo, penetrándola con esfuerzo, con un denuedo que la colmaba de placer. Su movimiento era el de un progreso continuo: ninguno retrocedía; uno tras otro, se hundían en lo desconocido del cuerpo de Emmanuelle, por el estrecho camino que no se cansaban de reconocer, pareciendo no encontrar límites en su recorrido, avanzando indefinidamente hacia el interior, saciándola de carne e, interminablemente, vaciando en ella sus jugos.

La azafata creyó que Emmanuelle dormía y, con precaución, reclinó el respaldo, transformando el asiento en una suerte de cama. Extendió una manta de cachemira sobre las largas piernas languidecientes, que la inclinación del sillón había descubierto hasta medio muslo. El hombre, entonces, se levantó y realizó él mismo la maniobra que colocaba su asiento al nivel del de su vecina. Los niños se habían dormido. La azafata deseó las buenas noches sin dirigirse a nadie en particular y apagó las luces centrales. Únicamente dos lamparillas de noche malvas impedían a los objetos y a los seres perder sus contornos.

Emmanuelle se había abandonado sin abrir los ojos a las atenciones que se le prodigaban. Su ensoñación, sin embargo, no había perdido intensidad ni urgencia en el curso de estos movimientos. Su mano derecha descendía ahora a lo largo de su vientre, muy lentamente, conteniéndose, hasta alcanzar el nivel del pubis, bajo la manta ligera que el avance hacía ondular. Pero, en esta penumbra, ¿quién podía verla? Con la punta de los dedos exploraba, sondeaba la seda suave de su falda, cuya estrechez se oponía a que sus piernas se entreabriesen: en su esfuerzo por separarse, las piernas tensaban la tela; finalmente, pudo abrirlas lo bastante como para que los dedos sintieran, a través de la delgadez del tejido, el botón de carne en erección que buscaban y que presionaron con ternura.

Durante unos segundos Emmanuelle dejó apaciguar la agitación

de su cuerpo. Intentaba retardar el desenlace. Pero muy pronto, sin poder contenerse más, empezó, con suspiros ahogados, a dar a su dedo corazón el movimiento minucioso y suave que debía llevarla al orgasmo. Casi al mismo tiempo la mano del hombre se posó sobre la suya.

Perdida la inspiración, Emmanuelle sintió que se le agarrotaban los músculos y los nervios, como si un chorro de agua helada la hubiese azotado en pleno vientre. Permaneció inmóvil, no vacía, pero sí con todas las sensaciones y todas las imágenes detenidas, como una película cuyo desarrollo se suspende sin que se desvanezca la imagen. No tuvo miedo, ni a decir verdad, pareció sorprenderse. Tampoco creyó que la hubieran pillado en falta. En realidad, en aquel momento no era capaz de formular juicios, ni sobre el gesto del hombre, ni sobre su propia conducta. Había tomado constancia del hecho, luego su conciencia se había paralizado. Ahora, evidentemente, se preguntaba cuál podía ser la continuación de sus sueños truncados.

La mano del hombre no se movía. Tampoco, sin embargo, estaba inactiva. Por su simple peso, ejercía una presión sobre el clítoris, sobre el que reposaba la mano de Emmanuelle. Durante bastante tiempo no ocurrió nada más.

Luego Emmanuelle percibió que otra mano levantaba la manta y la apartaba, para aferrar sin impedimentos una de sus rodillas y palpar sus cavidades y relieves. Sin embargo no perdió el tiempo y fue ascendiendo, con un movimiento lento, a lo largo del muslo, rebasando enseguida el final de la media.

Cuando la mano tocó su piel desnuda, por primera vez Emmanuelle tuvo un sobresalto e intentó escapar al sortilegio. Pero, en parte porque no sabía exactamente qué deseaba hacer, en parte porque las manos del hombre le parecían demasiado fuertes para tener la menor oportunidad de huir de su sujeción, apenas consiguió levantar torpemente el busto, acercar a su vientre, como para protegerlo, la mano que le quedaba libre, y volverse de lado. Se daba cuenta de que hubiera sido igualmente sencillo y más eficaz apretar las piernas una contra otra, pero, sin poder explicarse por qué, este gesto le parecía de pronto tan inconveniente y cómico que no se atrevía a hacerlo, por lo que acabó renunciando a dominar

una situación que la confundía, dejándose vencer por la parálisis que sólo había logrado superar durante un breve instante y de forma bastante ridícula.

Como si, para instrucción de Emmanuelle, quisieran extraer una moraleja de aquella vana resistencia, las manos del hombre la abandonaron bruscamente… Pero ella apenas tuvo tiempo de preguntarse qué significaba ese repentino cambio, ya que, de nuevo, volvían a estar sobre ella, esta vez a la altura de la cintura, seguras, rápidas, desabrochando el cierre de la falda, bajando la cremallera, deslizando la tela sobre las caderas, hasta la rodilla. Luego volvieron a subir. Una de ellas penetró bajo las bragas de Emmanuelle (ligeras y transparentes, como toda la ropa interior que acostumbra a llevar —poco numerosa, a decir verdad: un liguero, a veces unas enaguas bajo las faldas anchas, jamás sostén ni faja, aunque en las tiendas del Faubourg Saint Honoré donde compra su lencería se haga enseñar, por una u otra de las dependientas rubias, morenas, hermosas, semirreales, que se arrodillan a sus pies descubriendo sus largas piernas, innumerables modelos de sostenes, corsés, braguitas o picardías, que sus dedos graciosos hacen subir a lo largo de sus senos o de sus muslos, y con los que la acarician, pacientemente, con gestos repetidos y suaves, hasta que Emmanuelle cierra los ojos y dobla dulcemente las rodillas, posándose sobre el suelo cubierto de nylon como una vela se amaina, abierta, cálida y entregada a la perfecta y placentera habilidad de las manos y los labios).

El cuerpo de Emmanuelle volvió a la posición de la que el principio de resistencia la había apartado momentáneamente. El hombre acarició con la palma, como pasando la mano por el cuello de un caballo de pura sangre, su vientre plano y musculado, hasta la prominencia del pubis. Sus dedos recorrieron los pliegues de la ingle, luego bordearon el vello, dibujando los lados del triángulo cuyo aire parecían respirar. El ángulo inferior era muy abierto, disposición bastante rara que, no obstante, perpetuaron los escultores griegos.

Cuando la mano que recorría el vientre se hubo saciado de proporciones, obligó a los muslos a separarse un poco más; la falda enroscada alrededor de las rodillas les estorbaba: acabaron

cediendo, sin embargo, abriéndose todo lo que podían. La mano tomó en su cuenco el sexo caliente y mojado, acariciándolo como para apaciguarlo, sin prisas, con un movimiento que seguía los pliegues de los labios, introduciéndose —primero ligeramente— entre ellos, para pasar al clítoris prominente y reposar finalmente sobre los bucles espesos del pubis. Luego, a cada nuevo paso entre las piernas, que, deshaciéndose de la falda, se separaban cada vez más, los dedos del hombre, partiendo cada vez desde más lejos, se hundieron más profundamente entre las mucosas húmedas, ralentizando su progresión, pareciendo dudar a medida que la tensión de Emmanuelle aumentaba. Mordiéndose los labios para contener el sollozo que ascendía por su garganta, la cintura arqueada, Emmanuelle jadeaba por el deseo del espasmo al que el hombre parecía querer acercarla de continuo sin permitirle jamás alcanzarlo.

Con una sola mano, jugaba con su cuerpo al ritmo y con el tono que más parecían complacerle, indiferente a sus senos, a su boca, sin dar muestras de desear besar ni abrazar, permaneciendo, en medio de la voluptuosidad incompleta que dispensaba, despreocupado y distante. Emmanuelle agitó la cabeza a derecha y a izquierda, dejó escapar una serie de gemidos ahogados, de sonidos que parecían una plegaria. Sus ojos se entreabrieron y buscaron el rostro del hombre. Empezaron a brillar las lágrimas.

Entonces, la mano se inmovilizó, oprimiendo toda la parte del cuerpo de Emmanuelle que había enardecido. El hombre se inclinó ligeramente hacia la pasajera y tomó, con su otra mano, una de las suyas, que atrajo hacia él e introdujo dentro de su ropa. La ayudó a detenerse sobre la verga rígida y guió los movimientos, regulando la amplitud y la cadencia de acuerdo a su deseo, haciéndolos más lentos o más rápidos según el grado de su excitación, hasta adquirir la convicción de que podía entregarse a la intuición y al experto deseo de Emmanuelle y dejarla acabar a su manera la manipulación a la que al principio se había entregado con espíritu ofuscado y docilidad infantil, pero que poco a poco iba perfeccionando con una solicitud insospechada.

Emmanuelle había adelantado el torso de forma que su mano desempeñase mejor su función y el hombre a su vez se acercó, para

que ella pudiera ser rociada por el esperma que sentía brotar del fondo de sus glándulas. Todavía durante bastante tiempo, sin embargo, logró contenerse, mientras los dedos de Emmanuelle subían y bajaban, menos tímidos a medida que la caricia se prolongaba, sin limitarse ya a un elemental vaivén, sino entreabriéndose, repentinamente expertos, para deslizarse a lo largo de la gran vena hinchada, sobre la combadura de la verga, hundiéndose (arañando imperceptiblemente la piel con sus uñas limadas) lo más abajo posible —todo lo cerca de los testículos que la estrechez del pantalón les permitía, luego volviendo atrás con una torsión lasciva, hasta que los pliegues de piel móvil en el hueco de la palma húmeda hubiesen recubierto la punta del miembro, lo que, dado el crecimiento, parecía no poder ocurrir jamás. Desde allí, oprimiendo de nuevo con fuerza, la mano volvía a bajar hacia el cuello de la verga, estirando el prepucio, ya apretando la carne tumescente, ya aflojando su abrazo, rozando apenas la mucosa u hostigándola, envolviéndola con amplios movimientos de la muñeca o provocándola con breves intervalos despiadados… El glande, dos veces mayor, se enardecía, pareciendo a cada instante más próximo a estallar.

Emmanuelle recibió, con una exaltación extraña, sobre los brazos, sobre el vientre desnudo, la garganta, el rostro, sobre la boca, en los cabellos, los largos chorros blancos de olor penetrante que brotaban finalmente del miembro satisfecho. Amenazaban no llegar a agotarse nunca. Emmanuelle creía sentirlos deslizarse por su garganta, como si los bebiera… Una embriaguez desconocida la embargaba. Un deleite sin pudor. Cuando dejó caer su brazo, el hombre cogió con la punta de los dedos su clítoris y la hizo gozar.

Un ronroneo indicó que el altavoz iba a ser utilizado. La voz de la azafata, voluntariamente apagada para que los pasajeros no se despertaran con excesiva brusquedad, anunció que el aparato aterrizaría en Bahrein dentro de veinte minutos. Volvería a despegar a medianoche, hora local. En el aeropuerto les sería servida una cena.

La luz renacía progresivamente en el compartimento, imitando la lentitud de un amanecer. Emmanuelle usó la manta (que había caído a sus pies) para enjugar el esperma que la había salpicado. Se

subió la falda, cubrió sus caderas. Cuando entró la azafata, Emmanuelle, sentada en la butaca, de la que no había levantado el respaldo, intentaba poner orden en su aspecto.

—¿Ha dormido bien? —preguntó alegremente la joven.

Emmanuelle terminó de abrocharse el cinturón:

—Tengo la blusa toda arrugada —dijo.

Miraba las manchas húmedas que se extendían a ambos lados de la abertura del cuello. Volvió hacia fuera las solapas de la blusa, lo que hizo asomar el pezón encarnado de uno de sus senos. El escote permaneció así abierto y las miradas de los cuatro ingleses fueron atraídas por el perfil prominente de un seno desnudo.

—¿No tiene nada para cambiarse? —preguntó la azafata.

—No —dijo Emmanuelle.

Esbozó una mueca que parecía contener la risa. Los ojos de las dos mujeres se encontraron y reconocieron su complicidad. Su turbación era parecida. El hombre las observaba. Su traje no presentaba la menor arruga, su camisa estaba limpia como al principio, su corbata no se había movido.

—Venga conmigo —decidió la azafata.

Emmanuelle se levantó, rodeó a su vecino (había sitio de sobra) y siguió a la joven inglesa hasta el cuarto de aseo, todo espejos, pufs, adornos de piel blanca, anaqueles repletos de frasquitos y de lociones.

—¡Espéreme!

La azafata se eclipsó, para regresar al cabo de algunos minutos trayendo un maletín; levantó la tapa de pergamino, sacó de un compartimento minúsculo un *maillot* color hoja seca, tejido con hilos de orlón, de lana y de seda tan ligeros que cabía entero en un puño. Cuando lo sacudió pareció de pronto hincharse como un globo y Emmanuelle, maravillada, aplaudió.

—¿Me lo presta? —preguntó.

—No, es un regalo que le hago. Estoy segura de que le sentará muy bien: es su estilo.

—Pero…

La azafata posó un dedo sobre los labios que iban a abrirse para protestar. Sus ojos dulces brillaban. Emmanuelle no podía dejar de mirarlos. Acercó su rostro hacia ella. Pero la azafata ya se había

alejado; le tendía un agua de colonia: —Fricciónese con esto. ¡Es una delicia!

La viajera se refrescó la cara, los brazos y el cuello, sumergió entre sus senos el algodón que había impregnado del líquido perfumado y luego, cambiando de opinión, desabrochó rápidamente los últimos botones de su blusa.

Con los brazos echados hacia atrás, dejó caer sobre la alfombra blanca su camisa de seda y respiró hondo, súbitamente aturdida por su semidesnudez. Se volvió hacia la azafata y la contempló con inocente júbilo. Esta se agachó para recoger la blusa arrugada; la oprimió contra su rostro: —¡Oh, qué bien huele! —exclamó, riendo maliciosamente.

Emmanuelle perdió la cabeza. La evocación de la increíble escena de la hora anterior le parecía carente de sentido en este momento. Su único pensamiento, que le daba vueltas en la cabeza como en una jaula, era deshacerse de la falda, de las medias, estar enteramente desnuda para aquella hermosa joven. Sus dedos jugueteaban con la hebilla del cinturón.

—¡Qué negros y abundantes son sus cabellos! —se extasió la azafata, divertida mientras pasaba un cepillo por las largas ondas de Emmanuelle, que cubrían hasta más abajo de la cintura su espalda desnuda—. ¡Qué reflejos! ¡Qué pelo más sedoso! Cómo me gustaría tener un pelo tan bonito.

—A mí en cambio me gusta el suyo —contestó Emmanuelle.

¡Oh, si su compañera quisiera, también ella, desnudarse! Emmanuelle lo deseaba tanto que su voz sonó ronca. Imploró: —¿No se puede tomar un baño en el avión?

—Por supuesto que sí. Pero será mejor que espere un poco: los cuartos de baño del aeropuerto donde haremos escala son todavía más confortables. Por otra parte no tendría tiempo, vamos a aterrizar dentro de cinco minutos.

Emmanuelle no conseguía resignarse. Sus labios temblaban. Tiró del cierre de su falda.

—Dese prisa en ponerse mi *maillot* —regañó la joven inglesa, tendiéndole el jersey a Emmanuelle.

Ella le ayudó a pasar la cabeza por la estrecha abertura. El jersey elástico era tan ceñido y tan fino que los pezones quedaban

marcados en relieve, tan visibles como si, en lugar de haber estado cubiertos por un suéter, hubiesen estado simplemente pintados de rojo. La azafata pareció reparar en ello por primera vez.

—¡Está usted muy atractiva! —exclamó.

Y apoyó, riéndose, la punta del dedo índice sobre uno de los pezones erectos, como si hubiera pulsado el botón de un timbre. Los ojos de Emmanuelle centellearon: —¿Es verdad —preguntó— que todas las azafatas del aire son vírgenes?

La muchacha se echó a reír como un pájaro canoro; luego, antes de que Emmanuelle pudiera reaccionar, abrió la puerta, arrastrando a su pasajera.

—¡Aprisa! Vuelva a su asiento. Está encendida la luz roja, vamos a aterrizar.

Pero Emmanuelle ponía mala cara. No tenía ningunas ganas, además, de encontrarse codo con codo con su vecino de compartimento.

La escala le resultó aburrida. ¿De qué servía saber que se hallaban en el desierto árabe, si no se veía nada? El aeropuerto, aséptico y cromado, con una iluminación demasiado cruda, refrigerado, hermético, insonorizado, se parecía increíblemente al interior del satélite artificial que mostraban, en aquel momento, las noticias televisadas sobre la pantalla de la sala de espera para viajeros. Emmanuelle se bañó con desgana; bebió té; mordisqueó algunos pasteles en compañía de cuatro o cinco pasajeros, entre los que se hallaba el «suyo».

Ella le miraba con asombro, intentando comprender lo que había pasado entre ellos hacía una hora. Aquel episodio no cuadraba con el resto de la historia de Emmanuelle. ¿Estaba segura de que había ocurrido realmente? ¡Oh! ¡Meditarlo era demasiado complicado! Demasiado arriesgado, además. Lo más sencillo y prudente era negarse a darle más vueltas. Se esforzó en vaciar aquella parte de su cerebro que persistía en hacer preguntas.

Cuando el movimiento de los demás, antes que las palabras incomprensibles del altavoz, le indicó que debía volver a bordo, había conseguido no saber muy bien qué era lo que se esforzaba en olvidar.

No bien los pasajeros volvieron a subir al avión, observaron que

había sido limpiado, ordenado, ventilado. Una fresca fragancia flotaba en los pasillos. Los asientos habían sido provistos de nuevas mantas. Grandes cojines rellenos de plumas, de una luminosa blancura, hacían más tentador aún el terciopelo azul oscuro sobre el que estaban dispuestos. El camarero vino a preguntar si deseaban bebidas. ¿No? Pues entonces ¡buenas noches! La azafata vino también a desearles un feliz descanso. A Emmanuelle todo aquel ceremonial le encantaba. Se sintió nuevamente contenta —de manera positiva, con fuerza, con certeza—. Quería que el mundo fuese exactamente como era. Todo, sobre la tierra, estaba definitivamente bien.

Se acostó de espaldas. No tenía miedo, esta vez, de mostrar sus piernas; sentía ganas de moverlas. Las levantó sucesivamente, doblando y alargando las rodillas, haciendo trabajar los músculos de sus muslos, restregando, con un suave crujido del nylon, los tobillos uno contra otro. Saboreó minuciosamente el placer físico que le causaba este ejercicio de sus extremidades. Para poder moverse mejor, se subió la falda más arriba, deliberadamente, sin esconderse, tirando de la tela con las dos manos.

«Después de todo», se dijo, «no son únicamente mis rodillas las que merecen ser contempladas, son todas mis piernas. Hay que reconocer que son realmente bonitas; parecen dos pequeños ríos cubiertos de hojas secas y repletos de malos espíritus que se divierten pasando uno por encima del otro. Y no es eso lo único que tengo bonito. También me gusta mi piel, que se broncea al sol como un grano de maíz, sin enrojecer jamás; y también me gustan mis nalgas. Y también las pequeñas frambuesas en la punta de mis senos, con su collarcillo de azúcar rojo. Me encantaría poder lamerlas».

Las luces indirectas se debilitaron y Emmanuelle atrajo hacia sí, con un suspiro de bienestar, la manta fragante de agujas de pino que la compañía aérea le ofrecía para velar sus sueños.

Cuando sólo seguían encendidas las luces de noche, se dio vuelta e intentó distinguir a su compañero, al que no se había atrevido a mirar de frente desde que de nuevo se acostara junto a él. Para su sorpresa, encontró la mirada del hombre clavada en ella y pareciendo esperarla, visible a pesar de la casi total oscuridad.

Durante algún tiempo, permanecieron así, mirándose a los ojos, sin más expresión que la de una perfecta tranquilidad. Emmanuelle reconocía el destello de afecto ligeramente divertido, un poco protector, que había observado en el momento en que se encontraran por primera vez (¿cuándo, exactamente?, ¿hacía apenas siete horas?) y se decía que era eso lo que le gustaba en él.

Como esta proximidad, de repente, se le hacía agradable, sonrió cerrando los ojos. Sentía confusamente tener deseos de algo —pero no sabía de qué—. No encontró otra distracción que recrearse de nuevo en su belleza: su propia imagen le acudía a la mente como un refrán favorito. Con el corazón palpitante, buscaba mentalmente la caleta invisible que sabía soterrada bajo un promontorio de negra vegetación, en la confluencia de los dos ríos: sentía cómo la corriente acariciaba sus orillas. Cuando el hombre se incorporó sobre un codo y se inclinó hacia ella, Emmanuelle abrió los párpados y le dejó besarla. El sabor de los labios sobre sus labios tenía la frescura y la sal del mar.

Enderezó el torso y levantó el brazo, a fin de facilitarle la tarea cuando quiso quitarle el suéter. Saboreó la turbación de ver aparecer bajo la lana dorada los senos que la penumbra hacía parecer aún más redondos y voluminosos que de día. Para dejarle intacto el placer de desvestirla, no le ayudó cuando buscaba el cierre de su falda: sin embargo, levantó las caderas para que pudiera quitársela sin esfuerzo. Esta vez, no la dejó enroscada en torno a sus rodillas: se liberó completamente de ella.

Las manos activas del hombre la despojaron de sus diminutas bragas. Cuando soltaron el liguero, Emmanuelle se quitó ella misma las medias y las tiró junto a la falda y el suéter a los pies del asiento.

Sólo al quedar enteramente desnuda, él la estrechó contra su cuerpo y empezó a acariciarla, desde el cabello a los tobillos, sin olvidar nada. Ahora ella tenía tantas ganas de hacer el amor que el corazón le dolía y sentía un nudo en la garganta: creía que jamás podría volver a respirar, ver la luz del día. Tenía miedo, habría querido llamar, pero el hombre la abrazaba con enorme fuerza, con una mano en el surco de sus nalgas, dilatando la pequeña hendidura temblorosa, y un dedo hundido hasta el final. Al mismo tiempo la

besaba con avidez, lamiendo su lengua, bebiendo su saliva.

Ella se quejaba con pequeños gemidos, sin saber muy bien por qué, ¿era el dedo que la registraba, dirigiéndose hacia el fondo de sus entrañas, o la boca que se alimentaba de ella, tragando cada soplo de aliento, cada sollozo? ¿Era el tormento del deseo o la vergüenza por la lujuria? El recuerdo de la larga forma combada que había tenido en el cuenco de su mano la atormentaba, magnífica y erecta, arrogante, dura, roja, ardiente hasta no poder soportarlo. Gimió tan fuerte que el hombre se apiadó: finalmente sintió el miembro desnudo, fuerte como había esperado, posarse sobre su vientre, y ella se estrechó contra él con toda la suavidad de su cuerpo.

Así permanecieron largo rato sin moverse; luego el hombre pareció decidirse bruscamente, la cogió en sus brazos y la hizo pasar por encima suyo, con lo que se encontró acostada sobre la litera que daba al pasillo. Menos de un metro la separaba de los niños ingleses. Había olvidado incluso su existencia. De pronto se dio cuenta de que no dormían y la estaban mirando. El niño era el que estaba más cerca pero la hermanita se había acurrucado junto a él para ver mejor. Inmóviles y conteniendo la respiración, miraban fijamente a Emmanuelle con dilatadas pupilas en las que sólo se leía una curiosidad fascinada. La sola idea de ser poseída bajo su mirada, de entregarse, ella, Emmanuelle, a este exceso de impudicia le produjo una especie de vértigo. Pero a la vez, tenía prisa por que ocurriera y ellos lo vieran todo.

Estaba acostada sobre el lado derecho, los muslos y las rodillas doblados, ofreciendo la espalda. El hombre la había cogido por las caderas, por detrás. Introdujo una pierna entre las de Emmanuelle y penetró en ella con una acometida rectilínea, irresistible, que facilitaron tanto la absoluta rigidez de su pene como la humedad del sexo de Emmanuelle. Sólo después de alcanzar el punto más profundo de su vagina, y de detenerse el tiempo necesario para suspirar de placer, empezó a mover adelante y atrás su miembro con grandes embates regulares.

Emmanuelle, liberada de su angustia, jadeaba, más líquida y más caliente a cada nueva embestida del falo. Como si se alimentase de ella, éste aumentaba de tamaño y extendía sus

movimientos en amplitud y actividad. A través de la bruma de su felicidad, Emmanuelle consiguió maravillarse de que el ariete pudiera adentrarse tanto en su vientre. Sus órganos, pensaba complacida, no parecían haberse atrofiado en los largos meses que no habían sido estimulados por un aguijón masculino. Ahora deseaba aprovechar esa voluptuosidad lo más completamente y durante el mayor tiempo posible.

El viajero, por su parte, no parecía cansado de taladrar el cuerpo de Emmanuelle. A ella le habría gustado saber, en un momento dado, cuánto tiempo hacía que estaba dentro de ella; pero ningún punto de referencia le permitía apreciarlo.

Se contenía para no ceder al orgasmo, sin que ello le supusiera esfuerzo ni frustración, ya que estaba entrenada, desde la infancia, a prolongar el placer de la espera, y más que el espasmo apreciaba esa sensibilización creciente, esa extrema tensión del ser que sabía procurarse sólo cuando sus dedos acariciaban durante horas, con la ligereza del arco, el tallo tembloroso de su clítoris, negándose a rendirse a la súplica de su propia carne, hasta que finalmente la presión de su sensualidad la vencía, sacudiéndola con estremecimientos tan terribles como las convulsiones de la muerte, pero de los que Emmanuelle renacía en el acto más fresca y ligera.

Miraba a los niños. Sus rostros habían perdido toda expresión altanera. Ahora parecían humanos. Ni excitados, ni burlones, sino atentos y casi respetuosos. Intentó imaginar lo que debía pasarles por la cabeza, el desconcierto en que debía sumirles el acontecimiento que estaban presenciando, pero sus ideas parecían deshilacharse, su cerebro estaba recorrido por demasiadas turbaciones y se sentía demasiado feliz para preocuparse realmente de los demás.

Cuando por la aceleración de los movimientos, por una cierta rudeza de las manos que oprimían sus nalgas y, también, por una brusca hinchazón y por las pulsaciones del órgano que la atravesaba, comprendió que su compañero iba a eyacular, también ella se dejó arrastrar. El latigazo de esperma llevó su placer al paroxismo. Mientras se derramaba en ella, el hombre no se movió del fondo de su vagina, pegado como estaba al cuello de su matriz, e incluso en pleno espasmo Emmanuelle conservó la imaginación

suficiente para gozar representándose el cuadro del meato desbordado por los ríos cremosos —que aspiraba, activa y glotona como una boca, la abertura oblonga de su útero.

El viajero concluyó su orgasmo y Emmanuelle a su vez se calmó, embargada por un bienestar sin remordimientos, al que todo contribuía: el roce del macho que se retiraba, el contacto de la manta que sentía extender sobre ella, el confort de la litera y la opacidad creciente y tibia del sueño que la invadió.



El avión había atravesado la noche como un puente, ciego a los desiertos de la India, a los golfos, a los estuarios, a los arrozales. Cuando Emmanuelle abrió los ojos, un amanecer que no podía ver irisaba los contornos de la Cadena Birmana, aunque en el interior del compartimento el resplandor malva de las luces de noche no permitía adivinar nada del cambio de paisaje ni de la hora del día.

La manta blanca había caído al suelo y Emmanuelle estaba acostada, desnuda, sobre el lado izquierdo, hecha un ovillo como un niño friolero. Su vencedor dormía.

Emmanuelle iba recuperando la conciencia gradualmente, sin moverse. Nada de lo que pudiera pensar se traslucía en su rostro. Al cabo de un tiempo bastante largo, estiró lentamente las piernas, arqueó la cintura, se volvió de espaldas, buscando a tientas con qué cubrirse. Pero su gesto quedó interrumpido: un hombre, de pie en el pasillo, la estaba mirando.

El desconocido, en la posición que ocupaba respecto a ella, le pareció de una estatura gigantesca y la joven se dijo que era increíblemente bello. Sin duda esta belleza le hizo olvidar su desnudez, o al menos la privó de sentirse molesta. Pensaba: es una estatua griega. Semejante obra maestra no puede estar viva. Un fragmento de poema, que no era griego, cruzó por su mente: *Deidad del templo en ruinas*… Habría deseado ver prímulas, hierbas amarillentas, profusamente esparcidas a los pies del dios, zarcillos en torno a su zócalo, y que una brisa ligera agitase los cortos cabellos rizados que caían en bucles sobre sus orejas y su frente. La

mirada de Emmanuelle recorrió la arista rectilínea de la nariz, se posó sobre los labios perfilados, sobre la barbilla de mármol. Dos rígidos tendones esculpían la línea del cuello hasta la camisa entreabierta sobre un pecho sin vello. Los ojos de la mujer proseguían su estudio. Una protuberancia desmesurada tensaba el pantalón de franela blanca, muy cerca de la cara de Emmanuelle.

La aparición se inclinó y recogió la falda y el jersey que yacían en el suelo. Recogió también las bragas y el portaligas, las medias y los zapatos desperdigados, luego se incorporó y dijo: —Venga.

La viajera se sentó en el sillón, apoyó los pies en la moqueta y cogió la mano que le tendían. Luego, levantándose con un ligero esfuerzo, avanzó, desnuda como si hubiese cambiado de mundo en las alturas y en la noche.

El desconocido la condujo al cuarto de aseo en el que ya había estado con la azafata. Se puso de espaldas al tabique acolchado de seda y colocó a Emmanuelle frente a él. Ella dejó escapar un grito cuando vio el reptil hercúleo que se erguía ante ella asomando entre la maleza dorada. Como era sensiblemente más menuda que el hombre, el glande trigonocéfalo le llegaba a la altura de los senos.

El héroe cogió a Emmanuelle por la cintura y la levantó sin esfuerzo. La joven rodeó entrelazando los dedos la nuca masculina, cuyos músculos sintió endurecerse bajo sus palmas, y separó sus piernas para que el miembro escarlata sobre el que su secuestrador la hacía caer pudiese penetrarla. Algunas lágrimas cubrieron sus mejillas, mientras el hombre entraba en ella con precaución, desgarrándola. Emmanuelle, apoyando las rodillas contra la pared, sobre las caderas de su compañero, ayudaba como podía a la serpiente fabulosa a avanzar por las profundidades de su cuerpo. Se contorsionaba, arañando el cuello al que se aferraba, sollozando, musitando con voz ronca palabras ininteligibles. Ni siquiera se dio cuenta, en su extravío, de que el hombre gozaba, enseguida, con una embestida tan salvaje de su pelvis que parecía realmente querer abrirse camino a través de ella, hasta su corazón. Cuando se retiró, con el rostro iluminado, la contempló de pie, apretada contra él. El falo mojado refrescaba la piel dolorida de Emmanuelle.

—¿Has amado? —preguntó.

Emmanuelle posó la mejilla sobre el pecho del dios griego.

Sentía su semen removerse en ella.

—Le amo —murmuró.

Luego:

—¿Quiere poseerme de nuevo?

Él sonrió.

—Enseguida —dijo—. Volveré. Ahora vístete.

Se inclinó, depositándole un beso tan casto en la frente que ella no se atrevió a decir nada más. Antes de poder darse cuenta se encontró sola.

Con gestos sumamente lentos, como si se tratase de una ceremonia (o quizá porque todavía no había encontrado del todo el ritmo de la realidad), hizo caer sobre ella el agua de la ducha, cubrió su cuerpo de espuma, se aclaró con meticulosidad, frotó su piel con cálidas y perfumadas toallas que sacó de un distribuidor eléctrico, vaporizó su nuca y su garganta, sus axilas y el vello de su pubis con un perfume que evocaba la frescura de una floresta, se cepilló el cabello. Su imagen se la devolvían a tres bandas largos espejos: le pareció que jamás había estado tan fresca ni tan resplandeciente de belleza. Aquel desconocido ¿volvería como había prometido?

Esperó hasta que el altavoz anunció que se acercaban a Bangkok. Entonces, con una mueca de disgusto, el corazón turbado, se vistió, volvió a su compartimento, retirando su bolso y su chaqueta de la redecilla de equipaje y poniéndolos sobre sus rodillas, para al fin sentarse en la butaca, de la que una mano previsora había modificado nuevamente la forma y junto a la cual habían colocado una taza de té y una bandeja de brioches. Su vecino, sobre el que depositó una mirada distraída, tuvo una reacción de sorpresa.

—*But… aren't you going on to Tokyo?* —inquirió con un velo de contrariedad en su voz.

Emmanuelle adivinó sin dificultad lo que había querido decir y sacudió negativamente la cabeza. El rostro del hombre se ensombreció. Le hizo otra pregunta, que ella no comprendió y, por otra parte, no tenía ningunas ganas de responder. Miraba al frente con una expresión afligida.

El viajero había sacado una agenda y se la tendió a Emmanuelle,

indicándole que escribiera. Sin duda quería que le dejase su nombre, o una dirección donde pudiera volver a verla. Pero ella se negó meneando la cabeza, obstinada. Se preguntaba si el desconocido de rostro de hiedra y olor a piedra caliente, el genio caprichoso del templo en ruinas, abandonaría con ella el avión en Bangkok o volaría hacia Japón. De ser así, si al menos pudiera volver a verle en la escala…

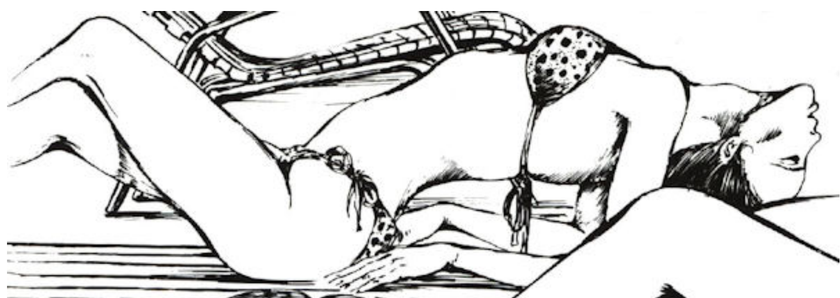
Le buscó con la mirada entre los pasajeros que, tras descender del aparato, esperaban, agrupados bajo sus alas, en la mañana del aeropuerto tropical, que les transportasen a los edificios de cemento y cristal cuya silueta futurista se recortaba sobre un cielo ya blanco de calor. Pero no reconoció a nadie con su talla ni sus cabellos de otoño. La azafata le sonreía: apenas pudo verla. Ahora, la empujaban hacia las rejas de la aduana. Alguien franqueó una barrera, mostrando un pase, y llamó a Emmanuelle. Ella echó a correr y se arrojó, con un grito de alegría, en los brazos abiertos de su marido.


VOLONTIERS !

# Verde paraíso

*¿Acaso os aconsejo que matéis vuestros sentidos? Os aconsejo la inocencia de los sentidos.*

NIETZSCHE, *Así hablaba Zaratustra*



La piscina de mosaicos negros y agua rosada en la que danzan los tobillos de Emmanuelle es la del Royal Bangkok Sports Club. Las esposas y las hijas admitidas en este círculo varonil vienen, los sábados y los domingos por la tarde, a mostrar sus piernas y sus senos a través de la transparencia de su ropa, mientras pasean por las instalaciones deportivas y los demás días de la semana los muestran al descubierto sobre el borde de la piscina. Con la cabeza apoyada sobre los brazos doblados, estirada cerca de Emmanuelle (que de vez en cuando siente la caricia de sus cabellos cortos sobre su muslo), una joven con cuerpo de potranca, cuyos músculos bajo la piel cobriza parecen dibujar a la sanguina un croquis de escultor, no deja de hablar. Su risa alegre resuena sobre la superficie del agua. La belleza de su voz adorna sus confidencias.

—A Gilbert le parece de buen tono hacerse el ofendido desde lo del Filibustero: me reprocha mis tres noches de fuga. Sin embargo volví sensatamente a casa a la cuarta noche… ¡Cuando el Filibustero se fue!

Emmanuelle sabía que aquella era Ariane, mujer del conde de Saynes, consejero de la Embajada de Francia, y que tenía veintiséis años.

—¿Qué mosca le ha picado a tu marido? —preguntó otra, ocupada en peinar, sobre una tumbona de lona roja, a una perra aburrida a la que llamaba O—. ¿Estaban flaqueando sus principios?

—Lo que le molestó, no es que pasase mis noches en la cabina del comandante, sino que no se lo dijese. Cree haber hecho el ridículo buscándome por todas partes, incluso en la policía.

Las jóvenes lanzaron pequeñas exclamaciones. Tendidas sobre la parrilla de las baldosas, en un aturdimiento casi estupefaciente (no obstante estar entrenadas en tal forma de cocción), formaban una estrella de carne ardiente alrededor de Ariane, echada boca arriba, y de Emmanuelle. Esta última las oía más que verlas, ya que los reflejos geométricos del agua tibia alrededor de sus piernas parecían, de momento, interesarle más que el espectáculo de los cuerpos dorados.

—¿Dónde quería que estuvieras? No hacía falta ser brujo para adivinarlo.

—Sobre todo cuando confiesa haberme visto por última vez al final de aquella fiesta a bordo: sin armadura ni defensa entre dos fieros gavieros que parecían decididos a repartirse mis despojos.

—¿Lo hicieron?

—¿Cómo voy a saberlo?

Irguió el busto para interpelar a Emmanuelle. Esta no pudo evitar admirar una vez más la facilidad y la astucia con las que aquellas bañistas de cerámica desataban en su espalda la tira de su sostén, en teoría para evitar cualquier raya blanca sobre su bronceado, en realidad para enrolar al servicio de su silueta las leyes de la gravedad cuando, con una aparente inocencia, se incorporaban sobre los codos para saludar a un amigo que pasaba junto a ellas.

—Querida —proclamaba Ariane—, se ha perdido la ocasión del siglo, ya que algo así no se presenta dos veces en cien años en Bangkok, como Chouffie acaba de decir. Un barco de guerra atracó el fin de semana pasado en el río, con el pretexto de devolver no sé qué servicio a la marina siamesa. Me habría gustado que lo viera:

¡una tripulación de sátiros! ¡El comandante era dionisíaco! Durante tres días, todo fueron *cocktails*, cenas, bailes, ¡y lo demás!

La indiscreción, el tono desenvuelto, la risa aguda de las jóvenes francesas que la rodeaban intimidaban a Emmanuelle: se asombraba de que su experiencia de parisina le fuera de tan poca ayuda para enfrentarse a aquella sociedad excesiva. La ociosidad y el lujo de esas desarraigadas le parecían mucho más exagerados que el tiempo más perdido, que el dinero menos modesto de Auteuil y de Passy. Parecían vivir su ocio con intensidad, en un alarde sin improvisación ni descanso. Y todo indicaba que no tenían más preocupación a lo largo de su vida, cualquiera fuese el lugar y cualquiera fuese su edad, su apariencia y su condición que seducir y ser seducidas.

Una de ellas, cuya melena leonada descendía con abundantes rizos sobre los hombros y hasta las caderas, se levantó indolente y se acercó al borde de la piscina, donde permaneció de pie, desperezándose y bostezando, las piernas en V, la parte de su bikini blanco junto a las ingles estrecha como una cinta, dejando irrumpir la frondosidad soleada de su vello dorado y descubriendo, a los ojos repentinamente atentos de Emmanuelle, la moldura del sexo: un sexo fuerte, ejercitado, del que la pureza del rostro y la gracia de las facciones de la joven acrecentaban su impudor.

—Jean no es tan tonto —opinó—. Antes de hacer venir a su mujer, se informó de la partida del Filibustero.

—Lástima —constató Ariane con tono de sincero disgusto—. Habría tenido un éxito loco.

—Sin embargo no veo por qué iba a pensar que Emmanuelle estaría más segura en París —ironizó una de las muchachas semidesnudas. —¡No creo que le faltaran proposiciones!

Ariane miró a Emmanuelle con mayor interés. Una de las acolitas comentó con flema: —Es verdad. Su marido no debe ser celoso, para dejarla todo un año sola.

—¡Un año no, seis meses! —rectificó Emmanuelle.

Ahora escrutaba el relieve labiado de la vulva, tan cerca de ella que habría podido, con sólo inclinarse, tocarla con la boca.

—Encuentro que ha hecho bien en no pedirle que viniera al mismo tiempo que él —intervino la dueña de O—. Estos últimos

meses los ha pasado prácticamente todos en el norte; todavía no tenía casa y debía alojarse en el hotel cada vez que venía a Bangkok. No habría sido una vida agradable para usted.

Y añadió enseguida:

—¿Qué le ha parecido su villa? He oído decir que es preciosa.

—Oh, está recién terminada: todavía faltan los muebles. Lo que más me gusta es el jardín, con esos enormes árboles. Tendrán ustedes que venir a verlo —concluyó educadamente Emmanuelle.

—De todas formas no pensará quedarse sola en Bangkok las tres cuartas partes del año —quiso informarse alguien del séquito de Ariane.

—Claro que no —replicó Emmanuelle con una ligera irritación —. Ahora que los ingenieros están instalados, Jean ya no tiene por qué ir a Yarn Hee: tendrá bastante que hacer aquí. Se quedará todo el tiempo conmigo.

—¡Bah! —dijo la condesa con una risa tranquilizadora—; la ciudad es grande.

Como Emmanuelle no parecía comprender para qué podía servir esta extensión, Ariane explicó: —La oficina va a acaparar la mayor parte de su tiempo, ya verá. Tendrá todo el espacio y el ocio necesario para manejar a sus admiradores. ¡Es una suerte que los hombres que valen la pena en este país no estén siempre tan ocupados como nuestros maridos! ¿Sabe usted conducir?

—Sí, pero no me atrevo a lanzarme por este laberinto de calles imposibles. Jean me dejará el chófer, hasta que aprenda a orientarme.

—Enseguida conocerá lo esencial. Yo le haré de guía.

—Dicho de otra manera, ¡Ariane se encargará de pervertirla!

—¡Cuentos! Emmanuelle no tiene necesidad de mí para eso. Más bien soy yo la que tiene ganas de que me cuente sus venalidades: Minoute tiene razón, sólo en París se organizan verdaderas orgías.

—Pero si no tengo nada que contar —objetó débilmente Emmanuelle.

De repente se sentía casi miserable.

—No se preocupe —se apresuró a decir la que parecía más ansiosa por conocer sus secretos. —Puede hacernos las confidencias más impúdicas: ¡seremos una tumba!

—¿Qué quieren que les diga? Durante todo el tiempo que he estado en Francia —afirmó Emmanuelle con una fuerza y una serenidad repentinas—, nunca he engañado a mi marido.

Por un momento el silencio reinó entre las mujeres. Parecían valorar el alcance de aquella declaración. El tono de sinceridad de Emmanuelle las había impresionado. La condesa miraba a la recién llegada con un cierto disgusto. ¿Acaso era esa chica una mojigata? Sin embargo, a juzgar por su traje de baño…

—¿Cuánto tiempo hace que está casada? —le preguntó.

—Casi un año —respondió Emmanuelle.

Y añadió, para darles celos de su juventud:

—Me casé a los dieciocho años.

Bruscamente, por miedo a dejarles recuperar la ventaja, agregó:
—¡Un año de matrimonio y la mitad separados! Imagínense ustedes lo feliz que me siento de volver a estar con Jean.

Sus ojos, para sorpresa propia, se empañaron antes de que pudiera desviarlos.

Las muchachas sacudieron la cabeza como para expresar su simpatía. En realidad, pensaban: «Esta no es de las nuestras».

—¿Quiere venir a casa a tomar un batido?

Emmanuelle no ha reparado aún en la que acaba de levantarse de un salto. Pero enseguida la expresión de firmeza, la seguridad casi protectora del nuevo rostro la divierten, porque este rostro es al mismo tiempo el de una niña.

No tan pequeña, se corrige, mientras la adolescente se planta ante ella, pareciendo tomarla bajo su tutela. No más de trece años, sin duda, pero casi tan alta como Emmanuelle. La diferencia está en la madurez de sus cuerpos: éste posee algo todavía en bruto, incompletamente sutil. Tal vez se deba a la textura de la piel, que se remite más a la infancia: una piel sobre la que la pátina del sol no se deposita —cuyo tono no es cálido, civilizado, elegante como el de Ariane—. Emmanuelle la juzga, a primera vista, incluso un poco rugosa… Pero no exactamente: más bien áspera, como una finísima carne de gallina. En los brazos, sobre todo. Parece más aterciopelada en las piernas. Hermosas piernas de varón, a causa de los tobillos con tendones vigorosos, de las rodillas y las pantorrillas duras, de los muslos nerviosos. Agradables de mirar por sus

proporciones logradas y su fuerza ligera más que por la emoción suavemente turbadora que suelen despertar las piernas de las mujeres. A éstas, Emmanuelle se las imagina más fácilmente corriendo por la arena o tensándose sobre el trampolín de una piscina, que, desfallecidas por la caricia de una mano, abriendo a un cuerpo impaciente la puerta de un cuerpo dócil.

Recibe la misma impresión del vientre de deportista cóncavo, surcado por el movimiento, palpitante como un corazón, de la tensión de los músculos, y que el reducido triángulo de tela —no mayor que el que lleva en escena una bailarina desnuda— no llega a hacer indecente.

Los pequeños senos puntiagudos tampoco lo son, a pesar de estar poco disimulados bajo la simbólica tira del bikini. «Es bonito», se dice Emmanuelle, «pero, realmente, ¿por qué no ir con el torso desnudo?, sería más bello y estoy segura de que no despertaría malos pensamientos». (meditándolo ya no está tan segura). Se pregunta cuál puede ser la sensualidad de unos senos tan jóvenes, luego se acuerda de los suyos y de los placeres que le dispensaban cuando apenas marcaban su perfil, incluso menos abultados, reconoce, que éstos, ya que conforme más los mira menos desdeñables le parecen. Tal vez sea el contraste con los de Ariane lo que al principio influenció su opinión. O bien las caderas estrechas, o la cintura de colegiala…

O tal vez sean esas largas y gruesas trenzas que juguetean sobre su pecho sonrosado. Esas trenzas son lo que más parece fascinar a Emmanuelle. Jamás ha visto cabellos parecidos. Tan rubios, tan finos que son casi invisibles. Ni paja, ni lino, ni arena, ni oro, ni platino, ni plata, ni ceniza… ¿Con qué podrían compararse? Con algunas hebras de seda cruda, pero no completamente blanca sin embargo, de las que se utilizan para bordar. O con el cielo de la aurora. O con el pelaje de los linces de las nieves… Emmanuelle tropieza con sus ojos verdes y olvida todo lo demás.

Oblicuos, alargados, ascendiendo hacia las sienes en un movimiento tan extraño que parecerían fuera de lugar sobre esas mejillas claras de europea —¡pero tan verdes, es cierto, tan luminosos!—. Emmanuelle ve pasar por ellos sucesivamente, como la luz de un faro que gira y desaparece, destellos de ironía, de

seriedad, de razón, de extraordinaria autoridad; luego, de repente, de solicitud, de compasión, y también de burlona malicia, de fantasía, de ingenuidad: destellos de embrujo.

—Me llamo Marie-Anne.

Y, sin duda porque Emmanuelle, ocupada en contemplarla, ha olvidado responder, repite su invitación: —¿Quiere acompañarme a mi casa?

Esta vez Emmanuelle le sonríe y, a su vez, se levanta. Explica que hoy no puede aceptar, porque Jean va a venir a buscarla al club y llevarla a hacer algunas visitas. Volverá a casa tarde. Pero estaría encantada si Marie-Anne fuese a verla al día siguiente. ¿Sabía su dirección?

—Sí —dice brevemente Marie-Anne—. De acuerdo. ¡Hasta mañana por la tarde!

Emmanuelle aprovecha la distracción para escabullirse. Alega que no quiere hacer esperar a su marido. Se dirige presurosa a su guardarropa.



—¿Crees que el cuarto de invitados podrá estar listo dentro de algunos días? —preguntó a Emmanuelle su marido cuando se sentaron a la mesa.

Los paneles correderos, en aquel momento adosados a la pared, se abrían sobre un pequeño estanque donde unos lotos, por la mañana rosas, malvas, blancos o azules, columpiaban por la noche sus cálices verdes.

—Ya se puede utilizar, si queremos. Sólo faltan las cortinas y los cojines de colores que quiero poner sobre la cama. ¡Ah, sí! Y también una lámpara.

—Me gustaría que estuviese totalmente terminada dentro de diez días.

—Seguramente así será. No hacen falta diez días para hacer esos arreglos. ¿Pero qué quieres hacer con ella? ¿Tiene que venir alguien?

—Sí: Christopher. Ya sabes… Está en Malasia. Desde hace un

mes. Le invité antes de que tú llegases. Todo coincide perfectamente: la empresa le envía a hacer un recorrido por Thailandia. Así pues, podrá pasar varias semanas con nosotros. Ya verás, es un tipo simpático. Casi hará tres años que no nos veíamos.

—¿Fue él, verdad, el que estuvo contigo en Asuán, después de la construcción de la presa?

—Sí, el único que aguantó hasta el final.

—Ahora me acuerdo. Me contaste que es muy serio…

Jean se rió de la mueca de su mujer.

—Muy serio, es cierto, ¡pero a pesar de todo nada siniestro! Es un tipo que me gusta. Y estoy seguro de que a ti también te va a gustar.

—¿Qué edad tiene?

—Seis o siete años menos que yo. Entonces acababa de graduarse en Oxford.

—¿Es inglés?

—No. Bueno, sí, a medias. Por parte de madre. Pero su padre es uno de los fundadores de la empresa. Sin embargo no pienses que es el típico niño de papá. Al contrario, es un hombre muy trabajador. Se puede confiar en él.

Emmanuelle se sentía un poco decepcionada por tener que compartir tan pronto la intimidad reconquistada. No obstante, decidió inmediatamente dispensar una buena acogida a aquel invitado tan apreciado por su marido. Recordaba algunas fotos en las que Christopher aparecía como un explorador atlético y bronceado, dueño de una sonrisa apacible; se dijo que a fin de cuentas le prefería como invitado en lugar de los viejos inspectores estirados que probablemente, más tarde, se vería obligada a acompañar a través de las curiosidades de la ciudad, protegiéndolos de la insolación y los mosquitos.

Emmanuelle quiso conocer más detalles, ávida de imágenes de los años peligrosos, cuando todavía no conocía a Jean. Si le hubieran matado entonces, jamás se habría convertido en su mujer: esta idea le oprimía el corazón, no pudo probar bocado.

El *boy* circulaba en torno a la mesa, trayendo nueces de coco envueltas en flan y azúcar quemado, después del arroz helado y los buñuelos de flores que la vieja cocinera de dientes rojos había

tardado tres días en preparar en honor de la nueva patrona. Caminaba de puntillas deteniéndose alternativamente, cogiendo cada vez impulso como para saltar. A Emmanuelle le daba un poco de miedo. Se movía con demasiado sigilo, era demasiado fuerte y demasiado ligero, demasiado oportuno, demasiado presente —demasiado parecido a un gato.



Marie-Anne llegó en un coche americano blanco, conducido por un chófer indio con turbante y barba negra que volvió a marcharse tan pronto la hubo dejado.

—¿Podrás llevarme luego a casa, Emmanuelle? —preguntó Marie-Anne.

A Emmanuelle le sorprendió el tuteo. Observó también, mejor que el día anterior, que la voz armonizaba con las trenzas y la piel. En un primer momento, tuvo ganas de besar a la niña en las dos mejillas, pero algo le hizo retenerse. ¿Tal vez los pequeños senos puntiagudos bajo la camisa azul? ¡Era absurdo! Marie-Anne se mantenía muy cerca de ella.

—No te creas lo que cuentan esas idiotas —dijo—. Son unas pedantes. No hacen ni la décima parte de lo que pretenden.

—¡Claro! —convino Emmanuelle, tras un segundo de incomprensión: Marie-Anne evidentemente, se refería a las mujeres de la piscina mayores que ella—. ¿Quiere que vayamos a la terraza?

En el acto se arrepintió del «usted», instintivamente empleado. Marie-Anne aceptó la invitación con un movimiento de cabeza. Subieron al primer piso. Al pasar junto a la puerta de su habitación, Emmanuelle recordó de pronto la gran foto de ella desnuda que Jean tenía en su cabecera y temió que su invitada la viese. Apresuró el paso, pero Marie-Anne ya se había detenido frente a la celosía con mosquitero que separaba la pieza del pasillo.

—¿Es tu habitación? —dijo—. ¿Puedo verla?

Empujó la puerta, sin esperar la respuesta. Emmanuelle la siguió. La visitante se echó a reír.

—¡Qué cama tan inmensa! ¿Cuántos cabéis ahí dentro?

Emmanuelle se sonrojó.

—Son dos camas gemelas, en realidad. Están colocadas una junto a otra.

Marie-Anne contemplaba la foto.

—Estás muy guapa —dijo—. ¿Quién te la ha hecho?

Emmanuelle quiso mentir, decir que había sido Jean, pero no pudo.

—Un artista, un amigo de mi marido —contestó.

—¿Tienes más fotos? No será la única que te hizo. ¿No hay ninguna donde estés haciendo el amor?

Emmanuelle sintió un ligero vértigo. ¿Qué clase de niña era aquélla, que la miraba con sus enormes ojos claros, con una sonrisa fresca, haciéndole con semejante tono de camaradería, sin emoción aparente, tan sorprendentes preguntas? Y lo peor era que, tal vez a causa de esa mirada, Emmanuelle sentía que no podría mentir, que la niña tenía el poder de arrancarle, si lo quería, las confesiones más íntimas. Abrió bruscamente la puerta, como si ese gesto pudiera defenderla.

—¿Viene? —dijo.

Una vez más había olvidado el «tú».

Marie-Anne esbozó una sonrisa fugaz. Salieron a una terraza, protegida del sol por un toldo a rayas amarillas y blancas. El río, a escasa distancia de allí, exhalaba una cálida brisa. Marie-Anne exclamó: —¡Qué suerte tienes! En Bangkok no hay ninguna casa con una situación parecida. ¡Qué maravillosa vista y qué agradable sensación de confort!

Permaneció un momento inmóvil frente al paisaje de cocoteros y ceibos. Luego, con un gesto natural, desabrochó el ancho cinturón de rafia que le ceñía la cintura y lo arrojó sobre uno de los sillones de mimbre. Sin más dilación, abrió la cremallera de su falda abigarrada, que cayó rápidamente a sus pies. Luego, dando un saltito, abandonó el círculo de tela que había quedado sobre las baldosas. La blusa le llegaba hasta las caderas, más abajo del borde lateral de las braguitas, de manera que lo único que se veía de éstas, por delante y por detrás era una estrecha franja vertical carmesí adornada de puntillas. Se dejó caer sobre una de las tumbonas, cogió una revista, sin perder un minuto.

—¡Hacía tiempo que no hojeaba revistas francesas! ¿De dónde han salido éstas?

Se arrellanó, las piernas estiradas modosamente una junto a otra. Emmanuelle dejó escapar un suspiro, alejó los pensamientos confusos que la asaltaban, se instaló frente a Marie-Anne. Esta se echó a reír.

—¿Qué es esta historia del «aceite de hurón»? ¿No te molesta que me ponga a leer?

—Claro que no, Marie-Anne.

La muchacha se enfrascó en la lectura. El volumen abierto ocultaba su rostro.

No permaneció mucho tiempo inmóvil: su cuerpo enseguida se animó con sobresaltos rápidos, parecidos a las espantadas de un potrillo. Levantó una rodilla, y su muslo izquierdo, al abandonar el nivel en que se había mantenido hasta entonces, pegado al otro, se apoyó suavemente sobre el brazo del asiento. Emmanuelle intentó deslizar una mirada por la abertura de las braguitas. Una mano de Marie-Anne abandonó el libro y fue a posarse, directamente, entre las piernas abiertas, apartando el nylon y buscando, muy abajo, un punto que pareció encontrar sobre el cual se detuvo unos instantes. Luego volvió a ascender, descubriendo a su paso la ranura entre las carnes labiadas. Jugó con la protuberancia que tensaba el tejido, luego volvió a bajar, desapareció bajo las nalgas y empezó de nuevo su periplo. Pero esta vez, sólo el anular estaba bajado, los demás dedos, levantados con gracia, lo enmarcaban como élitros abiertos: acarició la piel hasta que la muñeca, bruscamente doblada, se quedó en reposo. Emmanuelle sentía latir su corazón con tanta fuerza que temía que se oyera. La punta de la lengua le asomaba entre los labios entreabiertos.

Marie-Anne continuó con su juego. Su dedo central se introdujo más profundamente, separando la carne. Volvió a detenerse, dibujó un círculo, titubeó, tamborileó, vibró con un movimiento casi invisible. La garganta de Emmanuelle soltó un sonido incontrolado. Marie-Anne bajó su libro y le sonrió.

—¿Tú nunca te acaricias? —dijo sorprendida. (Inclinó la cabeza sobre su hombro, mirándola con picardía.)— Yo siempre me acaricio mientras leo.

Emmanuelle aprobó con la cabeza, incapaz de hablar. Marie-Anne apartó el libro, arqueó la cintura, se llevó las manos a las caderas y, con un rápido gesto, hizo descender las braguitas encarnadas hasta los muslos. Agitó las piernas en el aire hasta liberarse de ellas por completo. Luego se relajó, cerró los ojos y, con dos dedos separó las mucosas sonrosadas.

—Es muy agradable, aquí —dijo—. ¿No te parece?

Emmanuelle opinó nuevamente con la cabeza. Con un tono de conversación banal Marie-Anne explicó: —Me gusta hacerlo muy largo. Por eso apenas toco la parte de arriba. Es mejor subir y bajar por la raja.

El gesto ilustraba el precepto. Al final sus riñones dibujaron una curva y dejó escapar un quedo suspiro.

—¡Oh! —dijo—. ¡No puedo aguantar más!

Su dedo temblaba sobre el clítoris como una libélula. El suspiro se convirtió en grito. Sus muslos se abrieron violentamente, cerrándose de golpe sobre la mano prisionera. Emitió un largo aullido, casi desgarrador, y se dejó caer jadeando. Luego, recuperando el aliento a los pocos segundos, abrió los ojos.

—¡Da demasiado gusto! —musitó.

Y, con la cabeza nuevamente inclinada, introdujo el anular en su sexo, con suma precaución, delicadamente. Emmanuelle se mordía los labios. Cuando el dedo hubo desaparecido del todo, Marie-Anne profirió un largo suspiro. Resplandecía de salud, de buena conciencia, de satisfacción por el deber cumplido.

—Acaríciate tú también —le animó.

Emmanuelle dudó, como buscando una salida. Pero su turbación duró muy poco. Levantándose bruscamente, abrió su short. Dejó que se deslizara a lo largo de sus piernas. No llevaba nada debajo. Su suéter naranja realzaba el brillo de su pubis negro.

Cuando Emmanuelle se recostó de nuevo, Marie-Anne fue a sentarse a sus pies, sobre un puf de felpa. Ahora se hallaban las dos en las mismas condiciones, el torso tapado, el bajo vientre y las nalgas desnudas. Marie-Anne miraba desde muy cerca el sexo de su amiga.

—¿A ti como te gusta acariciarte? —preguntó.

—¡Pues como a todo el mundo! —dijo Emmanuelle, a la que el

cálido aliento de Marie-Anne sobre sus muslos estaba a punto de hacer perder la cabeza.

La mano de la muchacha, de haberse posado sobre ella, la habría liberado de la tensión de sus sentidos y a la vez de su embarazo. Pero Marie-Anne no la tocaba.

—Déjame ver —dijo tan sólo.

Al menos, la masturbación fue para Emmanuelle un alivio inmediato. Le pareció que una cortina se levantaba entre ella y el mundo y, a medida que sus dedos realizaban entre sus piernas su misión habitual, la paz se apoderó de ella. No intentó, esta vez, prolongar el placer de la espera. Tenía necesidad de encontrar enseguida una base, un terreno conocido; y no conocía nada mejor que el deslumbrante refugio del orgasmo.

—¿Cómo aprendiste a gozar, Emmanuelle? —preguntó Marie-Anne una vez que su amiga hubo vuelto en sí.

—Completamente sola. Mis manos lo descubrieron sin ayuda de nadie —dijo Emmanuelle riéndose.

Se sentía de buen humor y, a partir de ese momento, con ganas de hablar.

—¿Ya sabías hacerlo a los trece años? —preguntó Marie-Anne, incrédula.

—¡Pues claro! ¡Desde hacía mucho tiempo! ¿Tú no?

Marie-Anne se abstuvo de contestar y prosiguió su encuesta.

—¿Y en qué sitio prefieres tocarte?

—¡Oh, en muchos! La sensación es diferente en la punta, o en el tallo, o cerca de la base. ¿A ti no te pasa lo mismo?

Tampoco esta vez Marie Anne tuvo en cuenta la pregunta. Dijo:
—¿Sólo te acaricias el clítoris?

—¡No, por favor! Ese agujerito minúsculo, sabes, justo debajo: la uretra. También es muy sensible. Basta tocarla con la punta de los dedos para que se excite.

—¿Qué más haces?

—Me gusta acariciarme dentro de los labios, donde está más mojado.

—¿Con los dedos?

—Y también con plátanos —la voz de Emmanuelle cobró un acento de orgullo—: los hago penetrar hasta el fondo. Primero los

pelo. No tienen que estar maduros. Los largos, verdes, que aquí se encuentran en el mercado ambulante… ¡Oh, qué agradable!

Con sólo evocar aquella voluptuosidad se sentía desfallecer. Estaba tan cautivada por las imágenes de sus placeres solitarios que casi había olvidado la presencia de la otra. Se acarició la vulva con los dedos. En aquel momento hubiera deseado que algo la penetrara. Se volvió de lado, hacia Marie-Anne, con los párpados cerrados, las piernas muy abiertas. Necesitaba ferozmente volver a gozar. Frotó con los dedos unidos la cara interior de los labios de su sexo, con grandes movimientos rápidos, muy regulares, durante varios minutos, hasta quedar saciada.

—Ves, puedo acariciarme varias veces seguidas, una detrás de otra.

—¿Lo haces a menudo?

—Sí.

—¿Cuántas veces al día?

—Depende. Sabes, en París, estaba fuera la mayor parte del tiempo: en la facultad, o de tiendas. Casi nunca podía hacerlo más de una o dos veces por la mañana: cuando me despertaba, mientras me bañaba. Y luego dos o tres veces por la noche, antes de dormirme. Pero cuando estoy de vacaciones, no tengo nada mejor que hacer: puedo acariciarme mucho más. Y, aquí, ¡todo el tiempo van a ser vacaciones!

Permanecieron unos instantes sin decir nada, muy cerca una de otra, saboreando la amistad que nacía de su franqueza. Emmanuelle estaba contenta de haber podido hablar de estas cosas superando su timidez. Contenta, en especial, y sin atreverse del todo a confesárselo, de haberse masturbado delante de aquella muchacha a la que le gustaba mirar, que sabía gozar. En el fondo de su alma comenzaba a adornarla con todas las virtudes. ¡Y ahora la encontraba tan bonita! Aquellos ojos de elfo… Y aquella ranura soñadora que dibujaba una mueca en el rostro inferior. ¡Tan expresiva, tan distante, tan carnosa como la otra! Y aquellos muslos abiertos, sin embarazo, indiferentes a su desnudez… Preguntó: —¿En qué piensas, Marie-Anne? ¡Tienes un aspecto tan serio!

Y, para jugar, tiró de una de sus trenzas.

—Pienso en los plátanos —dijo Marie-Anne.

Arrugó la nariz y las dos se echaron a reír hasta no poder más.

—Es muy práctico no ser virgen —comentó la mayor—. Antes, ¡nada de plátanos! No sabía lo que me perdía.

—¿Cómo empezaste con los hombres? —quiso saber Marie-Anne.

—Fue Jean —dijo Emmanuelle—, quien me desfloró.

—¿Antes de él no tuviste a nadie? —exclamó Marie-Anne, tan manifiestamente escandalizada que su interlocutora adoptó un tono de disculpa.

—No. En fin, no realmente. Como es lógico, los chicos me acariciaban. ¡Pero no sabían muy bien cómo seguir!

Recuperó su seguridad para decir:

—Jean me hizo el amor enseguida. Por eso lo amé.

—¿Enseguida?

—Sí, al segundo día de conocernos. El primero, vino a mi casa; era amigo de mis padres. Me estuvo mirando durante todo el tiempo, con un aire divertido, como si quisiera hacerme rabiar. Se las arregló para quedarse a solas conmigo, me hizo toda clase de preguntas: cuántos *flirts* había tenido, ¡si me gustaba hacer el amor! Yo estaba terriblemente azorada, pero no podía resistirme a decirle la verdad. ¡Un poco como me pasa contigo! También él quería saber toda clase de detalles. Al día siguiente, por la tarde, me invitó a dar un paseo en su flamante coche. Me dijo que me sentara muy pegada a él e inmediatamente empezó a acariciar mis hombros, luego mis senos, sin dejar de conducir. Finalmente paró el coche en un camino del bosque de Fontainebleau y me besó por primera vez. Me dijo, con un tono que, no sé por qué, me tranquilizó completamente: «Eres virgen. Voy a poseerte». Y así permanecimos mucho tiempo sin hablar ni movernos, muy juntos. Mi corazón acabó por latir un poco menos fuerte. Era feliz. Ocurría exactamente de la forma en que habría podido soñarlo, aunque en realidad jamás lo hubiera soñado. Jean me dijo que me quitara yo misma el pantalón, y yo me apresuré a obedecerle, ya que quería cooperar en mi desfloramiento, no someterme a él pasivamente. Me hizo acostar en el asiento del coche, cuya capota estaba bajada: veía la copa de los árboles. Él permanecía de pie junto a la puerta abierta. No empezó por caricias. Penetró en mí enseguida, de tal forma, sin embargo,

que no recuerdo haber sentido dolor. Al contrario, gocé tanto que me desvanecí, o me dormí, ya no lo sé. En cualquier caso, no recuerdo nada más salvo el restaurante en el bosque donde cenamos. ¡Era maravilloso! Luego Jean pidió una habitación. Y seguimos haciendo el amor hasta la medianoche. ¡Aprendí enseguida!

—¿Qué dijeron tus padres?

—¡Oh, nada! Al día siguiente, yo iba dando gritos diciendo que ya no era virgen y que estaba enamorada. Me parece que lo encontraron normal.

—¿Y Jean te pidió en matrimonio?

—¡En absoluto! Ni él ni yo pensamos en casarnos. Yo ni siquiera tenía diecisiete años. Acababa de terminar el bachillerato. Y estaba encantada de tener un amante, de ser la «querida» de un hombre.

—¿Por qué te casaste, entonces?

—Un buen día, Jean me anunció, tranquilamente como siempre, que su empresa le mandaba a Siam. Creí que iba a caerme al suelo de abatimiento. Pero no me dio tiempo. Sin más preámbulos prosiguió: «Voy a casarme contigo antes de irme. Te reunirás conmigo más tarde, cuando tenga una casa donde instalarte».

—¿Qué impresión te hizo?

—Me pareció un cuento de hadas, demasiado hermoso para ser verdad. Me reía como una loca. Al cabo de un mes estábamos casados. A mis padres les había parecido de lo más natural que fuese la amante de Jean, pero pusieron el grito en el cielo cuando habló de casarse. Intentaron hacerle ver que era demasiado viejo, que yo era demasiado joven, ¡«demasiado inocente», incluso! ¿Qué me dices? Pero él los convenció. Me gustaría saber qué les dijo. Mi padre debió resistirse todo lo que pudo: no podía resignarse a que abandonase las mates superiores.

—¿Las qué? —dijo Marie-Anne.

—El curso de matemáticas superiores que había empezado en la facultad.

—¡Vaya ocurrencia!

Marie-Anne se echó a reír.

—Una idea de papá. Jean iba a marcharse después de nuestra boda. Pero, por suerte, no se fue hasta que pasaron seis meses.

Gracias a eso no tuvimos que separarnos enseguida. Pude ser su mujer legítima tanto tiempo como había sido su amante. Y encontré que estar casada era tan divertido como ser pecadora. Aunque, al principio, me pareció extraño hacer el amor de noche.

—¿Y luego? ¿Dónde viviste durante su ausencia? ¿En casa de tus padres?

—¡Oh no! En su apartamento, en fin en *nuestro* apartamento, en la rue Docteur Blanche.

—¿No le daba miedo dejarte sola?

—¿Miedo? ¿De qué?

—¡No sé! ¡De que le engañases!

Emmanuelle soltó una carcajada.

—No creo. Jamás hemos hablado de eso. No se le debió ocurrir. Ni a mí tampoco.

—¿Pero no lo has hecho de todas formas?

—¿Por qué? No. Montones de hombres corrían detrás de mí. Yo los encontraba ridículos…

—Entonces, ¿lo que les has dicho a las otras no era una broma?

—¿A las otras?

—Ayer, ¿ya no te acuerdas? Les dijiste que nunca te habías acostado con otro hombre que no fuera tu marido.

Emmanuelle dudó durante una fracción de segundo. Fue suficiente para que, instantáneamente, Marie-Anne se pusiese en guardia. Dándose la vuelta, se puso de rodillas y se apoyó en el brazo de la silla con aire suspicaz.

—No hay ni una palabra de verdad en todo lo que has dicho —denunció justiciera—. No hay más que mirar la cara que pones. ¡Deberías ver qué expresión de sinceridad!

Emmanuelle, sin demasiada convicción, intentó zafarse.

—En primer lugar, nunca dije nada parecido…

—¿A no? ¿Acaso no le dijiste a Ariane que no engañabas a tu marido? Por eso quería hablar contigo. Porque no te creía. ¡Afortunadamente!

Emmanuelle mantuvo su casuística:

—Pues bien, te has equivocado. Y vuelvo a repetirte que no dije eso como tú lo explicas. Dije simplemente que fui fiel a Jean durante todo el tiempo que estuve en París. Eso es todo.

—¿Cómo que eso es todo? ¿Y entonces?

Marie-Anne escrutó el rostro de Emmanuelle, que intentaba aparentar desenvoltura. Bruscamente, la muchacha cambió de táctica. Su voz se tornó mimosa.

—Además, ¿por qué ibas a serle fiel, me pregunto? No había ninguna razón para que te reprimieses.

—No me reprimía: no me gustaba nadie. Así de sencillo.

Marie-Anne hizo una mueca, reflexionó, luego preguntó: —¿Eso significa que, si te hubiera gustado alguien, habrías hecho el amor con él?

—Desde luego.

—¿Cómo puedes demostrarlo? —dijo desafiante Marie-Anne, con el tono ácido de un niño descarado.

Emmanuelle la contempló con aire inseguro; luego, de repente, dijo: —Lo he hecho.

Marie-Anne pareció electrizada. Se levantó de un salto, volvió a sentarse, cruzó las piernas, puso las manos sobre las rodillas.

—Lo ves —moralizó con expresión sombría, y un acento de pena—. ¡Y querías hacerme creer que no!

—No lo hice *en París* —explicó Emmanuelle, en tono paciente—. Fue *en el avión*. El avión que me traía aquí. ¿Comprendes?

—¿Y con quién? —la apremió Marie-Anne, que parecía no fiarse de nada.

Emmanuelle reflexionó un rato, luego reveló:

—Con dos hombres, que ni siquiera sé cómo se llaman.

Si pensaba causar sensación, debió decepcionarse, ya que Marie-Anne prosiguió su interrogatorio sin chistar.

—¿Te penetraron para gozar?

—Sí.

—¿Entraron profundamente dentro de ti?

—¡Oh, sí!

Emmanuelle se llevó instintivamente la mano al vientre.

—Acaríciate mientras me lo cuentas —ordenó Marie-Anne.

Pero Emmanuelle sacudió negativamente la cabeza. De pronto pareció sufrir un ataque de afasia. Marie-Anne la examinó con una mirada crítica.

—¡Vamos! —la intimó—. ¡Habla!

Emmanuelle obedeció, primero con desgana y un cierto azoramiento, luego, enseguida, excitada por su propia historia, sin hacerse rogar y, al contrario, esforzándose por no olvidar ningún detalle. Se detuvo después de contar cómo le había gustado la estatua griega. Marie-Anne la había escuchado con aire absorto, cambiando varias veces de postura… Sin embargo no parecía particularmente impresionada.

—¿Se lo has dicho a Jean?

—No.

—¿Has vuelto a ver a esos dos hombres?

—¡Claro que no!

Daba la impresión de que, por el momento, Marie-Anne no deseaba saber nada más.

Emmanuelle llamó a una joven sirvienta —que parecía salida, con su negra cabellera adornada de flores, su cuerpo ocre y su túnica escarlata, de un sueño de Gauguin— para que les hiciera té. Volvió a ponerse el short y Marie-Anne las bragas. La falda multicolor quedó en el suelo. La muchacha quería ver todas las fotos de Emmanuelle desnuda y ésta fue a buscarlas. Marie-Anne recuperó enseguida su mordacidad.

—¡Oye! No vas a decirme que no hiciste nada con el fotógrafo…

—¡Pero es el colmo! —se rebeló Emmanuelle—. ¡Si ni siquiera me tocó!

Y añadió, simulando despecho:

—Por otra parte, no tenía ninguna posibilidad, era homosexual.

Marie-Anne hizo una mueca. Se mostraba escéptica. Volvió a estudiar las fotos.

—Encuentro —le confió—, que un artista debería hacer el amor con su modelo antes de hacer su retrato. Tuviste una idea descabellada al dirigirte a alguien a quien no le gustaban las mujeres.

—Yo no lo elegí —protestó Emmanuelle, que empezaba a sentirse realmente molesta—. Fue él quien propuso hacerme fotografías. Ya te lo he dicho, es un amigo de Jean.

Marie-Anne hizo un gesto como para borrar ese dato.

—Realmente tendrías que hacerte retratar por alguien que estuviese bien. Cuando seas vieja será demasiado tarde.

La imagen de lo que Marie-Anne podía entender por «alguien que estuviese bien» y la de la inminencia de su propia decrepitud hicieron reír a Emmanuelle a carcajadas.

—No me gusta posar. Ni siquiera para una foto. ¡Imagínate para un cuadro!

—Y, desde que estás aquí, ¿no has hecho nada con los hombres?

—¡Tú estás loca! —se indignó Emmanuelle.

Marie-Anne parecía inquieta, casi apesadumbrada.

—Sin embargo, un día u otro tendrás que encontrarte un amante —suspiró.

—¿Te parece tan indispensable? —dijo Emmanuelle, más bien divertida.

Pero su interlocutora no parecía estar de humor para las bromas. Encogió los hombros con irritación.

—Eres extraña, Emmanuelle —dijo.

Luego, tras una pausa:

—¿No tendrás la intención de seguir viviendo como una solterona?

Y repitió, sacudida por una especie de cólera:

—¡Eres realmente extraña!

—Pero —se quejó Emmanuelle tímidamente— ¡yo no soy una solterona, tengo un marido!

Esta vez Marie-Anne se conformó con responder con una mirada fría. Según todos los indicios el tema la enervaba. Parecía decidida a no seguir discutiendo. Pero era Emmanuelle, ahora, quien no tenía ganas de cambiar de conversación, e intentó recrear la atmósfera.

—¿No quieres quitarte el pantalón, Marie-Anne?

Esta sacudió sus trenzas.

—No, tengo que marcharme —se levantó—. ¿Me acompañas a casa?

—¿Tanta prisa tienes? —se alarmó Emmanuelle.

Pero ya había comprendido que las decisiones de Marie-Anne eran inapelables.

En el coche, la muchacha clavó en ella su mirada preocupada.

—Sabes —dijo—, no quiero que desperdicies tu vida, eres demasiado guapa. Es una idiotez que seas tan púdica.

Emmanuelle no pudo evitar echarse a reír. Pero Marie-Anne no le dio tiempo a ironizar.

—Es increíble que hayas podido llegar a tu edad con sólo esas aventuras insignificantes en un avión sin ventanas. Realmente te has comportado como una idiota.

Sacudió la cabeza con tristeza.

—Te lo aseguro: tú no eres normal.

—Marie-Anne…

—¡Oh, no! En fin, no vale la pena lamentar lo que no tiene remedio.

La luz verde emitió un destello de autoridad.

—A partir de ahora, ¿harás al menos lo que yo te diga?

—¿Pero qué, en concreto?

—*Todo* lo que te diga.

—¡Oh! —dijo Emmanuelle—. Casi nada…

—¿Lo juras?

—¡Oh! bueno. Si eso te divierte.

Seguía riéndose, pero Marie-Anne persistió en su seriedad.

—¿Quieres que te dé un consejo?

—¡No, gracias!

La mirada de elfo analizó la gravedad del caso.

Emmanuelle simulaba desenvoltura, sin hacerse demasiadas ilusiones sobre su capacidad de hacer frente a Marie-Anne. Cuando el coche se detuvo frente al edificio del banco que dirigía su padre, la chica dijo: —Esta noche, a medianoche en punto, vuelve a acariciarte. Yo también lo haré a la misma hora.

Emmanuelle le dirigió un guiño en señal de complicidad. Se asomó para lanzar un beso. La muchacha gritó desde lejos: —¡No lo olvides!

Una vez se hubo alejado, Emmanuelle se dio cuenta de que no había podido hacer ninguna pregunta a Marie-Anne. Si la muchacha de trenzas sabía prácticamente todo sobre la vida íntima de su nueva amiga, ésta ignoraba por completo en qué podía consistir la de ella. Incluso había olvidado preguntarle si era virgen.



Aquella noche, cuando su marido acaba de ducharse y entra en la habitación, encuentra a Emmanuelle esperándole, sentada sobre los talones y completamente desnuda, en el borde de la gran cama baja. Ella le rodea las caderas con sus brazos y acoge la verga en su boca. Apenas la ha chupado unos segundos cuando el asta se hincha y se endereza. Emmanuelle juega con ella sosteniéndola entre sus labios hasta que está muy dura. Luego la lame en toda su extensión, inclinando la cabeza, oprimiendo la vena azulada que corre a flor de piel y cuya congestión y relieve aumentan bajo el beso. Jean le dice que parece estar royendo una mazorca de maíz y ella mordisquea suavemente para completar el parecido. Enseguida, se lo hace perdonar aspirando dulcemente la piel satinada de los testículos; los levanta en sus manos, desliza la punta de su lengua entre ellos, acaricia otra vena, se sacia de una sangre caliente que siente palpitar más fuerte al contacto de sus labios, se adentra cada vez más íntimamente, explora, va, vuelve, sube bruscamente hasta el final del falo, lo lleva hasta el fondo de su garganta, tan lejos que está a punto de ahogarse; allí, sin retirarlo, irresistiblemente succiona con un lento movimiento, mientras su lengua envuelve y acaricia.

Sus brazos enlazan la cintura de su marido con una pasión que aumenta a medida que mama más regularmente la verga y la excitación de sus labios y de su lengua se comunica a sus senos y a su sexo. Siente que entre sus muslos apretados se desliza un líquido abundante como la saliva con la que humedece el miembro apoplético. Para poder gemir voluptuosamente y concederse un orgasmo parcial que le permita continuar su felación, expulsa un momento el pene de sus labios, aunque sin dejar de acariciar el meato entreabierto con pequeños y suaves movimientos de su lengua. Luego vuelve a tragar el puente de carne palpitante que los une.

Jean ha cogido entre sus manos las sienes de su mujer, pero no para guiar los movimientos ni regular el ritmo. Sabe que sale ganando al confiar en ella y dejarla refinar a su manera el placer común. El estilo que dará a este abrazo lo distinguirá una vez más de todos los anteriores. Algunos días, Emmanuelle juega a hacer languidecer a su marido: no se detiene en ningún lugar, liba de un

punto sensible a otro, arranca suspiros de la garganta de la víctima, súplicas que ignora, la hace sobresaltarse, jadear, la lleva hasta el delirio, hasta el momento en que, con un último gesto, preciso e intenso, perfecciona su obra. Pero hoy quiere ser dispensadora de una satisfacción más serena. Sin apretar en exceso la verga vibrante, añade la presión de sus dedos y el movimiento regular de su mano a la succión de sus labios, aplicados a liberar armoniosamente al órgano de su semen, a vaciarlo lo más completamente posible. Cuando Jean se rinde, ella traga a lentas bocanadas la substancia que consigue extraer de lo más profundo de él; pero al último chorro lo deja fundirse ronroneando sobre su lengua amorosa.

Ella misma está tan cerca del orgasmo que basta que su marido comprima su clítoris entre los labios para que acabe de gozar.

—Enseguida te tomaré —dice él.

—¡No, no! ¡Quiero beberte otra vez! ¡Prométemelo! Prométeme que vendrás otra vez a mi boca. ¡Ah, te derramarás otra vez en mi boca! ¡Di que sí, di que sí, por favor! ¡Es tan delicioso! ¡Me gusta tanto!

—¿Tus amigas te han acariciado igual de bien cuando yo no estaba? —le pregunta ella más tarde, mientras descansan.

—¿No sabes que eso es imposible? ¡No existe una sola mujer que pueda compararse a ti!

—¿Ni siquiera las siamesas?

—Ni siquiera ellas.

—¿No lo dices para ponerme contenta?

—Sabes muy bien que no. Si no fueras la mejor de las amantes, te lo diría para ayudarte a serlo. Pero realmente no veo qué más podrías aprender. Al fin y al cabo también el arte de amar debe tener sus límites.

Emmanuelle parece ensoñarse.

—No sé.

Sus cejas se acercan. El sonido de su voz demuestra que la duda no es fingida.

—En todo caso, ¡seguramente todavía estoy muy lejos!

Jean exclama:

—¿Qué te hace pensar eso?

Ella no contesta. Él insiste:

—¿No me consideras un buen juez?

—¡Oh, sí!

—¿Un mal profesor, entonces? Parece como si de pronto no estuvieras satisfecha de tu educación amorosa.

—¡Querido! Nadie en el mundo podía enseñarme mejor que tú. Pero es difícil de explicar… Tengo la impresión de que, en el amor, debe haber algo más importante, más inteligente que simplemente saberlo hacer bien.

—¿Te refieres al afecto, a la simpatía, a la ternura?

—¡No, no! Estoy segura de que tiene que ver con el amor físico. Pero eso no quiere decir que sea cuestión de conocimientos suplementarios, ni de mayor habilidad, ni de mayor ardor: tal vez sea más bien un estado de espíritu, una mentalidad.

Recupera su inspiración:

—No sé, en el fondo, si es una cuestión de límites. ¿Y si en cambio fuera una cuestión de ángulo, de manera de ver?

—¿Una manera diferente de considerar el amor?

—No únicamente el amor. ¡Todo!

—¿No puedes explicarte con más claridad?

Ella frunce los labios tristemente, enrosca en torno a sus largas uñas nacaradas los bucles de su vello púbico, como para ayudarse a meditar.

—No —concluye—. Ni siquiera en mi cabeza está claro. Seguramente tengo que progresar, hay algo que debo encontrar, algo que todavía me falta para ser una verdadera mujer, tu mujer de verdad. ¡Pero no sé qué es!

Ahora parece desconsolada.

—Creía saber tantas cosas, ¿pero qué son, comparadas con lo que ignoro?

Frunce el ceño con impaciencia.

—Lo que tengo que hacer, en primer lugar, es ser más inteligente. Sabes, yo no sé nada, soy demasiado inocente, soy demasiado virgen. ¡Ha sido horrible, esta tarde, lo virgen que me he llegado a sentir! Virgen por todas partes, erizada de virginidad: hasta sentir vergüenza.

—¡Mi ángel puro!

—¡Oh no, puro no! En absoluto. Una virgen, no es

necesariamente pura. Pero es necesariamente tonta.

Él la besa, encantado. Ella insiste:

—Está llena de prejuicios.

—¡Qué adorable es oírte quejar de tu inocencia, cuando acabo de ser tratado maravillosamente por tus castos labios!

Ella se desentiende; pero, ¿está convencida?

—¡Ah, si realmente es así como la inteligencia llega a las mujeres —dice con un gran suspiro—, no voy a dejar pasar ni un minuto más sin sorbértela!

La evocación produce en Jean un efecto que Emmanuelle no tarda en descubrir; inmediatamente, quiere ejecutar su promesa, se levanta y su lengua asoma como una flecha entre los dientes húmedos… pero él la retiene.

—¿Quién te ha dicho que lo espiritual entra únicamente por esta boca? No lo olvides: el espíritu sopla por donde quiere.

Jean se acuesta sobre ella y Emmanuelle siente enseguida tantas ganas de ser poseída como él de poseerla. Emmanuelle abre ella misma su sexo, con la punta de los dedos. Guía al glande, le ayuda a introducirse en ella. Sus rodillas se levantan, ciñen el cuerpo masculino, se separan, mientras que el órgano endurecido se sumerge en su vientre como antes lo había hecho en su garganta. Para ella, que desearía al mismo tiempo sentirlo en su boca, la exuberancia de la imaginación suple a la realidad, y los labios de él, que su lengua lame, creen saborear el dulzor del esperma; sueña con beberlo, el placer de su vientre colma su garganta, implora: —¡Goza conmigo!

Siente que el orificio de su matriz, al fondo de la vagina, está soldado al falo y lo aspira como a un caramelo. Desea que Jean eyacule, intenta, con toda la persuasión de su vientre y de sus nalgas, arrancarle el licor: cada músculo de su cuerpo contribuye a hacer de ella un animal elástico y ágil, que se adhiere al hombre y le hace estremecerse de placer. Pero Jean quiere vencerla, hacerla gozar primero; la apuñala con embates rápidos, violentos, con toda la longitud y amplitud de su verga, sin manipulaciones, apretando los dientes, con la avidez de escuchar su jadeo, de sentirla perfumada y caliente, y de verla debatirse, saltar como a efectos de un látigo; ella le araña la espalda, grita, grita tan fuerte, durante

tanto rato, que acaba quedándose sin voz y sin aliento hasta que finalmente se calma y enmudece, aturdida, vencida, serena, sin apenas sentir su cuerpo, pero ya deseosa de que la excitación renazca en su espíritu y su cerebro se congestione y palpite nuevamente como un sexo.

Ella desea, durante unos instantes, que él no se mueva. Él lo sabe y permanece inmóvil. Ella murmura: —Me gustaría dormirme así, contigo dentro.

Él apoya su mejilla contra la de ella. La marea nocturna de sus cabellos le acaricia los labios. Permanecen así no saben cuánto tiempo. Luego él oye que ella le susurra al oído: —¿Me he muerto?

—No. Vives de mí.

La estrecha con fuerza y ella se estremece.

—¡Oh, mi amor! Es verdad que los dos somos uno. No soy más que un pedazo de ti.

Ella acerca sus labios a los de él, le besa con toda la fuerza y la ternura de su boca.

—¡Poséeme otra vez! ¡Más profundamente! Ábreme. Desgárrame… ¡Goza en mi corazón!

Ella suplica y se ríe al mismo tiempo de su propia sinrazón: —¡Deshónrame! ¡Ah, cómo te amo! ¡Deshónrame!

Él entra en el juego.

—Entrégate más. Cede. Sé complaciente. Préstate a lo que yo quiera.

Ella murmura: «¡Sí!», embriagada de sumisión.

—Sí —repite—. Haz todo lo que quieras. No me preguntes: ¡haz!

Ella desearía poder entregarse todavía más, tener conciencia más completa de estar a merced del que la posee, a su disposición, de no ser consultada, de ser débil, frágil, de no hacer nada más que obedecer activamente y abrirse… ¿Acaso existe —se exalta ella en secreto— mayor felicidad que la de consentir?

Esta idea es suficiente para acabar de precipitarla en el orgasmo.

Luego, animal abatido, la cerviz trunca, las piernas muertas, el destino consumado, trofeo feliz a la sombra satisfecha del cazador, pregunta: —¿Crees que soy la mujer que deseas?

Él se limita a besarla.

—¡Pero quiero serlo más todavía!

—Cada día lo eres más.

—¿Estás seguro?

Él le sonríe con confianza. Ella deja de inquietarse. Una corriente nocturna circula por sus venas, la adormece, le cierra los labios. Intenta luchar contra el placer que consume su espíritu.

—Debe ser Marie-Anne lo que me consume —se oye murmurar para su propio asombro, ya que no era esto lo que quería decirle a Jean.

Él, en efecto, parece sorprenderse.

—¿Por qué Marie-Anne?

—Es extrañamente desinhibida.

Emmanuelle no tiene ganas de seguir hablando. Esta planta que no deja de crecer en ella, con sus raíces, sus infinitas ramas, su savia, más urgente que el pensamiento… Pero su marido insiste, mientras lentamente empieza a moverse de nuevo en ella y se prepara a ofrecerle su substancia.

—¿Crees que va a ser ella quien te revele los arcanos de la vida?

—¿Por qué no?

La idea divierte a Jean:

—¿Ya has tenido una muestra de sus talentos?

Ella parece dudar, acaba por murmurar, sin importarle que puedan creerle o no, demasiado ocupada en otro mundo: —No.

Luego sonríe a una imagen, no muy alejada de las orillas en las que recala su sueño.

—¡Pero me encantaría!

Jean le obsequia su resto de indulgencia:

—Ya veo —dice.

La mece.

—Mi pequeña desea hacer el amor con Marie-Anne, ¿no es verdad? ¿Es eso lo que te atormenta?

Emmanuelle sacude la cabeza de arriba a abajo, metódicamente, con la exageración que alguien pone en los gestos y las palabras cuando quiere dar a entender sin abrir los ojos.

—Seguramente no es sólo eso, pero es eso también —confirma.

Él se burla dulcemente:

—¡Con esa criatura!

Pero ella hace una mueca de niña mimada que esboza ya su

rostro nocturno, y su voz protesta, desde lejos, amortiguada, remota, como desde la profundidad del vacío: —Tengo derecho a desearlo, ¿no?

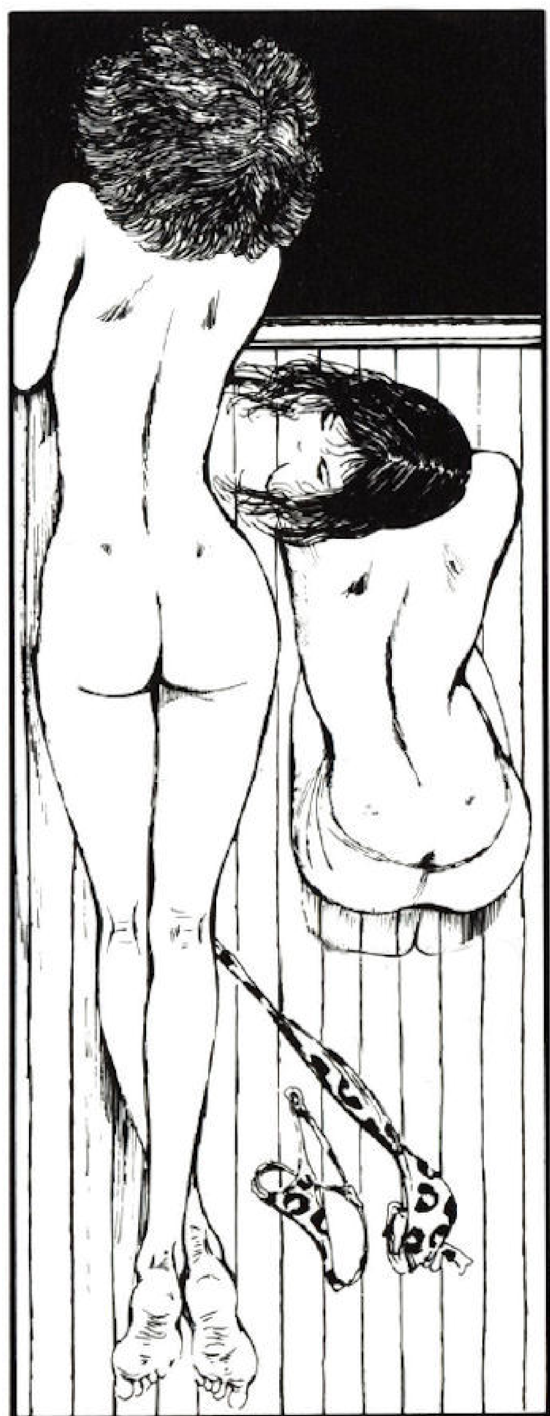
Jean se derrama en ella, maravillándose de tener tanto para darle, de horadarla tan profundamente, de poder gozar tanto.

Permanecen acostados uno junto a otro, rozándose los hombros y las caderas. Ella no se mueve, para que ninguna gota salga de su interior.

—Duerme —dice Jean.

—Espera…

Desde una estancia alejada, las notas regulares de un reloj de pared. Lentamente, la mano de Emmanuelle desciende hacia su vientre, sus dedos tocan su clítoris, penetran en su sexo colmado de esperma. Los muslos de Marie-Anne se entreabren ante los ojos cerrados de Emmanuelle, que, a cada gesto contemplado en sueños, responde con una idéntica caricia. Cuando sabe que su amiga va a rendirse, grita, con mayor fuerza incluso que entre los brazos de su marido. Él, apoyado en un codo, sonríe al verla gozar, desnuda y como iluminada de placer, una mano cautiva en el vientre, la otra acariciando sucesivamente los senos, y las piernas todavía sacudidas por estremecimientos después de que la frente, los párpados, los labios queden velados por la inmóvil suavidad del sueño.



# Senos, diosas y rosas

*Entre mis brazos me he convertido en otra.*

PAUL VALÉRY, *La Joven Parca*

*Aquí, y hasta la noche. La rosa de sombras volverá a cubrir los muros. La rosa de horas se marchitará sin ruido. Las losas claras conducirán a su antojo los pasos enamorados del día.*

YVES BONNEFOY, *Ayer reinando desierto*



Emmanuelle quiere ir al club para nadar, no para escuchar chismes. Por tanto decide ir a primera hora. Recorre diez veces la longitud de la piscina, suavemente, sin preocuparse del tiempo que emplea, ni de las miradas de los raros hombres presentes a esas horas. El movimiento repetido de sus brazos por encima de su cabeza ha hecho asomar sus senos fuera del traje de baño sin tirantes. Cuando avanza de costado, el destello del agua hace resaltar su relieve y satina su piel. Un fino ribete circular se ha ahondado alrededor de sus puntas; los bordes de las areolas parecen, por ello, levantados, dibujando un atolón. Sin este detalle, que sugiere la vulnerabilidad de su pulpa y evoca en la boca un sabor jugoso, su curva sería quizás demasiado perfecta para conmover, darían demasiado la impresión de ser senos de estatua.

Cuando, jadeante después del ejercicio, Emmanuelle se agarró con las dos manos a los pasamanos cromados de la escalera, vio que la salida estaba vigilada. Ariane de Saynes, inclinada sobre ella, de

pie sobre el borde pintado, se estaba riendo a carcajadas.

—¡Prohibido el paso! —exclamó—. ¡Identifíquese!

A Emmanuelle la contrariaba que una de las «idiotas» la hubiese encontrado. No obstante sonrió lo mejor que pudo.

—¿Qué es eso? ¿Jugando a las náyades cuando las mujeres decentes hacen la compra? ¿Qué significan estos misterios?

—Pero también usted está aquí —observó Emmanuelle.

Emmanuelle hizo el gesto de querer subir.

Ariane no se daba ninguna prisa en cederle el paso.

—¡Ah! en mi caso no es lo mismo —dijo, afectando un aire de misterio.

Pero Emmanuelle no le pidió aclaraciones.

La condesa pasaba revista tranquilamente a los encantos de su prisionera.

—¡Está usted divinamente torneada! —admiró.

Había pronunciado su sentencia con aire de convicción y Emmanuelle se dijo que en definitiva no parecía mal intencionada. Tal vez estuviera un poco loca, pero no cabía duda de que a la vez era tónica, *fortificante*. Emmanuelle no tuvo que hacer más esfuerzos para ser amable.

Ariane finalmente se apartó de la escalera. La nadadora trepó hasta el borde. Lentamente, con la punta de los dedos, introdujo sus senos, o más exactamente, la mitad inferior de sus senos, en su traje de baño (casi todo el pezón permanecía visible) y se sentó junto a Ariane. Dos espigados jóvenes de aspecto nórdico se acercaron y entablaron conversación en inglés. La condesa respondía de buen humor. A Emmanuelle le preocupaba poco no entender nada. Ariane se volvió bruscamente hacia ella y preguntó: —¿Le dicen algo estos dos?

Emmanuelle arrugó la nariz y Ariane se encargó de comunicar a los pretendientes el fracaso de su candidatura. Aparentemente sin rencor, ambos se rieron ruidosamente. Pero no por ello parecían dispuestos a irse. Emmanuelle les encontraba increíblemente necios. Al cabo de un rato, su compañera se levantó con determinación y la tomó del brazo.

—Son unos pesados —declaró—. Venga conmigo al trampolín.

Las dos jóvenes treparon los ocho metros y se instalaron boca

abajo, una junto a otra, sobre la plataforma cubierta por una estera. Ariane se desprendió enseguida de su sujetador y su slip.

—Puede ponerse en cueros —informó—. Desde aquí, tenemos tiempo de ver venir a todo el personal.

Pero en aquel momento Emmanuelle no tenía ganas de desnudarse ante Ariane. Esgrimió una explicación poco plausible: que su traje ceñido era incómodo de quitar y poner; que el sol era demasiado fuerte…

—Tiene razón —admitió Ariane—. Es mejor ir acostumbrándose gradualmente.

Después de lo cual se dejaron embargar por un semiletargo. Emmanuelle pensó que después de todo la condesa tenía su lado bueno. Le gustaba la gente con la que podía permanecer sin hablar. Sin embargo fue ella quien, al cabo de un rato, rompió el silencio.

—¿Qué se puede hacer aquí, aparte de la piscina, los *cocktails* y las veladas en casa de Juan o de Pedro? ¿No acaba siendo un poco aburrido, a pesar de todo?

Ariane emitió un silbido, como ante una barbaridad.

—¡Oh! Pasatiempos no faltan. No hablo de los cines, de las discotecas, de todas esas tonterías. Pero se puede montar a caballo, jugar al golf, al tenis, hacer *squash*, esquí náutico en el río; o ponerse melancólico contemplando los canales; y visitar las pagodas, ¿por qué no? Hay casi mil: a razón de una por día, tiene en qué ocupar el tiempo durante tres años. Lástima que el mar —me refiero al verdadero mar, el mar para bañarse— esté a ciento cincuenta kilómetros. Pero el viaje vale la pena. Las playas son extraordinarias, largas y anchas hasta el infinito, rodeadas de cocoteros, desiertas y alfombradas de conchas marinas. De noche el agua es fabulosamente fosforescente: trepidante de millares de puntos diminutos. Los corales cosquillean los pies. Y los tiburones vienen a comer de la mano.

—¡Me gustaría verlo! —dijo Emmanuelle riéndose.

—También, si hace el amor sobre sus tierras, le cantan serenatas. De día, bajo el sol, con la arena acariciante, o a la sombra de las cañas de azúcar. Siempre encontrará a un chiquillo dispuesto a abanicarla por un tical, mientras su caballero le hace la corte. Y, por la noche, acostada sobre la playa, junto a las olas, la espalda

acariciada por su lengua y los ojos protegidos de las estrellas por un rostro enamorado, ¡ah, una se alegra de ser mujer!

—Si lo he entendido bien, ¿es ése el deporte preferido en este país? —inquirió Emmanuelle, sin escandalizarse.

Ariane la contempló con una sonrisa enigmática y no respondió hasta al cabo de algunos segundos.

—Dígame, pequeña…

Se interrumpió, como sopesando alguna probabilidad misteriosa. Emmanuelle se dirigió a ella riéndose: —¿Qué quiere que le diga?

Ariane reflexionó en silencio, luego decidió de pronto que la recién llegada merecía su confianza. Su voz perdió el retintín mundano que había adoptado hasta entonces. Dirigió a su vecina un guiño de amistad.

—Estoy segura —dijo— de que tiene usted temperamento. No es la mosquita muerta que pretende aparentar. Afortunadamente, por otra parte. Para serle sincera, usted me ha interesado enseguida.

Emmanuelle no sabía muy bien qué pensar de esa declaración. Permanecía, casi a pesar suyo, a la defensiva; más bien molesta que halagada, ya que no le gustaba que se pusiera en duda su franqueza. ¿Y por qué se empeñaban todas ésas en considerarla una mojigata? Primero le había causado gracia, pero ahora empezaba a irritarla.

—¿No tiene ganas de divertirse? —prosiguió Ariane, en un tono que iba bastante más allá que las palabras.

—Sí —dijo Emmanuelle. (Era consciente de aventurarse por un camino peligroso, pero más le asustaba que pudieran tacharla de virtuosa). La sonrisa afectuosa de Ariane sólo la recompensó a medias.

—Entonces, encanto, venga conmigo una noche. Puede decirle a su marido que va a una cena de mujeres. ¡Ya verá lo que le tengo reservado! No hay, a cincuenta años luz a la redonda, donjuanes más galantes y osados que los caballeros de Ariane. Inteligentes, jóvenes, apuestos y diestros en el manejo del estoque. No tiene por qué tener miedo. ¿De acuerdo?

—Pero —intervino Emmanuelle— usted apenas me conoce. ¿Es que no…?

Ariane se encogió de hombros:

—¡La conozco lo suficiente! No necesito someterla a una

observación prolongada para darme cuenta de que su belleza puede cautivar a hombres y a mujeres. Y éstos de los que le estoy hablando son unos entendidos en lo que a belleza se refiere. No se me ocurriría presentárselos si no estuviera segura de ellos y de usted. Eso es todo.

—¿Y… —preguntó Emmanuelle con un ligero titubeo— su marido?

Ariane estalló en una franca carcajada:

—Un buen marido desea que su mujer se sienta satisfecha —dijo.

—No sé si Jean lo encontrará tan normal.

—Entonces, no le cuente nada —concluyó Ariane, de buen humor.

De un salto, se acercó a Emmanuelle, le rodeó la cintura con un brazo y la estrechó contra su cuerpo: —¿Jura decirme la verdad?

Emmanuelle pestañeó, sin comprometerse demasiado. Los senos sólidos y calientes contra su hombro le hacían perder pie ligeramente, a pesar de todo.

—No intentará hacerme creer que jamás ha recibido en su cuerpo cautivador a otros hombres que no sean su marido, ¿no es verdad? Y bien, ¿se lo ha confesado en cada ocasión?

A Emmanuelle aquello le parecía un suplicio. ¡Vuelta a empezar con el asunto de las confesiones! ¿Pero por qué tenía que defenderse? ¿Y por qué pasar por más ingenua de lo que era? Sacudió la cabeza para responder negativamente a la pregunta de Ariane. Esta la besó alegremente en la oreja.

—Lo ves —dijo triunfalmente. La contempló con orgullo—. ¡Te prometo que no lamentarás haber venido a Bangkok!

El tono parecía implicar que Emmanuelle había aceptado firmar un pacto. Intentó zafarse.

—¡No, escuche! Esto me molesta.

Se envalentonó bruscamente y afirmó:

—No crea que es por puritanismo, o por razones morales. No es eso. Pero… deme al menos el tiempo de acostumbrarme a la idea poco a poco.

—Por supuesto —dijo Ariane—. No hay ninguna prisa. Como con el sol…

Como impulsada por una súbita inspiración, sus labios dibujaron una sonrisa y se incorporó.

—Ven —la intimó—. Vamos a que nos den un masaje.

Volvió a ponerse el bikini. Luego, con un tono ligeramente despectivo, como si se dirigiera a un bebé, añadió: —No tengas miedo, nena, sólo hay mujeres.

Emmanuelle dejó su coche en el club y acompañó a Ariane en su descapotable. Circularon durante una media hora, entre los triciclos y las motos-taxi que llenaban de humo las calles bordeadas de letreros chinos. Se detuvieron frente a un edificio nuevo, de una sola planta, flanqueado por comercios de seda, restaurantes y agencias de viajes. Una inscripción en caracteres desconocidos para Emmanuelle adornaba la fachada. Empujaron una puerta de cristal esmerilado y se encontraron en el vestíbulo de recepción de una casa de baños, muy parecida de aspecto a lo que podía haber sido en Europa. Una japonesa con kimono de flores las recibió educadamente, inclinándose varias veces ante ellas, con las manos cruzadas sobre el pecho, antes de conducirlas a través de pasillos que olían a vapor y a agua de colonia. Se detuvo frente a una puerta, haciendo de nuevo una reverencia. Emmanuelle se preguntó si sería muda.

—Puedes entrar aquí —dijo Ariane—. Todas las masajistas están bien. Yo cogeré la cabina de al lado. Nos encontramos dentro de una hora —añadió.

Emmanuelle no esperaba que Ariane la dejase sola. Se sentía ligeramente desamparada. La puerta que la japonesa había entreabierto daba acceso a una sala de baños pequeña y limpia, con un techo muy bajo, donde una joven asiática con bata blanca de enfermera permanecía de pie, menuda, entre una bañera y una mesa de masaje. Tenía una cara de pájaro que ha realizado muchos viajes. También ella le hizo una reverencia, pronunció algunas palabras, sin conceder aparente importancia a que la comprendiesen o no, dio algunos pasos en dirección a Emmanuelle, y, con mano experta, empezó a desabrochar su blusa.

Cuando Emmanuelle estuvo desvestida, le hizo señas de entrar en la bañera, que estaba llenando de un agua azulada, fragante y caliente. Pasó un trapo húmedo por el rostro de su clienta, luego le

enjabonó metódicamente los hombros, la espalda, el pecho, el vientre. Emmanuelle se estremeció cuando la esponja llena de espuma circuló entre sus piernas.

Cuando terminó de bañarla y la hubo secado con una toalla tibia, la siamesa invitó a Emmanuelle a echarse sobre la mesa acolchada. Primero le propinó pequeños golpecitos precipitados con el canto de la mano, luego le pellizcó los músculos, cayó sobre sus pantorrillas y sobre sus riñones, estiró las falanges de los dedos de sus pies, le dio un masaje en la nuca y otra serie de golpecitos en la cabeza. Semiaturdida, Emmanuelle se sentía sin embargo, relajada y contenta.

La masajista sacó entonces de un armario dos aparatos del tamaño de un paquete de cigarrillos, que sujetó en la palma de cada una de sus manos y que enseguida emitieron un ronroneo metálico. Sus palmas vibrantes recorrieron lentamente la superficie del cuerpo desnudo, hundiéndose allí donde se presentaba una cavidad o un hueco, deslizándose por la concavidad del cuello, bajo las axilas, entre los senos, entre las nalgas, con una competencia irresistible. Luego buscaron sobre la superficie interior de los muslos los puntos más receptivos. Emmanuelle temblaba en toda la extensión de su carne. Separando las piernas, levantó ligeramente el pubis, ofreciéndose con un movimiento de inimitable gracia, que estiraba los labios de su sexo como para un beso infantil. Pero las manos se alejaron y volvieron a trepar hacia el pecho, yendo y viniendo con profesionalidad, volviendo sobre sus pasos, como una plancha aplicada a lustrar un percal. Cuando Emmanuelle empezó a gemir, con una voz apenas perceptible, treparon hasta los pechos, dieron vueltas en torno a ellos, tan pronto rozando su cúspide como aplastando los pezones y haciéndolos sumergirse en el espesor de los senos. Las oleadas recorrían a Emmanuelle hasta los riñones. Arqueada, gritó quejumbrosamente, durante largos minutos. Las manos proseguían su cometido sobre los puntos sensibles de su pecho hasta que el orgasmo decreció, se calmó, la dejó inerte y blanda.

Sin perder tiempo, la masajista dirigió su atención a los hombros, brazos, tobillos. Emmanuelle volvía lentamente en sí. Abrió finalmente los ojos, esbozó una sonrisa. La joven siamesa se

la devolvió con aire grave, luego le hizo lo que parecía una pregunta. Al mismo tiempo movió sus dedos delgados hacia el bajo vientre de Emmanuelle, mirándola, con las cejas arqueadas, como a la espera de un permiso. Emmanuelle dijo «sí» con la cabeza. La mano, ahora equipada con el vibrador, ejecutó minuciosamente, sobre la superficie y entre los pliegues del sexo, los movimientos en los que era una experta, sabiendo exactamente lo que había que hacer en cada momento para brindar mayor placer. No tomaba ninguna precaución de suavidad, ni se daba tregua, segura del resultado, añadiendo el virtuosismo de sus palpitaciones, frotamientos y arañazos al poder de las vibraciones eléctricas.

Emmanuelle se contenía con todas sus fuerzas, pero su resistencia fue de breve duración. Gozó nuevamente, y con tal violencia que hasta el rostro de la masajista reflejó un cierto horror. Mucho después de que las manos se hubieran retirado de su cuerpo, Emmanuelle seguía contorsionándose, gimiendo, aferrándose con los dedos crispados al borde de la tabla blanca.

—Aunque las paredes estén insonorizadas —dijo Ariane cuando se encontraron a la salida—, al estar dentro se oye todo. Ahora no me irás a decir que prefieres las matemáticas.



Marie-Anne volvió cuatro tardes seguidas a casa de Emmanuelle. Cada vez la sometía a un interrogatorio más minucioso, reclamando —y obteniendo— nuevas precisiones, tanto sobre los gestos que su amiga intercambiaba con su marido como sobre la incontinencia de su fantasías cotidianas.

—Si te hubieras entregado en la realidad a todos los hombres con los que lo has hecho en tu fantasía —observó un día—, serías una mujer realizada.

—Querrás decir que estaría muerta —replicó Emmanuelle riéndose.

—¿Por qué dices eso?

—¿Crees que una puede hacerse amar por los hombres tan a menudo como se hace gozar ella sola?

—¿Por qué no?

—¡Pero, oye, es muy cansado ser poseída por un hombre!

—¿Y tú nunca te cansas acariciándote?

—No.

—¿Cuántas veces lo haces, ahora?

Emmanuelle esbozó una púdica sonrisa:

—Ayer, muchas veces, sabes. Creo que por lo menos quince.

—Hay mujeres que lo hacen el mismo número de veces con hombres.

Emmanuelle sacudió la cabeza.

—Sí, ya lo sé —dijo.

Pero la posibilidad no parecía tentarla.

—Sabes, argumentó, los hombres, no siempre son tan excitantes. Es pesado, es duro, a veces llega a hacer daño. No está comprobado que sea ésa la manera en que prefieren gozar las mujeres…

Paradójicamente, había una sola clase de confidencia que Emmanuelle no se atrevía a hacer francamente a su amiga. Sólo de vez en cuando hacía alguna torpe alusión, sin conseguir adivinar si Marie-Anne la entendía o no. Ni ella misma alcanzaba a explicarse una timidez y una discreción que nada, en la conducta de su visitante, parecía sin embargo justificar. Nada más llegar, Marie-Anne se desnudaba; no tuvo tampoco ninguna dificultad en desprenderse de su camisa cuando Emmanuelle se lo sugirió, y las dos jóvenes a partir de entonces charlaban completamente desnudas en la terraza rodeada de vegetación. Sin embargo, la emoción que sentía Emmanuelle sólo se traducía por la multiplicación de las caricias que practicaba sobre sí misma: no se atrevía a tocar a su amiga, ni a invitarla a tocarla, aunque lo deseara hasta el extremo de quitarle el sueño. Un extraño pudor y un impudor aún más raro se disputaban su alma. Terminaba preguntándose —confusamente, sin embargo, negándose a reflexionar demasiado a fondo— si esa insólita reserva no sería en realidad un refinamiento superior y nuevo, inventado sin darse cuenta por la intuición de sus sentidos, y si la privación del cuerpo de Marie-Anne, a la que se sometía, contra todo instinto y toda razón, no tendría finalmente un sabor más sutil, un atractivo más perverso que el que podría tener un abrazo físico. Hasta el punto que Emmanuelle descubría, en aquella

situación que normalmente habría debido hacerle sufrir —en la que una adolescente disponía de ella a placer sin conceder nada a sus preferencias— una imprevista fuente de deleite sensual.

De la misma manera que una voluptuosidad desconocida parecía surgir de la frustración de aquél de todos los deseos carnales que siempre le había parecido el más natural, y al que había concedido la mayor importancia, otro valor erótico parecía revelársele a resultas del secreto que su joven amiga mantenía sobre su propia vida sexual. Emmanuelle se daba cuenta, constatando la facilidad con la que se resignaba a no saber nada —o casi nada— de Marie-Anne, que sentía más placer cerebral y físico ofreciendo a otra el espectáculo de la lujuria que el que hubiera tenido siendo espectadora. Y, por más que cada día se sintiese impaciente por ver a su amiga, a partir de ahora ello no se debía tanto a la excitación de contemplarla desnuda o presenciar sus juegos lascivos, como a la otra, infinitamente más escandalosa y, por consiguiente, más deliciosa, de acariciarse a sí misma, echada sobre su tumbona, bajo la atenta mirada de Marie-Anne. No porque se marchara, sin embargo, rompíase el encanto: Emmanuelle volvía a ver mentalmente los ojos verdes clavados en su sexo y, hasta el anochecer, seguía masturbándose.



El miércoles siguiente a su primer encuentro, Emmanuelle fue invitada a tomar el té a casa de la madre de Marie-Anne. En un salón amueblado con pretensiones, se encontró con una docena de «señoras» que le parecieron perfectamente insignificantes. Ya estaba echando de menos no poder estar a solas con su confidente, a la que veía modosamente sentada sobre la alfombra, entregada por entero a sus obligaciones de jovencita modelo, cuando su interés se vio reavivado por la llegada de una mujer joven y elegante, a primera vista tan fuera de lugar en aquella reunión como ella misma.

La recién llegada recordaba a Emmanuelle las modelos parisinas que más había admirado. Poseía su esbelta cintura, su imponderable lasitud, su distancia ilusoria y sus pliegues de escultura. La boca

entreabierta «como una rosa», las cejas de ámbar dispuestas sobre unos ojos enormes, la curva caprichosa de las pestañas, modelaban sobre aquel rostro una ingenuidad tan improbable que adquiría el tono de un desafío. Emmanuelle se decía con intolerancia que ella era indudablemente la única, en aquel lugar, que, debido a lo que llamaba su «experiencia», podía comprender lo que en realidad albergaba de modesto una búsqueda tan absoluta, de meritorio una concepción tan exigente de los deberes de la belleza, de embrujador tanta pasión oculta bajo la indiferencia de la mirada de nácar. Recordaba haber descubierto así, bajo la máscara de sus amigas, «a semejanza de los más orgullosos momentos», lo que debió querer decir Baudelaire al condenar «el movimiento que desplaza las líneas». Las diosas de alabastro se hicieron carne, pero el hombre conservó el deseo de las estatuas, el hombre que sólo cree en los paraísos inaccesibles y en los dioses inanimados, y la carne adorada volvió a convertirse en piedra.

Esta evocación se cargaba en aquel momento de una emoción ambigua, en la que participaban por igual el sabor todavía fresco de sus arrebatos de colegiala y los vértigos más adultos de los probadores. Pensaba que le gustaría convertirse en obra de arte, que, llegada a Bangkok como un trozo de arcilla, quizá pudiera encontrar una forma (pensaba menos en la forma del cuerpo —ya que no tenía motivos para querer cambiar— que en la del espíritu). Y, aunque no conseguía imaginar concretamente en qué consistiría tal perfeccionamiento, deseaba que su vida se convirtiese un día en algo tan precioso y perfecto como el corte complicado de esos cabellos de bronce, tan triunfante como esos ojos grises, y tan indiferente al juicio de la muchedumbre como ese traje de chaqueta cuyo diseño desafiaba las líneas del cuerpo y cuyo escote sólo parecía poder cerrarse mediante un difícil gesto del brazo, pero que no obstante era seductor imaginar sin más sentido que el de demostrar, por una reacción friolera bajo aquel clima tórrido, la derrota de los elementos y el fracaso de las convenciones frente a la soberana fantasía del humor de las mujeres.

Antes de que su madre tuviera tiempo de presentar a la recién llegada, Marie-Anne se levantó y arrastró a Emmanuelle hasta un rincón del salón, donde no las podían oír.

—Tengo un hombre para ti —dijo con la expresión satisfecha que emana de una misión cumplida.

Emmanuelle no pudo evitar reírse:

—¡Vaya una noticia! ¡Tienes una manera de anunciarlo! ¿Qué quiere decir, «un hombre para mí»?

—Es un italiano muy guapo. Le conozco desde hace tiempo, pero no estaba segura de que fuera lo que necesitabas. He reflexionado. Y creo que es justamente lo que te hace falta. Tienes que conocerle cuanto antes.

Esta nota de urgencia, muy en el estilo de Marie-Anne, divirtió una vez más a Emmanuelle. No estaba nada segura de que el candidato, a pesar de no conocerlo, fuese «lo que necesitaba», pero no quería decepcionar a su tutora. Se esforzó en mostrar interés por el proyecto, ya que no gratitud por tanta solicitud: —¿Cómo es, tu Adonis? —preguntó.

—Un perfecto marqués florentino. Seguramente nunca has encontrada nada igual. Delgado, alto, con nariz aguileña, ojos negros, sagaces y profundos, tez oscura, rostro afilado…

—¡No está mal!

—Pues no me creas, si así lo prefieres. Pero estoy segura de que te reirás menos tontamente cuando le veas. Él también ha nacido bajo el signo de Leo.

—¿Y quién más?

—Ariane y yo.

—¡Ah! entonces…

—Pero tiene el pelo negro y brillante, como el tuyo. Con algunas mechas plateadas que aumentan su distinción.

—¡Pelo gris! ¡Entonces es un viejo!

—Naturalmente. Tiene la edad que necesitas: exactamente el doble que tú, treinta y ocho años. Por eso te digo que tienes que darte prisa: el año que viene serás demasiado vieja. Y además, el año que viene, ya no estará aquí.

—¿Qué hace en Bangkok?

—Nada. Es muy inteligente. Viaja por el país, conoce todos los rincones. Escarba en las ruinas, estudia la edad de los budas. Ha llegado a encontrar cosas en el museo que el vigilante no había visto nunca. Creo que está escribiendo un libro sobre ello. Pero,

como te decía, sobre todo no hace nada.

Emmanuelle interrumpió bruscamente a Marie-Anne:

—Dime, ¿quién es esta mujer fantástica?

—¿Mujer fantástica?

—Sí, la que acaba de llegar.

—¿Llegar adonde?

—¡Pues *aquí*, Marie-Anne! ¿Te has vuelto boba? Ahí, mira, delante de ti…

—¿Te refieres a Bi?

—¿Cómo dices?

—¡Digo *Bi*! Eres tú la que no entiende nada.

—¿Se llama Bi? ¡Qué nombre más extraño!

—¡Oh! no es un nombre. En inglés quiere decir *abeja*. Se escribe con *b* y dos *e*. Yo prefiero escribir *b, i*. Es más claro.

—Pero ella, ¿cómo lo escribe?

—Como se lo diga yo.

—¡Por favor, Marie-Anne!

—Haces bien en pensar que no es su verdadero nombre. Se lo he puesto yo. Ahora todo el mundo ha olvidado el otro.

—Dímelo de todas formas.

—¿Qué más te da? No podrás repetirlo, es una palabreja impronunciable, un nombre inglés completamente grotesco.

—¿Tampoco puedo llamarla Bi?

—No tienes necesidad de llamarla.

Emmanuelle miró a Marie-Anne con asombro, titubeó, luego se conformó con preguntar: —¿Es inglesa?

—No, americana. Pero tranquilízate, habla francés como tú y como yo. Sin ningún acento, no es nada pintoresca.

—No parece gustarte mucho.

—¿Ella? ¡Es mi mejor amiga!

—¡Esta sí que es buena! ¿Por qué no me has hablado nunca de ella?

—No puedo hablarte de todas las chicas que conozco.

—Pero ya que a ésta la quieres tanto, podrías al menos haberme dicho algo.

—¿Qué te hace suponer que la quiero tanto? Es mi amiga, eso es todo. No tengo por qué quererla.

—¡Marie-Anne!… ¿Cómo quieres que te entienda? Lo que pasa es que tú no quieres decirme nada de lo que te concierne. Y tampoco quieres que conozca a tus amigas. ¿Estás celosa, acaso? ¿Tienes miedo de que te las quite?

—No veo de qué te podría servir perder el tiempo con una pandilla de chicas.

—¡No seas ridícula! Mi tiempo no es tan precioso. Quien te oyera, creería realmente que mis días están contados.

—¡Pues más o menos!

Marie-Anne parecía creerlo tan seriamente que Emmanuelle se sintió turbada. Protestó: —Todavía no me siento decrépita.

—Pues, ¿sabes?, eso llega enseguida.

—¿Y esta Bi, esta *Bee* —prefiero la ortografía inglesa, al menos quiere decir algo—, tiene también un pie en la tumba, según tus cálculos?

—Tiene veintidós años y ocho meses.

Emmanuelle siguió preguntando:

—¿Está casada?

—No.

—¿Entonces todavía más vejestorio que yo? ¡Lo que debe tener que oír!

Marie-Anne no hizo comentarios.

—Por lo que he podido entender, no tienes intención de presentármela —dijo nuevamente Emmanuelle.

—¡Te bastará con venir! En lugar de decir idioteces.

Marie-Anne le hizo señas a Bee, que se dirigió a su encuentro.

—Esta es Emmanuelle —dijo Marie-Anne como si hubiera revelado al autor de una fechoría.

Los enormes ojos grises, vistos de cerca, daban una impresión de inteligencia y de libertad. Bee no debía preocuparse tanto por dominar a los demás como por dejarse gobernar fácilmente ella misma. Emmanuelle pensó, para sí, que Marie-Anne debía mantener con ella algún contencioso. Se sintió vengada.

Intercambiaron inofensivas banalidades. La voz de la recién llegada armonizaba con su mirada. Tenía la palabra fácil y jamás dudaba. Una alegría íntima la animaba. Emmanuelle se dijo que aquella mujer detentaba el rostro y el tono de la felicidad.

Quiso saber cómo ocupaba Bee su tiempo. Sobre todo paseando por la ciudad, parecía. ¿Vivía sola en Bangkok? No, había venido, hacía un año, a visitar a su hermano, que ejercía las funciones de agregado naval de la embajada de Estados Unidos. Su primera intención había sido quedarse sólo un mes, pero, de momento, seguía allí. No tenía ninguna prisa por volver.

—Cuando me canse de estas vacaciones prolongadas —dijo—, me casaré y regresaré a los Estados Unidos. No tengo ganas de trabajar. Adoro estar sin hacer nada.

—¿Está usted prometida? —preguntó Emmanuelle.

Esta pregunta la llevó a descubrir la risa de Bee. Era muy franca y muy bonita.

—Sabe, en mi país, nos prometemos el día antes de casarnos; y, dos días antes, todavía no sabemos con quién. Como no me retiraré mañana ni pasado mañana, me resultaría realmente embarazoso decirle quién va a ser el elegido.

—Pero, casarse no significa forzosamente retirarse —protestó Emmanuelle.

Bee esbozó una sonrisa indulgente. Dijo simplemente: «¡Oh!» en tono de duda. Añadió: —Tampoco retirarse es una desgracia.

Emmanuelle hubiera querido preguntar: «¿Retirarse de qué?». Pero temió ser indiscreta. Fue Bee la que preguntó: —¿Está contenta de haberse casado tan joven?

—¡Oh, sí! —dijo Emmanuelle—. Seguramente es lo mejor que he hecho en mi vida.

Bee volvió a sonreír. Emmanuelle se sintió atraída por el aura de bondad que emanaba de ella. La belleza de esmalte de su rostro (que daba la impresión de estar totalmente exento de maquillaje, si bien, para conseguir una simulación tan perfecta de la naturaleza, Emmanuelle sabía cuánta aplicación y paciencia eran necesarias, cuántas horas de experta manipulación de los pinceles y de las cremas), pese a lo que en él había de casi molesto por su exceso de perfección, quedaba relegada al olvido en cuanto la jovialidad irrumpía a través de ella como el sol a través de un cristal. Entonces ya no se deseaba exclamar: «¡Qué hermosa es esta mujer!», sino: «¡Qué aspecto más simpático tiene!». Emmanuelle, sin embargo, prefería pensar: «¡Qué feliz parece!». Sentía que ese estado las

acercaba, ya que también ella tenía conciencia de ser feliz. Y la infelicidad la asustaba hasta el punto de hacerla incapaz de amar sinceramente a alguien que sufriese, que estuviese enfermo, fuese pobre u oprimido. A veces se avergonzaba de aquel rasgo de su carácter, que sin embargo no denotaba dureza de corazón sino una pasión tenebrosa, casi obsesiva, por la belleza.

Mientras Marie-Anne daba conversación a las señoras, Emmanuelle no se separó de Bee. No hablaron de nada importante, pero estaba claro que ambas se complacían en permanecer juntas. Emmanuelle llegó a alegrarse de que su joven amiga pareciera olvidarla. Cuando Jean vino a buscarla, lamentó tener que marcharse. Marie-Anne, al despedirse, le lanzó un apresurado: «¡Ya te llamaré!». Emmanuelle pensó, demasiado tarde, que también ella debería haber pedido a Bee su número de teléfono. Estaba tan consternada por este olvido que no atinó a responder a las preguntas de su marido.



Sin poder explicarse exactamente por qué, Emmanuelle rehuía encontrarse de nuevo con Ariane. Para no exponerse a encontrarla en el Sports Club, renunció a las sesiones de natación matutinas. Había preguntado a su marido lo que opinaba de la joven condesa y él había contestado que la encontraba muy atractiva. Le gustaba su fogosidad y su ausencia de cursilería. ¿Había hecho el amor con ella?, quiso saber Emmanuelle. No, pero de haberse presentado la ocasión, la hubiera aprovechado encantado. Emmanuelle, que generalmente solía enorgullecerse de que su marido tuviera éxito con otras mujeres, esta vez sintió —contra toda lógica, ya que, de hecho, no lo había tenido con Ariane— un violento escozor de celos, que se cuidó bien de ocultar a Jean, pero que no por ello dejó de envenenarle el día.

Poco tiempo después de esa conversación, recibió una llamada telefónica de Ariane. La condesa le dijo que se sentía embrutecida por la lluvia que caía desde hacía dos días, pero que había tenido una «idea genial». Quería enseñarle *squash* a Emmanuelle. ¿Qué es

eso? Una especie de tenis al que, justamente, se puede jugar incluso cuando llueve, porque se practica a cubierto. A Emmanuelle le encantará. Ariane llevará las raquetas y las pelotas, todo lo que Emmanuelle tiene que hacer es conseguir un short, ponerse unas zapatillas y encontrarse con ella en el Sports Club dentro de media hora.

La condesa había colgado antes de dar tiempo a Emmanuelle de inventarse una excusa. Se dijo que al fin y al cabo aquel deporte, del que jamás había oído hablar, podía ser divertido y se dispuso a acudir a la cita de buen talante.

Cuando se encontraron en el club, las dos mujeres descubrieron que se habían vestido igual: jersey de algodón amarillo sobre shorts negros. Se echaron a reír.

—¿Llevas sostén? —quiso saber Ariane.

—Nunca —respondió Emmanuelle—. No tengo ni uno solo.

—¡Muy bien! —se entusiasmó su compañera, que cogió con las dos manos por la cintura a Emmanuelle, levantándola ligeramente del suelo. Emmanuelle estaba atónita: no había imaginado que Ariane tuviese tanta fuerza.

Esta última proclamaba:

—No hay que creer ni una palabra de todos esos cuentos sobre el tenis o el montar a caballo, que dejan el seno caído si no se le comprime en esos cubiletes de ilusionista. Es justamente al contrario. El deporte los fortifica y, cuanto más ejercicio se les obliga a hacer, más duros se vuelven. No tiene más que ver los míos.

Levantó su jersey, en medio de la explanada, por la que circulaban otros jugadores. Emmanuelle no fue la única en admirar el busto de cazadora.

Encontró que una cancha de squash era, a primera vista, la cosa más banal del mundo: un suelo, cuatro tabiques de madera y un techo. Desde las gradas donde se encontraban, semejaba una especie de foso. Descendieron por una escalera, que giró en torno a su barrote superior hasta pegarse al techo, automáticamente levantada por unas poleas, en cuanto pusieron un pie en el suelo. Para salir del foso había que hacer bajar la escalera tirando de una cuerda. Ariane explicó que el juego consistía en lanzar, por tumo

una pelota de goma dura contra el tabique, utilizando una raqueta de escaso diámetro y mango largo.

La pelotita negra, bajo los impactos, se movía con tal velocidad que obligaba a Emmanuelle a correr como una loca de una pared a otra, riéndose a carcajadas cuando sus sueltos cabellos le azotaban el rostro. Al cabo de una media hora, podía devolver bastante bien las pelotas, pero sus piernas vacilaban y apenas le quedaba aliento. Todo su cuerpo chorreaba sudor. Ariane dio la señal de descanso e hizo bajar la escalera. De una bolsa que había amarrado a los barrotes extrajo dos toallas. Se quitó el jersey y se friccionó enérgicamente, luego se acercó a Emmanuelle y con la toalla secó el pecho y la espalda de su amiga, que se dejaba hacer, jadeante. Su jersey, empapado, estaba enroscado bajo sus axilas, no tenía fuerza para levantar los brazos y quitárselo. Ariane la apoyó contra la escalera inclinada, sobre la que Emmanuelle, juguetona, fingió dejarse crucificar, separando brazos y piernas.

Su compañera le friccionaba los senos con ligereza y siguió haciéndolo aún después de que estuvieran secos. A las sensaciones acres de ahogo, de cansancio y de sed que hacían arder la laringe de Emmanuelle, se había añadido una congestión no carente de atractivo. De pronto, Ariane dejó caer la toalla y, deslizando sus brazos bajo los de su amiga, se recostó contra ella con todo su cuerpo. Emmanuelle sintió los pezones buscando los suyos (en cuanto los encontraron, se abandonó al placer, demasiado intenso para ofrecer resistencia) y un pubis activo que la oprimía a través de la tela de los shorts. Al estar echada hacia atrás recuperaba los escasos centímetros de altura que tenía de menos, de forma que ambas bocas se hallaban exactamente al mismo nivel. Ariane la besó como nunca habían besado a Emmanuelle: profundamente, explorando sucesivamente, sin olvidar la menor superficie, sus labios, su lengua, todas las cavidades y las prominencias de su boca, su paladar, sus dientes, durante tanto tiempo que jamás supo si aquel beso había durado varios minutos o varias horas. Había dejado de sentir la sed que, hacía un momento, irritaba su garganta. Se removía suavemente, para que su clítoris pudiera expanderse, endurecerse y buscar refugio en la solidez del otro vientre. Cuando la erección se hizo tan potente que Emmanuelle no fue más que un

enorme capullo a punto de explotar, comprimió entre sus piernas, sin siquiera darse cuenta, uno de los muslos de Ariane, contra el que empezó a restregar su sexo con un suave movimiento de toda su pelvis. Ariane la dejó hacer durante algunos minutos, sabiendo que Emmanuelle tenía necesidad de aquel derivativo para la tensión excesiva de sus sentidos. Luego retiró sus labios y contempló a su pupila con aquella sonrisa que exhibía tan a menudo y que parecía traducir la alegría de haber inventado un buen chiste. Emmanuelle se sintió molesta por aquella mirada y a la vez tranquilizada al constatar que Ariane ponía tan escaso sentimentalismo en sus abrazos. Deseaba ser besada de nuevo; y no quería que los senos de Ariane la abandonasen. Pero ésta la cogió bruscamente por la cintura, como había hecho cuando se encontraron, y, con un impulso atlético, la levantó subiéndola a la escalera. Los pies de Emmanuelle se enlazaron a un barrote. Creyó que Ariane querría besar sus senos, pero la responsable del juego mantenía la cabeza a distancia y sus ojos burlones no se separaron de los de la víctima. Antes de que Emmanuelle tuviera tiempo de hacerse una idea clara de lo que le estaba ocurriendo, la mano de Ariane se había introducido por la pierna de su short y tomaba posesión de su sexo húmedo.

Los dedos de Ariane eran tan expertos, ejercitados y eficaces como su lengua. Pasaron rozando el clítoris, luego dos de ellos, pegados uno a otro, se introdujeron decididamente hasta lo más hondo de la carne, dilatando las paredes de la mucosa, ablandando la protuberancia resistente de la matriz, desplegando una actividad, un discernimiento admirables. Emmanuelle se dejó arrastrar al orgasmo sin resistencia, haciendo acopio de fuerzas para gozar lo máximo posible, abriéndose y ofreciéndose a la mano que la excavaba. Tuvo la sensación de que una lava la desbordaba y discurría, espesa y caliente, por el cuerpo de Ariane. Cuando finalmente desfalleció a los pies de la escalera, su amiga la recogió en brazos y la estrechó contra su cuerpo. Si Emmanuelle hubiera visto en aquel momento los ojos de Ariane, tal vez le habría sorprendido descubrir que ya no reían.

Sin embargo, cuando recobró el conocimiento su compañera ya había recuperado su aire travieso y su vivacidad de siempre. La

tenía cogida por los hombros, con los brazos estirados. Con una carcajada, pero amablemente, preguntó: —¿Todavía te quedan fuerzas para subir la escalera?

Emmanuelle sintió de pronto una confusión intensa y permaneció cabizbaja. La otra le cogió la barbilla con los dedos. Se encontraban de nuevo muy cerca.

—Dime —murmuró en un tono grave, casi ronco, que Emmanuelle nunca le había oído—, ¿te habían hecho esto otras mujeres?

Emmanuelle exteriormente permanecía impasible, pero, en realidad, su espíritu era víctima de una turbación que a duras penas comprendía. Optó por hacerse la sorda. Sin embargo, Ariane insistía, perentoria y mimosa a la vez: —¡Contesta! ¿Nunca has hecho el amor con mujeres?

Imagen del respeto humano y de la mala voluntad, Emmanuelle se obstinaba en su silencio. Ariane se acercó para mover los labios contra los de su amiga.

—Ven a mi casa —susurró—. ¿Quieres?

Pero Emmanuelle sacudió negativamente la cabeza.

Ariane contempló durante unos instantes la barbilla rebelde que albergaba su mano, pero no dijo nada más. Cuando, finalmente, se separó, nada en su mirada risueña y su expresión juguetona permitía adivinar si estaba decepcionada por la negativa de Emmanuelle, si se lo reprochaba.

—¡Arriba! —dijo, después de hacerle cosquillas en la punta de la nariz.

Emmanuelle se dio la vuelta y trepó por los peldaños. Ariane la siguió. Emmanuelle hizo bajar hasta la cintura su jersey, que seguía mojado.

—¡Oh, te has dejado el jersey abajo! —observó. Y propuso enseguida—: ¿quieres que vaya a buscarlo?

Un instante después se dio cuenta de que acababa de tutear a Ariane por primera vez.

Pero ésta hizo un gesto de soberano desprecio:

—¡Déjalo! No vale la pena; está hecho un asco.

Se echó una toalla sobre los hombros, sin molestarse en cruzarla sobre su pecho. Hacía oscilar en una mano las raquetas y la

abigarrada bolsa de lona, mientras se encaminaba hacia el garaje. Con la otra mano cogía la de Emmanuelle. Algunos grupos les hicieron señas al pasar; Ariane les devolvió alegremente el saludo, descubriendo aún más la desnudez de sus senos. Emmanuelle tenía de pronto la impresión de que todo el mundo las miraba. Lo único que sentía era pudor y alarma. Tenía prisa por alejarse de Ariane y estaba decidida, una vez más, a no volver a verla.

Al llegar junto a los coches, Ariane soltó la mano de su compañera y la miró de frente, mientras al fin hacía un nudo con las puntas de la toalla. La contemplaba con una expresión inquisitiva y expectante, cuya elocuencia irónica no necesitaba apelar a las palabras. Nuevamente, Emmanuelle bajó la cabeza; su azoramiento, el desorden de sus pensamientos, no eran fingidos. Ariane no se mostró insistente. Inclinándose, besó ligeramente a su amiga en la mejilla.

—Hasta pronto, cabritilla —dijo alegremente.

Se metió en el coche y arrancó con un gesto de despedida.

Cuando hubo desaparecido, Emmanuelle lamentó no haber hecho nada para retenerla. Habría deseado volver a verle los senos. Sobre todo, habría deseado sentirlos sobre su cuerpo. De pronto deseaba estar desnuda y que Ariane estuviese desnuda y echada sobre ella, las dos muy desnudas, desnudas como nunca lo habían estado. Deseaba sentir los senos de ella contra los suyos y los sexos pegados. Deseaba ser acariciada por manos de mujer, por piernas, labios, un cuerpo de mujer… Si Ariane en aquel momento hubiese vuelto sobre sus pasos, ¡ah, con qué ardor se le habría entregado Emmanuelle!



Christopher llegó aquel mismo día. Era mucho más guapo que en las fotos, tenía el porte y la risa abierta de un jugador de rugby anglosajón; su pelo rubio rudamente peinado parecía luchar contra un huracán. Emmanuelle enseguida se sintió en confianza, como con un viejo amigo. Mientras le mostraba su jardín, enlazó un brazo con el de su marido, y el otro bajo el de Christopher. Ya se estaba

disputando con Jean la compañía del recién llegado: —¡No irás a hacer trabajar a Christopher todo el día! Quiero llevarle a los *khlongs*, enseñarle el mercado de los ladrones…

—Pero es que no he venido de vacaciones —se defendía Christopher encantado.

El doble placer de volver a ver a Jean y de descubrirle tan bien casado confería para él a aquel domingo las apariencias más faustas. No ocultaba la admiración que le inspiraba Emmanuelle: —¡De veras que este bandido ha tenido demasiada suerte! —exclamó envolviendo a su anfitriona en una mirada de entusiasmo—. ¡Y no ha hecho nada para merecérsela!

—Afortunadamente —bromeó ella—. ¡No podría soportar a un marido lleno de méritos!

Prolongaron la velada hasta tarde; alegres y bulliciosos, no se acostaron hasta que el sueño venció a Emmanuelle, cerrándole los ojos en el sillón donde se había enroscado, bajo la buganvilla que cubría la terraza de la planta baja. No llovía. Los sapos se habían callado. Las estrellas mostraban su color de estación seca. El mes de agosto ofrece a menudo estas treguas engañosas.



Emmanuelle duerme desnuda. Pero, para desayunar con Jean en el ancho balcón de su habitación, se pone uno de esos camisones muy cortos que (en parte por el placer de probárselos) compró en gran cantidad antes de abandonar París. El que lleva esta mañana es transparente y plisado y su color es casi idéntico al de su piel. El borde no llega más abajo de la ingle. Tres botones lo abrochan en la cintura. La brisa más ligera lo levanta. Emmanuelle de pronto se echa a reír.

—¡Dios mío! Había olvidado que tenemos un invitado. Será mejor que me ponga algo más decente.

Y se levanta para ir a cambiarse. Pero Jean interviene: —De ninguna manera —decreta—. Estás mucho mejor así.

Ella, en el fondo, no tiene ningún inconveniente en mostrarse tal como está, acostumbrada desde hace mucho tiempo a aparecer

desnuda entre toda clase de gente. En este sentido, la actitud de su marido prolonga la de su infancia. La idea de tener que ponerse una bata para aparecer ante ellos habría sido considerada absurda tanto por sus padres como por ella. Si ha comprado camisones después de su boda ha sido por coquetería y no por pudor.

Christopher, en cambio, no parece sentirse tan cómodo como sus anfitriones. Sentado frente a Emmanuelle, no consigue apartar los ojos de los senos que el sol anima a través de los pliegues: sus pezones dibujan una mancha de sangre. Cuando ella se levanta y le trae galletas, fruta, miel, la brisa matinal entreabre hasta el ombligo la lencería calada y el triángulo de astracán se aproxima a él, tan cerca de su rostro que puede aspirar su perfume de lilas.

No se atreve a llevarse a los labios la taza de té, por miedo a que sus manos tiemblen. Piensa con pánico: «¿Qué pasará si tengo que levantarme? ¿O si alguien quiere retirar el mantel?».

Emmanuelle, por suerte, vuelve a su habitación antes de que los hombres hayan terminado sus desayunos. Con lo que Christopher tiene tiempo de serenarse.



No volverían hasta la hora de cenar. Emmanuelle no tenía ganas de quedarse todo el día sola en casa. Cogió su coche y partió hacia el centro de la ciudad. Durante una hora circuló sin rumbo, despistándose a menudo, deteniéndose de vez en cuando para entrar en una tienda, o perdiéndose en la contemplación horrorizada de un leproso: sentado en la acera, se desplazaba a trompicones, apoyándose sobre sus muñones y arrastrando por el suelo mugriento sus muslos carcomidos. Emmanuelle se sintió tan trastornada por este espectáculo que no podía poner el motor en marcha. Permanecía allí, paralizada, sin recordar adónde quería ir ni las maniobras que debía hacer, con sus pies enteros, sus manos sanas y frágiles… En aquel momento, y no muy lejos de ella, divisó saliendo de una tienda china una silueta que reconoció. Su grito sonó como una llamada de auxilio: —¡Bee!

La joven se volvió e hizo un gesto de regocijada sorpresa. Se

acercó al coche.

—La estaba buscando —dijo Emmanuelle.

En el mismo instante se dio cuenta de que decía la verdad.

—¿Ah sí? Pues ha tenido suerte en encontrarme —bromeó Bee —. Porque no vengo muy a menudo por aquí.

«Evidentemente, no me cree», pensó tristemente Emmanuelle.

—¿Quiere que comamos juntas? —propuso con una voz de súplica tan apremiante que Bee, durante unos instantes, no supo qué contestar.

Emmanuelle prosiguió:

—¡Tengo una idea! Venga a mi casa. Usted todavía no la conoce, y hay un montón de cosas para comer.

—¿No prefiere que le haga probar algunas curiosidades locales? —se ofreció Bee—. Muy cerca de aquí hay un pequeño restaurante siamés de lo más pintoresco. Yo la invito.

—¡No, no! —se obstinó Emmanuelle—. Eso será otra vez. Ahora que la he encontrado, prefiero llevarla a mi casa.

—Como usted quiera.

Bee abrió la portezuela y se sentó a su lado.

A Emmanuelle se le ensanchó el corazón. De pronto tenía la sensación de haberse reencontrado, segura de sus deseos, orgullosa de lo que amaba, tan incapaz de simular como de esperar. Poco faltó para que no se pusiera a gritar de alegría mientras conducía, contra toda prudencia, a través del hormiguero de la ciudad. Se reía a carcajadas, sin motivo. Parecía irradiar haces de luz. Un canto de esperanza resonaba en su cabeza. ¡Oh mi tierra firme! ¡Oh mi belleza de nombre alado, oh tú, belleza mía, mi dulce hermosura! ¡Oh mi bahía prometida de nombre alado, mi beldad, oh mi dulce hermosura! ¡Mi beldad, mi tierra, mi bahía, mi ala!

Tendía los brazos con una ternura de náufraga, sacudiendo sus largos cabellos húmedos de olas, besando con sollozos de felicidad el hermoso rostro de tierra suave. ¡Por fin, por fin! Tan dulce era la tierra donde la ola la depositaba, vestida con sus cabellos mojados, tan dulces para su torso alterado y para sus piernas desnudas, tan acogedora para su cuerpo liberado. Todo caía en el olvido, lo que había aprendido y desaprendido desde que zozobrara de un mundo a otro, en los sortilegios de la noche de agosto. La aurora de

siempre doraba sus labios.

Bee la miraba con admiración y cierta perplejidad.

La elegancia y la actualidad de la decoración agradaron a la visitante. Elogió la disposición de las flores, destreza japonesa que Emmanuelle había adquirido en París; los muebles de cerámica; los centros de mesa de piedra traslúcida adornados de corales y conchas marinas; y el gran móvil de hierro forjado que se alzaba en medio de la sala, estorbando, provocando, tintineando con un insólito follaje de hierro.

Comieron con rapidez. Emmanuelle se había quedado sin habla. Su mirada de júbilo no se apartaba de Bee.

Luego visitaron el jardín, a pesar del sol abrasador. Emmanuelle llevaba a su amiga de la mano a través de esquejes y de plantones, para hacerle presentir lo que sería la belleza del paisaje cuando los arbustos estuviesen en flor.

Emmanuelle cogió una rosa de largo tallo y se la ofreció a Bee. Esta rodeó la corola roja con sus dedos y la acercó a su mejilla. Emmanuelle acercó a su vez los labios y dio un beso a la rosa.

Cuando volvieron a la casa, el sudor cubría sus rostros, y sus cuellos.

—¿Y si nos duchamos? —sugirió Emmanuelle.

Bee reconoció que era una buena idea.

En cuanto estuvieron en su cuarto, Emmanuelle se desprendió de su ropa tan apresuradamente como si estuviera ardiendo. Bee sólo empezó a desvestirse cuando Emmanuelle se hubo quitado la última pieza de su traje. Primero dijo: —¡Qué cuerpo más bello tiene!

Luego desabrochó lentamente su cuello. Cuando entreabrió su camisa, que, al igual que Emmanuelle, llevaba directamente sobre la piel, ésta no pudo contener una exclamación: el busto de Bee parecía el de un chico.

—Fíjese qué plana soy —dijo la joven.

No parecía sentirse humillada. Saboreaba la sorpresa de Emmanuelle. Esta inspeccionaba los pezones rosados, tan pequeños y pálidos que parecían impúberes. Bee quiso saber, más bien en broma: —¿Lo encuentra feo?

—¡Oh, no! Al contrario, ¡es maravilloso! —exclamó Emmanuelle, con tal fervor que su interlocutora se enterneció.

—Sin embargo tendría todo el derecho a mostrarse severa. Con esos senos admirables… —observó—. Ofrecemos un contraste asombroso, ¿no le parece?

Pero Emmanuelle parecía convertida y fanática.

—¿Qué tiene de interesante poseer senos grandes? —volvió a rebatir—. Se ven todos los días en las portadas de las revistas. Usted, en cambio, es distinta de las demás mujeres. ¡Es tan bonito!

Su voz bajó ligeramente de tono:

—Es lo más excitante que he visto en mi vida, de verdad. No se lo digo en broma.

—Debo confesarle que a mí me divierte bastante —dijo Bee mientras deslizaba la falda a lo largo de sus piernas—. Seguramente no me gustaría tener un pecho demasiado pequeño; pero nada de pecho en absoluto, tiene gracia, ¿no le parece? —De pronto parecía más locuaz. Emmanuelle no recordaba haberle oído pronunciar un discurso tan largo—. Durante mucho tiempo, viví con el temor de que mis senos aumentaran de tamaño. Habría tenido la impresión de perder toda mi personalidad. Y rezaba cada noche: «¡Dios mío, haz que nunca llegue a tener verdaderos senos!». ¡Me porté tan bien que al parecer Dios me escuchó!

—¡Qué suerte! —exclamó Emmanuelle—. Habría sido terrible que sus senos creciesen. ¡Me gustan muchísimo así!

También las piernas de Bee le parecían admirables, tan largas y de líneas tan puras que parecían salidas de los figurines de un diseñador de modas, de no ser del todo reales. Las caderas estrechas, la delgadez flexible de la cintura contribuían asimismo a la impresión de elegancia y de raza. Pero lo que sorprendió más aún a Emmanuelle cuando Bee se quitó las bragas, fue la extraordinaria protuberancia del pubis afeitado. Jamás había visto un pubis cuyo relieve se destacase de aquella manera sobre la superficie del vientre, ni que estuviera, como aquél, tan henchido de sexualidad femenina. Creía no haber visto nada en el mundo más hermoso ni digno de ser amado. La ausencia de pelos permitía divisar la abertura del sexo, que llegaba hasta arriba y se hundía, profunda y neta, ofreciéndose inequívocamente a la mirada. El contraste con el torso de efebo y el hecho de que el cuerpo de Bee estuviera uniformemente bronceado (de manera que era inevitable pensar

que había sido expuesto completamente al sol y que otros habían podido contemplar a su antojo su desnudez hermafrodita) tenían algo de desafío. Y, a pesar de la gracia distante de Bee, la turgencia lisa y rasgada de su bajo vientre era tan sensual, desprendía tal sensación de invitación, que Emmanuelle sentía su propio sexo como escarbado por una mano. Era absolutamente necesario, se decía a sí misma, poseer a Bee allí mismo, que se le abriera aquella estela voluptuosa, aquella ranura… ¡Oh, aquella ranura! ¡Aquella ranura!, cuya contemplación la hacía temblar. Abrió la boca para decirle a Bee lo que deseaba, pero en el mismo momento, la joven se dirigió al cuarto de baño.

—¿Y esa ducha? —recordó la invitada.

Ahora el artificio le parecía a Emmanuelle superfluo. Ordenó, para cortar en seco el movimiento de Bee: —Venga a la cama.

La visitante se detuvo frente a la puerta, titubeante, luego optó por reírse.

—Pero es que tengo ganas de refrescarme, no de dormir —dijo.

Emmanuelle se preguntó si Bee pensaba realmente que era una invitación a la siesta lo que le había propuesto, o si su inocencia era fingida. Clavó su mirada en la de su amiga desnuda y renunció a encontrar en ella ningún sobreentendido. Se acercó a Bee y abrió la puerta: —Entonces, haremos el amor bajo la ducha —dijo con firmeza.



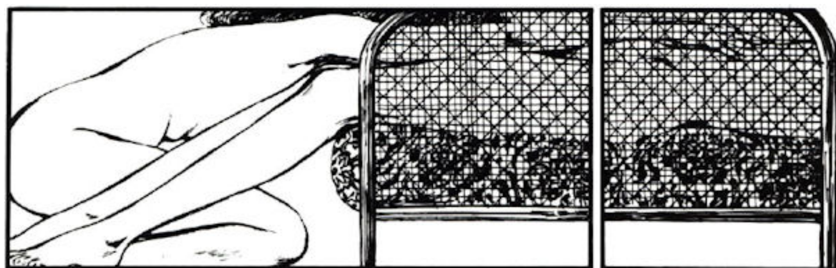
# *Cavatina o el amor de Bee*

*Detente, instante: ¡eres tan hermoso!*

GOETHE, *Fausto*

*Dejaré la cama como ella la dejó,*
*deshecha y en desorden, con las sábanas*
*revueltas, para que la huella de su cuerpo*
*permanezca junto al mío.*
*Hasta mañana no iré al baño, no me*
*vestiré y no peinaré mis cabellos para no*
*borrar sus caricias.*
*Esta mañana no comeré, ni esta noche, y,*
*sobre mis labios, no pondré ni carmín ni*
*polvos, para que su beso perdure.*
*Dejaré los postigos cerrados y no abriré la*
*puerta, para que el recuerdo que*
*permanece no se vaya con el viento.*

PIERRE LOUYS, *Las canciones de Bilitis*.
«El pasado que perdura».



El gran cuarto de baño blanco está equipado con varias clases de duchas. Una fija en el techo, otra en la pared, una tercera, más pequeña, al final de un largo tubo flexible, que es posible sujetar con la mano y orientar como se quiera. Muy cerca una de otra bajo las lluvias cruzadas, las dos mujeres lanzan exclamaciones de frío. Para proteger su pelo, Emmanuelle lo ha recogido sobre la parte más alta de la cabeza y esta construcción la hace parecer tan alta como su compañera.

Le dice a Bee que va a mostrarle para qué sirve la ducha flexible. Coge el tubo con la mano derecha, rodea con su brazo izquierdo las caderas de su amiga y le ordena que entreabra las piernas.

Bee sonríe y obedece. Emmanuelle dirige oblicuamente, de abajo a arriba, el chorro tibio hacia el sexo de su invitada, luego se lo va acercando poco a poco, imprimiéndole tan pronto un ligero temblor como un movimiento en espiral. Parece conocer a fondo las reglas de este juego. El agua cae como una cascada entre las piernas de Bee. Emmanuelle levanta la mirada: —¿Es agradable? —pregunta.

Bee parece considerar incongruente la pregunta: duda un momento, parece querer decir algo, cambia de parecer, finalmente se conforma con inclinar afirmativamente la cabeza. Un instante después, confiesa sin embargo: —Sí, muy agradable.

Sin dejar de dirigir la ducha con mano firme, Emmanuelle se inclina e introduce uno de los pezones en su boca. Siente que una mano de Bee se posa sobre sus cabellos. ¿Es para rechazarla? ¿Es para estrecharla contra su cuerpo? Emmanuelle comprime entre sus labios el pezón de muñeca, lo estimula con la punta de su lengua, lo chupa. Enseguida se vuelve duro, aumenta su tamaño a más del doble. Emmanuelle se incorpora, triunfante: —Ve usted…

Pero calla: las facciones de Bee han perdido su máscara de serenidad. Sus bellos ojos grises son más inmensos todavía, sus labios han aumentado su grosor y esplendor. El rostro casi infantil, purificado, una Bee que Emmanuelle no conocía hasta aquel momento, arrolladora de intensidad y de belleza, goza sin un grito, sin un estremecimiento, sin que el ritmo de su cuerpo traicione la violencia de su placer.

El éxtasis se prolonga durante tanto tiempo que Emmanuelle se pregunta si su amiga sigue siendo consciente de su presencia. Luego, poco a poco, la expresión maravillosa se borra y Emmanuelle se apena de que semejante voluptuosidad no pueda durar siempre. Se siente tan intimidada por la transfiguración de la que ha sido testigo que no se atreve a hablar. Bee le sonríe.

Emmanuelle coloca sus brazos en torno al cuello de su amiga y la besa en los labios. Gime de placer cuando el cuerpo de Bee se pega al suyo: la frescura chorreante de sus dos pieles es, por sí sola, una caricia. La estrecha contra su cuerpo, frota lentamente su pubis contra el suyo.

Bee adivina el placer que persigue Emmanuelle; coloca la mano sobre sus riñones, presiona suavemente sobre sus nalgas, la incrusta sobre su vientre. En su boca entreabierta, penetra un sabor singular, jugoso y dulce como una fruta exótica. Siente el espasmo que asciende por el hermoso cuerpo que mantiene abrazado al suyo. La ayuda con todas sus fuerzas. Oye a sus labios murmurar palabras que tienen el sonido del amor.



—Emmanuelle es inteligente, muy curiosa y está siempre de buen humor. Pero no me he casado con ella por eso —dice Jean a Christopher, en el jeep que deja dos estelas encarnadas.

El sudor baña sus cuerpos, la pesadez del aire irrita sus gargantas. Cruzan un pequeño puente: niños y niñas juegan en el agua, desnudos y salpicándose con grandes carcajadas.

—Mira. ¿No es este el Oriente que has visto en el cine?

Jean para el motor. Descienden hasta el arroyo y se refrescan la cara. Los niños saltan de entusiasmo, señalándoles con el dedo, repitiendo a coro: —*¡Farang!*

—¿Qué dicen? —pregunta inquieto Christopher.

—Precisamente: «¡Europeos! ¡Europeos!». Como los niños de nuestro país gritan: «¡Chinos! ¡Chinos!».

Una niña, cuyos cabellos mojados acariciaban sus hombros con largos bucles negros, se acercó a ellos. Había recogido del suelo un *sarong* azul marino, que contrastaba con el ámbar de su piel, e iba anudándolo en torno a su cintura conforme avanzaba.

—*Than yák sü som-ó mal tja?* —preguntó, dirigiendo a los extranjeros una encantadora sonrisa.

—No sé qué quiere —confesó Jean.

La chiquilla señaló con la mano un cesto de enormes pomelos, que se hallaban a la sombra de un árbol del pan.

—¡Ah! Ya veo. Nos ofrece pomelos. No es mala idea.

Jean movió afirmativamente la cabeza, articulando:

—*Ao ko dai!*

La niña corrió hacia el cesto, volvió con una fruta mayor que su cabeza. Levantó una mano con los cinco dedos separados: —*Ha baht.*

—De acuerdo, guapa —dijo Jean.

Le tendió un billete de cinco ticales, que la niña examinó meticulosamente.

—¿Estamos en paz? —preguntó Jean.

—*Kha!*

La chiquilla no parecía en absoluto embarazada por aquella

conversación bilingüe. Christopher se asombró.

—¿Comprende el francés?

—Ni soñarlo. Pero eso no le impide entablar conversación.

La niña levantó la fruta hasta la altura de su cara, con expresión inquisitiva: —*Pok hai mal tja?*

Jean separó los brazos en señal de incomprensión. La mano libre de la niña describió en torno a la piel granulosa unas circunferencias imaginarias, luego hizo el gesto de pelar.

—¡Oh, sí! ¿Por qué no? —asintió Jean—. Sería muy amable de tu parte.

La chiquilla volvió a su cesto y sacó un cuchillito con hoja de bronce curva y afilada; luego se sentó, poniendo el pomelo sobre su falda, que las piernas cruzadas mantenían tirante.

Los dos hombres se instalaron sobre la hierba, a su lado.

—Si no te has casado con Emmanuelle por sus cualidades intelectuales, como tú dices, supongo que habrá sido por su belleza —insistió Christopher.

—Quizás, pero eso no habría sido suficiente para seducirme.

—¿Entonces? ¿Qué fue lo que te conquistó? ¿Sus talentos domésticos?

—No, su genio carnal. No conozco a nadie en el mundo a quien le guste tanto hacer el amor. Y que lo haga tan bien.

Christopher pareció sorprendido. Esa clase de confidencias le parecían de mal gusto. Sin embargo, ardía en deseos de saber más cosas.

—Seguramente has tenido suerte —dijo con visible esfuerzo—. Pero ¿no corres también un riesgo? Ese… ¿Cómo lo llamas tú…? Ese don que posee podrían adivinarlo otros… Sentirse tentados… Pretender aprovecharse. Querer quitártela.

—Nadie me puede quitar lo que no es mío —dijo Jean con el tono de quien entrega una evidencia—. No es un bien que me pertenezca, no es mi belleza.

El rostro de Christopher reflejó incomprensión. Jean añadió: —Y no me he casado con ella para privarla de nada.

La chiquilla ofreció las rodajas de pomelo sobre sus palmas unidas. Jean aceptó una, tras una pequeña inclinación de cabeza, y la saboreó con evidente placer.

—¿Tú no quieres? —le preguntó a Christopher.

Este tomó maquinalmente la fruta que se le ofrecía. Contemplaba la escena con aire ausente. Jean prosiguió: —Emmanuelle y yo estamos interesados por el mundo. Y a los dos nos gusta saber más.

Se rió, observó con animación:

—¡Nos queda mucho todavía!

Cogió otra rodaja de manos de la niña.

—Incluso para dos —concluyó—. Y bastante para justificar el trabajo en equipo.

Christopher se preguntaba si las intenciones de Jean tenían algo que ver con su propia pregunta. Los niños permanecían en cuclillas en torno a ellos y los contemplaban en silencio, dándose codazos de vez en cuando, hasta estallar en unas sonoras carcajadas que les hicieron saltar las lágrimas.

—Tienen toda la pinta de estar riéndose de nosotros —observó Christopher.

La pulpa dulzona había refrescado su lengua, pero curiosamente seguía sintiendo un nudo en la garganta. Intentó luchar contra la imágenes que se imponían a su imaginación, con una insistencia rebosante de dulzura, y le horrorizaban.

«¡He aquí», constató, «cómo pienso en la mujer de un amigo!».

La visión, sin embargo, no se desvanecía. Sugirió, con voz ronca, comprar otro pomelo. Pero mientras la pequeña siamesa lo preparaba y él se las ingeniaba para hablar de esclusas y kilovatios, su imaginación reconstruía infatigablemente los senos redondos de Emmanuelle, sus nalgas nerviosas, la desnudez tentadora de su vientre… Jean se puso en pie de un salto, anunciando que era hora de proseguir la marcha. Sólo entonces se percató de la emoción de Christopher, espectacular bajo el delgado short de dril blanco. Frunció los labios sorprendido, se echó a reír: —¡Eh! —dijo regocijado—. No te conocía esas aficiones. No volveré a presentarte niñas.

Puso como testigo, guasón, a su anfitriona, quien no parecía hacerse cargo de la situación en absoluto.

—¡Oye! —continuó Jean—. Espera a que no estén tan verdes. ¡Esta ni siquiera tiene ocho años!



Emmanuelle ha querido enjabonar el cuerpo de su invitada. Sabe hacerlo tan bien, deslizando su mano entre las piernas de Bee, que ésta tiene que defenderse: —¡No, no, descanse un poco, Emmanuelle! Es demasiado agotador. Déjeme recuperar mis fuerzas.

Su amiga le permite aclararse y secarse. Le propone, juguetona: —¡Venga a mi cama!

Bee se calla y Emmanuelle, enseguida se turba. Entonces, la hermosa joven la besa en los párpados.

—Vayamos a su habitación —dice.

Emmanuelle obliga a Bee a tumbarse en diagonal sobre la gran cama, se acuesta sobre ella, cubre de besos su frente, sus pómulos, su cuello, mordisquea los lóbulos de sus orejas, su pecho. Se deja resbalar sobre la alfombra, se arrodilla, sumerge su rostro en el vientre desnudo.

—¡Oh! —gime—. ¡Qué dulzura!

Restriega sus mejillas, una tras otra, su nariz, sus labios, contra la prominencia elástica del pubis.

—¡Cariño! ¡Cariño!

Bee no se mueve, permanece en silencio. Emmanuelle se inquieta: —¿Está usted bien así?

—Sí.

—¿Querrá usted, verdad, querrá usted ser mi amante?

—Pero, Emmanuelle…

Se interrumpe, acaricia los cabellos sueltos, espera.

Las manos de Emmanuelle separan sus largas piernas, rozan la abertura que las separa, penetran en ella suavemente. Bee suspira, deja caer sus brazos a lo largo del cuerpo, cierra los ojos. Emmanuelle acerca a la hendidura, estrecha y neta como un sexo de virgen, la punta de su lengua. Humedece los bordes de la vulva, lame su interior, luego busca el clítoris, lo aspira, lo estimula con vibraciones, lo ablanda con saliva, lo agita entre sus labios como un falo minúsculo. Al mismo tiempo introduce en su propia vagina su dedo mayor doblado. Con la mano libre, sigue estimulando el sexo de su amiga. Sus dedos están mojados. Los desliza entre las nalgas.

Estas se levantan para que Emmanuelle pueda penetrar más fácilmente por el orificio más estrecho. El dedo se hunde hasta el final. Sólo entonces, Bee grita. Continúa gritando todo el tiempo mientras Emmanuelle la lame, la chupa y traslada su mano de una a otra de las aberturas de su cuerpo. Emmanuelle es la primera que debe confesarse cansada. Se acuesta nuevamente sobre el cuerpo de su amante. Ninguna de las dos parece tener fuerzas para hablar.



Más tarde, cuando Bee, a pesar de los ruegos de Emmanuelle, ya se ha vuelto a vestir, ésta, rodeándole el cuello con los brazos, la obliga a sentarse de nuevo sobre la cama.

—Quiero que me diga una cosa. ¡Pero júreme que será la verdad!

Bee se conforma con sonreír afirmativamente.

Emmanuelle dice:

—Te quiero.

Bee busca en el fondo de los ojos dorados lo que debe responder, qué clase de verdad se espera de ella. Pero, ya, la expresión grave, casi patética de Emmanuelle se ha transformado en un mohín mimoso. Apoya la mejilla en el hombro de su amiga.

—¿Estás segura de que te gusto? Quiero decir, no, espera, primero escúchame. ¿De que te gusto tanto, o más, que ninguna de tus demás amigas? ¿Te han dado el mismo placer que yo?

Esta vez, Bee se ríe abiertamente. Emmanuelle se enfada.

—¿Por qué se burla de mí? —protesta.

—Escuche, pequeña Emmanuelle —murmura Bee, y se acerca hasta casi rozar los labios de su compañera—. Voy a decirle un secreto. Nunca había hecho lo que hemos hecho hoy.

—Quiere decir, la ducha, el…

—¡Todo! Nunca había hecho el amor, como usted dice, con otra mujer.

—¡Oh! —se queja Emmanuelle. Arruga la frente—. ¡No le creo!

—Puede creerme, porque es verdad. Y voy a confesarle otra cosa. Hasta esta tarde, hasta que la he conocido, incluso lo

encontraba un poco ridículo.

—Pero… —balbuceó Emmanuelle, cortada—. ¿Quiere decir que no le gustaba hacerlo?

—Ni me gustaba, ni me dejaba de gustar, porque jamás lo había probado.

—Es imposible —exclama Emmanuelle, tan decepcionada que Bee se echa a reír.

—¿Por qué? ¿Tan experta te he parecido? —pregunta Bee, en voz baja. Con un tono de complicidad casi guasona, completamente nuevo, que desconcierta a Emmanuelle.

A la vez se da cuenta de que Bee la ha tuteado.

—Usted… tú no parecías asombrada.

—No lo estaba. Porque era usted.

—¿Ah, sí? —dice Emmanuelle.

Reflexiona. Luego pregunta, como saliendo de un sueño, como si hubiese olvidado toda la conversación precedente: —¿No le gusto, Bee?

Esta la mira sin sonreír.

—Me gusta mucho, sí.

Emmanuelle esperaba otra cosa. Decide hacer otra pregunta, no tanto porque le conceda importancia como para romper el silencio: —¿Y… le ha gustado la experiencia? ¿Está contenta?

Bee adopta de pronto un aire decidido.

—Esta vez —dice—, seré yo quien te acaricie.

Emmanuelle no tiene tiempo de contestar. Bee, con firmeza, la coge por la cintura y la obliga a acostarse. Besa su sexo como lo haría con su boca. Hace reposar la cabeza de lado, para que sus propios labios queden paralelos a los otros labios. Introduce la lengua, deslizándola en el surco dócil, tan profundamente como puede. Con una única oleada, Emmanuelle, se siente inundada, a la vez, de amor y de voluptuosidad. Bee no puede intentar otras caricias: sorprendida por la inmediatez de este orgasmo, en un primer momento se retira. Pero, al ver que Emmanuelle continúa sacudida por estremecimientos, aplica nuevamente su boca y lame minuciosamente el jugo que fluye de su enamorada. Mientras se incorpora, dice riéndose: —¡Nunca habría pensado que un día me podría gustar beber de esta fuente! ¡Pues bien! Ya ves, ahora, me

gusta.

El timbre del teléfono rompe el encanto. Es Marie-Anne que anuncia su visita. Normalmente, Emmanuelle estaría encantada; en aquel momento, la noticia la deja consternada. Bee debe echar mano de todo su buen humor para hacerla sonreír. Ninguna de las dos tiene interés en enfrentarse en común con Marie-Anne. Deciden por tanto volver a verse al día siguiente. Bee irá a casa de Emmanuelle por la mañana. El chófer la lleva a su casa.



Emmanuelle esperó a la visitante sin molestarse en cubrirse con algo. Lo asombroso era, sin embargo, que no tenía en aquel momento la menor intención de corromper a su joven amiga.

Era demasiado incapaz de disimular sus emociones para que la perspicacia de Marie-Anne no se viese alertada.

—¿Qué te pasa? —preguntó—. Pareces una joven que acaban de pedir en matrimonio.

Emmanuelle intentó eludir las confesiones, pero no pudo resistir mucho tiempo.

—Tengo una noticia que te va a interesar —acabó anunciando —. Prepárate a caerte de espaldas.

—¿Estás encinta?

—No seas tonta. Intenta adivinarlo.

—No. Dímelo tú. ¿Qué estás maquinando?

—Nada. Lo que tengo que contarte es que he hecho el amor con Bee.

Emmanuelle había soltado su confidencia, sin estar muy segura del efecto que iba a producir. Con todo, no esperaba que la reacción de Marie-Anne fuese tan descorazonadora.

—¿Eso es todo lo que tenías que explicarme? —preguntó la joven, con tono aburrido—. No se merecía tanto preámbulo. ¿Qué tiene de extraordinario?

—Pero, es que… —dijo Emmanuelle desconcertada—. ¡Bee es fascinante! ¿Vas a decirme que a ti no te lo parece?

Marie-Anne encogió los hombros.

—Qué patosa puedes llegar a ser, mi pobre Emmanuelle. Realmente no veo qué gloria puede haber en acostarse con una chica. Lo dices como si fuera una hazaña. ¡Me das risa!

Emmanuelle se sentía molesta. Además, ahora casi empezaba a sentirse culpable. ¿Pero de qué? Intentó hacer un poco de luz.

—Me pregunto qué mosca te ha picado. ¿Qué tienes contra el hecho de que Bee y yo hagamos el amor?

La sentencia de Marie-Anne sonó lapidaria.

—Con las mujeres no se hace el amor —dijo.

—¿Ah no? —dijo Emmanuelle.

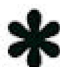
—El amor se hace con los hombres.

Y añadió, con un tono de fatigada autoridad:

—Por si todavía no te has enterado, te repito que conozco a alguien capaz de enseñártelo. Como las palabras no parecen hacerte efecto, lo mejor será que te ponga en manos de Mario sin perder más tiempo.

Pareció consultar mentalmente un calendario.

—Hoy estamos a 16. Supongo que el 18 estás invitada a la embajada, ¿no es así? Bien. Aprovecharé esa recepción para presentártelo. Si no os las arregláis para hacer el amor esa misma noche, tendrá que ser al día siguiente.



Ya no soportaba esperar más. Se había arrodillado sobre una butaca y permanecía acodada contra el balcón de su cuarto, la barbilla en el cuenco de las manos, escrutando el trozo de calle que podía distinguirse a través de la frondosidad del jardín. La ansiedad le hacía temblar los labios. ¿Vendría? ¿Por qué tardaba tanto? Tal vez encontrara una excusa para no verla. Emmanuelle temía que el teléfono sonase repentinamente.

Fue ella, sin embargo, la que tomó la decisión de llamar, cuando hubieron pasado las horas y la espera se tornó demasiado dolorosa. Era casi mediodía. Una voz de hombre respondió al teléfono que le había dado Bee. Sin duda era un sirviente. Sólo en aquel momento, Emmanuelle se dio cuenta de que no sabía cómo informarse, no sólo

por ignorancia de las lenguas sino porque ni siquiera conocía el verdadero nombre de su amiga. ¿Podía designarla con un sobrenombre a un doméstico? A pesar de todo se arriesgó, pero no supo si había sido entendida. Al final renunció.

Si Bee no había contestado personalmente, ¿podía significar que se hallaba en camino? Si así era, llegaría de un momento a otro. Emmanuelle montó de nuevo la guardia. ¿Y si había tenido un accidente? Otra idea la asaltó: ¿y si Bee no encontraba la casa y erraba buscándola, desde hacía horas, a través del laberinto de los barrios residenciales? Todas las calles se parecían, sus nombres eran impronunciables, redactados, además, en caracteres siameses: no sería nada extraño que Bee se hubiese perdido.

Sin embargo, objetaba una voz más fuerte que la esperanza de Emmanuelle, en el año que Bee llevaba en Bangkok, había debido aprender a conocer sus vericuetos: ¿no empezaba ella misma, tras dos escasas semanas, a orientarse medianamente bien? ¿Cómo pensar que Bee hubiese podido perderse definitivamente? Todo lo más podría llegar con cierto retraso. Y hacía más de dos horas que debía estar allí. ¿Quién le impedía, si había olvidado dónde vivía Emmanuelle, telefonear para avisarle, pedir que fuera a buscarla?

De hecho, ¿por qué no iba ella a casa de Bee? En aquel momento reparó en que había olvidado pedir la dirección a su amiga. Hermana del agregado naval americano, había dicho Marie-Anne. Era algo vago. De todas formas, Emmanuelle no iba a llamar a la embajada de Estados Unidos para informarse. ¿Y por qué no, después de todo? Pero, una vez más, ¿por quién iba a preguntar?

¡El chófer que, la víspera, había acompañado a Bee a su casa…! Emmanuelle, temblando de impaciencia, le hizo llamar. Fue imposible encontrarle. Sin duda habría ido a comer. O a jugar a los dados.

¡Qué tonta era! ¿Cómo no se le había ocurrido antes? No tenía más que llamar a Marie-Anne. Pero nada más concebir esta idea algo le hace retroceder: ¿va a confesar a su joven amiga de ojos verdes que está esperando a Bee y exponerse de esta forma a nuevos sarcasmos? Sobre todo, su orgullo herido le desaconseja permitir que Marie-Anne adivine que Bee no ha acudido puntual a la cita, que quizás el amoroso ardor de Emmanuelle no es pagado con la

misma moneda y que la tierna amante de la víspera ya empieza a dar muestras de inconstancia.

Emmanuelle, ahora, está segura de que Bee no vendrá. No vendrá tampoco por la tarde, ni mañana. Ayer cedió a un hechizo más fuerte que ella, pero, lejos de la presencia de Emmanuelle, se ha recuperado, no la quiere, no le gustan las mujeres, el juego le parece absurdo y la aburre; se ha considerado, después de los hechos, para emplear sus propias palabras, «ridícula». O bien se avergüenza de haberse abandonado a los placeres de la carne. Emmanuelle se dice que Bee, sin duda, profesa creencias religiosas, tiene una concepción de la moral que hoy le hace arrepentirse de la lujuria a la que se abandonó. Después de todo, Emmanuelle no sabe nada de ella: vive sola, probablemente sin ningún amante, ya que se aloja en casa de su hermano; y sin ninguna amante, eso era evidente.

A menos que… la hipótesis contraria se apodera ahora de la mente de Emmanuelle: ¿no tendrá Bee, en realidad, otra amante? ¿Y si hubiese mentido ayer? Pero no; esto, decididamente, Emmanuelle no puede creerlo… ¿Un amante, entonces, a quien habría confesado su «falta», y que está celoso, le ha hecho una escena, le ha exigido que renuncie a reunirse con su cómplice? Es esto, ahora Emmanuelle está convencida. ¡Pero no va a darse por vencida tan fácilmente! Luchará para reconquistarla, la ampara la fuerza del amor.

Al cabo de un instante, sólo siente debilidad y dolor. Una amargura desconocida sofoca poco a poco en ella todo lo que quedaba de confianza, todo lo que se negaba a rendirse. Bee no vendrá nunca más, no quiere volver a verla. ¡Qué importan las razones! Lo único que cuenta es el abandono y la soledad de Emmanuelle. ¡Le gustaba tanto! Tenía la impresión de haber llegado a este país del último rincón del mundo sólo para encontrarla. Nada más verla, la había reconocido como la que esperaba desde siempre. La habría seguido dónde ella hubiera querido llevarla. Lo habría dejado todo por ella, si ése hubiera sido su deseo. Pero Bee no va a pedirle nada. Y Emmanuelle, nunca, nunca más, le ofrecerá lo que había estado dispuesta a darle. ¡Sí, la borrará de sus recuerdos! Olvidará el rostro de cristal y los cabellos de fuego, olvidará la voz

ronca que le decía: —También a mí me gusta mucho.

Por primera vez desde que era pequeña, verdaderas lágrimas, grandes lagrimones, se deslizan por el rostro de Emmanuelle, bañan sus labios y salan su lengua, caen sobre la balaustrada de la terraza, que no se decide a abandonar. Emmanuelle llora con los brazos abiertos —vanamente vuelta hacia el claro de vegetación en el que, en cualquier momento, esta noche, tal vez mañana, quién sabe en qué momento, cuando ella quiera, Bee aparecerá y la saludará con la mano…



Por la noche, Jean y Christopher la llevaron al teatro. No se enteró de lo que se representaba. Su rostro sólo dejaba traslucir aflicción. Su marido no le hizo preguntas. Christopher, que no entendía qué pasaba, ponía una cara casi tan triste como la de Emmanuelle. Luego, en brazos de Jean, en su cama, ella lloró nuevamente hasta quedarse sin lágrimas. Se sintió algo aliviada. Pudo confiarle con menos desesperación la historia de su desdichado amor.

Jean opinó que Emmanuelle se tomaba esta aventura demasiado a pecho. En primer lugar, nada aseguraba que la deserción de Bee, hoy, no fuera debida a circunstancias fortuitas y que la ausente no reapareciese al día siguiente con una excusa perfectamente válida. Si, no obstante, se confirmaba que no quería volver a ver a Emmanuelle, ¡pues bien!, quería decir que no merecía el desvelo que estaba provocando. Era preferible que su relación cesara de inmediato, ya que, probablemente, sólo iba a deparar a Emmanuelle decepciones y disgustos aún mayores. De todas formas, Emmanuelle debía pensar en sí misma como en alguien a quien se corteja y no como alguien que corre detrás de los demás. Por hermosa que pudiera ser esa Bee, a la que Jean, por otra parte, jamás había visto, y de la que nunca había oído hablar hasta entonces, estaba segurísimo de que no podía poseer ni la cuarta parte de la belleza y las cualidades de su mujer. Por tanto no le permitiría humillarse ante ella. La única respuesta que se merecía la infiel, si creía poder

regatear sus favores a Emmanuelle, era que ésta tomase la revancha en otros brazos. Emmanuelle encontraría sin esfuerzo compañeras más dignas que ella. Tenía que demostrárselo a Bee sin más tardanza.

Emmanuelle le escuchaba dócilmente. Tiene razón, pensaba, sin por ello mitigar su dolor. En la medida, sin embargo, en que aceptaba aunque sólo fuese escuchar a otro hablarle de consolarse o de vengarse, Emmanuelle conseguía distraer ligeramente su angustia. Ahora ya le parecía más vaga. Tal vez se debiera simplemente al efecto del sueño. Jamás supo si su último pensamiento, antes de perder la conciencia, había sido para la amante fugitiva o para aquéllas, todavía sin rostro, que un día la sustituirían.



Ninguno de los trajes que Emmanuelle se había hecho hacer en Francia era considerado por Jean lo bastante escotado para su gusto.

—¡Pero si soy la mujer más descocada de París! —había protestado ella riéndose.

—Lo que en París llaman descocado es demasiado cubierto para Bangkok —había dictaminado su marido—. Toda esta gente tiene que saber que tienes el pecho más hermoso del mundo: el medio más seguro para convencerlos sigue siendo el de exhibirlo.

El vestido que se puso Emmanuelle para ir a la recepción de la embajada cumplía perfectamente esa función. El escote redondo, que se ceñía a la caída de sus hombros, subrayando con su amplia curva la belleza del cuello de Emmanuelle, sólo recubría la punta de sus senos: bastaba que se inclinase un poco hacia delante, o que se sentase, para que sus pechos apareciesen por entero. Además, el tejido de lamé era tan delgado y se ceñía tanto a la piel que cualquier ropa interior se habría transparentado o habría marcado su relieve: Emmanuelle por tanto no llevaba nada debajo de aquel vestido, ni siquiera una de sus diáfanas braguitas. Ya en París, desde su boda, rara vez solía ponerse bragas cuando se «vestía» para salir

por la noche: sentirse desnuda de aquella forma le causaba un placer tan físico como una caricia. Esta sensación era aún más viva si debía bailar, o si llevaba una falda muy vaporosa.

Aquella noche, su vestido era estrecho como un guante desde la cintura hasta la ingle, pero se ensanchaba bruscamente más abajo, en una especie de espiral de sorprendente vuelo. Emmanuelle se dejó caer en un sillón para mostrar cómo al sentarse se le levantaba automáticamente la falda, desvelando sus muslos dorados. El espectáculo así ofrecido era tan graciosamente impúdico que Jean se inclinó de pronto, buscando bajo la axila la invisible cremallera de nylon que, con mano firme, hizo deslizar hasta la altura de la cadera. Con la otra, se esforzaba por despojar al cuerpo desnudo de su mujer de su estuche de seda.

—Jean —protestó ella—. ¿Qué haces? ¡Estás loco! Vamos a llegar tarde. Tenemos que salir enseguida.

Renunció a desvestirla, la alzó en vilo, la acostó sobre la mesa del comedor.

—¡No! ¡Oh, no! Se me va a arrugar el vestido. ¡Me haces daño! ¿Y si baja Christopher? ¡Nos verán los criados!

La colocó de espaldas, de forma que sus nalgas asomasen ligeramente por el borde de la mesa: ella misma tiró del vestido, para descubrir su vientre lo más arriba posible. Sus piernas, semidobladas, colgaban en el vacío. Jean, de pie, penetró en ella de un solo golpe, hasta el fondo. Ambos se reían de la improvisación. La prisa de Jean procuraba a Emmanuelle un placer nuevo, que dejaba en su garganta el ardor que se siente al final de una larga carrera. Sus manos oprimían la carne de sus senos, como para exprimir su néctar: su propia caricia la hacía delirar, tanto como los violentos embates de su marido. A sus primeros gritos acudió el criado, creyendo que lo habían llamado. Se detuvo, vacilante, en la puerta de la habitación, las manos educadamente cruzadas ante el pecho. Los gritos de Emmanuelle debían de llegar bastante más allá de las casas más próximas.

Cuando Jean volvió a ponerla de pie, ordenó al criado que limpiase la mesa, que habían ensuciado, y llamase a Ea, la pequeña camarera de Emmanuelle, para que ayudase a su ama a arreglarse de nuevo. Sólo llegaron a la embajada con un ligero retraso.

El salón, sin embargo, se hallaba ya bastante concurrido. El embajador, llegado al término de su mandato, ofrecía aquella recepción a modo de despedida.

—¡Encantadora! —apreció antes de besar la mano de Emmanuelle—. ¡Mis felicitaciones, amigo mío! —añadió, dirigiéndose a Jean—. Espero que sus ocupaciones le permitirán disfrutar un poco.

Una señora de pelo blanco, a la que recordaba haber visitado, observaba a la recién llegada con furibundo aire de reprobación. Ariane de Saynes llegó oportunamente para agravar las cosas.

—¡Pero si no me equivoco —exclamó tendiendo las dos manos— tenemos aquí a nuestro viviente atentado público al pudor! ¡Aprisa, que se la enseñen a nuestros mejores esgrimidores!

Llamó la atención de un hombre elegante que conversaba con un obispo: —¡Gilbert, mira! ¿Qué te parece?

Emmanuelle no tuvo más remedio que afrontar a la vez el juicio del consejero y el del prelado. Sintió que salía mejor parada de la primera prueba que de la segunda. Más o menos se había esperado que el esposo de Ariane fuese una especie de pasmarote circunspecto y pomposo. En lugar de ello, las primeras palabras del conde consiguieron hacerla reír a carcajadas y le encontró físicamente muy atractivo.

Ahora la rodeaban algunos señores de distintas edades, dirigiéndole requiebros con la mirada. Pero ella estaba distraída: escrutaba a distancia los rostros desconocidos, deseando y a la vez temiendo divisar el de Bee. El cuerpo diplomático al completo debía estar presente, ¿y sería posible que hubiesen invitado a su hermano y no a ella? Tal vez sí, después de todo. Emmanuelle no sabía cuál sería su actitud de encontrarse de pronto frente a la joven norteamericana.

Esperaba con todas sus fuerzas no tener que cruzársela. Cada grupo le parecía ocultar una trampa. ¿Qué había venido a hacer aquí? ¿Cuándo podría escaparse o, al menos, encontrar la protección de su marido?

Este último, sin embargo, había sido engullido por la muchedumbre. Ariane acaparó de nuevo a Emmanuelle, la arrastró a un torbellino de presentaciones. La admiración de los hombres la

seguía por doquier. Este cortejo, al que estaba acostumbrada, le devolvió la confianza en sí misma. Su rostro afectaba indiferencia, pero todos los ojos que la desvestían le hacían sentir por lo menos tanto calor como los *cocktails* que la condesa le hacía beber. Ariane la observó largamente y en silencio, frente a un póker de aviadores, inclinando ligeramente hacia adelante los hombros y el torso. Bruscamente, se la llevó a un rincón.

—¡Eres magnífica! —exclamó. Sus ojos centelleaban. Tomó delicadamente entre dos dedos el pezón de uno de los senos prominentes—. Ven conmigo —le pidió con vehemencia—. Al salón, allí al fondo: ¡no hay nadie!

—¡No, no! —dijo Emmanuelle irritada.

Antes de que Ariane pudiera detenerla, escapó, se mezcló entre la masa de invitados, no se sintió segura hasta que un caballero más bien anciano la condujo al borde de la terraza, con el pretexto de hacerle admirar las lámparas chinas de vejiga de cerdo pintadas de colores. Marie-Anne la descubrió entregada a este *tête-à-tête*.

—Discúlpeme, comandante —dijo con su habitual aplomo—, tengo que hablar con mi amiga.

Cogió del brazo a Emmanuelle sin preocuparse de las protestas del vejete.

—¿Qué hacías con ese viejo chocho? —dijo indignada, apenas se hubieron alejado algunos pasos—. Te he buscado por todas partes, Mario te espera desde hace más de media hora.

Emmanuelle había olvidado aquella cita. No se sentía muy bien dispuesta. Mientras el viejo le hacía la corte, al menos podía pensar tranquilamente en otra cosa. Intentó salir en defensa de su libertad.

—¿Es absolutamente necesario?…

—¡Oh, escucha, Emmanuelle! —La voz de la joven revelaba cansancio—. Espera a verlo, antes de hacerte la difícil.

La expresión sonaba tan cómicamente llena de promesas que devolvió a Emmanuelle su buen humor. Sin darle tiempo a ironizar sobre la confianza que su joven amiga tenía depositada en los encantos del héroe, éste compareció ante ella.

—¡Qué bella sonrisa! —dijo inclinándose levemente—. Cómo me gustaría que hubiese servido usted de modelo a los pintores de mi país. ¿No le parece que esas sonrisas contenidas, esos

sobreentendidos florentinos son pura mueca, a la larga? Niegan el arte. Yo condeno todo lo que se retiene. El arte, después de tantos siglos escatimándonos los favores de sus estatuas, sólo existe verdaderamente en un rostro que se abre.

Esta entrada en materia ha desconcertado ligeramente a Emmanuelle.

—Marie-Anne insiste en hacerme pintar —reflexiona en que la joven ni siquiera se ha molestado en presentarlos—. ¿Es usted el artista que mi amiga ha considerado digno de esta tarea?

Mario sonríe. Emmanuelle reconoce que esa sonrisa posee un atractivo extraño.

—Aunque sólo dispusiera de una centésima parte del talento que me permito discutir a los demás, señora, se lo ofrecería: el genio del modelo haría el resto. Desgraciadamente carezco incluso de ese poco. Mi única riqueza es el arte de los demás.

Marie-Anne interviene:

—¡Es coleccionista, tienes que verlo! En su casa no sólo tiene esculturas de por aquí, sino objetos antiguos que ha traído de México, de África, de Grecia. Cuadros…

—Que no tienen más valor que el de servir de mementos inmóviles para el arte verdadero, cuyo riesgo y movimiento desafían a las figuras muertas. Marie-Anne *mía* —añade—, no creas en esas cortezas caídas del árbol de la vida. Sólo las conservo como recuerdo de los que sufrieron y se destruyeron para arrancarlas de su tronco o de sus ramas —hasta el límite vertiginoso de sus ramas más frágiles, hasta sus minúsculos retoños— de los que perdieron en ellas su aliento y su razón, su honor y su sangre: a veces el pintor, pero, más a menudo, aquello que éste pintaba. El arte está hecho de la pérdida del ser. Lo que cuenta no es el Retrato oval, es la mujer del retratista.

—¿Una vez muerta? —pregunta Emmanuelle.

—No, mientras se muere.

—¿Pero el cuadro se ha hecho vivo?

—¡Tonterías! Una curiosidad de pacotilla; todo lo más, un artefacto o un juego del ingenio. El arte sólo ha existido en lo que se perdía: en la mujer que se consumía. El arte, era la disgregación de su cuerpo. No puede haber belleza en lo que se conserva ni en lo

que subsiste. Todo objeto concebido nace muerto.

—Me habían enseñado lo contrario —dijo Emmanuelle—: que *el arte robusto es el único en alcanzar la eternidad…*

—¿Y quién, dígame, se preocupaba por la eternidad? —interrumpió violentamente Mario—. La eternidad no es artística, es fea: su rostro es el de los monumentos a los muertos. El busto es el cadáver de la ciudad.

Se lleva un fino pañuelo a las sienes y prosigue, con voz más suave: —¿Conoce usted la exclamación de Goethe? *¡Detente, instante: eres tan bello!* Pero cuando el instante se inmoviliza, ¡se acabó su belleza! En cuanto se intenta eternizar la belleza, la belleza muere. Lo que es hermoso no es lo que está desnudo, sino lo que se desnuda. No el sonido de la risa, sino la garganta que ríe. No el trazo sobre el papel, sino el momento en que se desgarra el corazón del artista.

—Usted decía hace un momento que el artista era menos importante que el modelo.

—Lo que yo llamo artista no es necesariamente el escultor o el pintor. Este puede serlo algunas veces: si se apodera de su tema y lo *deshace*. Pero, las más de las veces, el modelo cumple él solo este destino, el pintor no es más que un testigo.

—¿Y en dónde coloca la obra de arte? —pregunta Emmanuelle, con repentina ansiedad.

—La obra maestra es lo que pasa. ¡Pero no! No me explico bien. La obra maestra es lo que ha pasado.

Toma en las suyas una mano de Emmanuelle:

—Permítame responder a su cita de hace un momento con otra cita. Es de Miguel de Unamuno: *La mayor de las obras de arte no vale lo que la más pequeña de las vidas humanas*. El único arte que no es fútil, es la historia de su carne.

—¿Quiere decir que lo que importa es la forma en que uno triunfa? ¿Que hay que concebirse como una obra de arte si se quiere sobrevivir?

—No —dice Mario—. No creo en nada parecido. Sea lo que sea lo que se intente *hacer*, es perder el tiempo. Al menos, mientras se quiera construir con solidez.

Esboza una sonrisa desencantada:

—Pero también, a decir verdad, cuando se intenta construir con la frágil materia del sueño. —Prosiguió tras unos instantes—: Si tuviese el menor derecho a darle un consejo —dice con un tono educado un tanto despectivo—, no sería a sobrevivirse sino a vivir a lo que la invitaría.

Mario se volvió. Parecía dar la conversación por terminada. Emmanuelle no tenía la impresión de que se requiriese su presencia por más tiempo. Era bastante desagradable. Se dirigió a Marie-Anne con una pizca de humor: —¿No habrás visto a Jean, por casualidad? Desapareció nada más llegar.

Otras mujeres acaparaban al italiano; Emmanuelle aprovechó para eclipsarse. Pero Marie-Anne se unió enseguida a ella.

—¿Así, pues, has secuestrado a Bee? —le interpeló, sin dar la impresión de conceder demasiada importancia a su pregunta—. Cada vez que la llamo por teléfono, me dicen que está en tu casa.

Dejó escapar una risita bastante amable:

—Y como no quiero interrumpir vuestros retozos…

Emmanuelle caía de las nubes. ¿Marie-Anne se estaba burlando de ella? Pero no, parecía creer en lo que decía. ¡Qué ironía! Estuvo a punto de quejarse en voz alta. Una vez más, el respeto la contuvo. ¿Podía confesar a Marie-Anne que también ella había perdido el rastro de su amante de un día? Prefería mantener las ilusiones que la joven de trenzas se hacía sobre el poder de su amiga mayor. Desgraciadamente, Emmanuelle, callándose, se privaba de un medio de encontrar a Bee. Decidió que más bien le preguntaría a Ariane. Pero no veía por ninguna parte sus cabellos cortos ni oía sus carcajadas. ¿Había encontrado otra víctima que llevar al saloncito?

Marie-Anne volvía a hablar de la ilocalizable americana.

—Hubiera querido despedirme. Ella se lo pierde: la saludarás de mi parte.

—¿Por qué? ¿Se va?

—No. Me voy yo.

—¿Tú? No me lo habías dicho. ¿Adónde te vas?

—¡Oh, tranquilízate! No muy lejos. Voy a pasar un mes a orillas del mar. Mamá ha alquilado un *bungalow* en Pattaya. Tienes que venir a vernos. No es imposible, incluso con las carreteras abarrotadas: ciento cincuenta kilómetros. Ya verás qué playas: son

una maravilla.

—Ya lo sé: uno de esos lugares paradisíacos donde los tiburones vienen a comer de tu mano. No te volveré a ver.

—¿Quién te ha contado ese cuento?

—Vas a aburrirte, sola y tan lejos.

Emmanuelle, para su propia sorpresa, se sentía triste. Iba a echar de menos a Marie-Anne, a pesar de lo insoportable que podía llegar a ser. Pero no quería revelarle su tristeza. Esbozó una sonrisa forzada.

—Yo nunca me aburro en ningún sitio —la cortó su amiga—. Tomaré baños de sol durante horas, haré esquí náutico. Además, me llevo una maleta entera de libros: tengo que trabajar de cara al nuevo curso.

—Es verdad —dijo, ligeramente provocativa, Emmanuelle—. Olvidaba que tienes que volver a la escuela.

—No todo el mundo tiene tu ciencia infusa.

—¿No te llevarás a Pattaya a ninguna de tus amigas?

—No, gracias. Tengo ganas de estar tranquila.

—¡Eres muy amable! Espero que tu madre no te pierda de vista y no te deje corretear con los hijos de los pescadores.

Los ojos verdes se conformaron con emitir una sonrisa enigmática.

—¿Y tú? —prosiguió la muchacha—. ¿Qué vas a hacer sin mí? Volverás a caer en tu avidez natural.

—Qué va —bromeó Emmanuelle—. Sabes perfectamente que voy a entregarme a Mario.

Marie-Anne pareció perder de repente las ganas de bromear.

—En eso —dijo— no tienes escapatoria. ¡Lo has prometido, no lo olvides! Ya no eres libre.

—Te equivocas. Haré lo que quiera.

—De acuerdo, siempre que quieras ver a Mario. ¿No tendrás la intención de escabullirte, espero?

Marie-Anne tenía un aspecto tan abatido que Emmanuelle casi sintió vergüenza de sí misma. Sin embargo no quería rendirse.

—No es tan irresistible como pretendías. Le encuentro un poco afectado. Hace frases y le gusta escucharse: no necesita auditorio de refuerzo.

—En lugar de tantos remilgos, deberías considerarte dichosa de que un hombre como él esté interesado en ti. ¡Te diré que es más bien difícil!

—¿Ah sí? ¿Y está interesado en mí? ¡Es un gran honor!

—Exactamente. De todas formas me ha alegrado ver que le causabas bastante buena impresión. Debo confesarte que no las tenía todas conmigo.

—Muchas gracias. ¿Y de qué deduces, si se puede saber, el efecto que le he causado? Yo he tenido más bien la sensación, por lo que a mí se refiere, de que sólo se ocupaba de sí mismo.

—Yo lo conozco un poco mejor que tú; espero que al menos admitirás eso.

—¡Claro! Presumo, por otra parte, que eres tú quien le concede desde hace tiempo los últimos favores. Podrías confiarme tus impresiones, eso me ayudaría a no parecer demasiado perpleja a la hora del sacrificio.

—Será mejor que no te hagas la tonta si no quieres que te mande a paseo. La tontería le horroriza.

Bruscamente conciliadora, Marie-Anne añadió:

—Pero sé muy bien que en realidad en tu caso es sólo una pose. De lo contrario, no te lo habría presentado.

Luego, afectuosa y perentoria:

—Estoy segura de que os entenderéis muy bien. Te sentirás dichosa. Y cuando vuelva a verte serás todavía más hermosa. Quiero que seas cada vez más hermosa.

La mirada de jade emanaba tanta dulzura que Emmanuelle se sintió turbada.

—Marie-Anne —murmuró—, es una pena que te vayas.

—Volveremos a vernos pronto. ¡No voy a olvidarte! Tranquilízate.

Se intercambiaron una mirada de amistad, de pronto casi intimidadas. Luego Marie-Anne volvió a la carga, como para encontrar un terreno que se prestase menos al enternecimiento.

—¿Me prometes que te comportarás con Mario como te he dicho?

—¡Oh, sí! De acuerdo, si tanto lo deseas.

Por primera vez desde que se conocían, Marie-Anne acercó su

rostro al de Emmanuelle y depositó un beso rápido en la mejilla de su amiga. Esta hizo un gesto para retener contra ella la cabeza sedosa, pero ya se había alejado.

—¡Hasta pronto, gatita huraña! Te telefonearé mañana, antes de irme. Y vendrás a verme a la playa.

—Sí —dijo Emmanuelle con un hilo de voz.

—Ahora, vamos a reunimos con los demás.

Se habían alejado del tumulto de la multitud y tuvieron que introducirse en él de nuevo. Emmanuelle transitó de grupo en grupo, sin dejarse acaparar. Buscaba a Ariane. Fue ella quien la descubrió primero.

—¡Dichosos los ojos, inmaculada Virginia! —exclamó—. La creía entregada a las mortificaciones en algún retiro de penitencia.

Emmanuelle observó que la condesa no la tuteaba en público.

—Al contrario —respondió en el mismo tono—. Un príncipe de las tinieblas estaba comparando mi risa al arte del *strip-tease*.

—¿Quién es ese entendido?

—Sólo conozco su nombre: Mario. Pero usted debe saber quién es…

Ariane se echó a reír:

—¡Oh! ¡A ése las galanterías le dejan frío! Su virtud estaría más amenazada de ser usted un guapo muchacho.

—Quiere decir que es…

—No se lo diría si él hiciera de ello un misterio. ¿Todavía no le ha expuesto sus teorías favoritas? Veo que no se ha hecho realmente merecedora de su confianza: para mí tiene menos secretos. Por otra parte, es un hombre exquisito al que adoro.

—¿Quizás me oculta algunos de sus gustos porque le inspiro otros? —replicó Emmanuelle contrariada.

Se sentía resentida contra Marie-Anne por haberle ocultado aquel rasgo de su héroe. ¿Podía ignorarlo, ella que lo sabía todo?

—*Lasciate ogni speranza, voi ch'entrate!* —declaró Ariane—. Su esteta es hombre de principios: no se dejará apartar de sus virtudes ni de sus caminos.

—¿Sabe usted? ¡No sería el primero al que pervierto! —fanfarroneó Emmanuelle.

Estaba casi furiosa. Su agresividad encantó a Ariane, que se

aplicó a echar leña al fuego: —Mucho me temo que ése se muestre incorruptible.

—Ya lo veremos.

—¡Muy bien! La que convierta a Mario se ganará un príapo de oro. —Bajó la voz—. Pero si estuviera en tu lugar no perdería el tiempo en causas desesperadas: hay formas mucho más cómodas de divertirse. Vuelvo a decirte que conozco a cientos de hombres tan seductores como ése y que no desean otra cosa que dejarse hacer. ¿Quieres que te presente a unos cuantos?

—No —dijo Emmanuelle—. Me gustan las victorias difíciles.

—¡Pues bien, buena suerte! —concluyó Ariane, burlona.

Contempló a Emmanuelle como lo había hecho en el club.

—¿Te has divertido, estos últimos días? —preguntó susurrante.

—Sí —dijo Emmanuelle.

Ariane la observó un momento en silencio.

—¿Con quién?

—Me niego a decirlo.

—¿Pero has hecho el amor con alguien, verdad?

—Sí.

Ariane le sonrió amistosamente.

—Esta noche, te he preparado algo, si quieres.

—¿Qué es? —preguntó Emmanuelle, curiosa, a pesar suyo.

—Me niego a decirlo.

Emmanuelle puso cara larga. Ariane se dejó conmover: —Dos parisinos, que sólo se quedan un día. Primero te los dejaré a los dos para ti sola.

—¿Y tú?

—¡Oh, ya me dejarás algo!

Emmanuelle se rió, de buen humor. Ariane preguntó:

—¿No llevas nada bajo el vestido?

—No.

—Déjame ver.

Esta vez Emmanuelle se hallaba demasiado turbada para resistirse.

Se habían ido alejando paulatinamente de los invitados, de los que las separaba un biombo. Cogió entre sus dedos el borde de la falda y la levantó.

—Bien —dijo Ariane, la mirada anclada en el vientre negro y ocre.

Emmanuelle sentía que aquellos ojos le ablandaban el sexo, como si la tocasen, como si fuesen dedos o una lengua. Se acercó para que la mirada de Ariane pudiese lamerla.

—¡Déjame ver más! —ordenó Ariane.

Emmanuelle se esforzó en obedecer, pero el vestido no quería subir más.

—Quítatelo —exigió Ariane.

Emmanuelle movió la cabeza afirmativamente. Tenía prisa por hallarse desnuda. Las puntas de los senos exigían ofrecerse, igual que la de su sexo. Dejó caer los tirantes de los hombros, tiró de la cremallera bajo la axila.

—¡Caray! —exclamó Ariane—. ¡Ya vienen a estorbarnos!

El encanto se rompió: Emmanuelle se sintió como salida de un sueño. Volvió a abrocharse el vestido, sacudió sus cabellos. Ariane la cogió del brazo y la arrastró más lejos. Apareció un criado con una bandeja: tanto una como otra bebieron una copa de champagne, de un solo trago.

Ariane llamó al sirviente y cambiaron las copas vacías por otras llenas. Emmanuelle tenía mucha sed. No sabían muy bien qué decirse y miraban, frente a ellas, sin distinguirlas claramente, a toda aquella gente que parloteaba ruidosamente, haciéndose innumerables reverencias. Les parecía que había aumentado la temperatura. Tal vez se avecinaba una tormenta.

—¿No crees que se prepara una tormenta?

—Seguramente.

—¡Qué calor!

«Este vestido es absurdamente caluroso», pensó Emmanuelle.

Alguien llamó a Ariane y ésta se alejó unos pasos. Bruscamente, Emmanuelle recordó que le quería preguntar algo.

—Oye —le dijo, cogiéndola por un pliegue de la falda—. ¿Conoces a una americana pelirroja, de un pelirrojo oscuro, muy cobrizo? Es la hermana del agregado naval. Ella…

—¿Bee? —interrumpió Ariane.

A Emmanuelle le dio un vuelco el corazón. Habría encontrado normal que nadie conociese a la extranjera y, aunque precisamente

quería saber cosas sobre ella, por una contradicción que revelaba claramente el desorden de sus pensamientos se sintió contrariada al oír su nombre en los labios de la condesa.

—Sí —admitió—. ¿Está en la fiesta?

—Tendría que estar, pero no la he visto.

—¿Por qué no habría de venir, si estaba invitada?

—No lo sé.

Ariane se había vuelto súbitamente evasiva y como deseosa de cambiar de tema. Un proceder extraño en ella. Emmanuelle insistió:
—¿Qué tipo de mujer es, en tu opinión?

—¿Cómo la conociste?

—La encontré en un té, en casa de Marie-Anne.

—¿Ah sí? Es natural: es amiga suya.

—¿Y tú, la ves a menudo?

—Bastante.

—¿Qué hace en Bangkok?

—Lo mismo que tú y yo: ¡hacerse desear!

—¿Por qué la mantiene su hermano?

—No creo que la mantenga. Ella tiene mucho dinero. No necesita a nadie.

La frase resonó lúgubremente en el corazón de Emmanuelle. ¿No necesita a nadie? De eso no cabía la menor duda.

No supo qué más preguntarle. Sin poder explicárselo, temía preguntar la dirección de Bee, como si fuese algo inconveniente.

—¿Y bien? —dijo Ariane.

Emmanuelle sabía a qué se refería, pero se hizo la que no entendía. Su interlocutora precisó: —¿Te llevo, esta noche?

—No puedo. Mi marido…

—¡No tendrá inconveniente en dejarte en mis manos!

Pero la tentación ya había cedido. Ariane era consciente de ello.

—De acuerdo —dijo—. ¡Está bien! Me los guardaré para mí sola.

Sin embargo, su buen humor sonaba a falso: también ella parecía haber perdido las ganas de correrse una juerga. Emmanuelle tuvo la intuición de que, terminada la recepción, Ariane se iría a dormir. La oyó clamar: —¡Ahí está tu Mario! Parece que busca a alguien. ¡A ti, estoy segura! No le dejes languidecer.

Cogió a Emmanuelle del brazo.

Pero el italiano ya las había visto y se dirigía hacia ellas. La condesa pretextó que iba a buscar algo de beber: no volvieron a verla.

—Marie-Anne me ha hablado mucho de usted —dijo él.

No era la mejor manera de tranquilizar a Emmanuelle.

—¿Qué es lo que ha podido decirle?

—Lo bastante para que desee conocerla más. ¿Aceptaría venir a cenar a mi casa, una de estas noches, para charlar con comodidad? Con este barullo no tendremos oportunidad de hacerlo.

—Es usted muy amable —dijo Emmanuelle—. Pero en este momento tenemos a un amigo en casa. Difícilmente…

—¿Por qué no? Déjele por una noche al cuidado de su marido. Tiene permiso para salir sola espero…

—Por supuesto —dijo Emmanuelle.

Se preguntaba qué pensaría Jean. Añadió, no sin cierta malicia: —¿Pero no preferiría que fuese con mi marido?

—No —dijo Mario, en absoluto molesto—. Quiero invitarla a usted sola.

Eso se llamaba ser franco. Emmanuelle, sin embargo, estaba un poco asombrada. El estilo de la invitación no encajaba con la fama que Ariane adjudicaba a Mario. Hubiera deseado no tener ninguna duda.

—No es muy decoroso para una mujer casada —dijo burlona— cenar en casa de un caballero que vive solo. ¿No cree?

—¿Decoroso? —articuló Mario, como si oyese aquella palabra por primera vez y la encontrase, como mínimo, difícil de pronunciar —. ¿Considera usted que debemos ser decorosos? ¿Es ésa una de sus reglas?

—¡Oh, no! —se defendió Emmanuelle, alarmada.

Intentó, sin embargo, una nueva aproximación:

—Pero para una mujer es más excitante que le adviertan por adelantado de los riesgos que corre.

—Todo depende de lo que entienda usted por riesgos. ¿Cuál es, en este caso, su concepción del peligro?

Emmanuelle no supo qué contestar. Si apelaba a los deberes del matrimonio, o a los hábitos de la gente o a las buenas costumbres, la respuesta de Mario era fácil de prever. Por otra parte, no tenía el

valor o la soltura necesarias para confesar en sus propios términos lo que la preocupaba. Sólo pudo decir, con aire sumiso: —No soy miedosa.

—No le pido nada más. ¿Vendrá usted mañana por la noche?

—Ni siquiera sé dónde vive usted.

—Deme su dirección: haré que vayan a recogerla en taxi. —Sonrió de forma encantadora—. No tengo coche.

—¿No podría coger yo el mío?

—No, se perdería. El taxi estará en su casa a las ocho. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Emmanuelle indicó el barrio, el número y la calle.

Mario la observó durante largo rato, inescrutable. Finalmente se pronunció: —Es usted hermosa —dijo sin ningún énfasis.

—Eso no tiene importancia —respondió cortésmente Emmanuelle.







# La ley

*Venid, amigos, aún no se ha hecho tarde para buscar un mundo nuevo.*

TENNYSON, *Ulysses*

*Tú creaste la noche y yo hice la lámpara,*
*Tú creaste la arcilla y yo hice el tazón,*
*Tú creaste desiertos, montañas y bosques,*
*y yo hice jardines, huertos y arboledas;*
*Soy yo quien transforma la piedra en espejo,*
*Y yo quien transforma el veneno en antídoto.*

MOHAMMED IQBAL



Mario hizo sentar a la visitante en el sofá de piel roja, suave como el satén, entre las lámparas japonesas. Un criado nativo, sólo cubierto con un ceñido short azul marino, abierto a cada lado, trajo una bandeja con vasos y se arrodilló para depositarla sobre la larga y estrecha mesa, también de cuero.

La casa de Mario era de madera, y se erguía sobre un canal negro y agitado de reflejos. De una sola planta, tenía la apariencia, desde fuera, de un refugio forestal. Al entrar en ella sorprendía el lujo de los muebles y de los tapices. El salón daba sobre el *khlong*. Desde donde estaba, Emmanuelle podía ver barcos de corteza de árbol, cargados de bebidas azucaradas, de *dourians*, de nueces de coco y de bambú rebosantes de arroz cocido, cruzar en la noche los

islotes de lianas y de hojas empujados por la corriente. El hombre o la mujer que, de pie en la parte posterior, inclinado sobre el único remo, jadeaba acompasando el pie, lanzaba hacia el interior de la sala, al pasar, una mirada plácida. En el aguilón de un templo cercano, unas campanitas de cobre cuyo badajo tiene la forma de una hoja de higuera *bodhi*, agitadas por el viento, repetían insistentemente dos notas, una aguda, la otra grave y lastimera. A lo lejos, se oyó un gong que llamaba a los bonzos al sueño. La voz de una mujer inició una chillona nana a la cabecera de un niño.

—Va a venir un amigo —dice Mario. Su tono grave armoniza con las sombras de las estatuillas budistas que proyecta sobre la pared la lacónica claridad de las lámparas. Emmanuelle siente una especie de aprensión física, hasta el punto de beberse de un solo trago el medio vaso de *cocktail* muy fuerte que el criado acaba de servir. Pero el impacto del alcohol no consigue deshacer el mundo que se ha formado en su garganta. ¿Qué le ocurre? Se avergüenza de su miedo indefinido, intenta romper el absurdo encantamiento —: ¿Le conozco, por casualidad? —pregunta.

Sólo después de hablar siente el escozor de la decepción. ¡O sea que Mario ni siquiera se molesta en estar a solas con ella! Había creído que deseaba tenerla a su merced, no había aceptado a su marido y resultaba que había invitado a otro, una carabina. Mario responde: —No. Le conocí anteayer, en una fiesta. Es inglés. Un ser encantador. ¡Con una piel asombrosa! El sol de estos países le ha dado un tinte uniforme y tostado… ¿cómo se lo diría?… un color que huele bien. Le gustará.

Los celos y la humillación zahieren el corazón de Emmanuelle. Mario le habla de este hombre con una avidez que lo lleva a suspender la frase entre cada palabra, pareciendo decidirse sólo tras intensos debates de conciencia, piensa Emmanuelle, como si estuviera, plato en mano, inclinado sobre el escaparate de una pastelería. ¿Qué duda podía abrigar ahora sobre sus gustos? ¡Ariane había tenido toda la razón al prevenirla! Al mismo tiempo, sin embargo, Emmanuelle tiene la impresión de que los méritos del huésped inminente no son alabados simplemente para placer de quien los describe, sino como si fuesen destinados a ella.

Se tranquiliza. Si Mario quiere poseerla, ella no va a oponerse.

Lo espera: por eso ha venido, decidida a esta diablura para complacer a Marie-Anne; o quizás porque la tentación es más fuerte de lo que quiere reconocer, y la certeza de ceder le produce ya un placer tan físico como el que sentirá dentro de poco al desabrochar ella misma su vestido, abrir sus piernas, sentir la acometida de un cuerpo del que no conocía, hasta este momento, el tacto y el calor, percibir la penetración cumpliéndose, bien sea de un solo embate, violación deleitable, o al contrario, lentamente, milímetro a milímetro, para retroceder enseguida (dejándola a la espera, abierta, dependiente, pedigüeña, insegura y húmeda, ¡oh suave suspense!) y volver a empezar, ¡qué maravilla!, tan duro, tan hinchado, tan penetrante, acariciando vigorosamente el interior de su sexo, derramándose voluptuosamente en ella hasta la última gota, no abandonándola hasta haberla regado con su semen —arcilla surcada, socavada, irrigada, apropiada… Se muerde los labios, está dispuesta, le gusta que posean su carne, lo desea, pero preferiría soslayar un juego demasiado complicado: se siente fatigada sólo de pensarlo. ¡Debería desconfiar del genio italiano!

Está a punto de decirle: «Hace usted bien en aprovechar todas las oportunidades que se le presentan, pero confórmese con lo que soy. Hágame el amor, y mándeme a casa para que pueda dormir con mi marido. Cuando me haya ido, podrá divertirse cuanto quiera con su inglés». Pero imagina cuál sería su confusión, si Mario entonces la mirase con esa expresión de distante cortesía —algo desdeñosa— que ya le conoce y respondiese: «Querida, se confunde. ¡Me resulta usted, desde luego, muy simpática, mucho! Pero…».

La voz de Mario, con el mismo tono que ella le atribuye mentalmente, interrumpe sus cavilaciones: —Desearía que enseñase sus piernas lo más arriba posible. Quentin se sentará en este puf. ¿Quiere ponerse un poco de lado, de forma que sus rodillas estén dirigidas hacia él y le permitan sumergir la mirada en la oscuridad de su falda?

Vértigo de Emmanuelle. Mario ha posado una mano sobre la piel desnuda de su hombro, lo bastante hacia adelante para que las puntas de sus largos dedos se apoyen en el nacimiento del seno. La hace girar suavemente hacia la derecha, mientras, con la otra mano, coge con delicadeza los bordes de su falda negra y la levanta en

diagonal, descubriendo desigualmente las piernas: la izquierda, hasta medio muslo, la derecha, casi hasta la ingle.

—No, no las cruce —dijo—. Así está perfecto. Y no se mueva bajo ningún pretexto. Ya le tenemos aquí.

Mario instaló al recién llegado, dirigiendo a la vez a Emmanuelle una sonrisa alentadora como un examinador cómplice a una candidata que se ha puesto nerviosa. Pero era el inglés quien parecía más intimidado.

«Ni siquiera me mira las piernas», se dijo Emmanuelle, con menos despecho que alegría vindicativa ante el fracaso de las maquinaciones de Mario. ¡Le estaba bien empleado! Quentin le pareció, de pronto, más un aliado que un enemigo. Le adjudicó un aspecto agradable. Efectivamente, reconoció, no estaba nada mal. Y, desde luego, ¡de homosexual nada!

El recién llegado, por desgracia, parecía incapaz de pronunciar una sola palabra de francés. «¡Decididamente no tengo suerte!» observó irónicamente Emmanuelle. «Parezco destinada a dar siempre con el viajero poco dotado para las lenguas». La expresión equívoca la divirtió secretamente y la estimuló con su aguijón libertino: intentó imaginarse las sensaciones que le procuraría la lengua de Quentin buscando la suya, luego descendiendo hasta su vientre. Se la figuró penetrando en ella… Controlándose, hizo un meritorio esfuerzo por introducir las pocas frases de inglés que había aprendido en las tres semanas que llevaba en Bangkok, pero eso no la condujo muy lejos. Su interlocutor no obstante pareció encantado.

Mario, evidentemente, no se preocupaba en absoluto por hacer de intérprete. Combinaba bebidas, dando explicaciones a su sirviente en un idioma en el que Emmanuelle no reconoció las inflexiones y sonoridades del siamés, a las que ya empezaba a acostumbrar su oído. Al cabo de un rato, se sentó en la alfombra, frente al sofá en el que se encontraba Emmanuelle. Le daba tres cuartas partes de espalda y la cara a su huésped. Hablaron en inglés.

De vez en cuando, el invitado miraba a Emmanuelle e intentaba introducirla en la conversación. Al cabo de un rato, ella consideró que el juego ya había durado bastante.

—No comprendo —señaló.

Mario arqueó una ceja, sorprendido, declaró:

—Eso no tiene importancia.

Luego, antes de darle tiempo a reparar en la impertinencia, se puso en pie de un salto, para sentarse a continuación junto a ella; rodeó su cintura, la hizo echarse hacia atrás, exclamando, en dirección a su visitante, con un entusiasmo y un calor que dejaron a Emmanuelle estupefacta: *—Non é bella, caro?*

La mantuvo en aquella posición de desequilibrio, que la obligaba a levantar las piernas y (esta vez ella tuvo consciencia, no sin cierta hilaridad) a descubrirlas más. Con los dedos hizo una carantoña en los labios de Emmanuelle y luego, gravemente, le bajó el escote. Primero dejó al descubierto uno de sus hombros y el comienzo del brazo, luego el pezón de un seno, que contempló haciendo una mueca.

—Es realmente hermosa, ¿no te parece? —repitió.

El inglés aprobó con la cabeza. Mario volvió a tapar el seno.

—¿Te gustan sus piernas? —preguntó.

Había hecho la pregunta en francés y el invitado se limitó a bajar los ojos. Mario insistió: —¡Son muy hermosas! Y cuando están enlazadas en las caderas de un hombre, se transforman en puros órganos de lujuria.

Sus dedos rozaron la línea de las tibias doradas.

—Es evidente que su función no es la de transportar el cuerpo.

Se inclinó sobre Emmanuelle.

—Me gustaría —dijo— que le ofreciese sus piernas a Quentin. ¿Acepta?

Emmanuelle no entendía muy bien lo que Mario quería decir y la cabeza empezaba a darle vueltas. Pero no deseaba dar la impresión de echarse atrás ante nada que pudieran pedirle. Optó por permanecer impasible. Él pareció satisfecho.

Su mano, nuevamente, levantó la falda, pero mucho más arriba. A causa de la estrechez, tuvo que alzar, con el brazo que le quedaba libre, el cuerpo de Emmanuelle, para separar completamente las piernas y exhibir la zona inferior del vientre. Aquella noche, por primera vez desde que estaba en Bangkok, Emmanuelle, a pesar del calor, se había puesto medias. En el rombo del liguero y los pliegues

de las ingles, las bragas negras, transparentes como un tul, ordenaban sabiamente los bucles sedosos.

—Ven —dijo Mario—. Toma.

Emmanuelle percibió el movimiento que hacía el otro para acercarse a ella. Una mano acarició sus tobillos, después las dos. Luego fue de nuevo una sola, mientras la segunda subía a lo largo de una pantorrilla, tras la otra, entreteniéndose en las corvas, en el nacimiento de los muslos, rodeándolos por último y quedándose allí, como impresionada por todo el espacio que se le ofrecía más allá de aquel refugio final de la decencia.

Entonces la otra mano acudió en su ayuda, se unió a la primera para rodear los muslos, lo bastante delgados cerca de las rodillas para ser contenidos casi por completo en la anilla de dedos que los apretaban uno junto a otro.

A continuación las dos manos avanzaron de común acuerdo, primero por fuera de los muslos, luego por encima, luego por debajo, hasta tocar las nalgas. Allí, muy quietas, obligaron a las piernas a separarse, para poder acariciar a su antojo la cara interna, tan sensible que Emmanuelle sintió cómo se le hinchaban los labios.

Mario la miraba. Pero ella no le veía. Cuando abrió los ojos y quiso leer en los de él lo que esperaban, el italiano se conformó con sonreír, sin permitirle descifrar nada. Entonces, tanto por desafío como porque tenía ganas de gozar, se subió más la falda, que ya tenía bastante remangada, tiró del tejido elástico de las bragas y las hizo descender. Las manos del inglés se volvieron inmediatamente más atrevidas y colaboradoras, ayudaron a bajar las bragas, tiraron de ellas, a lo largo de las piernas, hasta el suelo.

Casi en seguida, la voz de Mario, más grave y sorda todavía que antes, sobresaltó a Emmanuelle. Hablaba en inglés. Tras algunas frases, tradujo para ella: —No debe concedérsele todo a la misma persona —dijo con el tono de quien enseña una verdad difícil—. Quentin ha tenido sus piernas: que se conforme de momento. Guarde para otros, en otra ocasión, el resto de su cuerpo. Una parte de usted para cada hombre: juegue a darse primero poco a poco.

Emmanuelle no se atrevió a gritar: «Pero usted, usted, ¿qué pretende? ¿Qué parte de mi cuerpo le seduce?». Se preguntaba, en un arranque de sarcasmo, si a Mario le bastaba el seno que acababa

de rozar hacía un momento. Durante unos instantes le odió. Pero él se incorporó, alegre, lleno de entusiasmo. Dio una palmada y exclamó: —¿Y si pasáramos a cenar? ¡Venga *cara*! Quiero que pruebe unos platos que le trastornarán el cuerpo.

La levantó del sofá pasando un brazo bajo sus hombros y el otro bajo sus piernas, que seguían descubiertas y parecían aún más largas al estar colgando, tachonadas de sombras y de relieves por el juego desigual de las lámparas de papel. Cuando depositó a Emmanuelle nuevamente en el suelo, la falda negra se extendió una vez más. Emmanuelle se volvió de lado con un movimiento lleno de gracia para alisarla. Divisó, sobre la alfombra, una minúscula mancha de nylon negro y no supo qué hacer. Mario, ágil, la recogió con la punta de los dedos y se la llevó a los labios.

*—Romper con las cosas reales, eso no es nada. ¡Pero con los recuerdos!* —declamó—. *El corazón se quiebra al separarse de los sueños, tan poca realidad hay en el hombre*.

Luego introdujo las bragas perfumadas en el bolsillo superior de su chaqueta de seda cruda y, cogiendo de la mano a la desconcertada Emmanuelle, la arrastró hasta la mesita redonda en torno a la cual habían sido dispuestas tres sillas de madera vetusta de alto respaldo y estilo casi medieval.

Emmanuelle no se atrevía a mirar a Quentin. A pesar suyo, sin embargo, ahora se divertía ante lo extraño de la experiencia y empezaba a olvidar sus quejas respecto a Mario. Se decía, reflexionando, que sin duda había tenido razón al impedirle entregarse a aquel hermoso muchacho desconocido, que le era indiferente. ¿Acaso iba a acostarse con cualquiera, abrir su cuerpo a todos los que pusieran una mano en sus rodillas? Ya era mucho haberse conducido así en el avión. ¡Ella, que hasta entonces siempre había sabido frenar con tanta gracia a los jóvenes que intentaban utilizar cualquier cosa que no fueran las manos! Con Mario, evidentemente, no era lo mismo… No había nada extraño, estaba de acuerdo, en que una mujer casada se dividiese entre su marido y un amante. Y, ahora que Marie-Anne le había metido la idea en la cabeza, tenía verdaderas ganas de tomar un amante. ¡Pero uno solo! Y que ese amante fuese Mario… De pronto se le ocurrió que tal vez éste, contrariamente a lo que parecía, sólo se la había disputado a

Quentin porque quería reservársela. Esta hipótesis le devolvió el buen humor.

Sin embargo tampoco quería hacerle al italiano la partida demasiado fácil: empezó entonces a ridiculizar, menos porque le concediera verdadera importancia que por bromear y mostrarle que no era tan ingenua, los dogmas y ritos de su filosofía.

—No entiendo muy bien cómo su amor «con temperamento» puede conciliarse con la estética que profesaba ayer por la noche. Si lo importante es prodigarse y deshacerse, ¿por qué me exhorta hoy a reservarme, a entregarme con cuentagotas?

—¡Entréguese, si lo prefiere, de una sola vez! ¿Y cuando se acabe? —preguntó Mario.

—¿Cuando se acabe?

—Para la mujer que posó para el Retrato oval, después de haber ofrendado su último color y haber exhalado su último aliento, ¿qué *arte* seguía siendo posible? *¡Finita la commedia!* Cuando el último grito de placer haya salido de sus labios, la obra quedará abolida. Desaparecerá como un sueño, jamás habrá existido. El deber más imperioso, en este mundo mortal, el único deber, a fin de cuentas, ¿no es el de *hacer durar*? ¿Deshacerse? ¡Ciertamente! ¡Pero hasta el infinito!

—¿También usted se empeña en considerar próximo mi fin? Usted y su discípula Marie-Anne harían bien en ponerse de acuerdo: ella me incita a malgastarme, usted a economizar. ¡Y los dos en nombre de la brevedad de la vida!

—¡Veo que no me ha entendido en absoluto, querida! Debo haberme expresado mal. Marie-Anne ha sabido decir mejor lo que pensamos, tanto ella como yo. Las jovencitas tienen un talento didáctico que se pierde con la edad.

—¡Oh no! Sus lecciones son totalmente contradictorias. Usted predica la continencia…

—Es el reproche más injusto que me han otorgado —interrumpió alegremente Mario—. Pero es que su indignación, por otro lado, ¿no puede acabar condenándonos a la abstinencia?

—¿Cómo?

—La cena se enfría…

Emmanuelle se ríe, algo confusa. Mario parecía complacerse en

eludir de esta forma las preguntas embarazosas.

Durante unos momentos, sólo hablaron de platos y de vinos. Quentin participaba en la conversación de forma modesta, aunque Mario alternaba las dos lenguas. Emmanuelle alabó con sinceridad el refinamiento de la cena. Dijo que normalmente no confería demasiada importancia a la comida, pero que aquella noche se descubría sensible a la calidad de un asado.

—¿Qué puede ser, en la vida, la cosa más importante, si no la gastronomía? —preguntó Mario.

Emmanuelle comprendió que la conversación podía alcanzar unas cumbres en cuya ascensión ella ya había demostrado torpeza nada más empezar. Reflexionó. ¿Qué podía responder para mantenerse a la altura de las circunstancias, sin hacer demasiadas concesiones a las manías de su anfitrión? Después de todo, se dijo, el objetivo de la velada estaba claro: había ido allí para perder el pudor, no para filosofar. Respondió con voz natural: —Gozar mucho.

Mario no dio muestras de apreciarlo. Más bien se impacientó.

—Sin duda, sin duda —dijo—. ¿Pero vale la pena gozar de cualquier forma? ¿Es el goce lo más importante, o la manera de llegar a él?

—¡El goce, sin ninguna duda!

En realidad no lo creía; quería provocar a Mario. Le pareció que sólo había conseguido consternarle.

—¡Dios mío! —suspiró.

—¿No será usted religioso? —se asombró Emmanuelle.

—Invoco a un dios estético —rectificó él—. Un dios cuyas leyes haría usted bien en conocer. Me refiero a Eros.

—¿Cree usted que no lo sé servir? —se rebeló ella—. Es el dios del amor.

—No. Es el dios del erotismo.

—¡Oh! ¡En eso han logrado convertirlo!

—¿No es un dios lo que se hace de él? ¡No parece usted alimentar una elevada idea del erotismo!

—Se equivoca: estoy a favor de él.

—¿Ah sí? ¿Y cómo lo concibe, exactamente?

—Pues, el erotismo es… ¿Cómo se lo diría?… El culto del placer

de los sentidos, liberado de cualquier moral.

—De ninguna manera —dijo Mario triunfante—. Es exactamente lo contrario.

—¿Es el culto de la castidad?

—No es un culto, sino una victoria de la razón sobre el mito. No es un movimiento de los sentidos, sino un ejercicio del espíritu. No es el exceso de placer, sino el placer del exceso. No es una licencia, sino una regla. Y es una moral.

—¡Muy bien! —aplaudió Emmanuelle.

—Hablo en serio —replicó Mario—. El erotismo no es un manual de recetas para divertirse en sociedad. Es una concepción del destino del hombre, una medida, un canon, un código, un ceremonial, un arte, una escuela. Es también una ciencia —o, más bien, el resultado de una elección, el resultado último de la ciencia. Sus leyes se basan en la razón, no en la credulidad. En la confianza, y no en el miedo. Y en el amor a la vida, más que en la mística de la muerte.

Mario acalló, poniendo un dedo sobre los labios de Emmanuelle, la frase que ella intentaba pronunciar y concluyó: —El erotismo no es un producto de decadencia sino un progreso. Porque ayuda a desacralizar las cosas del sexo, es un instrumento de salud mental y social. Y yo sostengo que es un elemento de promoción espiritual, ya que supone una educación del carácter, la renuncia a las pasiones de la ilusión en beneficio de las pasiones de la lucidez.

—¡Pues vaya, qué alegría! —se burló Emmanuelle—. ¿Usted encuentra tentador ese cuadro? ¿No es más agradable hacerse ilusiones?

—La furia de poseer para uno solo o de pertenecer a uno solo; la voluntad de poder o de servidumbre; la voluptuosidad de hacer sufrir y de hacer morir; la fascinación, el deseo y el amor del sufrimiento y de la muerte y el apetito de eternidad son pasiones que yo llamo de ilusión. ¿Le parecen tentadoras?

—No mucho —convino Emmanuelle—. Pero dígame entonces qué es lo que debería tentarme.

—Me gustaría que la virtud suprema fuese la pasión por la belleza. Lo contiene todo. Lo que es bello es verdadero, está justificado, vence a la muerte. La belleza es ciudadana de un más

allá que nuestros cerebros cobardes y nuestros corazones mortales, de no haber bebido de su saber venturoso y su hálito eterno, no habrían podido conocer. El amor por la belleza es lo que nos hace distintos, ya que de otra forma nos pareceríamos a los animales. Los primeros terrores del pensamiento, que los jugos de la tierra habían hecho crecer en nosotros, nos hicieron caer de bruces contra esa misma tierra, para que arrastrásemos nuestros débiles miembros a las humildes regiones en las que nos confinaban nuestros dioses. El milagro de la belleza, surgido de nuestras rebeldes curiosidades y nuestro orgullo, ha creado nuestra posibilidad de despegue. Porque la belleza es el ala del mundo: sin ella, el espíritu estaría condenado al suelo.

Mario permaneció unos instantes en silencio, pero la expresión del rostro de Emmanuelle le animó a proseguir. Dijo: —¡Qué genio humano —más vigilante que un ángel— nos cubre con este ala! La belleza de la ciencia es la que nos protege de las desgracias de la magia. Y la belleza de la razón nos hace sentir horror de la máscara de los mitos. Por amor a la belleza, el mundo se negará finalmente a sentarse en el teatro de ilusión donde las máscaras de las políticas y las revelaciones representan su juego de sombras con una lentitud real. El Universo en movimiento se reirá de sus pretensiones inmóviles. Y el hombre sanará su alma por el carácter, encontrando en el avance continuo de la inteligencia el remedio a sus pesadillas y a sus quimeras.

El anfitrión se volvió hacia Quentin como para tomarle por testigo. Separando las manos en señal de evidencia, prosiguió: —Porque nuestra vida es extrañamente simple: no hay otro deber en el mundo que la inteligencia, otro destino que el amor y otra manifestación del bien que la belleza.

Se colocó nuevamente frente a Emmanuelle, alzando hacia ella un dedo imperioso: —Pero, recuérdelo, no es en la obra acabada donde la espera la belleza. La belleza no es un resultado. No es el paraíso prometido al leal trabajador, ni la quietud del crepúsculo después de la fatiga del trabajo. Es el blasfemo creador que jamás se calla, la pregunta a la que nada satisface, la marcha hacia adelante que nunca se cansa. Es el desafío y es el esfuerzo. Posee la urgencia del desafío y la infinitud del esfuerzo. Es la que desafía en nosotros

las negras facultades suicidas de nuestra materia de azar. Se identifica con el heroísmo de nuestro destino.

Emmanuelle le sonrió y él pareció comprender lo que la emocionaba. También él la miró con simpatía. Prosiguió, sin embargo, como si su máxima preocupación fuese que la invitada no albergase ninguna duda sobre el objeto último de su discurso: —No ha sido concedida al hombre por un dios: él la ha inventado. La ha *hecho*: tiene el mismo nombre sedicioso que la poesía. La belleza no es el orden de la naturaleza, es su contrario. Es la ansiosa esperanza de los hombres contra ese orden, la virtud surgida de su desconcierto y de su soledad en el universo del que han expulsado a los ángeles y a los demonios, la prometida victoria sobre las hierbas y sobre las lluvias. Es el claro de luna imaginado, el canto de las sirenas por encima del espanto del mar. Por eso diría que el erotismo, ese triunfo del sueño sobre la naturaleza, es el más alto refugio del espíritu de la poesía, porque niega lo imposible. Es el Hombre, que lo puede *todo*.

—No acabo de imaginarme muy bien tal poder —objetó Emmanuelle.

—El acto carnal entre mujeres es un absurdo biológico, es imposible. El erotismo, inmediatamente, hace de esta invención del sueño una realidad. Sodomizar es un desafío a la naturaleza: por tanto el hombre sodomiza. Hacer el amor entre cinco no es *natural*: por tanto el hombre lo imagina, lo dispone y lo realiza. Y cada una de estas victorias es *bella*. Evidentemente, para expanderse, el erotismo no necesita recurrir a estas fórmulas de excepción: sólo reclama la juventud y la libertad del espíritu, el amor a la verdad, una pureza que no tiene nada que ver con las costumbres ni con los convencionalismos. El erotismo es una pasión que requiere valentía.

—Al oírle, cualquiera pensaría que el erotismo es una especie de ascética. ¿Vale la pena tomarse todo este trabajo?

—¡Mil veces! Aunque sólo fuese por la voluptuosidad de darles en las narices a nuestros monstruos. Y, en primer lugar, a los más odiosos de todos: la idiotez y la cobardía, ¡esas dos hidras tan amadas por los hombres! Por hombres que sólo se muestran como lo que son en la exclamación de Hobbes, cada día más cierta después de tres siglos: *¡La única pasión de mi vida habrá sido el*

*miedo!* Miedo a ser diferentes. Miedo a pensar. Miedo a ser felices. Todos esos miedos que son la anti-poesía y se han convertido en los valores del mundo: el conformismo, el respeto a los tabúes y a los ritos, el odio a la imaginación, el rechazo de la novedad, el masoquismo, la mala intención, la envidia, la mezquindad, la hipocresía, la mentira, la crueldad, la vergüenza. ¡En una palabra, el mal! El verdadero enemigo del erotismo es el espíritu del mal.

—¡Es usted maravilloso! —aclamó Emmanuelle—. Y yo que creía que unos llamaban erotismo a lo que los demás llaman simplemente vicio.

—¿Vicio, dice usted? ¿Qué entiende por esa palabra? Vicio quiere decir defecto. El erotismo, ni más ni menos que las restantes obras del hombre, no está exento de defectos, de errores, de recaídas. Si es eso, entonces digamos que el vicio es el precio del erotismo, su sombra, su escoria. Pero hay algo que no puede existir, y es el erotismo vergonzoso. Las cualidades que exige el nacimiento del acto erótico (lógica y firmeza de espíritu ante todo; imaginación, humor, audacia, por no hablar del poder de convicción y del talento organizativo, del buen gusto, de la intuición estética y del sentido de la grandeza sin los cuales todos sus intentos serían fallidos), tienen forzosamente que hacer de él algo arrogante, generoso y triunfal.

—¿Es por eso que lo presenta como una moral?

—No, es por mucho más que eso. El erotismo exige ante todo espíritu sistemático. Sus héroes sólo pueden ser gente de principios, hacedores de teorías: no alegres juerguistas, ni donjuanes de pacotilla que proclaman el número de trofeos conseguidos después de emborracharse entre las criadas encontradas en el baile.

—En definitiva, su erotismo, ¿es lo contrario de hacer el amor?

—Va usted demasiado lejos: pero es cierto que hacer el amor no significa necesariamente participar en un acto erótico. No hay erotismo donde haya placer sexual de compulsión, de costumbre, de deber; donde hay pura y simple respuesta a un instinto biológico, proyecto físico más que proyecto estético, búsqueda del placer de los sentidos más que del placer del espíritu, amor a sí mismo o amor a otro más que amor a la belleza. Dicho de otra forma, no hay erotismo donde hay *naturaleza*. El erotismo es, como toda moral, un

esfuerzo del hombre para oponerse a la naturaleza, superarla, ir más allá de ella. Usted sabe que el hombre sólo es hombre en la medida en que hace de sí mismo un animal *desnaturalizado*, y que es más hombre cuanto más se separa de la naturaleza. El erotismo, el talento más humano de los hombres, no es lo contrario del amor, es lo contrario de la naturaleza.

—¿Como el arte?

—¡Muy bien! Moral y Arte son la misma cosa. Me encanta oírla hablar del arte como de la anti-naturaleza. ¿No le he dicho que la belleza sólo se descubría en la derrota de la naturaleza? Con el paso del tiempo, los hacedores de sombras sobre la pared de nuestras vidas intentan convencer a la humanidad, las más de las veces a patadas, de que sólo se librará de la fatiga de las máquinas y las arquitecturas mediante una «vuelta a la naturaleza». ¡Repugnante pánico, abominable deterioro de la inteligencia! Volver a la miseria del humus, ¿es ése el porvenir que merece el inventor de las matemáticas y del maillot de las bailarinas? Si nuestra especie tiene prisa por acabar, entonces es libre de hacerlo, siempre que sea bello, en un ramillete de átomos. Más vale un vacío entre los cuerpos celestes y el recuerdo de un último canto orgulloso que una tierra poblada de una nueva raza de monos. ¡Odio la naturaleza!

Su fogosidad hizo reír a Emmanuelle, pero él prosiguió en el mismo tono: —Aunque, ¿por qué le estoy hablando de destruir, cuando el espíritu nos invita a crear?

Posó bruscamente una mano sobre la de ella y la estrechó hasta casi hacerla gritar. Su voz se volvió extrañamente hermosa: —Volaba yo sobre el golfo de Corinto, hacia este país en el que hoy compartimos la noche. A mi derecha, las cumbres del Peloponeso estaban cubiertas de nieve. A mi izquierda, las playas doradas del Ática calentaban el mar. El periódico que me trajeron me distrajo durante unos instantes de aquel espectáculo, pero no para traicionarlo: ya que proclamaba, con el gran tamaño de las letras de su título, el poema más hermoso que el hombre ha escrito jamás —un poema cuyas antiguas raíces se sumergían en aquella tierra que me tendía sus adorables labios, entreabiertos sobre el nácar de las olas y mordidos por el sol, semejantes en esa aurora a como fueran en la mañana de la Odisea y, después de tantos años milagrosos,

henchidos del mismo deseo de las sirenas, temerarios y locos de saber, desafiantes y cuerdos… El poema, era éste:

El 3 de enero, a las 3 h 57, una estrella blanca aparecerá en el centro de un triángulo formado por las estrellas Alfa del Boyero, Alfa de la Balanza y Alfa de la Virgen. La estrella apareció, minúsculo guijarro de acero que el hombre lanzaba como con una honda contra el rostro del universo. Y la nueva era que comenzó será por siempre la nuestra. A partir de ahora, nuestra tierra puede perecer, y la carne de nuestra raza: eternamente, un astro más, un astro hecho con nuestras manos, grabado con nuestra marca, pronunciando las palabras de nuestra lengua, girará, rasgando con su canto la fría majestad de los espacios infinitos. ¡Oh, estrellas Alfa que habéis jalonado con vuestra vigilia una conquista sin remordimientos, nuestro amor a la vida extiende sus piernas desnudas sobre vuestras playas de fuego!

Mario cerró los ojos y no volvió a hablar hasta que transcurrieron varios minutos. Su voz había recuperado su despectiva lentitud: —¿Arte, ha dicho usted? La creación artística más perfecta es la que más se aleja de la imagen de Dios. ¡Ah, lo que Dios ha creado importa muy poco, comparado con la obra de los hombres! ¡Qué hermoso es nuestro planeta, desde que hemos colmado sus vacíos, desde que lo erizamos con nuestros castillos de cristal y hacemos estremecer el éter con la frecuencia de nuestras cantatas! ¡Qué hermoso es, liberado de los matorrales y de las serpientes de Dios por el crecimiento de las ciudades de los hombres! ¡Qué hermoso es, despojado de sus paisajes y adornado con las criaturas de hierro de sus Calder, de los cuadrados de oro, de sangre, de cielo y de los trazos de tinieblas de sus Mondrian! ¡Oh músicos, pintores, escultores, arquitectos que habéis hecho de la tierra y de los cielos el reino de los hombres, demasiado hermoso para preocuparse del reino de Dios!

Mario contemplaba a Emmanuelle como si discerniese en su rostro las formas y luces de la tierra por las que suspiraba. Le sonrió: —¿No es el Arte, justamente, aquello gracias a lo cual el homínido del cuaternario se separó de la fiera y se hizo hombre? El único en el universo, el único ser vivo que dejará en él más de lo que ha encontrado. Pero ahora el arte de los colores, de las curvas y

de los sonidos ya no basta para satisfacer su pasión creadora. Es su propia carne y su propia mente lo que quiere moldear a imagen de su genio, como antaño extrajera de sus sueños las Apsaras y las Corai. El arte de esta época ya no puede ser un arte de piedra fría, de bronce o de pasta. Sólo puede ser un arte de cuerpos vivos, sólo puede *vivir de vida*. El único arte que está a la altura del hombre del espacio, el único capaz de conducirle más allá de las estrellas, así como las figuras de ocre y de humo abrieron al futuro los muros de sus cavernas, es el erotismo.

Mario hablaba con tanta vehemencia que Emmanuelle tenía la impresión de recibir sus sentencias como golpes.

—¿Existe, le pregunto, un arte más penetrante que el que toma al cuerpo humano, convirtiendo esta obra de la naturaleza en su propia obra desnaturalizada? Es fácil para el obrero experto extraer del mármol o del equilibrio de las líneas un objeto cuya paternidad no tiene que disputarle al universo. ¡Pero el hombre! Aferrarlo entre las manos, no como arcilla, no para sentir su textura, su contorno, no para aprobarlo ni amarlo, no para disfrutarlo sino, precisamente, para impugnar su forma y su fondo, para sustraerlo a la estúpida ceguera de la célula, alterar su mismo tejido, arrancar su aspecto natural, del mismo modo que se libera al animal de laboratorio de la herencia que le ha hecho babosa o roedor. ¡Reconstruir al hombre! Salvarlo de la materia para hacerle libre de darse sus propias leyes: leyes que dejen de confundirlo con el meteoro y la molécula, que lo liberen de la degradación de la energía y de la caída de los cuerpos. Esto, en realidad, es más que arte, es la razón de ser del propio espíritu.

Levantándose se encaminó hacia el gran ventanal que daba al *khlong*.

—¡Verá usted! —dijo—. La diferencia no radica entre lo inanimado y lo vivo: está entre lo que es consciente y el resto del mundo. Este lodazal, este perro no son diferentes del árbol y del alga, que a su vez no son diferentes del agua y de la piedra. Pero aquellos, mírelos cómo reman y sueñan, vestidos con sus andrajos, con su obstinación, los dedos agarrotados, los cabellos cortos… ¡Ese es el hombre! Ah, hay que amar desaforadamente a los hombres para saber odiar bien a la naturaleza. ¡Hombres, hombres, cómo os

quiero! ¡Llegaréis tan lejos!

Casi tímidamente, Emmanuelle preguntó:

—¿Entonces, para usted, el único amor posible es el amor *contra natura*?

Acompañó su pregunta con una sonrisa afectuosa, destinada a asegurar que no pretendía incomodar a Mario. Pero no había ningún peligro: según su costumbre, él fue demoledor.

—Eso es una perogrullada. Y un pleonasmo. El amor es siempre contra natura. Es la antinatura absoluta. Es el crimen, la insurrección por excelencia contra el orden del universo, la nota falsa en la música de las esferas. Es el hombre que se ha escapado del paraíso terrestre reventando de risa. Es el fracaso de los planes de Dios.

—¡Y a eso lo llama moral! —bromeó Emmanuelle.

—¡La moral es lo que hace hombre al hombre! No lo que le hace objeto alienado, cautivo, esclavo, eunuco, penitente o bufón. El amor no ha sido inventado para envilecer, para dominar ni para hacer temblar. No es el cine del pobre ni el tranquilizante del ansioso, no es una distracción, ni un juego, ni un opio, ni un juguete. El amor, el arte del amor carnal, es la realidad del hombre, la orilla sin acechanzas, la tierra firme, la única patria verdadera. *Todo lo que no es amor transcurre para mí en otro mundo, el mundo de los fantasmas. Todo lo que no es amor transcurre para mí en sueños y en un sueño abominable… ¡Sólo vuelvo a ser hombre cuando me estrechan otros brazos!* Este grito de clarividencia de don Juan ha sido oído y comprendido por muchos otros, por diferente que fuera la calidad de su genio. Usted hablaba de ascetismo: eso es efectivamente el erotismo para algunas sectas hindúes, un deber. ¿Pero no resulta divertido que también lo sea, concebido con mayor ternura, ciertamente, y con aquel encantador pudor, para la pequeña hetaira sagrada de Amatonte?

*¿Acaso piensas que el amor es un esparcimiento? Ah Gyrinno, es una tarea, la más ruda de todas*.

—No soy de la misma opinión —dijo Emmanuelle—; y prefiero pensar en el amor como en un placer. Por otra parte, hacer el amor nunca me ha cansado.

Mario se inclinó cortésmente.

—No lo dudo —dijo.

—¿Y es inmoral sentir placer en el amor? —le hostigó ella.

—Lo que intento demostrarle es justamente lo contrario —respondió él pacientemente—. La moral del erotismo consiste en que el placer determina la moral.

—¿Un placer moral? Me parece que así pierde buena parte de su sabor.

—¿Por qué? No lo comprendo —se asombró Mario—. ¿Acaso porque principio moral se identifica para usted con privación, coerción? ¡Pero si este principio le evita justamente privarse de nada! ¡Si la obliga a disfrutar de la vida! ¡Ah, ya veo! La idea de moral le repele porque en su mente se confunde con la de prohibición sexual. Conducta moral, quiere decir, ¿verdad?: *No serás lujurioso, ni de cuerpo ni de consentimiento; sólo desearás el acto carnal en el matrimonio*.

No permita, se lo ruego, que estas mistificaciones comprometan a sus ojos la honorable palabra de moral. No se base en una superchería histórica, superada hace mucho tiempo, para englobar en una misma condena al bien y al mal, o —lo que sería aún más grave— ¡afirmar que el bien y el mal no existen!

—Escuche, Mario, cada vez me parece usted más sibilino. ¿Cómo saber a dónde quiere ir a parar? Empezó con el erotismo ¡para acabar hablando como un predicador desde su púlpito! Me resulta difícil seguirle. ¿Qué entiende usted por bien y mal?

—¡Volveremos sobre ello, no se preocupe! Lo que quiero discutir primero, es la idea que tienen *los demás* del bien y del mal. Y, en particular, de esas «virtudes» que, para usted, al parecer son lo mismo que la moral: la modestia, la castidad, la continencia, la fidelidad conyugal…

—¡No sólo para mí! ¿No es eso lo que todo el mundo llama moral?

—Ya lo sé. ¡Pero yo me rio de ella! Porque es por abuso de confianza de una rara bufonería que los tabúes sexuales se han hecho admitir en el reino de la moral y han acabado por coronar en él a su injusta ley. No les asistía ningún derecho divino. ¡Más aún! su naturaleza y su objetivo son perfectamente inmorales, ya que han surgido de un cálculo de lo más prosaico: la preocupación de

asegurar al señor feudal la propiedad de los niños, instrumentos de producción y signos externos de riqueza a semejanza de las hachas de sílex y las ollas de barro.

Mario se puso en pie de un salto y se dirigió hacia un anaquel repleto de libros en la penumbra granate.

Volvió, trayendo en la mano un volumen con tapas de cuero y herrajes.

—¡Escuche! —dijo—. Yo no escojo abusivamente mis textos ni los leo entre líneas. Me limito al más irrefutable de los dogmas, al Decálogo, tal como fue transmitido desde el Sinaí por Moisés. Y, en el decimoséptimo versículo del capítulo vigésimo del *Éxodo*, leo, grabado en la piedra, lo siguiente: *No desearás la casa de tu prójimo; no desearás la mujer de tu prójimo, ni a su sirviente, ni a su sirvienta, ni a su buey, ni a su asno, ni nada de lo que pertenezca a tu prójimo*.

No hay equívoco ni disimulo algunos; mujer, ése es el lugar al que te ha destinado el Eterno: entre la granja y el ganado, con el resto de la mano de obra. ¡Y ni siquiera en primera fila! Como señora, tiene por delante el ladrillo y la choza. Como sierva, vale menos que un mozo de cuadra, sólo un poquito más que un animal con cuernos y un jumento.

Mario cerró su biblia y depositó su mano derecha sobre Emmanuelle, en actitud pastoral: —La Edad Media inventó el amor, se dice. ¡Más bien consiguió hacérnoslo aborrecer! Si en la actualidad el amor conserva alguna posibilidad de revivir, es porque nuestra época arrasa los mitos. Con el regalo envenenado de su «moral», el clero feudal creyó privarnos por los siglos de los siglos del deseo de gozar. ¡Mire lo que ha quedado de sus complots y de sus maquinaciones! Los cinturones de castidad del bien y el mal, cerrados por los señores de la tierra en torno a las cinturas de sus mujeres y de sus borricas, caen en pedazos oxidados de las almenas y los matacanes que les vieron nacer. Aceptamos hacerles el honor de guardarlos en el museo. Pero observemos antes que su fin es eminentemente moral (¡por más que no lo fuera su nacimiento!) y reparemos en que la verdadera moral es lo que permanece cuando el paso del tiempo ha hecho justicia sobre la falsa.

Una risita irónica escapó de su garganta:

—Lo más edificante de los valores de la moralidad sexual, ¿no está resumido por entero en la aventura de la palabra latina *pulla*, que dio lugar, a la vez, en francés a *pucelle* (doncella) y a *poule* (zorra)? Ya ve usted que la elección entre el mal y el bien se ha hecho a la buena de Dios. También habría podido ocurrir lo contrario: que ser *poule* fuese el máximo honor y la virtud suprema y conservarse *pucelle* un crimen contra Dios y contra la Iglesia.

Emmanuelle parecía pensativa. Aprobaba el juicio de Mario sobre el valor contingente de los imperativos de la moral tradicional, pero en tal caso, justamente, ¿por qué perder el tiempo construyendo una nueva ética sobre las ruinas de la vieja? ¿No se podía hacer el amor a la manera propia, libremente, sin romperse la cabeza promulgando un nuevo código y anunciándolo públicamente? ¿Era realmente indispensable respetar unas leyes? No existía ninguna moral, aunque fuese «erótica», pensaba Emmanuelle, mejor que la posibilidad de carecer de moral en absoluto.

—No se superan las malas leyes mediante la anarquía —replicó Mario cuando ella le hubo confiado sus dudas—. No se trata de volver a la jungla, sino de reconocer que algunos de los poderes del hombre, que la sociedad actual rechaza y condena a la atrofia, son justos y proporcionan a nuestra especie los medios de la felicidad. La ley nueva, la buena ley, proclama simplemente que es bello y bueno hacer bien el amor y hacerlo libremente; que la virginidad no es una virtud, la pareja un límite ni el matrimonio una prisión; que el arte de gozar es lo que importa y también que no es suficiente no negarse jamás, que hay que ofrecerse constantemente, darse, unir el cuerpo cada vez a más cuerpos y dar por perdidas las horas pasadas lejos de otros brazos.

Añadió, levantando el índice:

—Si a esta gran ley, más tarde me oye incorporarle otras, recuerde que sólo constituyen disposiciones secundarias, destinadas a contribuir a la observación del principio que acabo de explicar, previniendo la timidez del espíritu y la lasitud de la carne.

—Pero —dijo Emmanuelle— si los tabúes de la moral burguesa son de origen económico, la implantación de su moral erótica exige una verdadera revolución. ¿No tiene algo que ver con el

comunismo?

—¡De ninguna manera! Es mucho más importante y mucho más radical. Es algo como la mutación por la que el pez cansado del mar que debía llamarse un día Emmanuelle quiso saber si el nuevo sabor de la tierra haría que le crecieran piernas y se puso a respirar agitando sus futuros senos.

La evocación hizo sonreír a Emmanuelle.

—¿El hombre erótico será entonces un nuevo animal?

—Será más que el hombre y sin embargo seguirá siendo el hombre. Simplemente más adulto, más adelantado en la escala de la evolución. Es —se lo decía hace un momento— la aparición del arte en los muros de las cavernas lo que permite reconocer el momento en el que el primer hombre se diferenció del último mono. Se acerca el día en que, al igual que los valores artísticos seguramente separaron al hombre del animal, los valores del erotismo separarán al hombre glorioso del hombre avergonzado, oculto en los cuchitriles de la sociedad actual por pudor de su desnudez y castigo de su sexo. ¡No somos más que pobres proyectos humanos, esbozos aún cubiertos con el barro de los pantanos pleistocénicos! ¡Prendados de nuestras inhibiciones, enamorados de nuestros zafios sufrimientos, luchando con toda nuestra ceguera y nuestras fuerzas de toscos evangélicos contra las corrientes de esperanza que intentan arrancarnos de la infancia!

—Pero, ¿qué le hace creer que estas corrientes vencerán, que su moral triunfará finalmente sobre la que protegen las leyes, las costumbres y la religión? ¿Y si ocurriera lo contrario?

—¡No ocurrirá! ¡No puedo creerlo! Porque no puedo creer que el hombre haya venido de tan lejos, de tan abajo, para quedarse ahí, para renunciar de pronto a seguir avanzando, a ser otra cosa. ¡Continuará! A tientas, ciertamente, sacudido por estremecimientos, pero sin posibilidad de retorno. Cada vez más singular entre las demás especies. Si ahora somos menos estúpidos que el celacanto, es que un día lo seremos mucho menos.

Mario concluyó, tras otorgar a su invitada un breve instante de reflexión: —De lo que sí somos capaces es de intentar que crezca nuestra inteligencia y de hacer lo imposible para ser felices.

Emmanuelle entreabre los labios, pero él prosigue:

—Desde luego, no se me ha hecho ninguna promesa de alcanzar esa remota orilla que sólo sé llamar felicidad. Y sin embargo, Eluard tenía razón en proclamar: *No es cierto que haga falta de todo para hacer un mundo. ¡Hace falta felicidad, y nada más!* Pero, ¡cuánto valor para alcanzarlo! ¿No ha necesitado valor, acaso, desde la infancia, el animal humano, para alejarse de la tutela de sus dioses? E incluso hoy, en lugar de esperar en la contemplación solitaria el reino en el que serán recompensados los tiernos y humildes de corazón, ¿no hace falta valor para correr con la gente de la calle el riesgo sin recompensa de la vida y la muerte?

—Y el riesgo de equivocarse —observó Emmanuelle—. El de hacerse ilusiones sobre su naturaleza. Y el de las ideas que cree propias sobre sus poderes y su importancia.

Él la contempló con repentina desconfianza:

—¿Es usted de los que opinan que la aventura del hombre no tiene sentido? —preguntó—. ¿Considera que nuestra especie está destinada al fracaso, a un fracaso proporcional a su ingenuidad? ¿Cree usted que somos juguetes de nuestro lenguaje y que nuestra perdición está escrita en las tablas soberanas? ¿Sostiene usted despectivamente que hemos sido inventados, como la cama, con el único objeto de desaparecer y que no servimos para otra cosa? ¿Tal vez incluso, en su opinión, la extinción del hombre sea lo mejor que puede pasarle a un mundo al que perturba, y usted lo espera, desde la cumbre de su ciencia inhumana y glacial, con esa imparcialidad masoquista que está tan de moda?

—No —dijo Emmanuelle—; no es eso lo que pienso. Pero reconozca que su propia confianza es, también, una fe. Una especie de religión.

—Eso no es cierto —dijo Mario—. Si estoy seguro del hombre, es porque le veo actuar. Su progreso, que es el mío, consiste en creer cada vez menos y en ver cada vez más. Los dioses sólo nacen detrás de los párpados cerrados.

—Quizás piense usted sólo en los Einsteins y no lo suficiente en los criminales. De lo contrario, también tendría miedo a veces.

—No es un crimen no ser Einstein —dijo Mario—, pero evidentemente es una falta. Y yo no tengo derecho a quejarme de que los hombres me maten, si yo mismo no he sido capaz de

curarles de la muerte. Puedo morir, pero sé que es una debilidad y no un honor.

—Pero usted sabe que nadie encontrará remedio a la muerte.

—Yo sé que es el espíritu lo que muere cuando nuestras mitologías, como los tumores en la carne, ocupan en él el lugar de las células felices. Allí donde estaba la posibilidad de nuestra realidad, se instala el desconsuelo de su desorden. Sólo morimos de ignorancia y de fealdad. La muerte no es más que el estupor del saber.

Mario se concentró, prosiguió:

—La expansión infinita de la inteligencia es asíntota de la muerte. Infinito, por tanto, es nuestro futuro. ¡Ya no somos los hombres pacientes del Doctor Eterno! ¡Nuestra paciencia se ha agotado! Olvidaremos nuestras mañanas mortales, como olvidan su enfermedad los que se han curado. Encontraremos nuestro mundo en algún lugar del espacio-tiempo: serán nuestro amor y nuestra razón. Y en él pasaremos las largas veladas de nuestra vida sin acechanzas escuchando el murmullo de los quásares. Seremos felices…

Mario calló.

Emmanuelle guardó silencio durante un rato. Luego, con cierta precaución, recondujo a Mario a la conversación: —¿Y el erotismo es capaz de ayudar al descubrimiento de ese nuevo mundo?

—Más que eso: se identifica con él, es el progreso mismo.

—¿No exagera usted?

—¡Pero entiéndalo! Ya se lo he dicho antes: no se trata de reformar la sociedad, ni tampoco de concebir otra distinta o edificar una república de la lujuria. Se trata de un progreso biológico, de una transformación, de un salto que se producirá cierto amanecer futuro en el cerebro del hombre. ¡Un destello y ya está! Piensa de otra manera, es un ser diferente. Ha dado un paso. Las ignorancias, los terrores, las servidumbres de su antigua raza ya no le conciernen. Ni siquiera comprende qué significan. ¡El que haga el amor, y cómo lo haga, carece de importancia! La novedad consiste en que lo hace con espíritu libre. Pues, para él, el bien es lo que produce placer, el mal lo que produce dolor. Así de sencillo. Ese es su bien y ése es su mal. Esa es su moral. Y su bien es lo hermoso, lo

que le seduce, lo que le pone en erección. Su mal es lo que es feo, lo que le aburre, lo que le limita y le frustra. Las delicias y los tormentos de la angustia y de los trances místicos ya no le afectarán. Ya no necesitará hongos alucinógenos, filósofos ni ermitaños para curar su desesperación. El amor a sí mismo y a sus semejantes le bastará. ¿No cree que este hombre es un animal más avanzado que el que llevaba cilicio? ¿No ha realizado un progreso?

—Sí, de acuerdo. Pero es un progreso individual, sólo tiene consecuencias para él. Hace un momento, hablaba del progreso como si concerniese a todo el género humano.

—Le concierne. Las especies no evolucionan por masas, por sociedades. Mutar siempre ha sido misión de un grupo reducido, de una de esas minorías poco apreciadas, de cuello estirado y ojos abiertos, con quienes las grandes manadas sin carácter se negaban a compartir los pastos. Pero cuando es del árbol humano de dónde se desprende esta rama, todo el universo se beneficia del cambio. Si mañana surgiese un hombre para el que palabras como impudor, inversión, adulterio, incesto fuesen signos carentes de sentido, un hombre que, por más que lo intentase, no pudiese comprenderlas, nuestras virtudes quedarían relegadas a las vitrinas de los museos, junto a los dientes del *arqueópterix* y a la cresta del dinosaurio.

—Pero entonces, en la medida en que ese hombre todavía no existe, la edad erótica no es más que una visión de futuro. Usted y yo no viviremos para verla. ¡Hemos nacido demasiado pronto!

—¿Quién puede saberlo? —dijo Mario—. Las leyes de la evolución siguen siendo en gran parte un misterio. Tal vez no sea inútil intentar traernos nosotros mismos al mundo. Tal vez no hayamos nacido todavía.

—¿Qué hay que hacer pues para nacer? —inquirió Emmanuelle.

—Actuar como dueño y señor de la vida. ¡Hacer como si se viviese! Ahora o nunca es la ocasión de seguir el consejo de Pascal: pero, en lugar del agua bendita, lo que puede darnos la luz es la práctica del erotismo como regla de vida. Y los únicos iluminados no seremos nosotros: cuando un número bastante considerable de los nuestros adopte sin reservas, con toda claridad, con vehemencia, la escala de los valores eróticos como única escala moral —como aquel cuadrúpedo que decidió de una vez para siempre levantarse

sobre sus patas traseras, sin que le preocupara si el resto de la animalidad prefería seguir arrastrándose en el lodo—, tal vez, por poco que la suerte sonría una vez más a nuestra especie, estemos dando el paso decisivo, el camino necesario y suficiente para pasar de la edad del miedo a la edad de la razón.

Suspiró:

—¡Desde luego, hubiera sido preferible nacer dentro de un millón de años! Hagamos al menos todo lo posible para acercar a nosotros esa edad de la razón. Nada merece hoy ser hecho, dicho o escrito si no sirve para dar el «paso». Hay que cuidar las palabras, los gestos más insignificantes: no proferir nada que pueda confirmar a los hombres en la estúpida convicción de que ya han encontrado lo que habían venido a buscar. Nada que pueda retrasar más su pubertad. En mi caso, sé cuál es mi deber: repetirles sin tregua que sus cuerpos son justos, que sus poderes son infinitos, que la dulzura de vivir es también la razón de ser de la vida.

El sonido de la voz de Quentin sobresaltó a Emmanuelle: había olvidado su presencia. Escuchó cómo se dirigía a Mario con un calor y una locuacidad imprevistas. El anfitrión parecía muy interesado. De vez en cuando soltaba exclamaciones de placer. Finalmente, tradujo a Emmanuelle (quien comprendió que el inglés había debido seguir lo esencial de la conversación con menos dificultad de la supuesta): —Lo que acaba de decirme Quentin permite mostrarse optimista. Parece que la «rama mutante» —o por lo menos un brote de esa rama— ya existe y, lo que es mejor, ¡existe desde hace mil años! Durante varios meses, nuestro amigo, en compañía de un célebre sociólogo —un tal Verrier Elwin— fue huésped de una tribu de la India que los indios «civilizados» califican de primitiva, pero de la que cabe pensar, al contrario, que representa una vanguardia de la inteligencia. Estas gentes son conocidas con el nombre de murias. Su sociedad está íntegramente edificada en torno a una moral sexual situada exactamente en las antípodas de la nuestra. Una moral que no es prohibitiva, sino formadora. La piedra angular de su sistema de educación es un dormitorio comunitario donde niños de los dos sexos son admitidos desde la más tierna edad, para llevar a cabo el aprendizaje del arte de amar. Esta institución se llama… *How do you call it?*

—*Gothul.*

—Eso es: el Gothul. Allí, mucho antes de la pubertad, las niñas son iniciadas en el amor físico por los jovencitos y éstos por las muchachas. Y en absoluto de manera instintiva o bestial: tras diez siglos de práctica, las técnicas eróticas que se les inculcan han alcanzado, parece ser, un nivel de incomparable refinamiento. Este aprendizaje, que todos los niños deben seguir obligatoriamente durante varios años, sirve al mismo tiempo para su formación artística, al ocupar los educandos sus momentos de ocio —entre dos abrazos— en adornar las paredes del dormitorio. Los dibujos, pinturas y esculturas son de inspiración erótica invariable. Dice Quentin que están tan bien hechos que no puede visitarse semejante galería sin sentirse inmediatamente transportado por las más vivas sensaciones. Y, cuando se ve a esos niños y niñas de once años —imitando las figuras más atrevidas de este museo del amor— ejecutar sin esconderse, sin embarazo, a puertas abiertas, bajo la mirada de orgullo de sus padres, cuadros vivientes que, en Europa, les llevarían directamente al correccional, después de haber corrido la tinta, bajo forma de escándalo unánime, en todos los periódicos bien pensantes, uno concluye que los murias probablemente no vivan con cien años de retraso, sino con mil años de adelanto.

Cuando Mario se interrumpió, Quentin añadió algunas precisiones que, a su vez, fueron traducidas a Emmanuelle: —Lo más importante, es que esos «trabajos prácticos» sexuales asignados a todos los niños de la tribu son el resultado de un sistema, de una regla elaborada y rigurosa, y no de una relajación de las costumbres o de una ceguera moral padecida de forma congénita por esta raza. No hay licencia, sino ética. La disciplina comunitaria del Gothul es muy estricta, los ancianos son responsables de los más jóvenes. La «ley» prohíbe rigurosamente cualquier relación estable entre niño y niña. Nadie tiene derecho a decir de tal o cual niña que es suya y se castiga a aquel que llega a pasar con una de ellas más de tres noches seguidas. Todo está organizado para impedir las relaciones intensas que se prolongan demasiado y para eliminar los celos. «Todos pertenecen a todos». Si un niño demuestra instinto de posesión y de exclusividad respecto a una niña, si su rostro se desencaja cuando la ve realizar el acto sexual con otro, la

comunidad se encarga de ponerlo de nuevo en vereda ayudándole a someter su naturaleza. Él mismo debe colaborar activamente en hacer poseer a la que ama por todos los demás niños, debe guiar en ella, con su propia mano, la virilidad de sus compañeros, hasta que haya aprendido, no sólo a no sufrir, sino a desearlo y a complacerse en tal acción. Entre los murias, el peor crimen no es la violación ni el asesinato, *que no existen*, sino los celos. Así, cuando niños y niñas llegan al matrimonio, no sólo poseen en abundancia una ciencia sexual única en el mundo, sino que pertenecen a otra edad de la tierra: las sombras, las quejas y las desesperaciones de nuestra civilización les son extraños. Están del lado de la felicidad.[1]

Emmanuelle parecía impresionada. Protestó, sin embargo: —Mario, una moral de tales características no puede desarrollarse en un pueblo por un mero esfuerzo de conciencia y reflexión. Probablemente haya reinado siempre entre ellos. Debe ser una gracia innata. Recuerde que hace poco comparaba el don del erotismo con el de la poesía. En consecuencia, ese don no puede adquirirse mediante la voluntad ni la aplicación. Si no lo hemos recibido de la naturaleza al venir al mundo, nada conseguiremos, por mucho que nos esforcemos.

—¡Qué ilusión más común! ¿He de repetirle que no existe otra poesía en la naturaleza que la que pone el hombre? Tampoco otra armonía, ni otra belleza. Y, a este hombre que todo lo hace, nada le llega, incluida la poesía, incluido el genio, antes de la edad de razón. El ejemplo de los murias nos demuestra, simplemente, que se puede llegar a dicha edad más o menos joven. No se nace poeta. Tampoco se nace pueblo elegido. No se nace nada. Hay que aprenderlo. Para nosotros los humanos, la forma de convertirnos en hombres, de transformarnos en hombres, es rechazar nuestras ignorancias y nuestros mitos como el ermitaño su viejo caparazón y entrar en la verdad como en un traje nuevo. Así podremos indefinidamente nacer y renacer: con cada «mutación brusca» seremos más *hombres*, fabricantes de nuestro mundo para mayor placer. Aprender es aprender a gozar. Ya lo decía Ovidio, recuérdelo: *¡Ignoti nulla cupido!*

Emmanuelle no lo recordaba y traducía mentalmente al revés. Mario, sin molestarse en aclarar la cita, prosiguió: —¡Y lo que nos

queda por aprender! El arte, la moral, la ciencia: lo bello, lo bueno, lo verdadero. Es decir, todo, ya que no existe nada más: el tiempo de lo sagrado se ha acabado. Afortunadamente, para facilitarnos la tarea, ese todo se ha hecho a sí mismo un hijo: Eros. De manera que bastan la reflexión, la experiencia y la clarividencia eróticas para acceder a la poesía, a la moral y al conocimiento— al no ser éstos, en definitiva, más que los reflejos diferentes de una única lección: la *lección de hombre*, en el sentido en que en la escuela le hablaban de lección de cosas.

—¡Su demostración es cada vez más abstracta, Mario! Preferiría que diese ejemplos concretos de lo que se puede hacer.

—Imaginar, ver y, si hace falta, provocar esas actitudes, esos encuentros y esas asociaciones inesperadas sin las que no existe situación poética: he aquí, por ejemplo, una de las fuentes del erotismo.

—Usted dice «inesperadas»: ¿quiere decir que no puede encontrarse placer en algo que se espera? ¿Sólo lo desconcertante llega a ser erótico?

—Al menos lo que rompe con la costumbre. Un placer deja de tener calidad artística si es un placer habitual. Sólo tiene valor lo no banal, lo excepcional, lo inusitado: «lo que jamás se verá dos veces». Sólo lo *insólito* es verdaderamente erótico.

—Pero, entonces, cuando se haya impuesto la moral erótica, ¿el erotismo perderá todo su atractivo? Tal vez para los murias hacer el amor no sea más divertido que cocinar.

—No es esa la impresión que yo recibo de lo que ha contado Quentin. Parece ser, al contrario, que como expertos en el arte amoroso desde la infancia, nada es más importante para ellos, a lo largo de toda su vida, que los juegos sexuales. En la India son conocidos como fervientes propagandistas del amor físico, inspirados en Ganesha. Pero acepto que su experiencia no sea forzosamente válida para nosotros, dueños de un espíritu marcado, tal vez malogrado para siempre, por tradiciones de hipocresía sexual más fuertes que la evidencia de la razón. Esperemos, para nuestro bien, que la naturaleza dé un salto. Pero, en cualquier caso, no nos hagamos la ilusión de ser capaces de adivinar o describir pertinentemente, por adelantado, lo que será la psicología de

nuestro descendiente, el mutante. Preocupémonos, pues, de nuestra propia anécdota, de los que aún no hemos «dado el paso». Y reconozcamos que, para los prisioneros que en realidad somos, el milagro liberador de la emoción erótica sólo tiene lugar las más de las veces cuando existe un desafío a las costumbres. Por tanto no cabe duda, y ésa es nuestra revancha, de que, en lugar de perjudicarnos, la persistencia actual de falsas reglas morales —o simplemente de convenciones morales (pensemos en el absurdo código de decencia de la longitud de los vestidos: tormento para algunas, deleite adorablemente perverso para otras)— aumenta nuestros placeres, dándonos, a quienes las rechazamos, el poder de desconcertar —¡y el aliciente de ser desconcertados! No es erótica la mujer a la que su marido fecunda en la cama antes del sueño. Lo es la que, a la hora de la merienda, llama a su hijo para que le prepare a su hermanita una tostada con esperma. Y es erótica porque tal menú todavía no ha entrado a formar parte de las costumbres. Cuando la burguesía lo haya adoptado, habrá que encontrar otra cosa.

—Entonces, Mario, yo tenía razón al decir que si el erotismo necesita de lo extraordinario, de lo inédito, sus propios progresos lo ponen en peligro. Un buen día todas las fórmulas habrán caducado.

—Podría incluso decir, querida amiga, y sin temor a equivocarse, que desde hace tiempo no se ha inventado nada nuevo. Sin embargo, su temor es vano, porque el erotismo no es una herencia, es aventura personal. Ciertamente, celebremos y disfrutemos sin escrúpulos el que actualmente la sociedad nos favorezca manteniendo las recetas ocultas: que el placer de usurpárselas se añada por tanto al de ponerlas en práctica. Pero podemos estar tranquilos: el erotismo conservará su valor de conquista individual incluso en una humanidad liberada de los tabúes sexuales. ¿Acaso el conocimiento de las leyes de la versificación ha dispensado alguna vez al poeta de redescubrir por sí mismo el secreto de la poesía?

Emmanuelle asintió con un movimiento de cabeza. Mario prosiguió: —Lo que justifica la iniciativa del artista no es el hecho de innovar para la historia, sino para sí mismo. A diferencia de los descubrimientos de la ciencia, los descubrimientos del arte no

pierden nada por haber sido hechos con anterioridad. ¿Qué más da si los chinos ya habían dibujado este caballo o el hombre de Lascaux? A mí, la primera vez que mis dedos lo sacan de la ternura de mi visión, me transporta con sus cuatro patas tan lejos como me interese en el universo. Es decir, y quiero subrayarlo, tan lejos como podemos, él y yo, ser vistos juntos, tan lejos como soy capaz de mostrar. Hasta hace poco nos beneficiábamos de tener a la sociedad para escondernos, ahora la necesitamos para mirarnos. No hay arte feliz donde no existe espectador.

Mario escrutó a Emmanuelle esperando una reacción. Ella ni siquiera parpadeó.

—Los niños murias —prosiguió— hacen el amor ante sus camaradas, ante el huésped de paso. Los dos solos en una habitación, tendrían muchas posibilidades de acabar aburriéndose. Usted teme que la familiaridad debilite el placer. Tiene razón. ¿Pero acaso no está allí la mirada ajena para descubrir nuevos horizontes?

La voz de Mario se tornó más sutil:

—En este punto tropezamos con una segunda ley del erotismo: necesita *asimetría*.

—¿Qué quiere decir con eso? Y además, ¿cuál era la primera ley?

—La de lo *insólito*. Pero tanto una como otra sólo son, como ya le he dicho, «pequeñas leyes». La única gran ley necesaria y suficiente, recuerde, es la de una simplicidad soberana…

—La de que todo instante pasado en otra cosa que no sea gozar «con arte», entre brazos siempre distintos, es tiempo desperdiciado. ¿Es así?

—Más o menos. Aunque la expresión «siempre distintos» no me parece muy feliz. Parece implicar el rechazo de las parejas a medida que se conquistan otras nuevas. ¡Sería el mayor error! Sólo de la multiplicación, y no de la sucesión, nacerá la calidad de su placer. ¡Eros veda sus secretos a los corazones veleidosos! ¿De qué sirve darse, si es para recobrarse? El mundo para usted no se habría ampliado.

Emmanuelle fruncía el ceño. Se mordió el pulgar, imagen de la concentración, pensando en la manera de mejorar su formulación. Este ejercicio de estilo le encantaba y Mario lo notaba. Prosiguió: —

Además, aunque conozco su afición a esa idea, por mi parte no pondría el acento principal en el *goce*, sino, como ya le he dicho, en el *arte*: ¿sabrá perdonármelo?

—¡Cómo no! —dijo Emmanuelle conciliadora—. Digamos entonces «el arte de gozar», en lugar de «gozar con arte». Le parecería bien algo así: *Todo el tiempo pasado en otra cosa que no sea el arte de gozar, entre brazos cada vez más numerosos, es tiempo perdido*.

—¡Muy bien! —aprobó Mario—. Posee usted el sentido de las fórmulas, un don de síntesis. Debería ejercerlo. Uno de estos días, le pediré que me haga una lista de máximas.

Mario no parecía bromear, pero Emmanuelle se rió de buena gana. No se preocupaba del alcance de su receta. Mario se encargó de concretarla.

—Por supuesto, no hay que dar a la expresión «entre brazos» un sentido estricto. Es evidente que se extiende a una amplia gama de relaciones eróticas, que van desde sus propios brazos a cualquier cosa distinta de los brazos del otro: su mirada, su oreja —aunque sea invisible: detrás de una puerta, o al otro extremo del hilo del teléfono— su correspondencia, o simplemente su imagen secreta en el fondo de nuestro corazón. Y, naturalmente, los brazos carecen tanto de género como de número… Pero no nos adentremos en la gramática.

—¿Y podría ser también que «arte de amar» quedase mejor que «arte de gozar»?

—Puede quedar mejor, pero es menos preciso. Además, usted me ha acordado el arte, yo le he concedido el goce: dejemos pues esto de lado. Y no queme a sus dioses… Por lo demás, «amar» es equívoco. También demasiado limitado: para amar, hacen falta por lo menos dos. Mientras que se puede gozar solo.

—Naturalmente —dijo Emmanuelle.

—Y además, *hay* que gozar solo —recalcó Mario—. El reino del erotismo permanecerá siempre vedado a los que no saben abrir las puertas a su soledad.

Contempló a su invitada con severidad:

—Supongo que sabrá usted hacerse el amor a sí misma.

Emmanuelle inclinó afirmativamente la cabeza. Él insistió: —¿Y

le gusta?

—Sí, mucho.

—¿Lo hace a menudo?

—Muy a menudo.

No sentía ninguna vergüenza en proclamarlo, al contrario. También en eso la había animado su marido. Y nunca se le habría ocurrido esconderse para masturbarse, igual que no lo hacía para bañarse; incluso, al encontrar muy comprensible que a él le gustase, hacía lo posible para hacer ambas cosas cuando pudiera verla. Lo consideraba un deber conyugal tan importante como los demás, y sabía que Jean pensaba lo mismo y lo apreciaba.

—Entonces no le costará comprender el significado de la ley de asimetría —dijo Mario.

—¡Oh, es verdad, ya lo había olvidado! Le confieso que no veo muy bien en qué consiste. Lo insólito, sí. Pero ¿por qué la asimetría?

—Recurriendo una vez más a las metáforas de la ciencia, le diré: el erotismo necesita para nacer, y es normal, que se reúnan las mismas condiciones que exige la aparición de cualquier vida. Le han debido enseñar a usted que la creación de la célula viva suponía la existencia de grandes moléculas proteicas. Ahora bien, estas moléculas tienen la particularidad de que su estructura, la disposición de sus componentes, presenta un alto grado de asimetría. No hay organización superior de la materia, no hay vida posible, por tanto progreso, sin un cierto desequilibrio al principio. Más adelante, la *inadaptación* se revelará asimismo como un factor decisivo de la evolución biológica. El erotismo, fase avanzada de esta evolución, está regido naturalmente por las mismas leyes. La vida, por tanto el erotismo, siente horror por el equilibrio.

La larga mano de Mario describió una órbita ante sus ojos: —Si, no obstante, preferimos considerar nuevamente el erotismo como un arte, constataremos que, para que este arte tenga su público, debe haber nuevamente asimetría. Por ejemplo, que el número de los que hacen el amor sea impar.

—¡Caray! —exclamó Emmanuelle, más divertida que asombrada.

—Por supuesto. Por ejemplo, *uno* es impar: el que se masturba es

actor y espectador a la vez. Por eso la masturbación es eminentemente erótica: una obra de arte. El único amor en el que puede uno permitirse ser exclusivo:

*…Una virgen a sí misma enlazada, Celosa… ¿Pero de quién, celosa y amenazada?*

Mario pareció ensoñarse por un instante; luego prosiguió: —Erótica es también la adúltera. Ya que el triángulo redime la banalidad de la pareja. Fuera de la adición de un tercero, no hay erotismo posible para la pareja. ¡Y en verdad que pocas veces falta! Si no en persona, al menos en la mente de uno de los compañeros. Mientras usted hace el amor, ¿nunca le ha visitado la imagen de alguien distinto a aquél cuyas caricias saborea? ¡Cuánto más dulce, no es así, es la dura carne del esposo, cuando en el mismo momento sus párpados cerrados la entregan en sueños al amigo de la familia, al marido de la amiga, al transeúnte encontrado en la calle, al héroe de la pantalla, al amante de su infancia! Responda. ¿Le gusta eso? ¿Lo hace?

Emmanuelle, sin dudar más que hace un momento, dice que sí con la cabeza. El simple recuerdo de las innumerables veces en las que había conocido de esta forma el abrazo de otros hombres en los brazos de Jean le producía una turbación física tan intensa que pensaba que Mario debía notarlo por fuerza: la noche precedente, había sido él mismo a quien se había entregado de aquella forma… Como a Christopher el día de su llegada. A los amigos de Ariane, sin ni siquiera conocerlos. Al hermano de Jean, desde que le había visto. Y muy a menudo, aquellas últimas semanas, a los desconocidos del avión —al héroe griego, sobre todo—. Todos aquellos rostros se le representaban con tal calor que se sentía desfallecer, si bien no osaba, por miedo a no poder contener su mano, hacer el menor gesto. Mario continuaba, con sonrisa burlona: —Estará de acuerdo conmigo en que el carácter erótico desaparecería si los dos participantes, cada uno por su lado, hiciesen lo mismo: es imprescindible que, cuando uno de los dos se evade, el otro, al contrario, esté presente con todas las fuerzas de su deseo, de su fervor, de su goce inmediato y físico, ¡con la imaginación bloqueada por la violencia de su exclusiva pasión, de su absurda fidelidad! De lo contrario, no hay asimetría, sino

ausencia simultánea, equilibrio, equidad: y eso es lo que hay que evitar.

Mario hizo un gesto con ambos brazos, como para demostrar la tesis.

—Por supuesto, la realidad, en semejante materia, es preferible a la ficción: un espectador en carne y hueso es preferible a cualquier espectador imaginario. El lugar natural del amante está en medio de la pareja.

Esta vez, Emmanuelle encontró que las máximas de Mario ofendían ligeramente el buen gusto. No contestar nada era la manera más elegante de dárselo a entender. Pero él no se dejó impresionar. Insistió, en cambio, en su primera proposición: —Aunque a decir verdad un verdadero artista siempre preferirá *varios* espectadores a uno solo.

Emmanuelle se sintió más a sus anchas en un terreno en el que el recurso al libertinaje permitía mantener el tono de la farsa.

—Dicho de otra forma —dijo jocosamente—, ¿no hay erotismo sin exhibicionismo?

—¡Bueno! —dijo Mario—. No sé muy bien qué significan esas palabras. Pero sé, por ejemplo, que hacer el amor de pie, por la noche, en una calle por la que pasan escasos transeúntes enfundados en abrigos de pieles y en capas de seda, estimula el espíritu.

—¿Por qué no a plena luz del día en una plaza llena de gente? —ironizó ella.

—Porque el erotismo, el erotismo de calidad, como cualquier arte, está alejado de las multitudes. Rehúye el alboroto, el ruido, los farolillos de ferias, la vulgaridad. Necesita pequeñas cantidades, indolencia, lujo, decorado. Tiene sus convenciones, como el teatro.

Emmanuelle reflexionó. Se entusiasmó al sentirse capaz de decir enseguida, con sinceridad, mientras que no hubiera podido hacerlo, inexplicablemente, unos segundos antes: —Creo que me atrevería.

—¿El amor en la calle, ante la atenta mirada de algunos transeúntes?

—Sí.

—¿Por el placer de hacer el amor o por el de ser vista mientras lo hace?

—Por las dos cosas, supongo.

—¿Y si le pidieran que lo simulara? Si un hombre hiciera como si la poseyera, ¿le bastaría el único placer de escandalizar?

—No —dijo resueltamente—. En ese caso, ¿para qué?

Añadió, dándose cuenta de que también hablaba para el momento presente, ya que deseaba hacer el amor enseguida, deseaba a Mario, o masturbarse, ya no sabía cuál de las dos cosas: la elección de uno u otro recurso básicamente no le importaba, con tal de que su sexo fuera acariciado: —Quiero también un placer físico.

—«¿Gozar mucho»? ¿Es eso, no es verdad?

—Pues sí, ¿por qué no? —admitió Emmanuelle, agresiva—. ¿Qué tiene de malo?

La imperceptible socarronería que había percibido en el tono de Mario le parecía insoportable.

Él sacudió la cabeza gravemente:

—Puede tenerlo.

Dejó pasar un tiempo, luego declaró:

—El escollo, en materia de erotismo, es la sensualidad.

—¡Oh, Mario! Es usted incansable.

—¿La estoy aburriendo?

—No. Pero le gustan demasiado las paradojas.

—Esta no lo es. Sabe usted, naturalmente, lo que es la entropía…

—Sí —dijo ella, intentando sin éxito recordar la fórmula.

—¡Pues bien! La entropía, es decir, más llanamente, la usura, la decadencia de la energía, acecha al erotismo como al resto del universo. Y la forma de entropía propia del erotismo no es tanto la costumbre de la sociedad como la satisfacción de los sentidos. Una sexualidad satisfecha es una sexualidad que camina hacia la muerte. Recuerde aquella profunda frase de don Juan: *¡Todo lo que no me transporta me mata!* Es lo que le decía, hace un momento, cuando le hablaba de equilibrio. A cada instante, en cada individuo, la satisfacción amenaza el deseo. Lo amenaza con una felicidad letal, con la saciedad del sueño eterno. Sobre los senos de la mujer casada, la palabra «Fin» ocupa todas las dimensiones ilusorias de la pantalla. Siniestra perspectiva detrás del *happy end*. La única

defensa consiste en resistir la tentación de la satisfacción, en no aceptar el goce si no se está seguro de poder seguir gozando, o mejor dicho, si no se está seguro de que, pasado el orgasmo, podrá uno excitarse de nuevo.

—Mario…

Él alzó un dedo doctoral:

—Lo erótico no es la eyaculación, es la erección.

Emmanuelle no quiso quedarse atrás en astucia.

—Esa observación —adujo— concierne menos, me parece, a las mujeres que a los hombres. En esto las mujeres llevan ventaja sobre la mayoría de sus parejas masculinas.

Él se limitó a sonreír:

—*Psique siempre está dispuesta a ser poseída* —citó.

Emmanuelle, sin embargo, no estaba de acuerdo:

—En suma, según usted, con el pretexto de erotismo, ¡habría que privarse de hacer el amor por miedo a gozar! Ya se lo he dicho, sus teorías acaban por parecerse a las del catecismo: ¡cultivar el espíritu y mortificar los sentidos! Creo que voy a atenerme a mi primer punto de vista: prescindir en absoluto de la moral. ¡Y, por la misma razón, del erotismo, si exige tanta virtud! Prefiero gozar todo lo que pueda. Y tanto como pueda. Darle a mi cuerpo todo el placer que desea. No me apetece «dosificarme», ¡incluso aunque mi espíritu pueda encontrar en ello alguna excitación perversa!

—¡Muy bien! ¡Muy bien! ¡Si supiera usted hasta qué punto lo apruebo! ¡Qué alegría encontrar a una mujer dispuesta a consagrarse únicamente a la voluptuosidad! Todo lo que acabo de recomendarle jamás tuvo otro objetivo que ayudarla a conseguirlo mejor. No le estoy aconsejando que mesure su placer. Le pregunto: si quiere usted gozar lo más y lo mejor posible, no sólo en la carne, sino en la mente, ¿qué cree que hay que hacer? Y no la incito a nada más que a respetar estas leyes elementales: guárdese del abrazo aislado, que sólo conduce al sueño; apenas termine de gozar, no se dé por satisfecha: procure volver a gozar; no permita que la facilidad de la satisfacción se imponga a la exigencia del erotismo; no imite la beatitud sin pensamientos que concluye la triste cópula de los animales; y no confunda la idea del coito con la de la pareja: ¿acaso hay algo, en la noción de pareja, de lo que el hombre pueda

enorgullecerse? Tan lamentable invención sólo ha merecido el destino de embarcarse en el arca de Noé, en compañía de la nutria, del ratón y de los piojos. Nada demasiado excitante.

De pronto estalló en una gran carcajada:

—¡Decirme a mí que la exhorto a limitarse! ¡Cuando le estoy abriendo las puertas de lo ilimitado! Pero debe saber que su horizonte será siempre terriblemente limitado si sólo espera el amor de un hombre. No es el amor de uno solo, ni de varios, lo que le enseño, ¡sino el amor de la mayor cantidad posible!

Emmanuelle frunció los labios, en una expresión de terquedad en la duda y el rechazo que transportó a Mario.

—¡Qué hermosa es usted! —exclamó.

Permaneció un instante mirándola en silencio sin que ella misma se atreviera a moverse. Murmuró: *—¡Si quieres, nos amaremos con tus labios, sin decirlo!*

Emmanuelle sacudió sus largos cabellos, como para expulsar el hechizo, y sonrió a Mario. Él le devolvió la sonrisa, con una mirada de estima que ella aún no le conocía. Hizo un esfuerzo por hablar, para desvirtuar la emoción: —¿Qué hay que hacer entonces?

Él respondió con una nueva cita:

*—¡Sigue acostado, oh cuerpo mío, conforme a tu misión voluptuosa! Saborea el placer cotidiano y las pasiones sin mañana. No dejes una alegría desconocida a las lamentaciones por tu muerte*.

—¡Muy bien! ¡Eso es lo que yo decía! —exclamó triunfante Emmanuelle.

—También yo.

Ella rió, incapaz de argumentar. ¡Siempre tenía que tener razón!

—Pero yo lo decía con más detalles —agregó él.

—¡Con demasiados! —se quejó ella—. Tantas leyes… Recuerdo las dos primeras…

—Acabo de enunciarle la tercera: la del *número*. La multiplicidad es, por sí sola, un elemento de erotismo. Y, a la inversa, no hay erotismo donde hay limitación. Por ejemplo, limitación a dos. Le estaba diciendo lo nociva que me parece la pareja.

—Pongámosla fuera de la ley —consintió Emmanuelle—. ¿Pero eso adonde nos lleva? ¿Habrá que negarse a hacer el amor con un solo hombre? ¿Hacerlo sólo en trío, en quinteto, entre siete?

—Si así se desea —concedió Mario—. Pero no necesariamente. El número no reina únicamente en el espacio, también existe en el tiempo. Y con él se pueden hacer más cosas que sumarlo o multiplicarlo. Por ejemplo, dividirlo o restarlo. Al principio de esta noche, yo la he irritado, amiga mía, al indicarle una forma, entre muchas otras, de dividirse.

El recuerdo se le hizo a Emmanuelle casi agradable, un destello malicioso iluminó su rostro; a punto de decir algo, cambió de opinión. Mario prosiguió: —En cuanto a restarse: juegue algunas veces a disputarse a sus propios sentidos. Haga retroceder ante ellos, antes de cederlo, por supuesto, el castillo del hada al final del camino encantado. Haga durar el placer y durar el deseo. Y no embriague con sus encantos inaccesibles más que a sí misma: *¡Virgen, fui en la sombra una adorable ofrenda!*

Dé, dé a manos llenas a unos lo que da en cuentagotas a los demás, sin que los unos lo hayan merecido más que los otros. Al que considera su deber languidecer meses enteros y luchar para conquistarla como un caballero del Grial, entréguele su cuerpo de una sola vez, y por entero, el primer día. Mientras que a aquel otro, a quien haya permitido a menudo y largamente las caricias más íntimas, ha de negarle por puro capricho «los últimos regalos». Exija de un desconocido que la posea sin precauciones, pero, al amigo que sueña desde la infancia en penetrar suavemente en usted, no le permita gozar más que en la copa de sus manos.

—¡Es usted horrible! ¿Cree que voy a entregarme alguna vez a todos estos desenfrenos? Afortunadamente sólo lo dice para divertirse…

—Sí. Nunca se debe decir nada que no sea para divertirse. Sólo el pudor es triste. ¿Pero qué es entonces en lo que acabo de decir, lo que parece horrorizarle? ¿Lo de emplear sus propias manos?

—¡No sea estúpido! No es eso…

—Sabrá usted, espero, utilizar bien esos maravillosos instrumentos de lujuria…

—¡Claro que sí!

—¡Alabada sea! Muchas mujeres parecen creer que sólo su vientre, sus senos o su boca están dotados de poderes. ¡Y son precisamente las manos lo que nos hace humanos! Para los varones,

¿qué puede hacernos más hombres que las manos de las mujeres? Podríamos fornicar una cierva o una leona, acariciar sus mamas y estremecernos bajo la suavidad de su lengua. Pero sólo una mujer sabrá hacernos eyacular entre sus dedos. En nombre del humanismo, esta forma de hacer el amor debería preferirse a todas las demás.

Emmanuelle hizo un gesto de ecuanimidad, como para mostrar que reconocía el mismo derecho a la existencia para todos los gustos. De hecho, había renunciado a disputarle a Mario el evidente placer que le proporcionaba el ir contra la opinión corriente. Se decía que la velada era mucho más divertida así. Pero una idea la preocupaba, sin que se diese exacta cuenta de los móviles oscuros que le hacían conceder a aquella «ley» de Mario mayor importancia que a las demás. Introdujo de nuevo el tema: —Bajo el pretexto de dividirme o de restarme, usted parece sugerir, en realidad, que me convendría entregarme a un montón de gente. A uno esto, al otro esto otro. ¡Si no me incita a ser una mujer fácil, no deja de adjudicarme, al menos, un cuerpo innumerable! Por eso le tachaba de corruptor.

—¿Y por qué no puede compartir entre muchos, entre una enorme cantidad de amantes, un cuerpo capaz de gozar de todos? ¿Qué tiene usted en contra?

—¡Ya lo sabe, Mario!

Creyó que esta protesta bastaría para hacerle entender por qué. Pero él se negó a cooperar. Al final, optó por darle la vuelta a la pregunta: —¿Y por qué debería hacerlo?

—Ya se lo he dicho: por erotismo. Porque el erotismo tiene necesidad del *número*. No hay mayor voluptuosidad para una mujer que la de llevar la cuenta de sus amantes: niña, en los dedos de las manos; adolescente, al ritmo de los meses de colegio y de los de vacaciones; casada, en el secreto de la agenda, marcando con una señal misteriosa los días en los que la lista se ha visto aumentada con un nombre: «¡Fíjate! ¿Casi un mes desde el último?». O los falsos remordimientos: «Es horrible, dos en la misma semana…!». Hasta el triunfo aceptado, con un deje de orgullo: «¡Lo he logrado! ¡Esta semana uno cada día!». Y apretada contra la amiga íntima, en voz baja, muy cerca de su oído: «¿Tú, más de cien?». «Todavía no.

¿Y tú?». «Sí». ¡Oh, placer, placer! ¡Son mil cuerpos, diez mil, los que su cuerpo puede contener! Sólo lamentará los amantes que no haya podido tener. Recuerde la definición que le he dado del erotismo: es el placer del esteta.

Emmanuelle sacudió la cabeza.

—¡Y no obstante! —protestó Mario—. La ley del número, si la miramos de cerca, no es más que un corolario de esta otra, que no va a discutir, estoy seguro: que hay que guardarse de la satisfacción. Es fácil comprender por qué una pluralidad de recursos amorosos es indispensable para el placer: ante el temor de que sus sentidos no transijan y se confiesen ahítos, no se entregue a un hombre a menos de estar segura que después de él hay otro dispuesto a poseerla.

—¡Pero eso es el cuento de nunca acabar! —exclamó Emmanuelle—. Después del segundo, ¿ha de haber otro más, y otro como reserva?

—¿Por qué no? —dijo Mario—. Es eso, en efecto, a lo que hay que aspirar.

Emmanuelle se echó a reír:

—Hay límites para la resistencia humana —dijo ella.

—Desdichadamente —admitió Mario, sombrío—. Pero el espíritu puede franquearlos. Lo importante es que el espíritu no se satisfaga, que no se sacie jamás.

—¿Lo más seguro para mantenerlo despierto, si lo he entendido bien, sería hacer el amor de continuo?

—No necesariamente —se impacientó Mario—. Lo que cuenta no es hacer el amor, sino cómo se hace. El acto físico por sí mismo, aunque fuese repetido hasta el infinito, no es suficiente para crear la calidad erótica. La saciedad, probablemente sí. Si se entrega a diez, a veinte hombres seguidos, tal vez ése sea para usted un día de inefable felicidad, pero tal vez pueda consumirse también de aburrimiento. Todo depende del momento, de lo que lo ha precedido y lo que espera a continuación. Por eso, aunque existen leyes, no hay reglas: para llegar al límite de la perfección erótica, un día se entregará a estos veinte de forma idéntica, reproduciendo sus cuerpos en usted como en una cadena, dejando que se sucedan en su cuerpo sin pretender distinguirlos unos de otros; otro día, con cada uno de los veinte, exigirá ser colmada de manera distinta.

—¿Las treinta y dos posiciones? —dijo burlonamente Emmanuelle.

—¡Absurdo! El erotismo no es una cuestión de posiciones. Nace de *situaciones*. Las únicas posiciones que importan, son las de las circunvoluciones de su cerebro. ¡Haga el amor con la cabeza! Puéblela de más órganos y de más sensaciones voluptuosas de las que podrían procurarle todos los hombres de la tierra. Que cada uno de sus abrazos contenga y anuncie todos los demás: es la presencia, en el seno del acto, de los actos sexuales pasados y futuros, de los actos cometidos por otros o con otros, lo que le conferirá su valor erótico. Asimismo, cuando un hombre la posea, que no sea él quien goce de sus favores en aquel momento, sino el que está a su lado cogiéndole la mano o leyéndole una página de Homero.

Emmanuelle se echó a reír, pero estaba más impresionada de lo que admitía.

—Cuando mi marido quiera hacerme el amor, tendré que decirle: «¡Imposible, sólo somos dos!».

—No sería ninguna tontería —dijo Mario, serio—. Pero, como le he dicho, cuando el tercero no puede estar allí físicamente, corresponde a su cerebro conjurarlo.

Aquello gustaba a Emmanuelle. Sí, pensaba, verdaderamente era —hasta entonces— el mayor placer que conocía: ese traslado quimérico a los brazos de otro, elegido a su gusto, desde que Jean penetraba en ella. Pensó que era el primer descubrimiento erótico que había hecho sin ayuda de nadie, y esto desde el comienzo de sus amores, tal vez la cuarta o la quinta vez que él la poseyó. Al principio, se había concedido ese «premio» parsimoniosamente, a intervalos espaciados, como una recompensa excepcional. Luego, más a menudo. Ahora, pensaba, prácticamente cada noche. ¡Qué delicia! Ésta frecuencia era en sí misma un factor de placer. A partir de entonces, anhelaba que su marido le hiciese el amor no sólo por deseo físico, sino porque otro hombre, al que deseaba en aquel momento, aparecía enseguida y ella no tenía necesidad de superar ningún embarazo, ningún pudor, ningún principio, ninguna costumbre, para concederle los favores más íntimos y los más disolutos, hacer con él en sueños lo que tal vez no se habría

atrevido a hacer en realidad. Y, como su placer se veía duplicado, también lo era el de Jean, al que por tanto no engañaba; al contrario: cada día era con él más ardiente y más sensual. Se prometió que, a partir de entonces, haría sistemáticamente el amor de esa manera, evocaría cada vez al «tercer sujeto» requerido para que la ley de asimetría se cumpliese. Se sentía tan impaciente ante la idea de tan refinada voluptuosidad, que hubiera deseado que su marido la poseyese en aquel mismo instante para poder hacer el amor con otro.

¿Con quién? se preguntó. Evidentemente, no con Mario; no sería divertido. Con Quentin.

—Tendré que ir con cuidado para no llamar a mi cama a dos fantasmas a la vez —dijo, burlona—. De lo contrario, la concurrencia sería par y ¡crac!, todo por el suelo.

Mario sonrió.

—No, ya que seguiría habiendo asimetría, porque el número par estaría desigualmente repartido. Evidentemente, nunca la incitaría a hacer el amor a cuatro, si eso consistiera en acostarse dos a dos, aunque fuese sobre el mismo lecho. Nada es más insulso, más doméstico. Es un juego que hay que dejar para los burgueses meritorios, a quienes les encanta después de vísperas. Pero sería exagerado concluir que debemos prohibir el número cuatro. Ofrece posibilidades interesantes, a poco que se le redima de la banalidad del cuadrado y se le escinda, por ejemplo, en tres y uno. Lo mismo puede decirse de ocho, por muy par que sea, porque puede significar seis hombres y dos mujeres, combinación sumamente elegante, que asegura tres galanes para cada mujer, al principio, y la articulación de los dos grupos así formados, al final.

Emmanuelle intentó figurarse el cuadro.

—Estoy de acuerdo —dijo Mario con sonrisa bonachona—, en que la simplicidad también tiene sus encantos, y que la manera más deleitable de hacer el amor, creo, siempre será para una mujer —como usted decía hace un momento— entregarse simultáneamente a dos hombres.

Emmanuelle enarcó las cejas, atónita al oír que le atribuían el mérito de semejante idea.

—Hay pocas experiencias más perfectas y armoniosas, y es

comprensible que sea éste el regalo preferido por cualquier mujer de buen gusto. Entre ser poseída por un solo hombre y serlo por dos, existe el mismo abismo que entre un alcohol de arroz y un licor de champán.

Mario levantó la botella y sirvió a Emmanuelle.

Ella saboreó con turbación una gota del licor dorado. Mario prosiguió sin apartar su mirada de ella: —En los brazos de un solo hombre, una mujer se halla semidesamparada. Si un cortejo de amantes es la respuesta necesaria a las exigencias de su espíritu, no es menos necesario para su carne no hacer ninguna discriminación entre sus recursos andróginos y sus inclinaciones candorosas. Sería intolerable que en algún momento una parte de usted fuese descuidada en favor de otra; que quedase una mitad vacante, una mitad descubierta… Todos los accesos a sus sentidos tienen el mismo derecho al amor y a las mismas virtudes. Y, como un único hombre no puede estar a la vez en su principio y en su final, es conveniente que por lo menos dos procuren resolver en común el dilema de su cuerpo. Ahora bien, cuando ellos entonan una voluptuosidad gemela en sus bocas ambiguas, ¿conoce usted en su plenitud la razón de ser mujer y su belleza?

Preguntó cortésmente:

—¿Le gusta?

Emmanuelle bajó los ojos hacia la esfera tornasolada, carraspeó. Él prosiguió, despiadado: —Quiero decir: hacer el amor con dos hombres. No sólo en sueños…

Ella optó por la franqueza.

—No lo sé —dijo.

—¿Cómo es eso? —se asombró Mario, circunspecto.

—Nunca lo he hecho.

—¿De verdad? ¿Y por qué razón?

Ella encogió los hombros.

—¿Tiene una objeción a tal procedimiento? —preguntó, ligeramente cáustico.

El rostro de Emmanuelle dibujó una serie de expresiones a las que era difícil dar un sentido concreto. Mario prolongó un silencio que aumentaba el embarazo de su invitada. Esta se sentía acusada, culpable no sabía muy bien de qué inexplicable pecado contra el

espíritu.

—¿Por qué se casó usted? —preguntó él bruscamente.

Ella no supo qué contestar. Tenía la impresión de que la cogían por los hombros y la hacían girar sobre sí misma, como en el juego de la gallina ciega, para hacerle perder la orientación. Con los ojos vendados, las manos hacia adelante, no se atrevía a avanzar en ninguna dirección, por miedo a caer en una trampa. No quería confesarle a Mario que se había casado por amor a Jean, o incluso por el placer de hacer el amor con Jean. Afortunadamente, se le ocurrió una idea que juzgó a la altura de las circunstancias.

—Soy lesbiana —dijo.

Mario pestañeó.

—¡Bien! —acabó por apreciar.

Luego, desconfiado:

—¿Pero lo es realmente siempre, o sólo lo ha sido en su infancia?

—Lo soy siempre —dijo Emmanuelle.

Al mismo tiempo la invadió una ola de angustia totalmente inesperada. ¿Decía la verdad? ¿Podría volver a recibir un cuerpo de mujer en sus brazos? Al perder a Bee lo había perdido todo…

—¿Su marido conoce sus inclinaciones?

—Naturalmente. Por otra parte, todo el mundo las conoce. No es un secreto. Me siento orgullosa de amar a muchachas bonitas y de que ellas me amen.

Ahora sentía la necesidad de pregonar palabras desafiantes; sin embargo, sólo le hacían daño a ella.

Mario se levantó, se puso a caminar por la habitación. Parecía transportado. Cogió a Emmanuelle de la mano, la instaló sobre el sofá, se arrodilló a sus pies. Para sorpresa de ella, le besó suavemente las rodillas, luego rodeó sus piernas con los brazos.

—*Todas las mujeres son hermosas* —murmuró con un fervor que su voz profunda hacía sobrecogedor—. *Sólo las mujeres saben amar. ¡Quédate con nosotros, Bilitis! quédate. Y si tienes un espíritu ardiente, verás la belleza como en un espejo sobre el cuerpo de tus enamorados*.

Emmanuelle pensó, con melancólica ironía, que le faltaba suerte. ¡Era realmente muy propio de ella haberse enamorado a la vez de una mujer no demasiado lesbiana y de un hombre que lo era

demasiado!

Él, sin embargo, ya había recuperado su tono indolente y proseguía su interrogatorio: —¿Tiene usted muchas amantes?

—¡Claro que sí!

Se obligó a impedir que el recuerdo de Bee le estropeara la noche. Afirmó: —Me gusta cambiar a menudo.

—¿Y encuentra todo lo que quiere?

—No es difícil. Basta con proponérselo.

—¿Nadie se niega?

—¡Casi nadie! —minimizó Emmanuelle que, al mismo tiempo, empezaba a estar cansada de echarse faroles. Anhelaba recuperar su simplicidad y su franqueza—. Desde luego —corrigió con una risa alegre—, hay chicas que no se dejan conquistar. ¡Pero ellas se lo pierden!

—Exactamente —opinó Mario—. ¿Y usted? ¿Es usted fácil de conquistar?

—¡Oh, sí! ¡Me encanta dejarme hacer!

Su confesión le hizo sonreír; añadió:

—Pero siempre que mis aspirantes sean verdaderamente bonitas. Me horroriza toda mujer que no sea muy guapa.

—Excelente mentalidad —cumplimentó nuevamente Mario.

Volvió a un extremo que, aparentemente, le apasionaba: —Su marido, dice usted, está al corriente de sus amores femeninos. ¿Pero los aprueba?

—Los estimula, incluso. Nunca he tenido tantas amigas como desde que estoy casada.

—¿No le da miedo que sus caricias la aparten de él?

—¡Ni pensarlo! Hacer el amor con una mujer es distinto que hacerlo con un hombre. Una cosa no sustituye a la otra; hacen falta las dos. Tan malo es ser puramente lesbiana como no serlo en absoluto.

Esta vez la opinión de Emmanuelle sonó categórica y su seguridad pareció hacer mella en Mario.

—Imagino que su marido se aprovechará también de los encantos de sus amantes femeninas —preguntó cautamente.

Emmanuelle esbozó una sonrisa traviesa:

—Son ellas sobre todo las que piensan en eso —dijo burlona.

—¿Y usted no se siente celosa?

—¡Sería demasiado ridículo!

—Tiene usted razón: el hecho de compartirlas sirve para aumentar su placer.

Sacudió la cabeza, evocando tal vez placenteras imágenes. Emmanuelle, a su vez, rememoraba los cuerpos desnudos de sus amigas. ¡Tan desnudas, tan suaves al tacto, tan hermosas! No era seguro que hubiera oído el último comentario de Mario.

—¿Y él? —preguntó éste tras un instante de silencio.

Emmanuelle abrió mucho los ojos.

—¿Él?

—Sí, su marido. ¿Le proporciona muchos hombres?

—¿Cómo? —dijo, sorprendida en el fondo de su corazón—. ¡Claro que no! —dijo ruborizándose.

—¿Ni siquiera después de la boda? —prosiguió Mario, imperturbable.

Emmanuelle no pudo contener un movimiento de indignación.

—En semejantes condiciones —declaró Mario, glacial—, no veo muy bien en qué consiste, ni para usted ni para él, el interés en estar casados.

Tomó un sorbo de licor, lo saboreó, y preguntó, en tono despectivo: —¿Le prohibiría hacer el amor con otros hombres?

Emmanuelle se apresuró a afirmar:

—No, en absoluto.

No estaba muy segura, en el fondo, de no pintar un cuadro demasiado ideal.

—¿Le ha dicho que podía hacerlo?

A Emmanuelle el interrogatorio se le estaba convirtiendo en un suplicio: —No explícitamente, por supuesto. Pero nunca me lo ha prohibido. Y no me pregunta por lo que hago. Me deja libre.

Mario hizo un gesto de disgusto:

—Eso es lo que debería reprocharle. No es esa clase de libertad la que alimenta al erotismo.

Emmanuelle intentó comprender.

—Cuando estaba sola en París y escribía a su marido —prosiguió—, ¿le tenía al corriente de sus amantes?

Emmanuelle se sentía anonadada por la conciencia de su

«banalidad». Sacudiendo la cabeza intentó eludir la cuestión.

—Le hablaba de mis enamoradas —dijo.

Mario hizo un gesto que podía significar: «Más vale eso que nada». Nuevamente permanecieron callados. Emmanuelle miró a Quentin. El invitado sonreía con una considerable perseverancia. Emmanuelle se preguntó si comprendía realmente lo que decían o si aquella sonrisa intentaba disimular que se aburría.

—No crea en absoluto que Jean está celoso —insistió, ansiosa por compensar la mala impresión que sentía haber producido en Mario—. No lo es más que yo. Fíjese, ha sido él quien me ha enseñado a exhibir mis piernas. Y si llevo vestidos estrechos es porque le gusta: de forma que, cuando bajo del coche, mi falda suba lo más arriba posible. Y habrá usted notado que, incluso en el salón más decente, me siento siempre de la manera más impúdica.

Ahora se reía.

—Ya ve que no me sorprende usted. ¿No es todo eso una prueba de que tanto él como yo sentimos vocación por el erotismo?

—Sí.

—Él es también quien regula mis escotes. ¿Conoce usted a muchos maridos que descubran tan generosamente los senos de su mujer?

—¿Y a usted, le resulta agradable mostrar sus senos?

—Sí —dijo Emmanuelle—. Pero sobre todo desde que Jean me lo enseñó. Antes de conocerle, me gustaba que me tocaran, quiero decir, que las mujeres me tocaran, pero tanto me daba que me vieran o no. No sentía placer alguno. Ahora sí.

Añadió con valentía:

—No nací exhibicionista; ¡he llegado a serlo! Gracias a él.

Y provocó:

—¡Ya ve usted!

—¿Se ha preguntado alguna vez por qué le complacía a su marido mostrarla deseable también en público? —preguntó Mario —. Si únicamente es para hacer de usted una mujer de gancho, parece poco encomiable. Y si es por simple orgullo, para alardear de la belleza de su mujer como de una riqueza y provocar a los que no tienen tanta suerte, no lo creo mucho mejor.

—¡Oh, no! —protestó Emmanuelle, quien no soportaba que

hablasen mal de su marido—. Ese no es en absoluto su estilo. Si me hace exhibir el cuerpo es en todo caso para que los demás también disfruten…

—¡Pues es lo que yo decía! —dijo Mario, triunfal—. Si su marido se las ingenia para despertar el deseo de los otros, si la presenta de esta manera para su erección, es que quiere que usted haga el amor con ellos.

—Pero… —intentó objetar Emmanuelle.

Era una idea que jamás se le había ocurrido y no encontraba nada que la ayudase a refutarla. Sin embargo, parecía aturdida: ¿era concebible que Jean esperase tal cosa de ella?

—Pero bueno —dijo en tono lastimero—, ¿por qué iba a desear Jean que le engañase? ¿Qué clase de placer puede encontrar un hombre en que otros hombres posean a su mujer?

—Vamos —dijo Mario, y su voz era severa— querida: ¿en eso estamos? ¿Acaso no comprende usted que un hombre evolucionado pueda querer, por refinamiento erótico, que su mujer seduzca a otros hombres? El Eclesiastés, en cualquier caso, ya iba más lejos que usted, al decir: *La gracia de una mujer es la alegría de su marido*. Sea lógica: si su marido se alegra de saber que hace el amor con mujeres, ¿por qué iba a pensar de otro modo respecto de los hombres? ¿Existe realmente, entre amor hetero y homosexual, una distinción de naturaleza tan esencial como usted parece creer? Yo opino, por lo que a mí se refiere, que sólo existe una sola clase de amor y que es indiferente hacerlo con hombres o mujeres, con esposo, amante, hermano, hermana o niño.

—Pero Jean siempre supo que me gustaban las mujeres, incluso antes de desflorarme: fui yo quien se lo dije, el mismo día que le conocí.

Y añadió bruscamente, cogiendo al vuelo una alusión de Mario:
—Y naturalmente, si hubiera tenido un hermano, habría hecho el amor con él. ¡Pero soy hija única!

—¿Y entonces?

—¿Entonces?… Entonces, quiero decir que al acariciar a una mujer no engaño a mi marido.

El anfitrión pareció divertido.

—¿A él —preguntó— le gustan los hombres?

—¡No!

A Emmanuelle le pareció absurda la idea de que su marido fuera homosexual.

—Usted no es justa —observó Mario, que había adivinado sus pensamientos.

—¡No es lo mismo!

Mario sonrió, y ella ya no estuvo segura de que no fuese lo mismo…

—¿Prefiere usted —prosiguió Mario— que se acueste con otras mujeres?

—No sé… Supongo que sí.

—Entonces —dijo, victorioso— ¿por qué no iba a pensar él de la misma forma en lo que a usted se refiere, a usted y los hombres?

«Es verdad», pensó Emmanuelle.

—Otro ejemplo —prosiguió Mario sin esperar respuesta—: ¿exhibe usted sus piernas y sus senos por simple costumbre, es decir por juego mundano, o porque el hecho de ofrecerse la excita?

—¡Por supuesto que me excita!

—¿Físicamente?

—Sí.

—¿Su placer es mayor cuando su marido está presente?

Ella reflexionó:

—Creo que sí.

—Tranquilamente sentada junto a él, cuando un hombre parece desnudarla con la mirada, ¿no imagina a veces que lo hace con las manos, para no referirme al resto?

—Por supuesto —admitió riéndose.

Esto, sin embargo, no la convenció de que Jean tuviera que complacerse imaginando la misma escena. Mario pareció adivinarlo y suspiró.

—Le queda todavía mucho que aprender. Todo lo que separa la simple sexualidad del arte erótico.

Volvió a la carga, añadiendo un deje de ironía a la palabra que había utilizado Emmanuelle: —Si su marido no quiere que usted le «engañe», ¿por qué la ha dejado venir sola aquí esta noche? ¿Le hizo objeciones?

—No. Pero quizás no supuso que cenar en casa de un hombre

significara necesariamente que iba a entregarme a él.

Ahora Emmanuelle se hacía la ingenua. No sabía si el dardo había dado en el blanco. Mario pareció abismarse en la meditación. Cuando ella empezaba a vagar mentalmente por otras latitudes, Mario preguntó: —¿Está dispuesta a entregarse esta noche, Emmanuelle?

Era la primera vez que la llamaba por su nombre. Hizo esfuerzos por contener la emoción que sentía al oírse hacer semejante pregunta con tal negligencia. Intentó, para demostrar su libertad, dar a su voz el mismo tono desenvuelto: —Sí.

—¿Por qué?

Un enorme embarazo volvió a apoderarse de ella.

—¿Se entrega a los hombres con facilidad? —preguntó Mario.

Se sintió cubierta de vergüenza. ¿Acaso aquella conversación sólo tenía el objetivo de mortificarla? Sintió necesidad de revalorizarse: —Todo lo contrario —replicó con una vehemencia no habitual en ella—. Le he dicho que he tenido *muchas* amantes, no que hubiera tenido muchos hombres. Para serle franca —añadió, movida por un impulso repentino (y contra su costumbre, ya que no le gustaba mentir y lo hacía lo menos posible)—, no he tenido más que a mi marido. Y ahora, ¿entiende por qué no tengo nada que contarle a él sobre este tema… hasta el presente? —concluyó, con una sonrisa fácil de interpretar.

A la vez que se atribuía esta virtud, pensó que en realidad no era tan falso: ¿acaso podían considerarse amantes aquellos desconocidos que la habían poseído en el avión? Marie-Anne era de la opinión de que no contaban. Y hasta ella misma había acabado dudando de la materialidad de la aventura y considerando que al ceder a aquella especie de sueño despierto que le habían brindado entre el cielo y la tierra, no había sido más infiel que al saborear los abrazos imaginarios de los hombres a quienes se entregaba mentalmente mientras su marido gozaba cada noche con su cuerpo.

Por primera vez pensó que tal vez estuviera encinta de uno de los viajeros: pronto lo sabría. Pero tampoco aquello revestía mayor importancia.

Mario, sin embargo, parecía sentir de pronto un renovado interés por su invitada: —¿No se estará burlando de mí? Me pareció

oírle decir que «también» le gustaban los hombres.

—Claro que sí. ¿No me he casado acaso? Y acabo de responderle que estaba dispuesta a entregarme a otro hombre que no fuese mi marido, esta misma noche.

—¿Por primera vez, entonces?

Emmanuelle confirmó con un gesto de la cabeza su semimentira.

(¡Siempre que, pensó con repentina angustia, Marie-Anne no hubiese traicionado su secreto! Pero no, estaba claro que Mario no sabía nada). —Tal vez haya estado dispuesta en otras ocasiones, pero *nadie* lo aprovechó —añadió, con una impertinencia que su anfitrión debió percibir, ya que le devolvió una sonrisa nada simpática.

Mario contraatacó:

—¿Por qué desea engañar a su marido? ¿Es que la deja físicamente insatisfecha?

—¡Oh, no! —exclamó Emmanuelle, trastornada y súbitamente afligida—. ¡No! Es un amante maravilloso. No me siento nada reprimida, se lo aseguro. No es por eso, al contrario…

—¡Ah! —dijo Mario—. ¿«Al contrario»? Muy interesante. ¿Puede decirme qué entiende por «al contrario»?

Se sentía furiosa. Le había hecho un soberano discurso para demostrar que el propio Jean quería que ella tuviera amantes, y ya parecía haberlo olvidado…

¿Pero por qué, se preguntaba, esa noche aceptaba tan fácilmente la idea de ser infiel? ¿Por qué, por primera vez en su vida, y tan inesperadamente, deseaba ser una mujer casada que tiene un amante? Porque era eso lo que quería: ser *adúltera*. Lo deseaba, sin por ello amar a Jean con menos pasión —*al contrario*… ¿Qué le pasaba entonces? Se oyó decir, sin siquiera poder reflexionar en el sentido de sus palabras: —Es porque soy feliz. Es… ¡es porque *le amo*!

Mario se acercó a ella.

—En otras palabras, si quiere engañar a su marido, no es porque le aburra, ni por debilidad, ni para vengarse de él, sino, *al contrario*, porque la hace feliz. Porque él le ha enseñado a amar lo que es hermoso. A amar la maravilla del placer físico dado por la penetración de un cuerpo de hombre en lo más profundo del suyo.

Le ha enseñado que el amor es ese deslumbramiento de los sentidos cuando la desnudez del hombre aplasta a la suya. Que lo que brinda ese esplendor siempre renovado a la vida es el gesto de unas manos que van hacia sus hombros para bajarle el vestido hasta la cintura y descubrir sus senos, y el gesto de unas manos que van hacia sus caderas para hacer caer el vestido a sus pies y convertirla en la estatua más adorable. Le ha enseñado que la belleza no es la soledad del cuerpo sino su abundancia. Que la belleza no está en esperar a que otras manos la desnuden, sino en el anhelo y la simplicidad de sus dedos liberándola por sí mismos de lo que la protege y ofreciéndola como un tributo al cuerpo al que está destinada. Le ha enseñado que ésa es la única belleza, la única felicidad. Que este impulso deseado por su cuerpo, esta organización de sus poderes, son portadores de una inteligencia infinita, que sólo lo infinito de su repetición puede colmar. Y que ningún acto de conciencia tiene más sentido, para los escultores del instinto que somos, que la meditada búsqueda y el sabio abrazo de ese único instante, de esa segunda lucidez en el que la mujer se convierte en la cosecha del hombre y en la fuente de su renacimiento. ¡Prodigio creador, más asombroso que aquél para quien el mármol se convierte en torso y la modulación en sinfonía! ¡Ah, realidad más humana que la herencia de la materia, milagro de nuestra libertad, espiritualidad física, obra de arte hecha de vida!

Emmanuelle escuchaba, sin saber si debía dejarse envolver por el ramaje de las palabras, dejarlas decidir sobre ella… Le cogió a Mario la copa centelleante de reflejos, levantó hacia el hombre una mirada firme.

—¿Es así como se entregaría? —quiso cerciorarse él.

Ella inclinó la cabeza.

—¿Y le dirá a su dueño que puede estar orgulloso de usted?

Ella perdió su serenidad; en tono de alarma dejó escapar: —¡Oh, no!

Luego, tras una ligera vacilación:

—No inmediatamente…

Mario esbozó una expresión de indulgencia.

—Ya veo —dijo—. Pero tendrá que aprender.

—¿Qué más debería aprender? —protestó ella.

—El placer de contar: más sutil, más refinado todavía que el del secreto. Llegará un día en que el sabor de sus aventuras tendrá menos importancia que el hecho de referirlas, largamente, con detalles que la harán sentir un placer mucho mayor que las caricias, a aquel que es a la vez usted misma y el más atento de sus espectadores.

Hizo un gesto de clemencia:

—Pero no hay prisa y si, de momento, ocultarse es lo más fácil, mantenga a su marido en la ignorancia provisional de los progresos de su alumna. Por otra parte —y su sonrisa ahora tenía un deje de ironía—, tal vez sea preferible esperar a que estos progresos sean incontestables, ¿no le parece? Así la sorpresa de él será aún mayor. Pero es absolutamente necesario que, durante este período de entrenamiento, alguien dirija sus primeros pasos. Ya que el camino del erotismo es a veces abrupto, *ad augusta per augusta*, y, abandonada a sí misma, podría usted desanimarse o extraviarse. ¿Qué opina?

Emmanuelle pensó que la opinión le era solicitada por mera fórmula y por tanto consideró más digno callarse. Mario siguió hablando: —Pero usted sabe que la perseverancia del discípulo no debe tener límites. Ningún guía del mundo puede reemplazar a su voluntad: él le mostrará el camino, pero será usted la que deba avanzar con paso atrevido, sabiendo adonde la conducen sus pasos. La iniciación es en cualquier arte un período de labor más que de placer. Aquél cuyo corazón flaquea antes de que la gracia venga a recompensar su paciencia ¿acaso merece que se apiaden de él? Llegará un día en que el mismo recuerdo de estos duros esfuerzos le resultará dulce. Hoy, tiene que decidirlo con total libertad. ¿Está dispuesta a probarlo todo?

—¿Todo? —preguntó, circunspecta.

Recordó que ésos habían sido, unos días antes, los términos de Marie-Anne.

—Eso es: ¡todo! —dijo Mario, súbitamente conciso.

Emmanuelle intentó imaginarse qué podría ser ese *todo* —y no consiguió imaginar más que el abandono de su cuerpo a los caprichos de Mario. Puesto que de todas formas había decidido entregarse a él, ¿acaso tenía mucha importancia el modo de

posesión? Se decía incluso, no sin cierta ironía, que su mentor exageraba un poco las virtudes de sus talentos amatorios al pensar que la experiencia que le preparaba tendría como resultado la «mutación» de Emmanuelle. Ella era extraordinariamente experta con los hombres, estaba de acuerdo, pero no obstante se hallaba convencida de que una mujer tenía que hacer algo más que someterse a las excentricidades de un amante para progresar. Esta suficiencia del macho la divirtió. Pero no la irritó lo suficiente como para discutirla.

Lo que introducía, sin embargo, una cierta turbación en su conciencia, era poder explicar por qué, a pesar de los argumentos expuestos por Mario, prefería que aquella relación permaneciese ignorada por su marido. No era por temor a que Mario despreciara las razones de Jean, reflexionó. Era más bien por lo que acababa de vislumbrar hacía un momento y no había sabido traducir con claridad: «engañar» a un marido amado producía una voluptuosidad especial, muy tierna, en la que no había pensado hasta aquel momento, pero cuya tentación le hacía ahora latir las sienes de impaciencia. Era muy posible, se decía, que, en el mundo del erotismo, la complicidad del marido, la confidencia de la adúltera, constituyesen un grado más de libertinaje. Pero ella todavía no lo había alcanzado. El secreto de sus aventuras era capaz de aumentar a sus ojos, más que de reducir, el placer que la aguardaba. Antes de aprender el complicado arte del que Mario le había resumido las reglas, quería complacerse con lo más simple. ¿Acaso el adulterio no ofrecía por sí solo la posibilidad de maravillosos descubrimientos?

En realidad, casi sin darse cuenta, obedecía más a cierto erotismo abstracto que a la sensualidad elemental a la que imaginaba ceder, ya que era menos la anticipación de las voluptuosidades que le brindaría su amante lo que la incitaba a abandonarse y ya la hacía desfallecer, que el deseo de principio de *engañar* a Jean, engañarle tanto como lo amaba, engañarle con urgencia, mucho, con todo su cuerpo, con toda su desnudez, con toda la suavidad de su vientre, por el que discurriría el semen de un extraño.

Mario la miraba y su mirada la incomodaba. Cambió de postura,

sobre el sofá de cuero, mostrando las piernas como había explicado saber hacerlo. Pensó que Mario le había hablado de hacer el amor con dos hombres sin duda porque quería compartirla con su amigo. «¡Muy bien!» se dijo. «Aprenderé». Habría preferido tenérselas que ver sólo con Mario, o, si no había manera de evitar a Quentin, que éste se conformase con el papel de espectador, al que Mario parecía conceder tanta importancia. Pero estaba decidida a no oponerse a las exigencias de su anfitrión. Tal vez incluso, reconoció, sentía oscuramente el deseo de ser poseída también por Quentin. Y como Mario pretendía que el amor con dos hombres era tan delicioso…

—Al menos, habrá usted hecho el amor con varias mujeres… —la urgió su héroe.

Ella admiró una vez más esa capacidad de leerle tan fácilmente el pensamiento. Sabría, pues, hasta qué punto le deseaba. Él le miraba las piernas. Ella olvidó responder.

Mario declamó, con aquel tono particular, estremecedor, que empleaba para las citas poéticas: —*¡Yo, tan pura! ¡Mis rodillas exhiben los terrores de los enclaves indefensos!*

Emmanuelle se sintió feliz de que él fuese sensible a la elocuencia de su cuerpo. Pero Mario no se dejaba apartar tan fácilmente de su curiosidad. Volvió a la carga: —Con varias mujeres a la vez, quiero decir.

—Sí —dijo Emmanuelle.

Pareció encantado.

—¡Eh! —dijo—. ¡No es usted tan inocente!

—¿Pero por qué iba a serlo? —se rebeló ella—. Nunca lo he pretendido.

Atribuirle buenas costumbres era la peor injuria que se le podía hacer a Emmanuelle. Si mostrar sus piernas no era suficiente para hacerse respetar, iba a ponerse de pie sobre el sofá y quedarse desnuda. La compulsión fue tan fuerte que dobló los tobillos y se arrodilló. Y si la demostración aún no convencía a su anfitrión, ¡se masturbaría delante de él! Sus senos ardían de fogosidad: tal vez fuera el licor de Mario lo que de pronto le confería tanta audacia. Pero el italiano permanecía recostado con indolencia. Parecía más bien sediento de erotismo verbal que de acción… Prosiguió su interrogatorio: —¿Y cómo se comporta cuando intercambia caricias

con dos mujeres a la vez?

Emmanuelle se impacientaba. Para apresurar el final de aquel «examen oral», describió algunas escenas en las que prevalecía la imaginación sobre el realismo. No se preocupaba por reproducir con exactitud sus recuerdos, además de que una pizca de invención, por ingenua que fuese, sería más del agrado de Mario que la fidelidad histórica. Pero no consiguió engañarle.

—Todo eso me parece un juego de niñas —cortó él irónicamente—. Ha llegado el momento de crecer, querida amiga.

Ofendida, quiso atacar a su adversario para vengarse. Cuando se dio cuenta de que al dejar escapar de esta manera una alusión poco oportuna, corría el riesgo de perjudicar sus propios planes, quiso morderse la lengua pero era ya demasiado tarde.

—Y usted —había dicho—, ¿es más experto con los hombres?

Para sorpresa de Emmanuelle, sin embargo, Mario no pareció molestarse en absoluto. Al contrario, su voz se tiñó de buen humor:
—¡Ahora mismo lo verá, querida!

Dirigió una frase en inglés a Quentin. Emmanuelle se preguntó, palpitante, si los dos hombres irían a hacerle una demostración allí mismo.


HHHHHHHHH......




# El sam-lo

*Con la ciudad que me pertenece, hago mi voluntad.*

ECLESIASTÉS, VIII 12

*Por la mañana, siembra tu semilla, y, por la tarde, no dejes reposar tu mano.*

ECLESIASTÉS, XI 6

*El árbol de la ciencia le envolvía con su follaje, que eran mis brazos.*

MONTHERLANT, *Don Juan*



El barrio que Emmanuelle descubre no se parece en nada a las avenidas bordeadas de edificios de cemento, o de villas disimuladas por la vegetación de los jardines y el abrazo de los ceibos, que conoció nada más llegar a Bangkok. ¿Estará soñando? La luna llena confiere al decorado una palidez y un relieve animado que armonizan demasiado bien con la especie de ballet que ella ejecuta para dar realidad a todo eso. Decorado es la palabra justa, por lo que evoca de falsa perspectiva, de estrados, de paredes de cartón, de construcciones inestables, de andamios. Siguiendo a Mario y seguida de Quentin, apoya con aprensión, uno tras otro, sus zapatos de tacón de aguja sobre una pasarela hecha con un tablón de unos diez metros de largo por treinta centímetros de ancho, dispuesto sobre dos caballetes apresados en el agua inmóvil y grasienta de un canal que parece sobre todo una alcantarilla. El peso de la comitiva comba la tabla y la hace temblequear como un trampolín.

Emmanuelle está segura de que, tarde o temprano, acabará hundida en el cieno.

Cuando llegan al caballete, tienen que cruzar de una zancada, para seguir avanzando, hasta el tablón siguiente, que parece más carcomido y tambaleante que el que han dejado atrás. El trío lleva avanzando varios cientos de metros de esta forma y nada indica que la extraña marcha se halle próxima a su fin. A medida que avanza, Emmanuelle tiene la impresión de ir alejándose para siempre del mundo conocido. El mismo aire que aquí se respira tiene una consistencia diferente y otro olor. La noche ofrece un silencio tan total que la extranjera contiene la respiración y las palabras, como temerosa de perpetrar un sacrilegio. Percibe, en un momento dado, que aquel silencio está hecho, en realidad, del grito uniforme, ininterrumpido y estridente de los grillos.

Una media hora antes, Emmanuelle y sus guías abandonaron la casa de madera en una barca pequeña, que a la llamada de Mario un marinero vino a atracar junto al embarcadero flotante. Remontaron durante algún tiempo el *khlong*. Luego, sin que la joven pudiera comprender si Mario se decidía al azar o si, por el contrario, sabía dónde iba, pasaron de la barquita a esa pasarela de madera, orientada perpendicularmente al eje del gran canal, por encima de un tramo más estrecho y, sin duda, muy poco profundo, ya que ni siquiera las ligeras piraguas siamesas podían adentrarse en él.

El canal está bordeado, a uno y otro lado, de chozas bajas, con paredes de chapa oxidada o de bambú negruzco y con tejado de palma, comunicadas con la pasarela por puentes levadizos aún más precarios: vigas desechadas, es decir, troncos no escuadrados. Puertas y ventanas están cuidadosamente atrancadas, cerradas como por la peste. ¿Cómo respira esa gente?, se pregunta Emmanuelle. Comprende mejor la forma de vida de los que habitan en los sampanes, cuyas viviendas flotantes acaba de atravesar hace unos momentos, a lo largo de las riberas del canal, aprovechando la noche sin lluvia, hombres, mujeres y niños dormían bajo las estrellas, con los cuerpos juntos, la boca entreabierta y los ojos no siempre cerrados. Pero, aquí, ¿qué misterio recluye a esa gente, qué la lleva a protegerse del menor soplo de aire en estas cárceles

húmedas?

El clima fantástico va acentuándose a medida que el paisaje se prolonga. Es casi increíble que esta inhospitalaria calle de agua podrida y madera muerta, por la que avanzan como funámbulos, pueda durar tanto y no llevar a ninguna parte. Y, en pleno día, cuando los ribereños salen de sus tugurios, ¿cómo se las arreglan para cruzar sobre esta única vía de acceso a su territorio? Emmanuelle piensa con temor en las acrobacias que habrá que hacer si, por casualidad, otros noctámbulos tropiezan con su grupo. A decir verdad, no cree que ello ocurra, ya que el país al que la llevan sus compañeros es demasiado lunar para que ningún ser vivo tenga la menor posibilidad de figurar en él.

Sin embargo, un instante después, un hombre surge de una de las chozas. Muy alto, el torso musculoso de color tostado. Un trapo de tela roja le cubre las caderas. Él lo desata pensativamente, mirando a los tres *farang* que se acercan. Ahora se halla completamente desnudo. Y orina en el agua. Emmanuelle nunca ha visto ni siquiera en su imaginación, un miembro viril en reposo tan largo como aquél: el tamaño, así relajado, que tendría en erección el de su marido. «¡Qué hermoso!», se dice. Y el hombre entero es hermoso. Cuando llegan a su altura, él, a menos de un metro de distancia, la distingue. Ella sólo piensa en una cosa: su pene. Si se levantara… Pero el siamés permanece glacial. Contempla los senos semidesnudos de Emmanuelle y su miembro no se mueve. Los funámbulos pasan y se alejan.

Una encrucijada. La fantasmagórica pista se ramifica. Mario duda. Consulta a Quentin, finalmente elige uno de los ramales. Emmanuelle teme que no sea el bueno, ya que continúan andando durante bastante tiempo. Pero no se atreve a hacer observaciones. No ha pronunciado ni una palabra desde que abandonaron la barca. De repente, sin embargo, se le escapa un grito. El camino de tablones hace un recodo y desemboca súbitamente en una especie de plaza (Emmanuelle ha pensado: «Un claro», ¡tal es su sensación de estar perdida en la jungla!). Frente a ellos, hasta una altura de veinte metros, fabulosa, se yergue una silueta, que ya había visto, desde lejos, por encima de los tejados, pero que había tomado por un árbol. Desde cerca, es Gengis Khan; bigotes enérgicos, ojos sin

piedad, puñales en la cintura y manos en los puñales, músculos salientes y suavizados por el claro de luna. El corazón de Emmanuelle late desordenadamente. Sin ninguna duda, los sortilegios están empezando a actuar.

Dentro de un momento, gesticulantes mongoles saldrán de sus guaridas: Emmanuelle será entregada a los ritos de una magia sanguinaria. Mientras su fantasía, más rápida que su corazón, construye un mundo de quimera, una risa nerviosa demuestra que no ha perdido toda su sangre fría: ligeramente inclinada contra la cadera del conquistador, una bailarina en tutú, que parece, al lado del gigante, una miniatura, dirige a las estrellas una sonrisa reservada. Otros personajes de cartón abigarrado se amontonan desordenadamente, algunos de pie, la mayoría por el suelo.

—Dan una extraña impresión esos anuncios de cine en semejante lugar —observa, para tranquilizarse con el sonido de su voz—. Me pregunto cómo los habrán traído hasta aquí. ¿Existe otro medio de acceso que esa increíble pasarela?

(Tiene la ligera sospecha de que su guía la ha sometido a una prueba inútil). —No —dice Mario.

No considera oportuno añadir comentarios. Atraviesan el depósito de pancartas, pasando entre las piernas del gran Khan, rodean una empalizada y desembocan en un pequeño patio, sobre el que una puerta entreabierta vuelca una luz amarilla. Mario se detiene en la entrada, grita un nombre, luego entra sin esperar respuesta. Emmanuelle se siente paulatinamente más intranquila. El lugar es hostil. Un olor difícil de definir lo impregna. Algo como una mezcla de polvo, de humo, de regaliz y de té. En la pieza sin ventana en la que han entrado, una banqueta tapizada de cretona agujereada es el único mueble. Una cortina sucia, de un azul horroroso, encubre el fondo. Casi enseguida, una mano la corre; aparece una mujer.

Su aparición alivia ligeramente a Emmanuelle. Es una vieja china (seguramente tiene cien años, se dice la visitante), cuyo rostro, un óvalo perfecto, está tan arrugado que parece de caucho. Su tez es de marfil antiguo, casi anaranjado. Sus brillantes cabellos blancos están cuidadosamente peinados hacia atrás y recogidos en un moño. Las hendiduras de sus ojos y sus labios son tan delgadas

que apenas se las distingue entre las arrugas de la piel. Sólo cuando, con una voz ronca, la anciana empieza a hablar, descubriendo unos dientes lacados de negro, Emmanuelle localiza con certeza el emplazamiento de su boca. Las manos permanecen ocultas en las mangas de la túnica almidonada, que la seda brillante de los anchos pantalones negros hace parecer, por contraste, todavía más lechosa.

Tras un discurso bastante largo, al que Mario no presta atención alguna, la anfitriona parece doblarse en dos, con una ligereza sorprendente (hasta el punto que se está tentada de considerarla hecha de madera muerta) gira sobre sí misma y se sumerge en las entrañas de la barraca. Ellos la siguen sin decir palabra. El reducto que atraviesan primero se halla totalmente a oscuras. Emmanuelle tiene la impresión de que se agitan unas sombras. Francamente tiene miedo. A continuación penetran en un cuarto pequeño, en el que descubre con una mueca de disgusto a dos hombres muy viejos y como mohosos acostados completamente desnudos sobre una tarima de madera pintada. Sus ojos parpadean. Emmanuelle tiene tiempo de percibir las costillas en relieve bajo la piel oscura manchada de blanco, las pupilas agrandadas y soñadoras, que no parecen verla. Apresuradamente, también, ha dirigido su mirada a los penes arrugados y a los testículos secos, pero el grupo ya ha pasado a otra pieza, muy poco distinta de la precedente, con la salvedad de que no está ocupada. La vieja china se detiene, es aquí donde los trae. Emite un nuevo sermón, luego se eclipsa como por una trampilla.

—¿Qué ocurre? —se inquieta Emmanuelle—. ¿Qué decía esa vieja chocha? ¿Y qué hacemos en este antro? ¡Qué aspecto más asqueroso tiene todo!

—Eso es lo que a usted le parece —dice Mario—. Es un lugar vetusto, estoy de acuerdo, pero con lustre.

Otra mujer hace su aparición, mucho más joven que la primera pero también mucho más fea. Lleva, sobre una bandeja redonda, un quinqué de alcohol, coronado por un tubo de cristal del grosor de un dedo (Emmanuelle nunca ha visto un cristal tan grueso, ni siquiera en las lupas), unas minúsculas cajitas redondas de estaño, unas largas agujas de acero, bastante parecidas a las utilizadas para tejer, hojas de palmera secas y cortadas en rectángulos y un

instrumento que Emmanuelle, al principio, no consigue identificar, un tubo de bambú oscuro, muy pulimentado, aproximadamente de la longitud de un brazo y comparable, por el diámetro, a una flauta. Le parece, a primera vista, que el tubo se halla cerrado por los dos extremos, pero enseguida advierte que uno de ellos, en realidad, está perforado por un agujerito apenas mayor que una cerilla. Lleva algunos adornos en rojo incrustados todo a lo largo. A unos dos tercios de su altura, a partir de la extremidad perforada, una especie de poliedro de madera, tan pulimentado que la llama del infiernillo bailotea en él cambiando de color, y bastante achatado, del tamaño de un puño de Emmanuelle aproximadamente, parece en equilibrio sobre el tubo, al que únicamente permanece unido por un estrecho punto de contacto. Su cara exterior presenta en el centro una concavidad del tamaño de una perla, en cuyo fondo se distingue un pequeño orificio.

Mario se adelantó a las preguntas de su alumna:

—Lo que está viendo es una pipa de opio, querida. ¿No es un hermoso objeto?

—¡Una pipa, eso! —dice ella riéndose—. Nadie lo diría. ¿Y dónde se pone el tabaco? ¿En ese ridículo agujerito? Así debe acabarse enseguida.

—No se pone tabaco, sino una bolita de opio. Y sólo se aspira una vez. Luego hay que volver a cargar la cazoleta. Pero es mejor que lo compruebe por sí misma.

—¿No pretenderá hacerme fumar esa droga?

—¿Por qué no? Quiero que sepa en qué consiste este juego, o este arte. Ya que no se debe ignorar nada.

—¿Y… si me aficionase?

—¿Qué tendría de malo?

Mario se rió.

—Pero tranquilícese: no la he traído aquí para convertirla al opio. Sólo será un preludio.

—¿Y qué pasará, después?

—Lo sabrá a su tiempo. No sea impaciente, *cara*. La ceremonia del opio requiere una perfecta ecuanimidad de espíritu.

Emmanuelle pasó al extremo opuesto:

—Si me gusta, ¿podré volver?

—Claro —dijo Mario.

Las preguntas de Emmanuelle parecían divertirle. La contempló con indulgencia, casi con ternura.

—¿No está prohibido fumar opio? —preguntó todavía.

—Por supuesto. Como hacer el amor fuera del matrimonio.

—Y si viniera la policía, ¿qué haríamos?

—Iríamos a la cárcel.

Mario hizo una mueca. Añadió:

—Pero no sin intentar primero comprar a los gendarmes negociando sus encantos.

Emmanuelle sonrió con escepticismo. Dijo para provocarle: —Puesto que estoy casada, ¿sólo soy negociable al precio de otro delito?

—Este delito, tanto usted como los representantes de la ley, podrían cometerlo con la ayuda de Dios.

Repitiendo lo que había hecho en su casa, descubrió un hombro de Emmanuelle y todo un seno. Y, sosteniendo ese seno en su mano, le preguntó: —¿No es verdad?

El rostro de Emmanuelle expresó perplejidad, pero también satisfacción, ya que se sentía feliz de que por fin Mario la desvistiese y la tocase.

—¿No va a aceptar hacernos a los tres este favor? —preguntó él, escandalizado.

—Sí. Ya sabe usted que sí…

Luego, con una ligera vacilación:

—Y… los policías, ¿cuántos suelen ser cuando hacen esa clase de redadas?

—¡Oh, no más de veinte!

Ella volvió a reírse.

La sirvienta había dejado sus aparatos en el centro de la tabla. Mario soltó el seno de Emmanuelle (que dejó descubierto), le pasó un brazo en torno a la cintura y le hizo dar unos pasos: —Extiéndase aquí —dijo.

—¿Yo? ¿Está limpio? ¡No tiene un aspecto demasiado mullido!

—¿Por qué el establecimiento iba a gastar dinero en un colchón, cuando este humo basta para suavizar todas las aristas, para ablandar el lecho más ingrato? Y además, no se queje: un colchón

sería menos fácil de lavar que la madera. Espero que esto mitigue sus inquietudes.

Emmanuelle se sentó con repugnancia en el borde de la tarima pintada, mientras sus dos compañeros se instalaban cómodamente acostados uno a cada lado, de manera que los tres formaban círculo en torno al quinqué. Al cabo de un rato, Emmanuelle superó su repugnancia y los imitó, apoyándose, como ellos, sobre un codo, la cabeza en la concavidad de su mano. No podía apartar la mirada de la llama oblonga que ascendía sin vacilar, dentro de la gruesa chimenea de cristal. Una fascinación emanaba de ella.

La china estaba arrodillada a los pies de la tabla y había abierto una de sus cajitas. Una miel opaca, oscura, casi sólida, apareció en su interior. La mujer, con la punta de una de las largas agujas, cogió una gota del tamaño de un grano de trigo, la mantuvo un instante sobre el quinqué, la extendió sobre uno de los fragmentos de hoja fibrosa que tenía en la otra mano, y por fin volvió a exponerla de nuevo a la llama. La gota dorada chisporroteó, se hinchó, duplicó su tamaño, se tiñó de reflejos admirables, se hizo tan pura y tan brillante que los objetos próximos se reflejaban en ella, adornados de luces; parecía animada de vida.

—Es hermoso —murmuró Emmanuelle.

Ahora pensaba que semejante espectáculo merecía por sí solo el largo viaje. «No me cansaría de mirar esa bolita. Es como una piedra preciosa que quisiera decir algo. Pero ninguna piedra es tan hermosa».

Veinte policías, recordó. Eran muchos… Pero, con tal de salvar a Mario de la cárcel, seguramente lo haría.

Tuvo un disgusto cuando la oficiante, que había acabado de dar a la gota de opio la forma de un minúsculo cilindro traslúcido, exactamente proporcionado a la cavidad de la pipa, lo introdujo en ella con un gesto rápido y retiró la aguja que lo atravesaba. Sin perder tiempo, dio la vuelta a la pipa, poniendo la cazoleta abajo, sobre el quinqué, casi rozando el orificio el cristal ardiente. Tendió la embocadura a Mario, que aplicó a ella sus labios y aspiró. La llama subió, calcinando la perla de ámbar. El aliento de Mario, que aspiraba el humo misterioso, le pareció a Emmanuelle inagotable.

—Ahora le toca a usted —dijo él—. No deje escapar el humo por

la nariz, no se ahogue, no tosa, aspire lentamente y de forma continuada.

—¡No lo conseguiré!

—Eso no tiene importancia: se trata de divertirse.

El acólito preparó otra pipa: nuevamente, el sol dorado llameó en la punta de la varita mágica, hinchándose y jadeando como bajo el deseo. Emmanuelle veía en él una imagen de su sexo, llamando con sus labios hinchados al ariete de fuego que lo atravesaba, le dejaría herido, quemado, consumido. Era agradable, pensaba, sentir su vulva cada vez más húmeda a medida que la gotita tornasolada se henchía de voluptuosidad sobre la llama. Ese rito le gustaba, como si, al seguirlo, se preparase públicamente, ceremonialmente, a hacer el amor. Sostenía su seno desnudo en la copa de la mano; se sentía feliz. Sólo faltaba una cosa para que el cuadro fuese perfecto: que la asistente fuese una belleza, muy joven y muy dócil, con rostro inocente y cuerpo entregado, que Mario, Quentin y ella misma irían desnudando poco a poco y con la que jugarían, juntos o uno después de otro, cada uno a su antojo y hasta el máximo de su placer. ¡Lástima que su mentor no lo hubiese previsto! Estuvo a punto de reprochárselo, luego no se atrevió. Sin embargo, durante un instante, tuvo tantas ganas de sentir piernas femeninas y entrelazadas con sus piernas y de un sexo de mujer en el que introducir sus dedos, que la china casi le pareció hermosa.

Cuando le tendieron el tubo, dejó quemar el opio sin aspirar. De pronto, ya no tiraba: la mujer tuvo que perforar nuevamente la perla dorada con su aguja de acero. En el segundo intento, la debutante consiguió absorber una débil bocanada. Se rió.

—Me gusta cómo sabe —dijo—. Y todavía más cómo huele. Se parece al caramelo. Pero hace escocer la garganta.

—Hay que beber té.

Mario dio una orden a la sirvienta, que se levantó y volvió enseguida con tres tacitas de boca ancha y sin asa, una tetera de arcilla no mucho más grande que las tazas y un samovar con agua hirviendo. La tetera liliputiense se hallaba llena hasta los bordes de té verde. La china hizo entrar con precisión un chorro de agua humeante, vertió inmediatamente el contenido en una taza: el filtro ya había tomado un color cobrizo. El perfume que despedía era

penetrante: más el del jazmín que el del té. Emmanuelle se quemó la lengua y lanzó un grito.

—Debe aspirar un trago de aire con los labios, al mismo tiempo que bebe, para refrescar el té, dijo Mario. O, más exactamente, para poder beberlo muy caliente sin que le haga daño. Así.

Hizo un ruido como de gárgaras.

—¡Pero eso es de pésima educación! —se indignó su comensal.

—En China es educado.

Ahora era Quentin el que aspiraba la pipa. No lo hacía tan bien como su amigo.

—Quiero hacerlo otra vez —se impacientó Emmanuelle, muy excitada por la novedad de la experiencia—. Estoy segura de que esta vez tendré sensaciones formidables. ¿Con qué voy a soñar?

—Con nada en absoluto. En primer lugar, el opio no hace soñar, da lucidez y libera de las miserias corporales y de las inhibiciones mentales. En segundo lugar, para empezar a sentir sus efectos, tendría que fumar varias pipas.

—¡Pues bien! ¡Las fumaré!

—Fumará una más, eso es todo. De querer ir más allá, esta noche, lo único que conseguiría es obligarme a sujetarle la cabeza mientras vomita.

Emmanuelle no se sintió muy apenada por la prohibición de Mario, ya que la nueva pipa le produjo un ataque de tos, además de no parecerle tan sabrosa como la primera. En cuanto a Mario y a Quentin, ninguno de los dos aceptó ni siquiera una segunda experiencia.

—¿Tanto miedo tienen a intoxicarse? —dijo burlona su compañera.

—Querida —replicó Mario—, voy a confiarle un importante secreto. El opio tomado con exceso priva a sus fieles de buena parte de sus ardores físicos. Y no hemos venido aquí como usted sabe, para los placeres del espíritu, sino para los de la carne.

—¡Oh, sí! —dijo Emmanuelle, de nuevo incómoda.

Le parecía que aquel lamentable marco se prestaba bastante mal a los juegos del amor (¡ahora que su propio deseo había pasado!). También se preguntaba qué papel le tocaría desempeñar.

—No olvide —prosiguió su consejero—, que nos ha preguntado

usted si éramos expertos con jóvenes efebos. ¡Pues bien! la excelente persona que reina, con la majestad que ha podido ver, sobre este fumadero clandestino, educa asimismo, para el reposo del hombre de paz, a jovencitos bien torneados, de los que vamos a pedirle que nos presente una muestra.

Dijo algunas palabras a la sirvienta, que salió apresuradamente. Reapareció al cabo de un instante con la china de la cara arrugada, que les dedicó varias reverencias… Mario habló brevemente. La vieja se volvió a inclinar, luego profirió un grito agudo. La feúcha que había preparado las pipas acudió presurosa.

—La viuda sólo habla chino. ¡Y ni eso! Un chino que nadie entiende —explicó Mario—. Ha llamado a la otra para que le haga de intérprete.

—¿Y usted en qué lengua les habla?

—En siamés.

Se dirigió nuevamente a sus anfitrionas. Las frases siguieron el complicado circuito y sufrieron las metamorfosis impuestas por la situación. Insumidos algunos minutos en tal intercambio, Mario refirió: —Responde a mi solicitud ofreciéndome otra cosa. Forma parte de las reglas del juego.

—¿Qué es lo que ofrece?

—Chicas, por supuesto. Le he hecho las debidas protestas. Entonces, nos propone enseñarnos películas eróticas.

—¡Eh! —dijo Emmanuelle—. ¿Por qué no?

—No hemos venido hasta aquí para tan poca cosa. También nos propone organizarnos un espectáculo vivo: dos chicas amándose en nuestra presencia con tiernas caricias. Nada de eso le interesa, ¿verdad Emmanuelle?

Emmanuelle hizo una mueca que podía interpretarse en cualquier sentido.

Mario reanudó las negociaciones, luego comunicó los resultados: —Le he dicho que queríamos jovencitos de doce a quince años, de lengua penetrante, nalgas áticas, médula vivaz y miembro aplicado.

Emmanuelle volvió a cubrirse el pecho. La vieja la miraba con insistencia; volvió a hablar, con aquel tono chillón que cada vez sobresaltaba a la joven francesa. La sirvienta tradujo y Mario replicó con una sola palabra.

—¿Qué ha dicho? —quiso saber Emmanuelle.

—Quería saber si los jovencitos eran para mí o para usted.

—¿Y… qué ha contestado?

—Que son para los dos.

Emmanuelle tuvo la impresión de que las paredes empezaban a dar vueltas: ¿sería el opio? Pero no, Mario había dicho…

La anciana seguía salmodiando. Parecía lamentarse, con la vehemencia de un Jeremías multiplicaba las reverencias y acabó finalmente con una nota aguda, levantando los brazos al cielo.

—Me parece que esto no se arregla —dijo Mario, antes de que la comparsa empezara a traducir—. En efecto —confirmó más tarde—: esta vieja loca se obstina en pretender que no tiene ningún potro disponible esta noche. Unos nobles extranjeros habían venido a diezmar sus caballerizas. Sin duda pretende simplemente sacar más dinero.

Reanudó la discusión. Nuevas gesticulaciones de desesperación se sucedieron. Mario insistía; al cabo de un rato, sin embargo, declaró: —No quiere saber nada. Tendremos que probar suerte en otra parte.

Conferenció largamente con Quentin.

—Mi amigo insiste en quedarse —refirió a Emmanuelle—. Dice que está seguro de obtener lo que pide. Lo dudo, pero allá él. Propongo que le dejemos y reanudemos nuestro paseo. ¿Qué le parece?

Emmanuelle no deseaba nada mejor. La atmósfera de la barraca empezaba a pesarle. Sin embargo sintió una pena insospechada, casi una punzada de remordimiento, en el momento de separarse de Quentin. «¡Lo que son las cosas!», reflexionó para sus adentros, «He recibido a este individuo como a un intruso, como un estorbo. Me he pasado la noche reprochándole su presencia, salvo cuando la olvidaba completamente. No nos hemos dicho ni tan siquiera dos palabras. Y ahora, siento emoción y debilidad por él. ¡Es el colmo! No debo estar en mis cabales…».

Por más que lo abandonase con el corazón encogido, él no pareció darse por enterado.

Volvieron a pasar ante los esqueletos de mirada perdida.

—¿Esos no le dicen nada? —sugirió ella, agridulce.

Sentía un cierto despecho hacia Mario y su amigo, por su insistencia en procurarse hombres. ¿No podían, por una noche, conformarse con ella? O, si realmente no les gustaban las mujeres, ¿entonces por qué fingían, tanto uno como otro, estar tan interesados en ella? ¡Y aquella idiota de Marie-Anne!, ¿cómo se le había ocurrido recomendarla a los buenos oficios de un homosexual? ¡Cuando la volviese a ver le haría comerse las trenzas!

—¿Qué encuentra Quentin tan apasionante en los hombres? —atacó—. No ha sido muy educado por su parte dejarnos plantados de esta forma.

Iba a añadir, con un brusco resentimiento, que no había parecido tan reacio a las mujeres en el momento de acariciarle las piernas. Pero Mario no le dio ocasión: —El amor de los hombres siempre tendrá para el hombre con gusto una calidad que el de las mujeres sólo posee por excepción —dijo—. La calidad de ser *anormal*. Dicho de otra forma, responde a la definición de la obra de arte tal como se la presentaba al principio de esta velada. Hacer el amor con un hombre para mí resulta erótico en la medida en que es, como proclaman con toda la razón los imbéciles, *contra natura*.

—¿Está seguro de que no esté, al contrario, simplemente en *su* naturaleza?

—Estoy seguro —dijo Mario—. Me gustan las mujeres. Acostarme con un hombre durante un tiempo me pareció difícil de concebir. Luego lo razoné. Lo probé por primera vez el año pasado. Inútil añadir que no he hecho más que felicitarme. ¡Como ve, también yo tardé bastante tiempo en iluminar mi espíritu!

Emmanuelle era víctima de emociones contradictorias. Se preguntaba, en particular, cuál era la parte de verdad que encerraban las declaraciones de Mario.

—Y después de esa primera experiencia, ¿ha practicado a menudo este… arte?

—Siempre procuro atesorar las cosas raras: *bis repetita*… Como usted sabe, ¡es justamente al revés!

—Pero —insistió Emmanuelle—, durante este año, ¿también habrá amado a alguna mujer?

Mario se echó a reír:

—¡Vaya pregunta! ¿Acaso parezco un modelo de castidad?

—¿Muchas? —quiso saber ella.

—Menos, seguramente, que los amantes de los que habría dispuesto de haber tenido la suerte de ser una hermosa mujer.

Añadió, con una sonrisa de homenaje dirigida a su compañera: —¡Hombres… y mujeres!

Esta respuesta no dejó satisfecha a Emmanuelle, que se iba poniendo nerviosa.

—¿Y qué es lo que prefiere? —preguntó casi colérica.

Mario se detuvo: habían llegado al lugar en que el claro daba paso al puente de tablones. Cogió a Emmanuelle por los hombros y la atrajo hacia sí; ella creyó que iba a besarla.

—¡Me gusta *lo que es bello*! —dijo con fuerza—. Y lo bello, no es jamás algo que ya se ha hecho, jamás algo fácil. Es lo que, por vez primera, se crea palpitante de vida, con un gesto propio y otro gesto ajeno, y que se arroja hacia el infinito antes de darle tiempo a adquirir su forma muerta.

*El hombre y la mujer, otro mundo dentro del mundo creado*.

—Lo bello es lo que no existía antes de usted y no habría existido sin usted, y ya no estará en su mano cuando la injusticia de la muerte la haya abatido sobre esta tierra a la que ama.

*Orgullosos de su solitario saber. Fuertes en sus ejemplares designios*.

—Lo bello es el momento que no era nada y usted vuelve inolvidable. Es el ser que no era nada y del que usted ha levantado la forma singular contra la multitud y el destino amorfo.

*Perdidos perdedores, aboliendo el mapa de los caminos trillados*.

—Lo bello, es superar la piedad por su nación y su siglo, el miedo al escándalo y al descrédito, para que una especie nueva nazca de su rechazo a parecerse a sus padres sin osadía, a sus madres sin rostro, a sus hermanos hipócritas y a sus hermanas marchitas.

*Diferentes, ¿pero de qué fealdad?*

*Descarriados, ¿pero de qué estupidez?*

*Extranjeros, ¿pero de qué rebaño?*

*Vencidos, ¿pero por cuál revancha?*

*Desterrados, ¿pero hacia qué futuro?*

—Lo bello es la prisa por descubrir, por tomar impulso sin sopesar los peligros y sin recordar las dulzuras pasadas, es hacer lo

que todavía no se ha intentado y lo que no volveremos a experimentar, ya que los días y las noches de nuestra vida serán únicamente los que hayamos enriquecido con un arte extraordinario. ¿Y quién, en el cielo o en la tierra, nos devolverá los días y las noches desperdiciados?

*El claro de luna los petrifica; la estatua de Mario tiene en sus manos una imagen de mujer.*

—Lo bello, dice la piedra, es intentarlo todo y no rechazar nada, es ser capaz de conocerlo todo. Cuerpos innumerables a nuestra semejanza, hombres o mujeres. «Infierno o cielo, qué importa… Vayamos hacia lo desconocido para encontrar algo nuevo!».

*En las cuatro esquinas de la encrucijada, pasarelas vacías, geométricas, irreales, todas semejantes.*

—Lo bello es lo que nunca tiene el mismo sabor y lo que no sabe a nada más.

*Los cabellos negros sobre los hombros desnudos entre los dedos del* condottiero.

—Lo bello es ser lo contrario del animal gregario, asustadizo y perezoso, que somos al nacer.

*La corpulencia del héroe tártaro oculta la luna.*

—Lo bello es no detenerse, no sentarse ni dormir y no volver atrás.

*Las horas de la noche han pasado, los astros de acero gravitan invisibles en el cielo iluminado.*

—Lo bello es decir no a la tentación que inmoviliza, que ata o que limita. Y decir sí, siempre sí, sin cobardía, a la que multiplica y hace avanzar y obliga a hacer más que lo suficiente o necesario y más de lo que otros se conforman con hacer.

*La puerta entreabierta sobre la luz amarilla: algunas sombras entran, otras sombras salen. Noche sin sueño.*

—Lo bello es encontrar cada día nuevo un motivo de asombro, una razón para maravillarse, un pretexto para esforzarse en vencer la tentación de lo adquirido y la satisfacción y la tristeza de la edad.

*Mi corazón se abre a tu llamada…*

—Lo bello es *cambiar* incansablemente. Ya que todo cambio es progreso, toda permanencia una tumba. Conformidad y resignación no constituyen más que una sola y única desesperación, y el que se

detiene y renuncia a convertirse en otra cosa ya ha optado por la muerte.

*El gong de un templo, que ahoga el murmullo de los insectos*.

—Ciertamente, siempre es posible preferir la paz de las estelas, embalsamarse en la mediocridad de una existencia sin deseos, como una virgen de cera en su relicario de piedras preciosas.

*Surgidos de las sombras, dos niños pasan, cogidos de la mano*.

—Pero yo, que intento conducirla no a la muerte sino a la vida, digo que entonces más hubiera valido no nacer jamás. Ya que cada vida humana paralizada es un peso muerto sobre nuestro planeta que frena la marcha hacia adelante de la especie humana.

*Son hermano y hermana. Van a hacer el amor*.

—Sepa esto, Emmanuelle: los mañanas de la tierra serán lo que haga de ellos el poder de invención de su cuerpo. Si sus sueños se obscurecen y sus alas se pliegan, si el infortunio hace que su curiosidad se fatigue, que fracasen su clarividencia y su constancia y se borre su voluntad de descubrimiento y de renovación, lo mismo ocurrirá con las esperanzas y las oportunidades de los hombres: el futuro será eternamente igual al pasado.

*La bailarina blanca entre las piernas del guerrero*.

—El amor es lo que la convierte en novia del mundo. De forma que el destino de todos depende de su pasión y su valor, y si usted renuncia a conquistar a un solo hombre o a una sola mujer, oh novia amante, será suficiente para que su raza renuncie a conquistar los años luz de distancia y las nebulosas.

*La voz de Mario acalla el canto de los grillos*.

—¿Lo entiende? No es el placer del instante lo que le ofrezco, sino el placer de lo más lejano. La felicidad no se encuentra donde está usted, sino, siempre, donde sueña llegar.

*Entre brazos cada día más numerosos*.

—¡Ah sí, Emmanuelle! ¡No quiero apagar su sed de ilusiones, sino hacerla arder de realidad!

*En el centro del triángulo formado por las estrellas Alfa del Boyero, Alfa de la Balanza y Alfa de la Virgen*.

—Yo no pretendo enseñarle lo más cómodo, le enseño lo más temerario.

Emmanuelle dijo:

—Tómeme. Aún no me conoce. Tendré para usted un nuevo sabor.

Le sorprendió encontrar en la mirada de Mario tanta estima. Él sacudió la cabeza: —Sería demasiado fácil. Quiero algo mejor: déjeme llevarla.

La colocó delante de él.

—¡Andando, tendrá que volver a hacer acrobacias!

Dócil, ella echó a andar delante. Cuando llegaron al cruce, Mario decidió que tomarían un camino distinto a aquél por el cual habían venido.

—Voy a enseñarle algo fuera de lo común —prometió.

Enseguida llegaron al borde de un ancho *khlong*, ¿o era un riachuelo natural? Parecía serpentear. Sus orillas se hallaban cubiertas de hierbas.

—¿Todavía estamos en Bangkok?

—En pleno centro. Pero este lugar no es conocido por los extranjeros.

Ahora caminaban por un prado y, como los tacones de Emmanuelle se hundían en la tierra blanda, se quitó los zapatos.

—Va a estropearse las medias —dijo Mario—. ¿No prefiere quitárselas?

Ella fue sensible a la atención. Sentada en un tronco que se hallaba en el suelo, se subió la falda. El aire fresco le recordó que sus bragas estaban en el bolsillo de Mario. La claridad de la luna era tan viva que, mientras se desabrochaba el liguero, se veía nítidamente su vientre.

—No me canso de la belleza de sus piernas —dijo Mario—. De sus muslos largos y ligeros…

—¡Y yo que creía que todo le cansaba enseguida!

Él se limitó a sonreír. Ella no tenía ganas de moverse.

—¿Por qué no se quita también la falda? —sugirió Mario—. Andará mejor. Y a mí me encantará verla así.

Emmanuelle no lo dudó un instante. Se levantó y bajó la cremallera.

—¿Qué hago con ella? —preguntó después, con la falda colgada del brazo.

—Déjela sobre el árbol, la recogeremos a la vuelta. De todas

formas hay que pasar de nuevo por aquí.

—¿Y si alguien la roba?

—¿Y eso qué importa? Supongo que no tendría inconveniente en regresar a casa sin ella…

Emmanuelle optó por no discutir. Volvieron a ponerse en marcha. Bajo la blusa de seda negra, sus nalgas y sus piernas, a pesar del bronceado, parecían extrañamente claras en la noche. Mario caminaba a su lado; la cogió de la mano.

—Ya hemos llegado —dijo al cabo de un momento.

Una tapia baja, medio derruida, se erguía ante ellos. Mario ayudó a su compañera a trepar por los ladrillos y saltar al otro lado. Al levantar la cabeza ella se estremeció. Una forma humana estaba agachada no muy lejos. La mano de Emmanuelle se crispó en la de Mario.

—No tema. Es gente pacífica.

Ella quiso decir: ¡Pero mi ropa! Una vez más, el temor a los sarcasmos de Mario la contuvo. Pero estaba tan avergonzada que se sentía incapaz de dar un paso. Se hubiera sentido menos molesta de hallarse completamente desnuda. Mario la arrastró inexorablemente; pasaron muy cerca del hombre, que los miró con ojos ardientes. Emmanuelle no pudo evitar estremecerse.

—Mire —dijo Mario señalando con el dedo—. ¿Alguna vez ha visto algo parecido?

Ella siguió la dirección indicada. De un árbol de enorme tronco, veteado de innumerables raíces y de lianas adventicias, colgaban extraños frutos. Conforme se acercaba, Emmanuelle vio que eran falos. Profirió una exclamación más bien admirativa. Mario explicó:
—Unos son ex-votos; otros, ofrendas para obtener potencia sexual o fecundidad. Su tamaño está en función de la riqueza del fiel, o bien de la urgencia de su plegaria. Nos encontramos, no hace falta que se lo señale, en un templo.

La idea recordó a Emmanuelle lo indecoroso de su vestimenta.

—Si un cura me encontrara con esta indumentaria…

—No me parece muy desentonada, en un santuario dedicado a Príapo —dijo Mario riéndose—. Todo lo que se refiere a su culto es lícito en este lugar, es decir recomendado.

—¿Es eso lo que llaman *lingam*? —preguntó Emmanuelle, cuya

curiosidad era más fuerte que la confusión.

—No exactamente. El *lingam* es hindú, su diseño es generalmente estilizado: se le encuentra sobre todo bajo forma de pilar, hincado verticalmente en el suelo, y la mayoría de las veces hacen falta los ojos de la fe para identificarlo. Aquí, como puede usted ver, la factura del objeto no deja nada librado a la imaginación. Son copias de la naturaleza más que obras de arte: los relicarios de la Ciudad de los Ángeles.

Los falos colgados de las ramas iban del tamaño de un plátano al de un *bazooka*, pero el realismo de los detalles era el mismo en todos los casos. Todos estaban hechos de madera esculpida y pintada de colores. Una pequeña mancha encarnada adornaba el meato. El prepucio estaba representado por unos pliegues profundos por detrás del glande. La combadura del miembro en erección estaba imitada con una vitalidad impresionante.

Colgaban de diferentes árboles; sumaban varios cientos. Numerosos cirios de cera se hallaban esparcidos por todas partes sobre candelabros de madera a través de aquel jardín de vergas; la mayoría estaban apagados, pero, en cambio, numerosos bastoncillos de incienso, idénticos a los que se encienden ante la imagen de Buda o en el altar de los antepasados, y cuyo persistente olor ya no lo abandona a uno, ardían en el jardín. El extremo incandescente tachonaba la noche de puntos rojos.

Emmanuelle se percató con angustia de que varias de aquellas lucecitas se movían. No tuvo que hacer un gran esfuerzo, tan clara era la noche, para distinguir que las sostenían manos humanas. No era sólo uno, sino cuatro, cinco, seis, diez hombres por lo menos los que estaban allí, sentados sobre los talones como el primero que había encontrado. Uno de ellos se levantó. Ella le vio acercarse. A escasos pasos de Emmanuelle volvió a agacharse. Su mirada expresaba un interés sostenido y tranquilo. Casi enseguida, dos, luego otros cuatro se unieron a él, se instalaron a su lado. Uno de los recién llegados parecía muy joven, casi un niño. Los demás eran mayores. Uno de ellos, casi un anciano. Nadie decía nada. Seguían sosteniendo sus barritas olorosas entre los dedos apretados.

—He aquí un público simpático —bromeó Mario—. ¿Qué vamos a representarles?

Descolgó uno de los falos, de proporciones relativamente modestas.

—No sé si cometo un sacrilegio —dijo— pero lo cometo con osadía. En cualquier caso no parecen ofuscados por ello.

Ofreció el trozo de madera a Emmanuelle.

—¿No es agradable al tacto?

Ella lo palpó.

—Enséñeles sobre este simulacro la forma en que utilizaría sus manos para hacerle honor, si estuviera vivo.

Emmanuelle se entregó a ello sin protestar, e incluso con un cierto alivio, ya que, por un instante, tuvo miedo de que Mario le pidiese que introdujese la méntula en ella. Su rugosidad y suciedad le repugnaban.

Sus dedos acariciaron el objeto de culto como si esperaran realmente hacerlo gozar. Acabó por creerse ella misma la parodia. Muy pronto casi lamentaba no poderse servir de sus labios: ¡pero realmente el instrumento tenía demasiado polvo!

Era consciente de que las miradas de los hombres se habían inflamado. Sus rostros parecían ligeramente tensos. Mario hizo un movimiento. Casi de inmediato, ella vio su sexo levantado, más grande y más rojo que el pene de madera.

—Conviene ahora que la ilusión ceda paso a la realidad —dijo Mario—. Que sus manos se muestren tan tiernas con la carne como lo han sido con la materia inanimada.

Emmanuelle depositó el objeto de culto en una cavidad del árbol (no se había atrevido a dejarlo caer) y recibió con obediencia el miembro de Mario. Él se volvió hacia los hombres en cuclillas para que pudiesen ver mejor.

El tiempo se detuvo. Nadie hizo el menor ruido. Emmanuelle se acordaba del «humanismo» del cual Mario le comunicara los principios en el salón a orillas del *khlong*, y se aplicó hasta el extremo de sentir vértigo. Ya no sabía si las pulsaciones de su muñeca eran las de Mario o las de su propio corazón. También recordaba su precepto: *¡Hasta el infinito!* Y se las ingeniaba milagrosamente para *hacer durar*. Por fin, él murmuró: —¡Venga!

Al mismo tiempo, se volvió hacia el árbol del que colgaban los frutos de Príapo. Un chorro de una longitud y una densidad poco

comunes atravesó la noche, salpicando los falos de madera, que acusaron el impacto balanceándose en el extremo de las lianas.

—Ahora, hay que hacer algo por nuestros espectadores —dijo enseguida Mario—. ¿Cuál de ellos le parece más tentador?

El pánico dejó muda a Emmanuelle. ¡No, no! No podía tocar a aquellos hombres, no quería que la tocasen…

—¿No le parece adorable el *bambino*? —dijo Mario—. Yo mismo podría sentir debilidad por él. Pero, esta noche, se lo voy a ceder.

Sin consultar a Emmanuelle, hizo señas al adolescente y le dirigió una frase. Este se irguió lentamente y, con gran dignidad, se acercó a ellos sin la menor timidez: parecía, incluso, bastante despectivo.

Mario volvió a decir algo y el niño se quitó el short. Desnudo era más hermoso: Emmanuelle, en medio de su turbación, se sintió reconfortada. Una verga todavía juvenil se alzaba horizontalmente frente a ella.

—Chupe y beba —ordenó Mario en tono banal.

Emmanuelle no pensó en resistirse. Se encontraba en tal estado de confusión y perplejidad que sus propios gestos le parecían no tener demasiada importancia. Se dijo únicamente que hubiera preferido hacerlo con el hombre desnudo que habían encontrado poco antes en el camino de tablones…

Se dejó caer de rodillas, en el césped tupido y suave, y cogió el miembro entre sus dedos, retirando la piel que recubría la mitad de la punta. Esta aumentó enseguida de volumen. Emmanuelle la introdujo entre sus labios, como si primero quisiera probarla. La mantuvo así un instante, mientras su mano se deslizaba a lo largo del asta. Luego, con súbita resolución, hizo entrar la verga hasta el fondo de su boca, tan lejos que sus labios tocaron el vientre desnudo y su nariz se sumergía en el ralo plumón. Permaneció así un momento, luego, concienzudamente, con arte, sin intentar hacer trampas ni abreviar, empezó a hacer ir y venir su boca.

La prueba, no obstante, le resultaba un suplicio y, durante el primer minuto de la felación, tuvo que luchar contra una náusea que le atenazaba la garganta. No era que considerase degradante, en sí mismo, el hecho de entregarse a los gestos del amor con un adolescente desconocido. El mismo juego, si Mario la hubiera

empujado a él con un rubito pimpante, fragante a agua de colonia, en el salón burgués de una amiga parisina, le habría resultado incluso apetecible. Por otra parte, le había faltado muy poco para no engañar por primera vez a su marido (sin tener la impresión de engañarle, porque, justamente, con un niño hubiera parecido cosa de risa), antes de abandonar París, cediendo a las proposiciones del hermano pequeño, muy espabilado, de una de sus amantes. Fueron interrumpidos un minuto demasiado pronto: el consentimiento de Emmanuelle, en cualquier caso, ya había sido dado, no sólo mental, sino muy físicamente… La ocasión no volvió a presentarse: reflexionaba ahora, diciéndose que, bien pensado, era de naturaleza bastante libertina. Con aquel niño que había conocido su sexo rendido y húmedo y había empezado a penetrar en él, había hecho diez veces el amor en su imaginación a partir de entonces. Pero, con éste, no era lo mismo. No la excitaba en absoluto. Al contrario, le daba miedo. Además, primero había sentido repulsión ante la idea de que pudiera no estar limpio; afortunadamente, se había tranquilizado y recordado después, con alivio, las abluciones minuciosas a las que los siameses se entregan varias veces al día. En cualquier caso, la experiencia no le causaba ningún placer. Se entregaba a ella por complacer a Mario, pero sus sentidos y su deseo la rechazaban…

¡Ojalá al menos, se decía casi con violencia, supiese hacer bien su trabajo! Una especie de orgullo la llevaba a tratar a aquel adolescente de forma tal que le quedara un recuerdo imborrable. ¿No le había dicho su marido que ninguna mujer del mundo sabía como ella utilizar su boca para el amor?

Poco a poco, se dejó convencer por su propio juego, olvidó a quien pertenecía aquel pene cuya fuerza y calor empezaban a gustarle y a cuyo glande permitía explorar su garganta, buscar a su antojo el lugar en el que culminar su goce. Sintió sus labios, su clítoris, volverse sensibles; acabó por cerrar los ojos y dejar que las sensaciones se apoderasen de ella. Cuando sus caricias alcanzaron la meta, el surtidor de esperma sobre su lengua le procuró igual placer que si hubiese sido el de Jean. El sabor era diferente; lo encontró muy agradable. Le daba igual que todos aquellos hombres la mirasen: ella también quería gozar. Antes de que la verga se retirase

de su boca, acarició con la punta de sus dedos el retoño de su sexo y se abandonó al orgasmo en los brazos de Mario, que le besaba los labios.

—¿No le había prometido entregarla por partes? —dijo él, cuando hubieron saltado la tapia en ruinas en sentido inverso—. ¿Está contenta?

Lo estaba. Pero no por ello dejaba de sentirse incómoda. Permaneció en silencio. Él comentó soñadoramente: —Es muy importante, para una mujer, beber mucho esperma y de las fuentes más diversas.

Su voz de repente se tornó ardiente:

—*Debe* usted hacer todo esto porque es bella —dijo.

—¿No es posible ser bonita y honesta? —suspiró ella.

—Se puede, ciertamente, pero a su propia costa. ¿Es perdonable no utilizar el poder de la belleza para obtener aquello que tantas mujeres sin encantos desean toda su vida en vano?

—Parece usted creer que las mujeres sólo sueñan en la lujuria.

—¿Existe acaso otro bien?

No habían robado la falda. Emmanuelle se la puso, echando de menos su anterior comodidad. Volvieron a tomar una dirección distinta a la que ella conocía. Se preguntaba si aún iban a caminar mucho tiempo. Cuando se disponía a quejarse, desembocaron en una verdadera calle.

—Vamos a tomar un *sam-lo*, si es que encontramos uno —dijo Mario.

Emmanuelle jamás había utilizado aquellos medios de transporte, ya obsoletos, y la idea de subir a uno le gustó. Era más seductor dejarse conducir al ritmo indolente de un triciclo bajo el cielo luminoso que arriesgar el pellejo a cada curva en un taxi. Recorrieron la calle durante algunos cientos de metros antes de encontrar un vehículo libre. Su conductor (al que se suele llamar también *sam-lo*, «tres ruedas», confundiéndolo con su montura, expuso Mario) estaba sentado en el suelo, meditabundo. En cuanto les vio, les indicó con un gesto obsequioso la estrecha banqueta tapizada de hule rojo.

Mario conversó un momento, seguramente acordando el precio del trayecto, luego hizo señas a Emmanuelle para que subiese,

instalándose a su vez junto a ella. Aunque los dos fuesen considerablemente esbeltos, estaban muy juntos uno contra el otro. Mario pasó un brazo por detrás de los hombros de su compañera y ella se apretó contra él, feliz. Al sentarse, se había subido la falda hasta mostrar enteramente las piernas, ya que él le había dicho que le gustaban. El triciclo dio una violenta sacudida. De pronto a Emmanuelle se le ocurrió una idea, que le pareció fantástica y loca. Nunca, por propia iniciativa, había hecho nada parecido, y, lo que era peor, ¡así en plena calle! Pero ahora iba a hacerlo. Hizo acopio de todo su valor.

Se puso de lado, hacia Mario. Con una mano que intentaba mostrarse firme desabrochó un botón. Luego, apresuradamente, los demás. Introdujo la mano y tomó entre sus dedos el sexo adormecido. Sólo entonces respiró.

—¡Eso está muy bien, Emmanuelle! —dijo Mario—. Me siento muy orgulloso de usted.

—¿De verdad?

—Sí. Su gesto adquirirá derecho de ciudadanía en el reino del erotismo, porque la costumbre establece que los hombres tomen la iniciativa y las mujeres se dejen hacer. Una mujer que toma la delantera, en el momento en que el hombre menos se lo espera, crea una situación erótica de altísimo valor. ¡Muy bien!

—Recuerde esta fórmula para otras circunstancias —siguió diciendo— y no se arrepentirá. Por supuesto, teniendo siempre en cuenta, de acuerdo a las reglas, la cláusula alusiva a la novedad.

—¿Cómo sería eso? —preguntó.

Empezaba a acariciar suavemente a Mario.

—Si es usted la amante titular de un hombre y se quita la ropa ante él, incluso sin que él se lo pida, ¿dónde está lo imprevisto? Y por tanto, ¿dónde el erotismo? Pero si su embajador, a la hora del almuerzo, le presenta a un diplomático de paso para que le haga visitar el templo de Buda Acostado, y usted, invitándole a tomar el té en su saloncito, para recuperarse del cansancio de la visita a la ciudad, y sentándose a su lado sobre su mejor sofá de seda blanda, se quita simplemente la blusa sacudiendo con naturalidad su cabellera, este gesto espontáneo dejará en la memoria de su huésped una huella imperecedera. En su lecho de muerte, será su

imagen la que vendrá a atormentarle y consolarle. Después de ese inicio, naturalmente, puede escoger entre toda una gama de posibilidades. O bien limitarse provisionalmente a esa iniciativa y, con los senos desnudos, servir ceremoniosamente el té sin omitir preguntarle si acostumbra a tomarlo con uno o dos terrones de azúcar. Existen muchas posibilidades de que en tal momento él sea incapaz de recordarlo. Por otra parte este detalle le permitirá reconocer cuál de las ulteriores medidas es la más apropiada. Si está turbado hasta el extremo de decir: ocho, o catorce, o un metro, no espere a que sea él quien dé el siguiente paso; opte por dos terrones y aproxímese. Actúe entonces como acaba de hacerlo conmigo y pregúntele qué prefiere, gozar antes o después de haber bebido el té y de qué manera: en su mano, en su boca o en su vagina. A partir de entonces, el resto tiene poca importancia. El clima está creado. Y la obra maestra, como a usted le gusta decir, en buen camino. Si, en cambio, su visitante ha conservado una expresión de sangre fría, déjele decidir a él lo que hay que hacer, es decir abalanzarse sobre usted y conducirse como el fauno que usted ha desencadenado: todo redundará en beneficio suyo. En otra ocasión, para variar, no se quitará simplemente la blusa, sino que se quedará completamente desnuda, sin dejar de ser ni un minuto una mujer de mundo y sin manifestar la emoción más fugaz. Cuando, sujetando su falda con la mano izquierda, haya pasado con sus largas piernas de bailarina por encima de él y la haya dejado caer con recato sobre un puf, cuando se haya quitado, si llevaba, las bragas y las haya puesto a buen recaudo en el jarrón de las orquídeas, volverá a sentarse a la izquierda del viajero y se recostará suavemente sobre los almohadones del sofá, con una sonrisa de amable compañía. Si su invitado se muestra paralizado por la sorpresa, explíquele, para que se sienta cómodo, cómo, la noche anterior, fue violada por dos negros armados de cuchillos y el placer que eso le causó. Describa largamente el sexo de sus torturadores y las libertades que se tomaron con su cuerpo. Si él sigue sin moverse, mastúrbese delante suyo. Finalmente, con motivo de una tercera experiencia, ante otro invitado de categoría, no se desvista, pero, después de levantar la tetera, y antes de interrogarle a propósito del azúcar, pregúntele simplemente: «Después de tomar el té, ¿desea que hagamos el

amor? Mi marido no volverá antes de una hora». Si, por casualidad, el invitado se hace el escurridizo, con el pretexto de una antigua herida, una promesa pronunciada a la cabecera de su madrina carmelita o una disposición del código de Hamurabi prohibiendo gozar antes de la puesta del sol, diga, con el tono apropiado y sin mostrar despecho: «Tiene usted razón: ¿dónde tenía la cabeza? También yo, cuando me casé, prometí ser fiel y, como nunca he engañado a mi marido, será mejor que no comience hoy». El imbécil jamás se consolará de haber dejado escapar la perla rara que es usted. Si cambia de parecer, muéstrese implacable. Que intente abusar de su inocencia y ya verá como usted llama a la policía, haciéndole condenar a la pena máxima. Ningún jurado dará crédito a las alegaciones insensatas que él formulará en su defensa: la verdad.

Emmanuelle estaba encantada de la dimensión que gracias a sus cuidados había adquirido el miembro de Mario. A pesar de todo, sin atenuar su sarcasmo, le dijo: —Señor profesor, las palabras que me recomienda usted pronunciar son exactamente, si no recuerdo mal, las que le he dirigido hace menos de una hora. Como usted me ha rechazado injuriosamente, voy a entregarle al primer gendarme que vea.

Mario sonrió bonachonamente.

—Adoro su mano —dijo—. No cambie su estilo. Pero querida, no intente hacerse pasar por más tonta de lo que es. Sabe usted muy bien que no hay ningún punto en común entre la situación que le estoy describiendo y nuestras relaciones.

Emmanuelle no discernía en absoluto en qué consistía la diferencia, a menos que no fuese en la ausencia de té. Sin embargo no se sentía con humor ni ánimos para polemizar: la caricia que estaba prodigando le inflamaba los sentidos; hasta los traqueteos del triciclo sobre la calzada irregular aumentaban su placer.

—Este *sam-lo* no sabe el espectáculo que se está perdiendo —observó Mario.

Silbó. Inmediatamente, el hombre volvió la cabeza: sus ojos pasearon de uno a otro de sus pasajeros, se iluminaron con una amplia sonrisa.

Le gustamos, pensó Emmanuelle.

—Sí, hemos encontrado un cómplice —dijo Mario—. No tiene nada de extraño, ya que es guapo. Existe una masonería internacional de la belleza. Un determinado número de cosas sólo les están permitidas a los que son hermosos. Montherlant, escribiendo a Pierre Brasseur, observaba justamente, un día, que «indecencia no significa en absoluto vulgaridad: es la mojigatería lo que es vulgar».

—Courteline ya había dicho antes, —citó Emmanuelle, muy contenta de sus conocimientos—: «El verdadero pudor consiste en ocultar lo que no es bello».

—¿Se avergüenza usted de sus senos?

—¡Oh, no!

Con la mano que no acariciaba a Mario, sacó su blusa fuera de la falda e intentó hacerla pasar por encima de su cabeza. Mario la ayudó. Durante unos instantes tuvo que abandonar al sexo erecto, pero no fue más que un breve interludio.

—Ahora me gustaría que nos encontráramos a alguien —dijo Mario.

—¿No basta el *sam-lo* como testigo? —se defendió Emmanuelle, contra su voluntad.

—Él ya no es testigo, es parte.

Mario le dio otra voz y el siamés se volvió sobre su asiento. Pareció impresionarse vivamente ante la semidesnudez de su pasajera y el vehículo dio un bandazo. Los tres se rieron ruidosamente. Emmanuelle tenía la impresión de estar un poco borracha. Era muy tarde para que fueran los efectos del *chianti*.

El deseo de Mario fue complacido. Un coche que iba a adelantarles frenó bruscamente. Emmanuelle creyó que iba a pararse y el corazón le dio un vuelco. El coche, sin embargo, volvió a arrancar. Había sido imposible distinguir los rostros de sus ocupantes.

—¿Tal vez algunos de sus amigos? —sugirió cruelmente Mario.

Ella no contestó; sentía un nudo en la garganta. Prefería pensar únicamente en acariciarlo bien. Otro *sam-lo*, en el que se apiñaban dos marinos americanos, venía a su encuentro: sus ocupantes se pusieron a gritar como pavos al descubrir el espectáculo. Mario y Emmanuelle fingieron no verlos ni oírlos. Los otros gesticularon

desesperadamente, intentando hacer parar a los dos vehículos, pero sus conductores no se inmutaron, continuando uno y otro con su pedaleo sin que el ritmo decreciera.

—¿Dónde prefiere gozar? —preguntó Emmanuelle—: ¿En mi mano, en mi boca o en mi vagina?

Él no respondió inmediatamente. Ella, curvando la cintura, le tomó entre sus labios, le hizo penetrar profundamente en su boca. Oyó que él recitaba:

*Hasta que te diga:*
*¡Ay, no puedo más, mi vida!*
*¡Ay, Dios mío, no puedo más!*
*Entonces retira tu boquita,*
*Para que muerto pueda suspirar,*
*Luego dame la propina.*

La curiosidad la hizo interrumpir su labor; se incorporó y preguntó: —¿Es suyo ese poema galante?

—De ninguna manera —protestó Mario—. Está tomado de *La première journée de la Bergerie,* de uno de sus compatriotas del siglo XVI, Rémy Belleau.

—¡Muy bien! —replicó ella.

Antes de que tuvieran tiempo de recuperar su posición, se encontraron frente a la verja del jardín de Mario.

Este, sustrayéndose a las manos de su compañera, saltó del triciclo y puso en orden su ropa. Emmanuelle bajó detrás de él, pero no juzgó necesario volverse a poner el jersey, que llevaba en la mano balanceándolo junto con el bolso. Sus senos adquirieron una curva admirable bajo la luna.

Mario abrió la verja. El *sam-lo* había echado pie a tierra y, sin emoción visible, esperaba: aparentemente, que le pagaran. El italiano saltó tan rápidamente sobre el sillín que el hombre no tuvo tiempo de esbozar un gesto: ya su vehículo estaba en el jardín, y Mario pedaleando a toda velocidad. El siamés y Emmanuelle quedaron frente a frente. Los dos estallaron al mismo tiempo en una gran carcajada. El muchacho se tomaba con buen humor la broma de su cliente. De momento, a decir verdad, parecía más preocupado

por admirar las sinuosidades de Emmanuelle que por recuperar su vehículo. Fue ella la primera en lanzarse en persecución del fugitivo. Le encontró frente a la escalinata de troncos, exultante. Estaba de pie y sujetaba el triciclo por el manillar.

—¡Es usted un loco! —le regañó tiernamente.

—También me gustan sus senos —anunció, como si fuera una decisión largamente madurada.

—¡Estoy de suerte!

Se sentía más halagada de lo que quería admitir. El *sam-lo* les dio alcance, hilarante y sin prisas. Mario le habló: un verdadero discurso, con entonaciones, silencios, efectos de elocuencia. Emmanuelle se preguntaba qué le estaría diciendo. El rostro del siamés no reflejaba nada que permitiese arriesgar hipótesis. De pronto, contestó, mirando al mismo tiempo a Emmanuelle. Mario prosiguió su exposición. El joven movió afirmativamente la cabeza.

—¡Todo arreglado! ¡Ya tenemos un héroe! —dijo Mario—. Con lo que se demuestra que vamos a buscar lejos lo que es fácil obtener a la puerta de casa.

—¿Qué? Quiere decir…

—Pues claro. ¿No lo considera digno de mis favores?

Esta vez, Emmanuelle estuvo casi a punto de llorar. Las atenciones de Mario durante todo el recorrido le habían hecho olvidar sus enfados anteriores. Esperaba, más o menos conscientemente, que, una vez en su casa, él la tomara en sus brazos. Estaba dispuesta a pasar allí el resto de la noche, si él lo deseaba, y ni siquiera pensaba ya en volver a su casa. Podría haber hecho de ella lo que quisiera. Pero así era: no quería nada. Lo único que tenía en la cabeza era encontrar un muchacho para su cama. Emmanuelle posó sobre él una mirada empañada de lágrimas: ya no le distinguía claramente. ¿Era realmente tan bello? Recordaba haberle encontrado rostro de boxeador…

—*¡Cara!* No empiece otra vez a atormentarse antes de tiempo —dijo alegremente Mario, interrumpiendo como de costumbre las sombrías reflexiones de Emmanuelle—. Ya verá, tengo una idea extraordinaria. Una vez más, me dará la razón. Entre enseguida.

Abrió la puerta y la atrajo, sujetándola por la cintura. Ella se dejó llevar sin alterar la mala cara. Estaba harta de las ideas de

Mario. No obstante se alegró de encontrarse otra vez en el salón con zonas de sombra y de claridad, el sofá de cuero rojo y el olor acre del *khlong*. Ahora no parecía que pasasen muchas barcas. Era tan tarde, ¡o tan temprano! De pronto se sintió vencida de sueño. ¡Qué noche!

Mario trajo unos vasos enormes donde unos cubitos brillaban en un licor verde.

—Menta picante «on the rocks» —anunció—. ¡Esto reanimará a mi amada!

¿Su amada? Emmanuelle esbozó una sonrisa amarga. El *sam-lo* permanecía en el centro de la habitación, un poco confundido. Tomó con evidente embarazo la bebida que Mario le ofrecía. Los tres bebieron en silencio. Ella tenía tanta sed que vació su vaso sin respirar. Mario estaba en lo cierto: se sintió revivir. Él se sentó bruscamente a su lado, la rodeó con sus brazos. Posó sus labios sobre su seno izquierdo.

—Voy a poseerla —dijo.

Esperó para observar el efecto producido.

Emmanuelle estaba demasiado aturdida para manifestar nada. Por otra parte, no estaba convencida.

—Pero voy a poseerla a través de esta hermosa escayola, continuó Mario. A través, en el sentido estricto de la palabra. Es decir que voy a atravesarlo para llegar hasta usted. La poseeré como jamás la ha poseído nadie y como jamás he poseído a una mujer. Será mucho más mía de lo que ningún ser ha sido hasta el momento de nadie. ¿Lo consiente usted?

Emmanuelle no entendía lo que él quería decir, o se negaba a comprenderlo. Pero no se le ocurrió ni por un momento resistirse. Todo lo que Mario le pedía estaba bien y ella lo aceptaba. Lo único que hubiera temido era que no le pidiese nada. Dijo: —Hágame lo que le apetezca.

Por segunda vez, la besó en los labios. Ahora Emmanuelle era completamente feliz. Y estaba impaciente por que cumpliese en ella su voluntad.

—¡Su primer amante! —exclamó—. Esta noche va a tenerlo.

Se sintió avergonzada por haberle engañado, por no haber confesado a Mario sus aventuras del avión. Pero, ¿era tan

importante? En algún sentido, por ser la primera vez que aportaba su total consentimiento, que con toda lucidez y todo conocimiento de causa, con premeditación, *quería* ser adúltera, aquél sería realmente su primer amante.

—¿El primero de muchos más? —preguntó él como para asegurarse de que la discípula había asimilado la lección.

—Sí —dijo Emmanuelle.

¡Qué maravilla, abandonarse tan completamente! La mujer que se entrega a un solo hombre no puede saber cuán grande es el paso dado por la que, a su vez, se promete por completo a varios, a un número ilimitado de hombres. Ninguna mujer, jamás, sería tan adúltera como lo era ella en aquel momento. ¿Quién más podía lograr el milagro, al engañar por primera vez a su marido, de engañarle con todos los hombres que a partir de entonces iban a poseerla?

—¿No volverá a negarse? —insistió Mario.

Ella sacudió la cabeza para responder que no. Pensaba: «Si me ordena que me entregue esta noche a diez hombres, lo haré».

Él sólo le pidió que se entregara al *sam-lo*. Emmanuelle se quitó la falda y permaneció en el sofá, recostada sobre los gruesos almohadones, cuya suavidad le encantaba. Tenía las piernas separadas los talones apoyados sobre la alfombra, y rodeó con sus brazos las caderas del hombre cuando precavidamente empezó a introducirse en ella. Una vez lo hubo logrado completamente, Mario, que había permanecido al lado de Emmanuelle, sin dejar de besarla, se levantó y fue a colocarse detrás del *sam-lo*. Sus manos le cogieron por las caderas y Emmanuelle sintió que tocaban las suyas.

Oyó que dejaba escapar gemidos de placer. En algunos momentos, fueron casi gritos.

—Ahora, estoy en usted —dijo Mario—. La atravieso con una espada dos veces más aguda que la del común de los mortales. ¿Puede sentirla?

—Sí. Soy feliz —dijo Emmanuelle.

El duro pene del siamés se retiró de ella tres cuartas partes, volvió a hundirse inexorablemente, y retrocedió de nuevo acelerando su movimiento. Ella no quiso saber si Mario le permitía gozar. Gritó enseguida: su cuerpo se contorsionaba sobre el cuero

satinado. Los dos hombres unían sus quejidos a los suyos. Sus voces confundidas desgarraban la noche, y unos perros, a lo lejos, respondieron con un concierto interminable de aullidos. Pero ellos siguieron imperturbables. Estaban en otro mundo. Una armonía interior parecía regular su trío como las ruedecillas de un reloj. Habían conseguido constituir una unidad profunda, sin fisuras, más perfecta que la que podía formar una pareja. Las manos del siamés oprimían los senos de Emmanuelle y ella sollozaba de placer, arqueando los riñones para que entrase más profundamente en ella, jadeando, más feliz de lo que podía soportar y suplicando al amante que la desgarrase, que no la tratara con indulgencia, que gozara en ella.

Mario sentía que las fuerzas del *sam-lo* eran inagotables, pero él no podía más. Hundió las uñas en la carne de su poseído, como si se tratase de una señal. Los dos hombres eyacularon simultáneamente, el *sam-lo* en el fondo del cuerpo de Emmanuelle, pero desfalleciendo a su vez bajo otro embate. Emmanuelle gritó aún más fuerte de lo que había gritado hasta entonces, sintiendo subir por su garganta el sabor áspero del semen que la inundaba. Su voz rebotaba sobre el agua negra, sin que nadie pudiese explicar a quién se dirigía aquel grito: —¡Amo! ¡Amo! ¡Amo!



## Emmanuelle Arsan

Un halo de misterio rodea, todavía en nuestros días, la identidad de la escritora Emmanuelle Arsan, pseudónimo de Marayat Andrienne. Nacida al parecer en 1940 (según otras fuentes, 1932), de origen tailandés y casada con un diplomático destinado en Bangkok llamado Louis-Jacques Rollet-Andrienne, ha escrito otras novelas eróticas además de *Emmanuelle*, entre ellas las tituladas *Emmanuelle l'antivierge, Presentación en sociedad, Aurélie* y *Laure*.

No obstante, fue precisamente *Emmanuelle*, su primera obra, publicada clandestinamente en Francia en 1959, la que escandalizó a la sociedad de esos años oscuros de férreo puritanismo, con un himno al amor integral. Sea quien sea Emmanuelle Arsan, no cabe duda de que asiste con curiosidad a la eclosión de nuevos tiempos y actitudes frente al sexo y que sigue, generación tras generación, renovando con sabiduría el interés de sus lectores.

# Notas

[1] La descripción de las costumbres de los murias no es imaginaria. Puede consultarse, para comprobarlo, la obra de Elwin, *Maison de jeunes chez les Muria*, publicado por Gallimard, París, en 1958. (*Nota de la Autora*)

